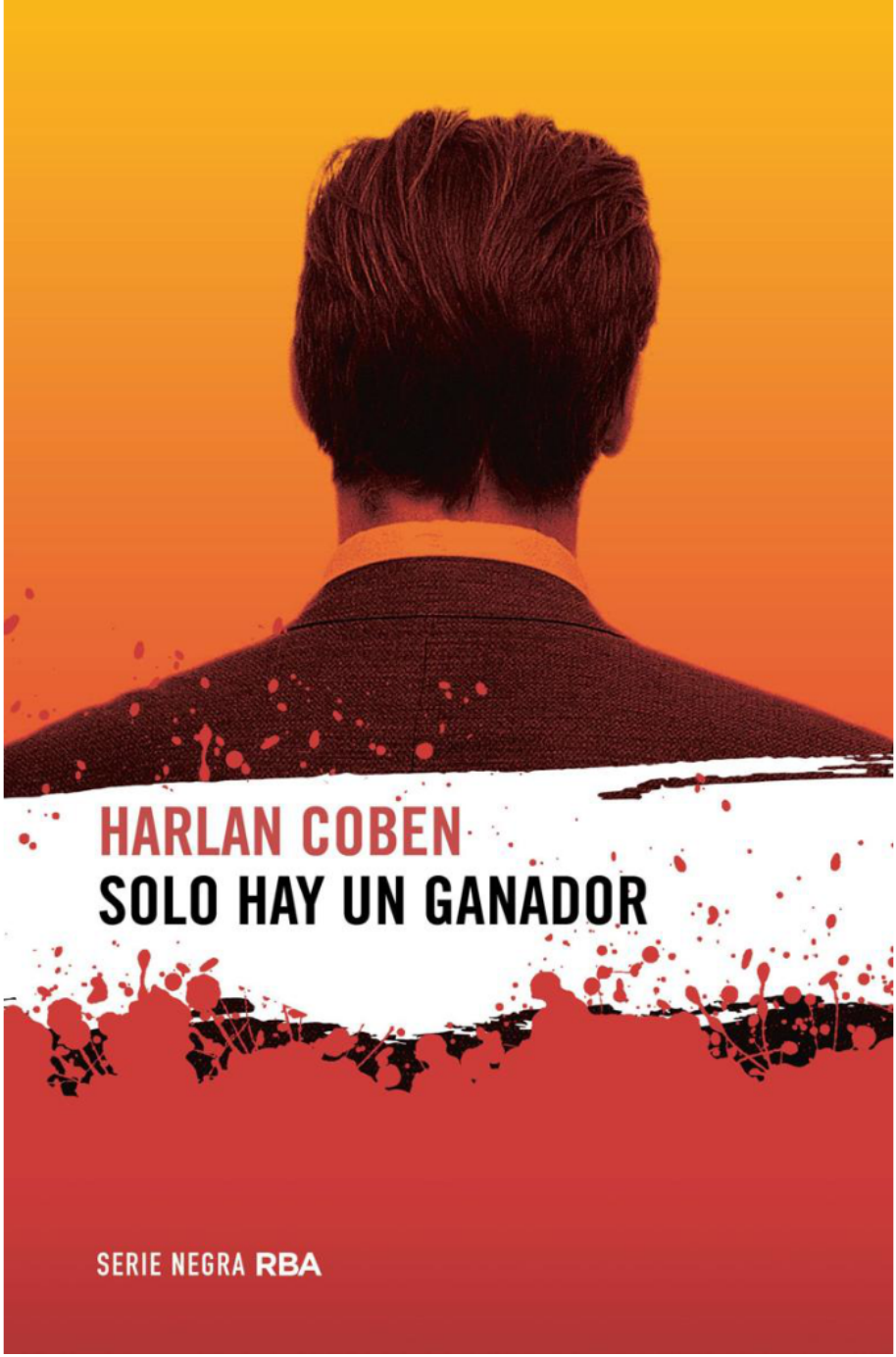

HARLAN COBEN

SOLO HAY UN GANADOR

SERIE NEGRA RBA

HARLAN COBEN
SOLO HAY UN GANADOR

Traducción de
Jorge Rizzo

RBA

Título original inglés: Win.

© del texto: Harlan Coben, 2021.

© de la traducción: Jorge Rizzo, 2023.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2023.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: enero de 2023.

REF.: OBDO134

ISBN: 978-84-1132-352-9

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito

del editor cualquier forma de reproducción, distribución,

comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida

a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PARA DIANE Y MICHAEL DISCEPOLO,

CON AMOR Y GRATITUD

1

El tiro que va a decidir el campeonato inicia la parábola descendente hacia la cesta.

A mí me da igual.

El resto del público del Lucas Oil Stadium de Indianápolis sigue la pelota con la mirada, boquiabiertos.

Yo no.

Yo miro la pista. Lo miro a él.

Mi localidad está junto a la cancha, por supuesto, cerca de la línea central. A mi izquierda tengo a un conocido actor de moda por su papel como superhéroe de Marvel, vestido con una camiseta negra que le aprieta los bíceps como un torniquete, y, a la derecha, al famoso rapero Swagg Daddy, a quien le compré el avión privado hace tres años, con esas gafas de sol de su propia marca que no se quita ni a oscuras. Me gusta Sheldon (que así se llama Swagg Daddy en realidad), tanto el hombre como su música, pero esa costumbre que tiene de sonreír y dar la mano a cualquier desconocido que se acerca como si fueran las personas más queridas del mundo me provoca escalofríos.

En cuanto a mí, llevo un traje diplomático azul hecho a medida en Savile Row, un par de zapatos Bedfordshire burdeos también hechos a medida por Basil, el maestro zapatero de G. J. Cleverley's, una corbata de seda Lilly Pulitzer de edición limitada en rosa y verde y un pañuelo de bolsillo Hermès personalizado que asoma del bolsillo de la chaqueta con una precisión celestial. La verdad es que soy todo un galán.

Y, por si alguien no se ha dado cuenta, también soy rico.

El balón que vuela por los aires decidirá el resultado del March Madness, la gran competición del baloncesto universitario. Es curioso, si lo piensas bien. Tanto sudor y lágrimas, tanta estrategia, el entrenamiento, la caza de talentos, las innumerables horas pasadas tirando a canasta a solas y haciendo ejercicios con balón, las horas levantando pesas, haciendo esprints progresivos, todos esos años en gimnasios a todos los niveles —alevines, baloncesto juvenil, en el

instituto, en la universidad—, todo eso... para que al final todo dependa de la resolución de un simple problema físico, el que plantea una rudimentaria esfera naranja rotando hacia atrás y dirigiéndose hacia un cilindro de metal en este preciso momento.

O no es canasta, y gana la Universidad de Duke, o el tiro entra y los seguidores de la Universidad South State invadirán la cancha para celebrarlo. El famoso héroe de Marvel estudió en South State. Swagg Daddy, como un humilde servidor, estudió en Duke. Ambos tensan el rostro. La multitud enfervorecida calla de pronto. El tiempo se vuelve más lento.

Y, aun así, pese a que se trate de mi alma mater, no me importa. No suelo volverme loco por estas cosas. Nunca me importa quién gana una competición en la que no participe yo (o alguien que me importe realmente). A veces me pregunto por qué iba a importarme, por qué le importa tanto a la gente.

Aprovecho el momento para fijarme en él.

Se llama Teddy Lyons. Es uno de los numerosos ayudantes de entrenador del banquillo de South State. Es un tiarrón de pueblo, un gigantón de más de dos metros. Big T —que así es como le gusta que le llamen— tiene treinta y tres años, y este es su cuarto empleo como entrenador universitario. Según parece, no es malo en cuanto a táctica, pero sobre todo es un gran cazatalentos.

Oigo la bocina final. Se ha acabado el tiempo, aunque el resultado del partido sigue estando en el aire.

El silencio en el estadio es tal que incluso oigo el impacto de la pelota contra el aro.

Swagg me agarra de la pierna. El famoso de Marvel me planta un tríceps musculoso frente al pecho al abrir los brazos, impaciente. El balón golpea el aro una vez, dos, y hasta tres, como si ese objeto inanimado quisiera jugar con el público antes de decidir quién gana y quién pierde.

Yo sigo mirando a Big T.

Cuando la pelota rueda por el borde del aro y cae al suelo —un fallo claro— la grada de los Diablos Azules estalla de alegría. Por un extremo de mi campo visual periférico veo que todo el banquillo de South State se deshincha. No me gusta usar la palabra «alicaído» —me parece raro eso de pensar en gente con alas—, pero, viendo sus gestos,

en este caso me parece adecuada. Se deshinchan y bajan los brazos, abatidos. Varios de ellos se dejan caer en el asiento, destrozados, y alguno se echa incluso a llorar al asimilar la derrota.

Pero Big T no.

El famoso de Marvel esconde su atractivo rostro entre las manos. Swagg Daddy me abraza, eufórico.

—¡Hemos ganado, Win! —grita—. ¡Hemos ganado!

Yo apenas le oigo. El estruendo es ensordecedor. Él se me acerca algo más.

—¡Mi fiesta va a ser la bomba!

Sale corriendo y se une a la celebración. El público baja en masa a la pista con él, exultante, pletórico. La multitud engulle a Swagg y lo pierdo de vista. Varios me dan palmadas en la espalda al pasar. Me animan a que me una a ellos, pero no lo hago.

Busco de nuevo a Teddy Lyons con la vista, pero ha desaparecido.

Aunque no por mucho tiempo.

Dos horas más tarde vuelvo a ver a Teddy Lyons. Se me acerca, pavoneándose.

Tengo un dilema.

Big T va a recibir lo suyo, como se suele decir. Eso está claro. Aún no estoy seguro de hasta qué punto le voy a hacer daño, pero desde luego su salud física va a verse afectada.

Pero ese no es mi dilema.

Mi dilema es cómo.

No, no me preocupa que me pillen. Eso lo tengo planeado. Big T ha recibido una invitación para el fiestón de Swagg Daddy. Se dispone a entrar por lo que él cree que es una entrada VIP. Solo que no lo es. De hecho, no es siquiera una entrada a la fiesta. Desde el pasillo se oye una música a todo volumen, pero es solo para crear el ambiente necesario.

En este almacén solo estamos Big T y yo.

Llevo guantes. Y voy armado —como siempre—, aunque no voy a necesitar las armas.

Big T se me acerca, así que volvamos a mi dilema:

¿Le atizo sin previo aviso? ¿O le doy una oportunidad, en lo que alguno consideraría un gesto deportivo?

Esto no tiene nada que ver con la moral, el juego limpio ni nada de eso. A mí no me importa en absoluto cómo etiquetaría esto el populacho en general. Ya me metí en el pasado en más de una refriega. Cuando peleas, las normas enseguida pierden valor. Muerdes, pataleas, echas arena, usas armas, lo que haga falta. Las peleas de verdad son por la supervivencia. No hay premios ni recompensas a la deportividad. Hay un vencedor. Y un perdedor. Y ahí acaba todo. No importa si haces trampas.

Vamos, que no tengo ningún problema en atizarle a esta criatura odiosa antes de que se prepare. No me da miedo soltarle —recurriendo de nuevo a la jerga popular— un golpe a traición. De hecho, mi plan era ese: pillarlo por sorpresa. Usar un bate, un cuchillo o la culata de mi pistola. Y se acabó.

Así pues, ¿por qué ese dilema?

Porque no creo que en este caso baste con romperle algún hueso. También quiero hacer mella en su moral. Si el duro de Big T pierde una pelea supuestamente justa con un canijo como yo —soy mayor que él, mucho más pequeño que él, y también más guapo (es cierto), la imagen clásica de un señorito— para él sería una humillación.

Y eso es precisamente lo que quiero.

Lo tengo a apenas unos pasos. Me decido y le corto el paso. Big T se echa a un lado y frunce el ceño. Se me queda mirando un momento. Yo le sonrío. Él me devuelve la sonrisa.

—Te conozco —me dice.

—¿De verdad?

—Has ido al partido. Estabas junto a la cancha.

—Culpable.

Me tiende la manaza para que se la estreche.

—Teddy Lyons. Todo el mundo me llama Big T.

No le estrecho la mano. Me la quedo mirando, como si la acabara de sacar del culo de un perro. Big T se queda esperando un segundo, inmóvil, y luego la retira, como un niño al que le hubieran regañado.

Le sonrío otra vez. Él carraspea.

—Si me permites... —dice, haciendo ademán de seguir adelante.

—No, la verdad es que no.

—¿Qué?

—Eres un poquito lento, ¿no, Teddy? —Suspiro—. No, no te permito. A uno como tú no se le puede permitir nada. ¿Me sigues?

De nuevo esa mueca en el rostro.

—¿Tienes algún problema?

—Mmm. ¿Cuál es la respuesta estándar?

—¿Eh?

—Podría decir «No, TÚ tienes un problema». O «¿Yo? No tengo el más mínimo problema», algo así. Pero la verdad es que esas frases hechas no me parecen nada ocurrentes.

Big T parece perplejo. Seguramente querría apartarme de un empujón, pero algo en su interior le dice que si estaba sentado en la fila de los famosos es que quizá sea alguien importante.

—Eh... Bueno, me voy a la fiesta.

—No, eso no va a pasar.

—¿Cómo?

—Aquí no hay ninguna fiesta.

—Cuando dices que no hay fiesta...

—La fiesta es a dos travesías de aquí —le informo.

Él apoya las manazas en las caderas. Pose de entrenador.

—¿Qué demonios es esto?

—He hecho que te enviaran una dirección errónea. ¿La música? Es solo para figurar. ¿El guardia de seguridad que te ha hecho pasar a la entrada para vips? Trabaja para mí y ha desaparecido en cuanto has atravesado la puerta.

Big T parpadea dos veces. Luego da un paso adelante. Yo no reculo ni un centímetro.

—¿Qué está pasando? —me pregunta.

—Voy a patearte el culo, Teddy.

Eso le hace sonreír.

—¿Tú?

Su pecho tiene el tamaño aproximado de una pared de frontón. Se me acerca, mirándome desde lo alto con la seguridad del clásico grandullón que, gracias a su tamaño, no ha tenido que enfrentarse nunca en una pelea, ni siquiera ha sido desafiado nunca. Ese es el recurso de Big T, aunque realmente es de aficionados: amedrentar a su rival con su volumen, esperando que se encoja.

Pero yo no me encojo, claro. Estiro el cuello y lo miro fijamente a los ojos. Y, en ese momento, afloran por primera vez las dudas en su mirada.

No pierdo tiempo.

Pegarse a mí de ese modo ha sido un error. Hace que mi puño tenga menos distancia que recorrer. Junto los cinco dedos de mi mano derecha, formando una especie de punta de lanza, y los lanzo contra su garganta. Oigo una especie de borboteo. Al mismo tiempo, le doy una patada baja, impactando con el empeine, que le da justo en el lateral de la rodilla en la que, por lo que he leído en mis investigaciones, ha sido operado dos veces del ligamento anterior cruzado.

Oigo un crack.

Big T cae como un roble.

Levanto la pierna y le golpeo duro con el tacón.

Grita.

Golpeo de nuevo.

Grita.

Golpeo de nuevo.

Silencio.

Os ahorraré el resto.

Veinte minutos más tarde llego a la fiesta de Swagg Daddy. Los de seguridad me hacen pasar a la sala de atrás, a la que solo acceden tres tipos de personas: mujeres guapas, caras famosas y gente con la cartera muy llena.

Estamos de fiesta hasta las cinco de la mañana. Luego, una limusina negra nos lleva a Swagg y a un servidor al aeropuerto. El jet privado está esperando con los motores en marcha.

Swagg se pasa todo el viaje de vuelta a Nueva York durmiendo. Yo me ducho —sí, mi avión tiene ducha—, me afeito y me pongo un traje de negocios Kiton K-50 de espiguilla gris.

Cuando aterrizamos, nos esperan dos limusinas negras. Swagg ejecuta un complicado ritual de abrazo combinado con un apretón de manos a modo de despedida. Su limusina lo lleva a su finca en Alpine. La otra me lleva directamente a mi despacho en un rascacielos de cuarenta y ocho pisos en Park Avenue, en el Midtown de Manhattan. Mi familia es propietaria del edificio Lock-Horne desde que se completó su construcción, en 1967.

Subo al ascensor y paro en la cuarta planta. Este espacio solía albergar una agencia deportiva que gestionaba mi mejor amigo, pero la cerró hace unos años. Luego dejé la oficina vacía durante demasiado tiempo, porque la esperanza es lo último que se pierde. Estaba seguro de que mi amigo cambiaría de opinión y volvería.

No lo hizo. Así que seguimos adelante.

Los nuevos inquilinos son Fisher and Friedman, un despacho de abogados que se presentan como defensores de las víctimas. Su sitio web, que me fascina, es aún más específico:

¿Problemas con abusadores, acosadores, troles, pervertidos, psicópatas? Cuenta con nosotros para darles un buen rodillazo en las pelotas.

Irresistible. Al igual que hacía con la agencia deportiva que tenía

alquilado este espacio antes, también soy socio en la sombra del bufete.

Llamo a la puerta con los nudillos. Cuando Sadie Fisher me dice «Adelante», abro y asomo la cabeza.

—¿Ocupada?

—Parece que los sociópatas están en temporada alta —responde Sadie, sin levantar la vista del ordenador.

Tiene razón, por supuesto. Por eso he invertido en ellos. Me gusta la labor que hacen, defendiendo a la gente que sufre abusos, y, por otra parte, siempre he pensado que los tipos inseguros y violentos (casi siempre son hombres) son un sector al alza.

Sadie me mira por fin.

—Pensaba que ibas a ese partido en Indianápolis.

—Y he ido.

—Ah, vale, el avión privado. A veces se me olvida lo rico que eres.

—No, no se te olvida.

—Es cierto. ¿Qué hay de nuevo?

Sadie lleva unas gafas de bibliotecaria muy sexis y un traje chaqueta rosa ajustado y con un gran escote. Es algo intencionado, me contó una vez. Cuando Sadie empezó a representar a mujeres que habían sido acosadas y agredidas sexualmente le dijeron que debía ir vestida de forma conservadora, con ropa amplia y poco llamativa, de aspecto inocente, lo que Sadie consideró como una ulterior culpabilización de las víctimas.

¿Cuál fue su respuesta? Hacer lo contrario.

No sé muy bien cómo abordar la cuestión, así que me limito a decir:

—He oído que una de tus clientes ha sido hospitalizada.

Eso le llama la atención.

—¿Tú crees que sería apropiado enviarle algo? —pregunto.

—¿Como qué, Win?

—Flores, bombones...

—Está en cuidados intensivos.

—Un peluche. Globos.

—¿Globos?

—Algo para que sepa que nos acordamos de ella.

Sadie volvió a fijar la mirada en la pantalla de su ordenador.

—Lo único que quiere nuestra cliente es algo que no parece que estemos consiguiendo darle: justicia.

Abro la boca para decir algo, pero al final decido callarme, optando por la discreción y el sentido común. Me doy la vuelta, pero, cuando me dispongo a salir, veo a dos personas —un hombre y una mujer— que se me acercan, decididos.

—¿Windsor Horne Lockwood? —dice la mujer.

Antes incluso de que saquen las placas, ya sé que son agentes de la autoridad.

Sadie también se da cuenta. Se pone en pie de golpe y se me acerca. Yo tengo mi equipo de abogados, por supuesto, pero los uso para mis negocios. Para mis asuntos personales solía recurrir a mi mejor amigo, el agente deportivo/abogado que ocupaba esta oficina, porque gozaba de toda mi confianza. Ahora que no lo tengo tan a mano, da la impresión de que Sadie ha ocupado su puesto de forma instintiva.

—¿Windsor Horne Lockwood? —repite la mujer.

Ese es mi nombre. Más exactamente, me llamo Windsor Horne Lockwood III. Y, tal como se podría pensar por mi nombre, vengo de una familia rica y de rancio abolengo. Y encajo bien en el papel, con mi piel rosada, el cabello entre rubio y gris, mis delicados rasgos y mis modos refinados. No oculto lo que soy. No sé si podría hacerlo.

¿Qué puedo haber hecho mal con Big T? Soy bueno. Soy muy bueno. Pero no soy infalible.

Así pues, ¿en qué me he equivocado?

Ahora Sadie ya está casi a mi lado. Espero. En lugar de responder, le pregunto:

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy la agente especial Karen Young, del FBI —se presenta la mujer.

Young es negra. Lleva una blusa azul noche y una chaqueta de cuero ajustada de color coñac. Muy à la mode para ser una federal.

—Y este es mi compañero, el agente especial Jorge López.

López es más del montón. Lleva un traje gris asfalto mojado y una corbata triste, de un rojo sucio.

Nos muestran sus placas.

—¿De qué va esto? —pregunta Sadie.

—Querríamos hablar con el señor Lockwood.

—Eso me parecía —responde Sadie con cierta agresividad—. ¿De qué?

Young sonríe y se mete la placa en el bolsillo.

—De un asesinato.

2

Tenemos una pequeña discusión. Young y López me quieren llevar a algún sitio sin más explicaciones. Sadie se niega rotundamente. Al final intervengo yo y acabamos alcanzando una especie de acuerdo. Iré con ellos. Pero no me interrogarán ni me harán preguntas si no es en presencia de un abogado.

Sadie, que, pese a su juventud, conoce bien el oficio, no está nada de acuerdo.

—Te harán preguntas igualmente.

—Lo sé. No es mi primer encontronazo con las autoridades.

No es ni el segundo ni el tercero, pero Sadie tampoco tiene por qué saberlo. No quiero alargar esto demasiado, ni hacerlo demasiado formal, por tres motivos: uno, porque Sadie tiene una vista en el juzgado, y no quiero retrasarla; dos, porque, si tiene que ver con Teddy Lyons —o Big T—, preferiría que Sadie no se enterara de un modo tan directo, por motivos obvios. Y tres, porque ese asesinato me despierta la curiosidad, y tengo esa predisposición a una excesiva autoconfianza. Qué le voy a hacer.

Una vez en el coche, viajamos hacia el norte. López conduce. Young va a su lado. Yo ocupo el asiento de atrás. Curiosamente, los noto cada vez más nerviosos. Ambos intentan ser profesionales —y lo son—, pero la procesión va por dentro. Ese asesinato es algo diferente, algo fuera de lo común. Están intentando ocultarlo, pero su ansiedad es como una feromona que no puedo evitar oler.

Al principio López y Young siguen el procedimiento habitual y guardan silencio. La teoría es bastante simple: la mayoría de personas odian el silencio y hacen lo que sea para romperlo, aunque suponga decir algo incriminatorio.

Prácticamente me siento insultado de que prueben esa táctica conmigo.

No pico, por supuesto. Me pongo cómodo, junto las puntas de los dedos de ambas manos y observo el paisaje por la ventanilla, como si fuera un turista en mi primera visita a la gran ciudad.

—Sabemos quién es usted —dice Young por fin.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y aprieto un botón de mi teléfono. Ahora la conversación está siendo grabada. Y la grabación irá directamente a la nube, por si alguno de mis nuevos amigos del FBI descubre que estoy grabando y opta por el borrado o por romperme el teléfono.

Es difícil pillarme desprevenido.

Young se da la vuelta y me mira.

—He dicho que sabemos quién es usted.

Yo guardo silencio.

—Ha trabajado para el FBI —dice.

Que sepan algo de mi relación con los federales me sorprende, pero no se lo manifiesto. Sí trabajé para el FBI nada más graduarme en la Universidad de Duke, pero era un trabajo altamente clasificado. El hecho de que alguien se lo haya dicho —tiene que haber sido algún pez gordo— me confirma que este caso de asesinato tiene que ser algo fuera de lo común.

—Hemos oído que era bueno —interviene López, mirándome por el retrovisor.

En un momento han pasado del silencio a la adulación. Aun así, no les doy nada.

Subimos por Central Park West, la calle donde vivo. A estas alturas, me parece ya sumamente improbable que este asesinato tenga algo que ver con Big T. Para empezar, sé que Big T ha sobrevivido, aunque no haya quedado intacto. En segundo lugar, si los federales quisieran preguntarme por algo relacionado con eso, estaríamos yendo hacia el sur, a su cuartel general en 26 Federal Plaza; en cambio aquí estamos, viajando en dirección contraria, hacia mi propia casa en el edificio Dakota, en la esquina de Central Park West y la calle Setenta y dos.

Pienso en ello. Ahora vivo solo, así que no parece que la víctima pueda ser un ser querido. Podría ser que el juzgado hubiera emitido una orden de registro de mi casa y que hubieran encontrado algo incriminatorio que quieran mostrarme, pero eso tampoco me parece muy probable. Alguno de los porteros del Dakota me habría avisado de la intromisión. O se habría disparado alguna de las alarmas ocultas

y me habría avisado por teléfono. Por otra parte, tampoco soy tan descuidado como para dejar por ahí nada que pudiera incriminarme.

Para mi sorpresa, López sigue adelante y dejamos atrás el Dakota. Seguimos hacia el norte. Seis travesías más allá, a la altura del Museo de Historia Natural, veo dos coches patrulla aparcados frente al Beresford, otro edificio de viviendas regio de antes de la guerra, en la calle Ochenta y uno.

López me observa por el retrovisor. Le devuelvo la mirada y frunzo el ceño.

Los porteros del Beresford llevan unos uniformes que parecen inspirados en los de los generales soviéticos de finales de los setenta. En el momento en que López para el coche, Young me pregunta:

—¿Conoce a alguien en este edificio?

Como respuesta, una sonrisa. Y silencio.

Ella menea la cabeza.

—Muy bien, vamos.

López se sitúa a mi derecha y Young a mi izquierda, y atravesamos el vestíbulo de mármol. Entramos en el ascensor, con paneles de madera, que nos está esperando. Cuando Young aprieta el botón del último piso, me doy cuenta de que nos adentramos en un territorio exclusivo: en sentido figurado, literal y, sobre todo, monetario. Uno de mis empleados, vicepresidente de Lock-Horne Securities, se compró un apartamento de tres habitaciones en el cuarto piso del Beresford con una vista limitada del parque. Y pagó más de cinco millones de dólares.

Young se vuelve hacia mí y me pregunta:

—¿Alguna idea de adónde vamos?

—¿Arriba?

—Muy gracioso.

Yo parpadeo y bajo la mirada, siempre tan modesto.

—Al último piso —dice ella—. ¿Ha estado allí alguna vez?

—No creo.

—¿Y sabe quién vive allí?

—No creo.

—Pensaba que todos los ricos se conocían.

—No hay que fiarse de los tópicos.

—Pero no es la primera vez que visita este edificio, ¿verdad?

Las puertas del ascensor se abren y suena una campanilla. Yo no me he molestado en contestar. Imaginaba que darían a un elegante apartamento —los ascensores suelen dar directamente a los áticos de lujo—, pero nos encontramos en un pasillo oscuro. El papel de las paredes es grueso, de color marrón. A la derecha hay una puerta abierta que lleva a una escalera de caracol de hierro forjado. López pasa delante. Young me indica que le siga. Lo hago.

Hay basura por todas partes.

A ambos lados de la escalera hay revistas, periódicos y libros apilados en montones de dos metros de altura. Tenemos que pasar en fila india por en medio —entre las revistas veo un ejemplar del Time de 1998— e incluso así tenemos que avanzar de lado para abrirnos paso por el estrecho espacio.

El hedor es sofocante.

Será un tópico, pero un tópico con razón: no hay nada que huela como un cuerpo humano en descomposición. Young y López se tapan la nariz y la boca. Yo no.

El Beresford culmina en cuatro torretas, una en cada esquina del edificio. Llegamos al rellano de la torreta noreste. Desde luego, quienquiera que viva aquí (o quizá debería decir que viviera), en el último piso de uno de los edificios más prestigiosos de Manhattan, era un coleccionista empedernido. Apenas hay espacio para moverse. Cuatro técnicos de la científica perfectamente equipados, con sus gorritos de ducha y todo, intentan abrirse paso entre los trastos para examinar el lugar a fondo.

El cuerpo ya está en la bolsa. Me sorprende que aún no se lo hayan llevado, pero aquí todo me parece raro.

Sigo sin tener ni idea de qué hago aquí.

Young me muestra una fotografía que supongo que será del muerto: ojos cerrados, cubierto con una sábana hasta la barbilla. Era un anciano con la piel blanca, más bien cetrina. Me atrevería a decir que de setenta y pocos años. Calvo, con una corona de cabello gris sobre las orejas. Tiene una espesa barba de pelo rizado, de un blanco sucio, como si se estuviera comiendo una oveja en el momento de hacer la foto.

—¿Lo conoce? —me pregunta Young.

Opto por decirle la verdad:

—No. —Le devuelvo la foto—. ¿Quién es?

—La víctima.

—Sí, eso me lo imaginaba, gracias. Su nombre, quería decir.

Los agentes intercambian una mirada.

—No lo sabemos.

—¿Le han preguntado al inquilino?

—Creemos que el inquilino es él —dice Young.

Espero.

—Esta habitación de la torre fue comprada hace casi treinta años por una SRL a través de una empresa pantalla ilocalizable.

Ilocalizable. Conozco el mecanismo. Yo uso esos mecanismos financieros a menudo: no especialmente para evitar el pago de impuestos, aunque esa es una ventaja añadida nada desdeñable. En mi caso —como en el de nuestro difunto coleccionista— se trata más bien de proteger el anonimato.

—¿No hay identificación? —pregunto.

—De momento no hemos encontrado nada.

—Los empleados del edificio...

—Vivía solo. Los envíos se los dejaban al pie de la escalera. El edificio no tiene cámaras de seguridad en los pasillos de los pisos altos o, si las hay, no nos lo quieren decir. Los gastos de comunidad los pagaba puntualmente la SRL. Según los porteros, Ermitaño, como lo habían

apodado, vivía prácticamente en reclusión. Casi no salía a la calle, y, cuando lo hacía, se envolvía la cara con una bufanda y usaba una salida secreta del sótano. El administrador del edificio lo ha encontrado esta mañana, cuando el olor ha empezado a extenderse por el piso de abajo.

—¿Y no hay nadie en el edificio que sepa quién es?

—Hasta ahora no —dice Young—. Pero seguimos preguntando puerta por puerta.

—Bueno, y ahora la pregunta evidente —digo yo.

—¿Cuál sería?

—¿Qué hago yo aquí?

—El dormitorio.

Young parece esperar que responda algo. No lo hago.

—Venga con nosotros.

Nos ponemos en marcha y, a la derecha, veo la enorme estructura redonda del planetario del Museo de Historia Natural al otro lado de la calle, y, a la izquierda, Central Park en todo su esplendor. Mi apartamento también tiene una vista del parque bastante envidiable, aunque el Dakota solo tiene nueve pisos de altura, mientras que aquí estamos por encima del vigésimo piso.

No soy de los que se sorprenden fácilmente, pero cuando entro en el dormitorio —cuando veo el motivo por el que me han traído hasta aquí— me paro de golpe. Me quedo inmóvil, observando. Me siento transportado al pasado, como si la imagen que tengo delante fuera una ventana al pasado. Soy un niño de ocho años colándome a hurtadillas en el estudio del abuelo, en Lockwood Manor. El resto de la familia sigue en el jardín. Llevo un traje negro y estoy solo en esa elegante sala con el suelo de madera. Es antes de la destrucción de la familia o, quizá, visto en retrospectiva, es más bien el momento preciso de la primera fisura. Es el funeral del abuelo. Ese estudio, su estancia favorita, ha sido rociado con algún tipo de desinfectante, pero aún flota en el ambiente el reconfortante olor de la pipa del abuelo. Lo aspiro, deleitándome. Alargo la mano, vacilante, y toco el cuero de su butaca favorita, casi con la esperanza de que se materialice en ella, con su cárdigan, sus zapatillas, su pipa y todo lo demás. Al final mi yo de ocho años de edad reúne el valor necesario para sentarse en la

mecedora. Y, una vez sentado, levanto la vista y la sitúo por encima del hogar, como solía hacer el abuelo.

Sé que Young y López me miran, a la espera de mi reacción.

—Al principio pensamos que tenía que ser un robo —dice Young.

Yo sigo mirando, igual que hacía cuando tenía ocho años, sentado en aquella mecedora de cuero.

—Así que recurrimos a una conservadora del Met, al otro lado del parque —prosigue Young. El Met, por supuesto, es el Museo Metropolitano de Arte—. Ella querría descolgarlo y hacer unas pruebas, para estar segura, pero está bastante segura: el cuadro es auténtico.

El dormitorio del coleccionista, a diferencia del resto de la torre, es un espacio ordenado, pulcro, bien organizado. La cama, pegada a la pared, está hecha. No hay cabezal. En la mesilla de noche no hay más que unas gafas de cerca y un libro encuadernado en piel. Ahora sé para qué me han traído: para ver lo único que cuelga de la pared.

El óleo popularmente conocido como La joven del piano, de Johannes Vermeer.

Sí, ese Vermeer. Sí, ese cuadro.

Esa obra de arte, como la mayoría de los treinta y cuatro cuadros de Vermeer que existen, es pequeña, de cincuenta centímetros de altura por cuarenta centímetros de anchura, aunque tiene una garra innegable, quizá por su propia simplicidad y belleza. Esa joven, comprada hace casi cien años por mi bisabuelo, solía ocupar un espacio en la pared de Lockwood Manor. Hace más de veinte años mi familia prestó esta pintura, valorada en más de doscientos millones de dólares actuales, junto con la única otra obra maestra que poseíamos, La lectora, de Picasso, a Lockwood Gallery, en el Founders Hall del campus del Haverford College. Se habló mucho de aquel robo. A lo largo de los años mucha gente ha afirmado haber visto las obras en diferentes sitios —el avistamiento más reciente habría sido el del Vermeer, en un yate propiedad de un príncipe de Oriente Próximo—. Ninguna de esas pistas (y varias de ellas las he seguido personalmente) han dado ningún fruto. Hay quien ha postulado que el robo habría sido obra del mismo sindicato del crimen que robó otras trece obras de arte, algunas de Rembrandt, Manet y, sí, un Vermeer, del Isabella Stewart Gardner Museum de Boston.

Ninguna de las obras robadas en esos dos golpes ha vuelto a aparecer.

Hasta ahora.

—¿Alguna idea? —pregunta Young.

En su día dejé dos marcos vacíos en el estudio del abuelo, en homenaje a las obras robadas y como promesa de que un día volverían a su sitio.

Ahora, según parece, esa promesa se verá cumplida, al menos a medias.

—¿Y el Picasso?

—Ni rastro de él —responde Young—. Pero, como puede ver, aún tenemos mucho que registrar.

El Picasso es mucho más grande, más de metro y medio por metro veinte. Si estuviera aquí, lo más probable es que ya lo hubieran encontrado.

—¿Alguna otra idea? —pregunta Young.

—¿Cuándo me lo puedo llevar a casa? —respondo, señalando en dirección a la pared.

—Eso llevará un tiempo. Ya sabe cómo son estas cosas.

—Conozco un famoso conservador y restaurador de la Universidad de Nueva York. Se llama Pierre-Emmanuel Claux. Me gustaría que se ocupara él.

—Tenemos a nuestros propios expertos.

—No, agente especial. No los tienen. De hecho, usted misma ha admitido que ha llamado a una persona del Met al azar esta misma mañana...

—Nadie ha dicho que fuera al azar...

—No estoy pidiendo mucho —prosigo—. Mi contacto tiene una experiencia en la autenticación, manipulación y, en caso necesario, restauración de una obra maestra que pocas personas en el mundo pueden igualar.

—Podemos intentarlo —dice Young, más interesada en seguir con las

preguntas—. ¿Alguna otra idea?

—¿La víctima ha sido estrangulada o le han cortado el cuello?

Se miran otra vez. López se aclara la garganta antes de hablar:

—¿Cómo ha...?

—La sábana le cubría el cuello. En la fotografía que me han enseñado. Supongo que será para tapar la lesión.

—No vamos a entrar en eso, ¿vale? —responde Young.

—¿Saben la hora de la muerte?

—Tampoco vamos a entrar en eso.

Traducción: soy sospechoso.

No tengo muy claro por qué. Desde luego, si esto lo hubiera hecho yo, me habría llevado el cuadro. O quizá no. Quizá habría sido lo suficientemente listo como para matarlo y dejar el cuadro para que lo encontraran y lo devolvieran a mi familia.

—¿Tiene alguna otra idea que pueda sernos de ayuda? —insiste Young.

No me molesto en plantear la teoría más obvia: el ermitaño era un ladrón de cuadros. Ha liquidado la mayoría de lo robado, y ha empleado el dinero obtenido para ocultar su identidad, montar una empresa pantalla anónima y comprar el apartamento. Por algún motivo —probablemente porque le gustaba mucho o porque era demasiado llamativo como para deshacerse de él— se había guardado el Vermeer para su uso y disfrute.

—Así que usted no ha estado nunca aquí —dice Young, con un tono demasiado informal para mi gusto.

—¿Señor Lockwood?

Interesante. Evidentemente creen que tienen pruebas de que he estado antes en esta torreta. Y no, no he estado nunca. También está claro que han tomado la decisión de traerme a la escena del crimen, algo nada habitual, para pillarme a contrapié. Si hubieran seguido el protocolo normal de investigación y me hubieran llevado a una sala de interrogatorios yo estaría en guardia, a la defensiva. Quizá me hubiera llevado un abogado.

Me pregunto qué se creerán que tienen en mi contra.

—En nombre de mi familia, les agradezco que hayan encontrado el Vermeer. Espero que esto lleve a una rápida recuperación del Picasso. Y ahora, si les parece, vuelvo a mi despacho.

A Young y a López eso no les gusta. Young mira a López y asiente. López entra en la otra estancia.

—Un momento —dice Young.

Busca algo en su carpeta y saca otra fotografía. Cuando me la enseña, vuelvo a quedarme descolocado.

—¿Reconoce esto, señor Lockwood?

Para ganar tiempo, le digo:

—Llámeme Win.

—¿Reconoce esto, Win?

—Sabe que sí.

—Es su escudo familiar, ¿no es así?

—Sí, sí que lo es.

—Obviamente nos llevará mucho tiempo registrar el apartamento de la víctima.

—Ya me lo ha dicho.

—Pero hemos encontrado una cosa en el armario de este dormitorio —añade Young, sonriendo. Observo que tiene una bonita sonrisa—. Solo una.

Espero.

López vuelve a entrar en el dormitorio. Tras él viene un técnico de la científica con una maleta en la mano, de piel de cocodrilo, con cierres de metal bruñido. Reconozco la maleta, pero no me lo puedo creer. No tiene ningún sentido.

—¿Reconoce este objeto? —pregunta Young.

—¿Debería?

Pero sí que lo reconozco, claro. Hace años, la tía Plum encargó una maleta así para cada uno de los varones de la familia. Todas llevan el escudo familiar y nuestras iniciales. Cuando me dio el mío —yo en aquella época tenía catorce años— tuve que hacer un esfuerzo para no poner mala cara. No me importa gastar en lujos. Pero sí en cosas vulgares e inútiles.

—La maleta lleva sus iniciales.

El técnico ladea el objeto para que pueda ver el monograma, escrito en unas letras barrocas de mal gusto:

WHL3

—Es usted, ¿verdad? ¿WHL3: Windsor Horne Lockwood tercero?

No muevo un dedo, no hablo, no revelo nada. Pero, por decirlo así, y sin intención de sonar excesivamente melodramático, este descubrimiento acaba de poner mi mundo del revés.

—Bueno, señor Lockwood, ¿quiere contarnos qué hace aquí su maleta?

3

Young y López quieren una explicación. Empiezo recurriendo a la verdad, simple y llana. No había visto la maleta en muchos años. ¿Cuántos años? Aquí mis recuerdos se vuelven más difusos. Muchos, diría. ¿Más de diez? Sí. ¿Más de veinte? Me encojo de hombros. ¿Podría confirmar al menos que la maleta me ha pertenecido? No, necesitaría examinarla más de cerca, poder abrirla y ver su contenido. A Young eso no le gusta. Ya me imaginaba. ¿Pero no puedo confirmar al menos que la maleta es mía, mirándola simplemente? No podría, desde luego, lo siento, les digo. Pero esas son sus iniciales y su escudo familiar, me recuerda López. Lo son, digo, pero eso no significa que no hayan podido hacer un duplicado de mi maleta. ¿Por qué iban a hacer algo así? No tengo ni idea.

Y así...

Bajo solo por la escalera de caracol y me sitúo en un rincón. Escribo un mensaje a Kabir, mi ayudante, para que me envíe un coche enseguida al Beresford: no hace falta que me acompañen mis guardaespaldas federales. También le ordeno que prepare el helicóptero para salir inmediatamente hacia Lockwood, la finca familiar en la zona noble de Filadelfia. El tráfico entre Manhattan y Filadelfia es impredecible. A esta hora podrían ser dos horas y media de viaje. En helicóptero son cuarenta y cinco minutos.

Y tengo prisa.

El coche negro me espera en la calle Ochenta y uno. Mientras nos dirigimos al helipuerto de la calle Treinta con el río Hudson, llamo a la prima Patricia al móvil.

—Articula —dice ella al responder. No puedo evitar sonreír.

—Listilla.

—Perdona, primo. ¿Todo bien?

—Sí.

—Hace tiempo que no tengo noticias tuyas.

—Ni yo tuyas.

—¿A qué debo el placer?

—Estoy a punto de subir al helicóptero para ir a Lockwood.

Patricia no responde.

—¿Podríamos encontrarnos allí?

—¿En Lockwood?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En una hora.

Ella se queda pensando un momento, pero es comprensible.

—Llevo sin ir a Lockwood...

—Lo sé.

—Tengo una reunión importante.

—Cancélala.

—¿Así, sin más?

Espero.

—¿Qué pasa, Win?

Espero un poco más.

—Vale —dice por fin—. Si quisieras contármelo por teléfono, ya lo habrías hecho.

—Nos vemos en una hora —digo, y cuelgo.

Sobrevolamos el puente Benjamin Franklin, que atraviesa el río Delaware, entre Nueva Jersey y Pensilvania. Tres minutos más tarde aparece al fondo Lockwood Manor; solo le falta la banda sonora. El helicóptero, un AgustaWestland AW 169, pasa sobre los muros de piedra, se queda flotando sobre el claro y aterriza en el prado de lo que aún llamamos los establos nuevos. Hará ya casi un cuarto de siglo desde que demolí los establos originales, un edificio que databa del siglo XIX. Aquel movimiento simbólico fue algo extrañamente

sensiblero por mi parte. Estaba convencido de que, eliminando aquella parte de la finca, borraría también los recuerdos, que desaparecerían con los escombros.

Pero no fue así.

La primera vez que llevé a mi amigo Myron a Lockwood —en las vacaciones de primavera de primero de carrera— meneó la cabeza y dijo: «Esto parece la Mansión Wayne». Se refería a Batman, por supuesto —la serie de televisión original, con Adam West y Burt Ward, el único Batman que existía para nosotros—. Yo lo entendí. La finca tenía un aura propia, un aire regio, imponente, pero la señorial Wayne, como se la llamaba en la serie, es de ladrillo rojo, mientras que Lockwood está hecha de piedra gris. A lo largo de los años se han hecho incorporaciones, dos enormes reformas a los lados, realizadas con gusto pero enormes. Estas nuevas alas son cómodas, más diáfanas y luminosas, y tienen aire acondicionado. La lástima es que se nota que no son genuinas. Son una imitación. Yo necesito rodearme de la piedra de Lockwood, la original. Necesito percibir la humedad, el olor a viejo, las corrientes de aire.

Y, aun así, hasta ahora no visitaba la casa muy a menudo.

Nigel Duncan, el mayordomo/abogado de la familia desde siempre —sí, ya sé, es una combinación extraña— sale a recibirme. Nigel es calvo, se peina los cuatro pelos que tiene de un lado al otro de la cabeza, y tiene papada. Lleva un chándal gris de algodón: pantalones grises con el logotipo de Villanova, atados con un cordón alrededor de su prominente barriga, y una sudadera también gris con la palabra «Penn» en el pecho.

Lo miro, frunciendo el ceño.

—Qué atuendo más alegre.

Nigel me hace una reverencia exagerada.

—¿El señorito Win preferiría que lo recibiera en frac?

Nigel se cree que es gracioso.

—¿Esas son las Converse Chuck Taylor? —pregunto, señalando a sus deportivas.

—Están muy de moda.

—Sí, en secundaria.

—Vaya —responde, y luego añade—: No le esperábamos, señorito Win.

Sigue tomándome el pelo con eso de señorito. Le dejo que lo haga.

—Yo tampoco esperaba venir.

—¿Va todo bien?

—Sí, superguay.

El acento de Nigel, a veces casi británico, es falso. Nació en esta finca. Su padre trabajaba para mi abuelo, y él trabaja para mi padre. Pero ha seguido un camino algo diferente. Mi padre le pagó los estudios en la Universidad de Pensilvania —de ahí el chándal—, donde se graduó en Derecho, para que Nigel no se viera limitado a la vida de mayordomo, y al mismo tiempo consiguió atarlo de pies y manos, obligándole a permanecer en Lockwood para seguir con la tradición familiar.

Nota al pie: a los ricos se les da muy bien usar la generosidad para conseguir lo que quieren.

—¿Te quedarás esta noche? —pregunta Nigel.

—No.

—Tu padre está durmiendo.

—No lo despiertes.

Nos dirigimos a la casa principal. Nigel quiere saber el motivo de mi visita, pero nunca me lo preguntaría.

—¿Sabes? Tu atuendo combina con el color de la piedra de la casa —observo.

—Por eso lo llevo. Camuflaje.

Echo una mirada rápida a los establos. Nigel se da cuenta, pero finge que no.

—Patricia llegará dentro de un rato —le digo.

Nigel se para, se da la vuelta y me mira.

—¿Patricia? ¿Tu prima Patricia?

—La misma.

—Oh, Dios mío.

—¿La harás entrar al estudio, por favor?

Subo las escaleras de piedra y entro en el estudio. Aún percibo un leve rastro de tabaco de pipa en el aire. Sé que no es posible, que nadie ha fumado una pipa en esta sala al menos en cuatro décadas, que el cerebro no solo puede crear espejismos visuales y sonoros, sino también olfativos. Aun así, para mí ese olor es real. Quizá sea que los olores permanecen en la mente, especialmente los que nos resultan más reconfortantes.

Me acerco a la chimenea y contemplo el marco vacío en el lugar que ocupaba el Vermeer en otro tiempo. El Picasso ocupaba la pared contraria. Y ahí acababa la colección Lockwood: trescientos millones de dólares en solo dos obras de arte. A mis espaldas oigo el repiqueteo de talones contra el mármol. Está claro que ese ruido no lo hacen las Chuck Taylor.

Nigel se aclara la garganta. Yo sigo dándole la espalda.

—No pretenderás que la anuncie, ¿verdad?

Me giro y ahí está. Mi prima Patricia.

Patricia recorre la estancia con la mirada antes de poner los ojos en mí.

—Qué sensación más rara, volver aquí.

—Ha pasado demasiado tiempo —respondo.

—Estoy de acuerdo —añade Nigel.

Los dos nos damos la vuelta para mirarlo. Y él recibe el mensaje.

—Estaré arriba, por si me necesitáis.

Las enormes puertas del estudio se cierran con un ruido sordo y profundo. Pasa un momento, y Patricia y yo seguimos sin decir nada. Ella tiene cuarenta y tantos, como un servidor. Somos primos hermanos; nuestros padres eran hermanos. Ambos hombres, Windsor Segundo y Aldrich, eran de piel clara y rubios, también como un

servidor, pero Patricia se parece a su madre, Aline, una brasileña de Fortaleza. El tío Aldrich escandalizó a la familia cuando presentó a aquella belleza veinteañera en Lockwood tras su largo viaje organizando una campaña de beneficencia por Sudamérica. Patricia tiene el cabello oscuro, y lo lleva corto, peinado a la moda. Luce un vestido azul que consigue ser a la vez chic e informal. Tiene los ojos de un color almendra brillante. Su rostro, en posición de descanso, no tiene nada de agresivo; es de una belleza especial, con un toque melancólico. La prima Patricia es una presencia cautivadora, telegénica.

—Bueno, ¿qué pasa? —me pregunta.

—Han encontrado el Vermeer.

—¿De verdad? —responde, atónita.

Le explico lo del coleccionista, la torreta del Beresford, el asesinato. Entre mis cualidades más destacadas no se cuentan la sutileza o el tacto, pero intento crear una narrativa que vaya in crescendo hasta la gran revelación. La prima Patricia me mira con esos ojos inquisitivos, y de nuevo me siento transportado en el tiempo. Cuando éramos niños corríamos por estos prados durante horas. Jugábamos al escondite. Montábamos a caballo. Nadábamos en la piscina y en el lago. Jugábamos al ajedrez y al backgammon y perfeccionábamos nuestro juego en golf y en tenis. Cuando la vida en la finca se volvía demasiado pesada o pomposa, algo normal en Lockwood, Patricia me miraba, ponía los ojos en blanco y me hacía sonreír.

En toda mi vida solo le he dicho a una persona que la quiero. Solo a una.

No, no ha sido a una mujer especial que al final me haya roto el corazón —la verdad es que nunca me han roto el corazón, ni siquiera me lo han pellizcado—, sino a mi amigo platónico Myron Bolitar. Es decir, que no he tenido nunca un gran amor; solo una gran amistad. Con los familiares me ha pasado lo mismo. Nos unen lazos de sangre. Tengo relaciones cordiales, importantes, o incluso intensas, con mi padre, mis hermanos, mis tíos y tías, mis primos. Prácticamente no tuve relación con mi madre: no la vi ni hablé con ella desde los ocho años de edad hasta que la vi morir, cuando tenía unos treinta y pico.

Todo esto para decir, con muchas palabras, que Patricia siempre ha sido mi pariente favorita. Incluso tras la gran pelea entre nuestros padres, que es lo que explica que ella no haya visitado Lockwood

desde su adolescencia. Incluso tras la devastadora tragedia que hizo que aquella pelea se volviera irreparable y, desgraciadamente, eterna.

Cuando termino mi explicación, Patricia me dice:

—Todo esto me lo podrías haber contado por teléfono.

—Sí.

—¿Entonces qué más está pasando?

Me quedo pensando un momento.

—Oh, mierda —dice ella.

—¿Perdón?

—Estás ganando tiempo, Win, y eso no va contigo... oh, maldita sea... Es grave, ¿verdad? —La prima Patricia da un paso adelante, acercándose—. ¿De qué se trata?

—La maleta de la tía Plum.

—¿Qué le pasa?

—El coleccionista no solo tenía el Vermeer. También tenía la maleta.

Silencio. La prima Patricia necesita un momento. Se lo doy.

—¿Qué quiere decir eso de que tenía la maleta?

—Pues eso. Que la maleta estaba ahí. Entre las posesiones del coleccionista.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Y no saben quién es este coleccionista?

—Exacto. Todavía no lo han identificado.

—¿Has visto el cuerpo?

—He visto una fotografía de su cara.

—Descríbemelo.

Lo hago.

—Eso podría ser cualquiera —concluye, cuando acabo.

—Lo sé.

—No importa —dice Patricia—. Tampoco lo vi. Llevaba un pasamontañas todo el rato. O... o me vendaba los ojos.

—Lo sé —repito, esta vez en un tono más sombrío.

En la esquina, el reloj del abuelo toca las campanadas. Guardamos silencio hasta que acaba.

—Pero es posible... Quiero decir, incluso parece probable... —Patricia se me acerca. Hasta ese momento estábamos en extremos opuestos del estudio. Ahora estamos a apenas uno o dos metros—. ¿Que el mismo hombre que robó el cuadro...?

—Yo no sacaría conclusiones precipitadas.

—¿Qué sabe el FBI de la maleta?

—Nada. Al ver el monograma y el escudo, han deducido que era mía.

—¿Tú no se lo has dicho?

Pongo una mueca.

—Por supuesto que no.

—Así que... Un momento. ¿Eres sospechoso?

Me encojo de hombros.

—Cuando se enteren del verdadero significado de la maleta... —apunta Patricia.

—Seremos sospechosos los dos, sí.

Mi prima, para quien no lo haya adivinado ya, es esa Patricia Lockwood.

Probablemente habréis oído su historia en programas como 60 minutos, pero para quienes no lo sepan, Patricia Lockwood dirige el refugio Abeona Shelter para niñas, adolescentes y mujeres jóvenes sin hogar o que hayan sufrido abusos. Es el corazón, el alma, el motor y el

rostro visible de la organización de beneficencia mejor considerada de todo el país. Y le han concedido decenas de premios por su labor humanitaria.

Así pues... ¿Por dónde empiezo?

No entraré en la división familiar, en cómo se pelearon su padre y el mío, en las batallas de los dos hermanos —en las que venció mi padre, Windsor Segundo—, y en cómo acabó con su hermano porque, en realidad, yo creo que mi padre y mi tío se habrían reconciliado antes o después. Nuestra familia, como muchas familias, ricas o pobres, tienen un largo historial de fisuras y reparaciones.

No hay vínculo como la sangre, pero tampoco hay ningún compuesto que sea igual de volátil.

Lo que impidió la potencial reparación fue el final definitivo: la muerte.

Enunciaré lo ocurrido intentando evitar en lo posible la carga emocional.

Hace veinticuatro años, dos hombres encapuchados mataron a mi tío Aldrich Powers Lockwood y secuestraron a mi prima Patricia, que tenía dieciocho años. Durante un tiempo se recibió información de gente que decía haberla visto —un poco como lo que ocurrió con los cuadros, ahora que lo pienso—, pero todas esas pistas no llevaron a nada. Llegó una petición de rescate, pero enseguida quedó claro que era un fraude.

Era como si la Tierra se hubiera tragado a mi prima.

Cinco meses después del secuestro, unos excursionistas acampados cerca de las cascadas Glen Onoko oyeron los gritos histéricos de una joven. Un momento más tarde apareció Patricia, corriendo por el bosque, en dirección a su tienda.

Estaba desnuda y cubierta de suciedad.

Cinco meses.

La policía tardó una semana en localizar el pequeño almacén de resina plástica, de esos que se compran en las grandes tiendas de ferretería y cosas de casa, en el que habían tenido prisionera a Patricia. Las esposas que había conseguido romper con una piedra seguían en el suelo de tierra, junto a un cubo para sus necesidades. Eso era todo. El

refugio era cuadrado, de poco más de dos metros de lado, y estaba cerrado con un candado. El exterior era de color verde bosque, por lo que resultaba prácticamente imposible verlo: fue un perro del FBI el que lo encontró.

El refugio saltó a los titulares de los periódicos con el apodo «la Cabaña de los Horrores», especialmente después de que la policía científica localizara ADN de otras nueve jóvenes/adolescentes/niñas de entre dieciséis y veinte años. Hasta la fecha solo se han encontrado seis de los cadáveres, todos enterrados en las cercanías.

Nunca atraparon a los criminales. No se les pudo identificar. Desaparecieron, sin más.

Físicamente Patricia estaba todo lo bien que cabía esperar. En la nariz y en las costillas se detectaron rastros de fracturas previas —el secuestro había sido violento—, pero se le habían curado bastante bien. Aun así, tardó un tiempo en recuperarse. Cuando entró en contacto con el mundo otra vez, lo hizo con una gran necesidad de venganza. Pero canalizó ese trauma aplicándolo a una causa. Se dedicó a sus chicas, las que habían sufrido abusos o habían sido abandonadas, e hizo de ello una vida, algo tangible, palpable.

La prima Patricia y yo no hemos hablado nunca de esos cinco meses.

Ella nunca ha sacado el tema, y yo no soy de esos que invitan a la gente a que se abra.

La prima Patricia se pone a caminar por el estudio.

—Demos un paso atrás e intentemos analizar esto racionalmente.

Yo no digo nada; espero a que ordene sus pensamientos.

—¿Cuándo fue robado el cuadro exactamente?

Le digo el 18 de septiembre, y el año.

—Eso es... siete meses antes... —dice, sin dejar de caminar—... antes de que mataran a papá.

—Más bien ocho.

Ya había hecho el cálculo en el helicóptero.

Se detiene y levanta las manos.

—¡Joder, Win!

Me encojo de hombros.

—¿Me estás diciendo que los mismos tipos que robaron los cuadros volvieron, mataron a papá y me secuestraron a mí?

Encojo los hombros otra vez. Lo hago mucho, la verdad, pero siempre con cierto estilo.

—¿Win?

—Explícamelo tú.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente.

—No quiero —dice Patricia, con una vocecita que no es habitual en ella—. Me he pasado los últimos veinticuatro años intentando no pensar en ello.

No digo nada.

—¿Lo entiendes?

Sigo sin decir nada.

—No me vengas con ese numerito del hombre silencioso, ¿vale?

—El FBI querrá que intentes identificar al coleccionista asesinado.

—No puedo. Ya te lo he dicho. ¿Y qué cambiaría? Está muerto, ¿no? Pongamos que fue este viejo calvo. Ya no está. Fin de la historia.

—¿Cuántos hombres entraron en casa la noche en que te secuestraron? —pregunto.

Ella cierra los ojos.

—Dos.

Cuando Patricia abre los ojos de nuevo, me encojo de hombros una vez más.

—Mierda —dice ella.

4

Decidimos no hacer nada de momento. Lo cierto es que es ella quien lo decide —es su vida la que pondrán patas arriba, no la mía—, pero yo estoy con ella. Quiere pensárselo y ver qué más podemos descubrir. Una vez abramos esa puerta, no habrá modo de cerrarla otra vez.

Voy a ver a mi padre, pero sigue descansando. No lo molesto. La mayoría de días está lúcido. Otros no. Vuelvo a subirme al helicóptero y me voy de Lockwood. Fijo una cita con una mujer con mi app. Decidimos vernos a las nueve. Ella se hace llamar Amanda361. Yo uso como alias Myron27 porque a Myron esta app le parece repulsiva. Una vez le pedí que me explicara por qué. Él empezó a hablar del significado profundo del amor, de la conexión, de dos que son una sola cosa, de despertarse un día y convertir a alguien en parte de tu vida.

Yo puse los ojos en blanco y Myron meneó la cabeza, derrotado.

—Explicarte el amor romántico a ti es como enseñarle a leer a un león: no va a servir de nada, y alguien puede acabar haciéndose daño.

Eso me gusta.

Por cierto, vosotros no tenéis esta app. No podéis conseguir esta app.

Una hora más tarde entro en mi despacho. Kabir, mi asistente, está allí. Kabir es un sij americano. Tiene veintiocho años, una barba larga y lleva turbante. Posiblemente no debiera mencionar nada de eso, porque ha nacido en Estados Unidos y en su manera de comportarse sigue los estereotipos americanos más que nadie que yo conozca, pero tal como él dice: «El turbante. Siempre hay que explicar el turbante».

—¿Mensajes? —le pregunto.

—Un quintal.

—¿Alguno urgente?

—Sí.

—Pues dame una hora.

Kabir asiente y me entrega una botella de agua. Es una bebida fría con

moléculas NAD de última generación, que contribuyen a frenar el envejecimiento. Este compuesto de vanguardia me lo manda un médico de Harvard especializado en longevidad. El ascensor me lleva a mi gimnasio privado del sótano. Hay pesas libres, un saco y una pera de boxeo, un muñeco Wing Chun con brazos y piernas de madera, otro para practicar lucha, espadas de madera bokken para practicar, pistolas de goma... cosas así.

Entreno todos los días.

He entrenado con algunos de los mejores entrenadores de lucha del mundo. He practicado todas las técnicas de combate de las que hayas podido oír hablar —karate, kungfú, taekwondo, krav maga, jiu jitsu de varios tipos— y muchas de las que no has oído hablar. Me pasé un año en Siem Reap estudiando la técnica de lucha de los jemeres, llamada Bokator, que más o menos se traduce como «patear a un león». Durante mis años de universidad me pasé dos veranos en Jinhae, en Corea del Sur, en un curso intensivo con un maestro de Soo Bahk Do. Estudio movimientos de ataque, de derribo, de sumisión, de bloqueo de articulaciones (aunque eso no me gusta), puntos de presión (que no son realmente útiles en una pelea de verdad), combate cuerpo a cuerpo, ataques en grupo y el uso de armas de todo tipo. Soy un tirador experto con la pistola, y también me las apaño bien con el rifle, aunque raramente me ha surgido ocasión de usarlo. He trabajado con cuchillos, espadas y armas blancas de todo tipo, y, aunque admiro muchísimo la Kali Eskrima filipina, he aprendido más de la combinación de estilos de los Delta Force estadounidenses.

Estoy solo en el gimnasio, así que me quito toda la ropa salvo el calzoncillo —un híbrido entre bóxer y slip, por si alguien tiene curiosidad—, y me pongo a repasar unos cuantos katas tradicionales. Me muevo rápido. Entre series, hago rondas de tres minutos golpeando el saco. Es el mejor ejercicio cardiovascular del mundo. Cuando era joven entrenaba cinco horas al día. Ahora aún hago un mínimo de una hora diaria. La mayoría de días trabajo con un instructor, porque aún estoy deseoso de aprender cosas nuevas. Hoy no, por supuesto.

Por supuesto, lo que hace posible todo esto es el dinero. Puedo viajar a cualquier sitio, o puedo traerme a casa a cualquier experto y pagarle para que se quede el tiempo necesario. El dinero te proporciona tiempo, atajos, acceso a la tecnología de vanguardia y a cualquier equipo.

¿A que recuerdo un poco a Batman?

Si lo piensas bien, el único superpoder de Bruce Wayne era su enorme riqueza.

El mío también. Y sí, estoy encantado de ser yo mismo.

La piel se me cubre de sudor. Siento el subidón. Aprieto aún más. Siempre me he presionado a mí mismo. Nunca he necesitado ninguna presión exterior. El único compañero con el que he entrenado ha sido Myron, pero eso era porque él necesitaba aprender, no porque yo necesitara motivación.

Hago esto por supervivencia. Para mantenerme en forma. Porque lo disfruto. No solo por eso, claro. También disfruto con el ejercicio físico. No disfruto con esa estupidez del trato obsequioso al maestro y todo ese «sí, sensei» que inculcan a los estudiantes de artes marciales, porque yo no me someto ante ningún hombre. Respeto, sí. Sometimiento, no. Tampoco uso esas técnicas que siguen el tópico de «solo para la autodefensa», falsedad al nivel de «el talón está en el correo» o «no te preocupes, la sacaré a tiempo». Yo uso lo que haga falta para derrotar a mis enemigos, independientemente de quién sea el agresor (que suelo ser yo).

Me gusta la violencia.

Me gusta mucho. No es que apruebe que los demás sean violentos. Es que lo soy yo. Yo no peleo como último recurso. Peleo cada vez que puedo. No intento evitar los problemas. Los busco activamente.

Cuando acabo con el saco hago unos presses de banco, levantamientos de pesos muertos y sentadillas. Cuando era más joven distribuía los levantamientos en varios días: días de brazos, días de pecho, días de piernas. Pero, al llegar a los cuarenta, observé que me salía más a cuenta hacer menos levantamientos y más variados.

Paso a la sala de vapor, a la sauna y luego, después de haber aumentado la temperatura corporal, me doy una ducha con agua helada. Someter el cuerpo a ciertas situaciones de tensión controlada como estas activa las hormonas aletargadas. Es sano. Cuando salgo de la ducha me encuentro tres trajes esperándome. Escojo el azul liso y vuelvo al despacho.

Kabir levanta el teléfono que tiene en la mano.

—La historia ha llegado a Twitter.

—¿Y qué dicen?

—Solo que el Vermeer ha aparecido en el escenario de un asesinato. También he recibido un montón de llamadas de periodistas pidiendo declaraciones.

—¿De alguna revista porno?

Kabir frunce el ceño.

—¿Qué es una revista porno?

Los jóvenes de hoy.

Cierro la puerta. Mi oficina tiene unas vistas envidiables y las paredes están cubiertas de paneles de madera. Hay un antiguo globo terráqueo y un cuadro con una escena de la caza del zorro en la pared. Me quedo mirando el cuadro y me pregunto cómo quedaría el Vermeer en su lugar. Suena mi móvil. Miro el número.

Debería sorprenderme —no he sabido nada de él en una década, desde que me dijo que se retiraba—, pero no me sorprende.

Me llevo el teléfono a la oreja.

—Articula.

—No puedo creerme que sigas respondiendo así al teléfono.

—Los tiempos cambian —respondo—. Yo no.

—Sí que cambias —replica—. Apuesto a que ya no sales de ronda nocturna. ¿A que no?

Ronda nocturna. En otros tiempos solía ponerme mi traje más elegante y me paseaba por las calles más peligrosas de la ciudad en plena noche. Silbaba. Me aseguraba de que todos pudieran ver mi cabello rubio y mi cutis pálido como el alabastro. Tengo los huesos bastante finos y, visto desde lejos, puedo parecer frágil: una tentación irresistible para cualquier abusón. Hasta que no te acercas lo suficiente no te das cuenta de que bajo la ropa hay bastante músculo. Pero para entonces suele ser demasiado tarde. Ya has visto el blanco fácil, te has reído de mí con tus amigos, no puedes echarte atrás.

Y, aunque lo intentaras, yo no te dejaría.

—No, ya no —confieso.

—¿Lo ves? Has cambiado.

Dejé de salir de ronda hace años. Resultaba bastante discriminatorio y demasiado aleatorio. Ahora soy más selectivo con mis objetivos.

—¿Cómo te va, Win?

—Estoy bien, P. T.

P. T. debe de tener ya unos setenta y cinco años. Fue él quien me reclutó cuando pasé aquella breve temporada en el FBI. También era mi contacto. Muy pocos agentes saben de su existencia, pero todos los directores y presidentes del FBI se han reunido con él en su primer día en el cargo. Se dice que en el Gobierno hay algunos personajes misteriosos. P. T. es misterioso hasta el punto de la inexistencia. Casi nadie lo conoce. Vive en algún lugar cerca de Quantico, pero ni siquiera yo sé dónde. Tampoco conozco su nombre real. Probablemente podría investigarlo, pero, aunque me gusta la violencia, no disfruto jugando con fuego.

—¿Cómo fue el partido de baloncesto de anoche? —me pregunta P. T.

No respondo.

—La final de la NCAA —precisa.

Sigo sin decir nada.

—Oh, relájate —me dice, chasqueando la lengua—. Vi el partido en la tele, eso es todo. Te vi sentado junto a la cancha, con Swagg Daddy.

Me pregunto si será verdad.

—Me encanta ese rollo suyo, por cierto.

—¿Qué rollo?

—El de Swagg Daddy. ¿De quién estamos hablando si no? Esa canción en la que combina hábilmente la idea de que hay zorras que le arrancan el corazón a un hombre con la de que hay zorras que le arrancan las pelotas. A mí eso me llega. Es poesía.

—Se lo haré saber —respondo.

—Fantástico.

—La última vez que hablamos me dijiste que te habías jubilado.

—Lo hice —dice P. T.—. Estoy jubilado.

—Y aun así...

—Aun así —repite—. ¿Tu línea es segura, Win?

—¿Es que se puede estar seguro al cien por cien?

—Con la tecnología de hoy en día no, es cierto. Me he enterado de que el FBI ha recuperado una propiedad tuya.

—Y les estoy muy agradecido.

—Pero hay algo más.

—Siempre lo hay, ¿no?

—Siempre —concuerda, con un suspiro.

—¿Lo suficiente como para pedir la colaboración de un jubilado?

—Eso te dice algo, ¿no? Supongo que habrá un motivo por el que no estás cooperando como cabría esperar.

—Simple prudencia —digo yo.

—¿Podrías dejar la prudencia a un lado mañana por la mañana? O no, deja que lo diga de otro modo —rectificó, sin cambiar en absoluto de tono—. Mañana por la mañana olvídate de tanta prudencia.

No respondo.

—Enviaré un avión a Teterboro a las ocho de la mañana. No faltes.

—¿P. T.?

—¿Sí?

—¿Habéis identificado a la víctima?

Oigo una voz de mujer a lo lejos. P. T. me dice que espere un momento y le dice a la mujer que solo tardará un momento. ¿Su esposa, quizá? Es sorprendente lo poco que sé de este hombre. Cuando vuelve al teléfono, dice:

—¿Te suena la expresión «esto es personal»?

—Cuando nos entrenabas, insistías siempre en que nunca era personal.

—Pues estaba equivocado Win. Muy equivocado. Mañana a las ocho.

Cuelga.

Recuesto la espalda en la silla, apoyo los pies en la mesa y repaso mentalmente la conversación, buscando intenciones ocultas o dobles sentidos. No me viene a la cabeza nada, más allá de lo obvio. Alguien llama a la puerta de mi despacho: un toque, pausa, y dos más. Kabir asoma la cabeza.

—Sadie quiere verte —me dice—. Parece... enfadada.

—Vaya por Dios.

Vuelvo al ascensor y bajo al bufete de Sadie, donde sale a mi encuentro un recepcionista-pasante, un recién licenciado en Derecho llamado Taft Buckington III. El padre de Taft —al que todos llamamos Taffy— es socio del Merion Golf Club. Juego mucho al golf con él. El joven Taft me mira a los ojos al entrar y menea la cabeza en señal de advertencia. En Fisher and Friedman hay cuatro abogadas, todas mujeres. Una vez le dije a Sadie que quizá deberían contratar a un hombre, para dar mejor imagen. Su respuesta fue directa; me encantó:

—¡Joder, no!

Curiosamente el único varón del despacho es el recepcionista-pasante. Que cada uno piense lo que quiera.

Cuando Sadie me ve de pie junto a la mesa de Taft me indica con un gesto que pase a su despacho y cierra la puerta tras de mí. Me siento. Ella se queda de pie. Este había sido el despacho de Myron. Sadie se quedó la mesa de Myron, que seguía aquí cuando se hizo cargo del alquiler, y preguntó si podía comprarla. Yo llamé a Myron para preguntarle cuánto quería, pero, tal como me esperaba, me dijo que se la regalara. Aun así, me resulta desconcertante encontrarme en este espacio, porque todo lo demás ha cambiado. En lugar de la pequeña nevera donde Myron guardaba sus botellines de Yoo-hoo ahora hay un mueblecito con una impresora. Los pósteres de espectáculos de Broadway —no hay un hombre heterosexual en todo Estados Unidos, salvo quizás Lin-Manuel Miranda, a quien le gusten los musicales más que a Myron— también han desaparecido. El despacho de Myron era ecléctico, nostálgico y colorido. El de Sadie es minimalista, blanco e impersonal. No quiere distracciones. La protagonista es la cliente, me dijo una vez, no la abogada.

—Tengo permiso para decirte esto —me dice Sadie—. Para que quede claro. No se trata del privilegio abogado-cliente porque... bueno, ya lo verás.

No digo nada.

—¿Sabes lo de mi cliente hospitalizada?

—Solo sé eso.

—¿Solo sabes qué?

—Que tienes una cliente que ha sido hospitalizada.

No es verdad, por cierto. Sé más.

—¿Y cómo te has enterado?

—Oí que alguien en el despacho lo mencionaba —digo yo. Pero también es mentira.

—Se llama Sharyn —prosigue Sadie—. De momento sin apellido. No importa. Los nombres no importan. Bueno, su caso es de libro. Al menos en principio. Sharyn estudia en una universidad importante. Conoce a un hombre que trabaja en la universidad, en un puesto de cierto prestigio. Al principio todo va estupendamente. Suele ocurrir. El hombre es encantador. La halaga. Es de lo más atento. Le habla del gran futuro que les espera.

—Es lo que siempre hacen, ¿no? —comento.

—Más o menos, sí. No es justo etiquetar de psicópata a cualquier tipo que empiece a enviarte flores y a dedicarte toda su atención, pero... bueno, hay algo de eso.

Asiento.

—No todos los novios atentos son psicópatas, pero todos los psicópatas son novios excesivamente atentos.

—Bien formulado, Win.

Finjo modestia.

—El caso es que la relación empieza estupendamente, como es habitual en estos casos. Pero, de pronto, empieza a torcerse. Sharyn está en un grupo de estudio con hombres y mujeres. Al novio, a quien voy a llamar Teddy porque así se llama ese capullo, eso no le gusta.

—¿Se pone celoso?

—A la enésima potencia. Teddy empieza a hacerle un montón de preguntas a Sharyn sobre sus amigos hombres. En realidad, la somete a un interrogatorio. Un día ella consulta el historial de búsqueda de su portátil. Alguien, bueno, Teddy, ha estado investigando a sus amigos. Teddy se presenta en la biblioteca sin aviso previo. Para darle una sorpresa, dice. En una ocasión aparece con una botella de vino y dos copas.

—Una tapadera —observo—. Un falso gesto romántico.

—Exactamente. La cosa va a más cada vez, como siempre. Teddy se enfada si las sesiones de estudio se alargan demasiado. Sharyn es estudiante. Quiere ir a las fiestas del campus con sus amigos. Teddy, que es segundo entrenador, insiste en acompañarla. Sharyn empieza a sentirse agobiada. Teddy está por todas partes. Si no responde a sus mensajes de texto enseguida, se pone histérico. Empieza a acusarla de ponerle los cuernos. Una noche la agarra del brazo con tanta fuerza que le hace un morado. Es entonces cuando ella decide cortar. Y a partir de ese momento empieza el acoso psicopático.

No me gusta demasiado escuchar los problemas de la gente, pero intento disimular y no se me da mal. Asiento en los momentos críticos. Me muestro preocupado, afectado. Mi expresión en reposo, si se me permite usar ese molesto coloquialismo otra vez, suele ser de desinterés o altiva. Así que hago un esfuerzo por conectar, por demostrar que me preocupo. Me supone cierto esfuerzo, pero yo estoy convencido de que lo consigo.

—Teddy se presenta de pronto para rogarle que vuelva con él. En tres ocasiones diferentes, Sharyn tiene que llamar a la policía porque Teddy se pone a aporrear su puerta pasada la medianoche. Le suplica que le deje hablar con ella, le dice que es injusta, que es cruel por no querer escucharle. Teddy llora de verdad, la echa mucho de menos, y al final consigue convencerla de que ella —y aquí Sadie enmarca sus palabras con unas comillas trazadas en el aire— «le debe» la oportunidad de explicarse.

—¿Y ella accede a verlo? —pregunto, más que nada porque temo haber alargado demasiado el silencio.

—Sí.

—Esa es la parte que nunca llegaré a entender.

Sadie se echa adelante y ladea la cabeza.

—Eso es porque, aunque lo intentas, Win, sigues siendo demasiado hombre como para entenderlo. A las mujeres nos educan para que seamos complacientes. Nos hacen responsables no solo de nosotras mismas, sino de todo aquel que tenemos alrededor. Acabamos pensando que es tarea nuestra reconfortar al hombre. Que podemos mejorar las cosas sacrificándonos un poco. Pero es lógico que lo preguntes. Es lo primero que les digo a mis clientes: si estás lista para acabar con esto, acaba. Da un corte limpio y no mires atrás. No le debes nada.

—¿Y Sharyn volvió con él?

—Por un tiempo. No menees la cabeza así, Win. Tú escucha, ¿vale? Eso es lo que hacen estos psicópatas. Te manipulan, te hacen luz de gas. Te hacen sentir culpable, como si fueras tú la responsable. Te absorben para atraparte de nuevo.

—Sigo sin entenderlo, pero eso no es lo importante, ¿no?

—El caso es que la cosa no dura. Sharyn ve la luz enseguida. Vuelve a cortar. Deja de responder a sus llamadas y a sus mensajes. Y es entonces cuando Teddy aumenta la intensidad de su acoso hasta convertirse en un psicópata puro y duro. Sin que ella se entere, le pone micrófonos en el apartamento. Le instala rastreadores en sus ordenadores y otro en el teléfono. Y empieza a mandarle amenazas anónimas. Le roba todos los contactos, y empieza a saturar los buzones de correo de sus amigos y familiares con mentiras crueles sobre ella. Se pone a escribir emails en su nombre insultando a profesores y amigos. En una ocasión contacta con el novio de la mejor amiga de Sharyn, haciéndose pasar por Sharyn, y le dice que la amiga le pone los cuernos. Se inventa toda una historia sobre un incidente falso en un bar.

—Muy imaginativo —observo.

—Pues no sabes ni la mitad. Empieza a enviarle mensajes a Sharyn haciéndose pasar por sus amigas, diciéndole lo tonta que ha sido al dejar a alguien tan encantador como Teddy.

Frunzo el ceño.

—Imaginativo, pero patético.

—Patético no; lo siguiente. Estos hombres..., y lo siento, no quiero parecer sexista, pero casi siempre son hombres. Bueno, son unos inseguros y unos pringados de proporciones bíblicas.

—¿Y Sharyn no va a la policía?

—Sí.

—Pero no parece que haya servido de mucho, ¿verdad?

A Sadie se le iluminan los ojos. Ahora se encuentra en su elemento.

—Para eso estamos nosotros, Win. La ley, tal como funciona hoy en día, no puede ayudar a las Sharyn del mundo. Para empezar, no está al día con la tecnología. Teddy se esconde usando VPN, teléfonos de prepago y direcciones de correo falsas. Es imposible demostrar quién la está acosando. Por eso es tan importante nuestro trabajo.

Asiento, indicándole que siga adelante.

—De modo que, desde el momento en que lo deja otra vez, Teddy no para. Manda una foto de Sharyn desnuda a su abuela, que tiene noventa y un años. Crea un vídeo lleno de mentiras sobre Sharyn: que odia a los judíos, que practica todo tipo de sexo bizarro, que es una supremacista blanca... no te lo puedes imaginar. Y no te lo pierdas: cuando le preguntan a Teddy por lo que ha hecho, él dice que todo eso es un montaje de Sharyn. Que lo ha dejado, pero no puede olvidarlo, y que estará haciendo todo eso para que vuelva con ella.

Meneo la cabeza.

—Y entonces fue cuando Sharyn oyó hablar de nosotras.

—¿Cuánto hace de eso?

—En febrero.

Espero. Sadie traga saliva.

—Sí. Lo sé. Sé que ha pasado mucho tiempo.

—¿Y?

—Seguimos intentándolo, Win. Investigamos y descubrimos que Teddy le ha hecho esto antes al menos a otras tres mujeres: eso explica en parte que haya ido pasando de una universidad a otra.

—¿Y las universidades lo saben?

—Las instituciones protegen a los suyos. Así que él accede a retirarse discretamente y la universidad en cuestión acuerda no decir nada. Al

menos en una ocasión hubo dinero de por medio, y la víctima firmó un acuerdo de confidencialidad.

Vuelvo a fruncir el ceño.

—El caso es que hacemos lo que podemos por Sharyn. Le conseguimos una orden de alejamiento temporal contra Teddy. Le pido que ponga por escrito todo lo que recuerda, todo lo que hizo Teddy, y que escriba un diario de todo lo que le sigue haciendo. Eso es clave: mantener un registro actualizado de lo que va ocurriendo. Vamos a la policía, para que conste la denuncia, pero como ya te he dicho ese es precisamente el motivo por el que es tan importante nuestro trabajo. La policía en realidad no tiene demasiada experiencia en la investigación cibernética.

Me recuesto en la silla y cruzo las piernas.

—Hasta ahora esto suena a uno de vuestros casos clásicos.

—Tienes razón —responde ella, con una sonrisa triste en los labios—. Teddy es de libro. Se parece a mi ex.

El acosador de Sadie también había llevado el asunto a un nivel superior, pero no es momento de sacar el tema. Me pongo cómodo y espero. Ya conocía la historia en líneas generales, pero ella está aportando más detalles. Tampoco tengo muy claro adónde quiere llegar con todo esto.

—Sharyn acaba dejando la universidad antes de acabar el curso porque Teddy no para de acosarla. Se muda al norte y empieza en otra universidad. Pero Teddy la encuentra otra vez. Como te he dicho, hemos encontrado a otras víctimas, pero nadie quiere declarar. Le tienen miedo. Y entonces Teddy empieza el acoso indirecto.

Se para y me mira. Supongo que está esperando que le pregunte, así que repito sus palabras:

—¿Acoso indirecto?

—¿Sabes lo que es?

Lo sé, pero digo que no con la cabeza.

—En este caso, Teddy crea perfiles en Tinder y Whiplr y otras apps de sexo duro, de esas con gente interesada en BDSM y cosas así, haciéndose pasar por Sharyn. Cuelga fotos de ella. Establece contactos

y le monta citas. Empiezan a aparecer tipos extraños en la puerta del apartamento de Sharyn, a todas horas. Ellos están convencidos de que les espera una sesión de sexo, o juegos eróticos, o lo que sea. Algunos se cabrean muchísimo cuando ella les dice que no. La llaman calientabraguetas, y cosas peores. Teddy se lo curra. Y entonces...

Sadie hace una pausa. Yo espero.

—Entonces Teddy empieza a flirtear con un tipo en un sitio web clandestino. Haciéndose pasar por Sharyn. Dura seis semanas. Seis semanas, Win. Qué dedicación, ¿no te parece? «Sharyn» —dice, de nuevo trazando comillas en el aire— le cuenta a ese tipo que su fantasía es que abusen de ella con violencia, que quiere que se le echen encima, que le pongan esposas y mordaza. Teddy incluso le dice a ese tipo dónde puede comprar todas esas cosas, y luego fija una cita para que el tipo la viole, como si fuera un juego de rol sexual.

Yo sigo perfectamente inmóvil.

—Este tipo cree que habla con Sharyn. Ha sido convencido durante semanas de que debe emplear la violencia, de que debe pegar a Sharyn, atarla, incluso usar un cuchillo. Teddy le da incluso una palabra de seguridad: «Púrpura». No pares, le dice, haciéndose pasar por Sharyn, a menos que me oigas decir «púrpura».

Sadie aparta la mirada y parpadea. Yo aprieto los puños de rabia.

—Y así es como ha acabado Sharyn en el hospital. Su estado... no es bueno.

Una vez más: todo eso ya lo sé. Me pregunto cómo debo proceder porque sigo sin entender el pánico. Así que pongo voz de no saber muy bien qué decir:

—Supongo que Teddy ha ocultado su identidad en todo momento.

Sadie asiente.

—Así que la policía no ha podido hacerle nada.

—Exacto.

—¿Se ha ido de rositas?

—Eso parecía.

—¿Parecía?

—El nombre completo de Teddy es Teddy Lyons. ¿Sabes quién es?

Me llevo un dedo a la barbilla.

—El nombre me suena.

—Es el segundo entrenador de la South State.

—¿De verdad? —digo, intentando moderar mi reacción.

—Nos acabamos de enterar. Anoche, tras el gran partido, alguien atacó a Teddy. Le dieron una buena paliza; le dejaron bastante tocado.

Alguien. Ha dicho alguien. Conclusión: sigo libre de sospecha.

—Huesos rotos —añade—. Hemorragia interna. Graves daños hepáticos. Dicen que no volverá a ser el mismo.

Hago un esfuerzo para no sonreír. Pero no lo consigo del todo.

—Vaya, qué lástima —comento.

—Sí, ya veo que estás desolado.

—¿Debería?

—Lo teníamos, Win.

La mirada de Sadie es como un láser que atraviesa el cristal de sus gafas. Veo esa pasión que tanto me atrajo cuando la conocí y que me hizo conectar con su causa. Sadie prefiere la acción a las palabras. En eso somos parecidos.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo teníamos? Acabas de decir que se estaba yendo de rositas.

—Después de lo sucedido con Sharyn, volví a contactar con las otras víctimas de Teddy. Por fin accedieron a declarar. Sharyn también estaba dispuesta a dar la cara. Les resultaría traumático, por supuesto. Teddy ya les había robado demasiadas cosas.

—Hum. —Me recuesto en la silla y cruzo las piernas. No había pensado en las repercusiones. Raramente lo hago. Pero... no, no, en realidad no tiene razón—. Pues entonces da la impresión de que la paliza que ha recibido Teddy les ayuda, ¿no?

—No, Win, no les ayuda. Una vez cambias de opinión... Al final tiene

un efecto catártico enfrentarte, plantar cara a tu abusador. Y encima habíamos convocado una gran rueda de prensa para cuando Sharyn saliera del hospital. Imagínatelo: cuatro víctimas en la escalinata del Capitolio del Estado, contándole su historia al mundo. Teníamos a dos congresistas del estado dispuestos a aparecer con nosotras. Eso habría arruinado la reputación de Teddy, pero lo más importante es que esas historias tan impactantes nos habrían ayudado a promover la aprobación de una ley; una ley cuyo borrador habría salido de este bufete. —Sadie da unos golpecitos en su mesa—. Los dos congresistas iban a presentárselo al gobernador.

Espero.

—Y ahora —añade Sadie—, ¡puf!, todo eso se ha esfumado.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no podéis contar la historia igualmente?

—No tendría el mismo impacto.

—Bah. Seguro que sí.

—Anoche alguien atacó a Teddy.

—¿Y qué?

—Pues que de pronto se convierte en víctima de un justiciero.

—Eso no lo sabes —digo yo—. Podría ser que haya vuelto a las andadas, y que esta vez haya dado con la mujer equivocada.

—¿Y que ella le ha dado la paliza de su vida?

—O alguien de su familia, no lo sé. —Chasqueo los dedos—. O podría haber sido un atraco, algo que no tenga ninguna relación.

—Venga, hombre.

—¿Qué?

—Se ha acabado, Win. La guerra sigue abierta, pero hemos perdido esta batalla. Necesitábamos contar con la simpatía del público. Pero ahora nuestro monstruo está en coma. Seguro que saldrá alguien en Twitter diciendo que han sido las víctimas. La madre de Teddy dirá

que esas mujeres despechadas mintieron sobre su niño, que se cebaron con él. No se trata solo de los hechos, Win. Tenemos que ganar con la narrativa.

Pienso en ello. Y luego digo que lo siento, aunque quizá sin demasiado entusiasmo.

A ver, para que quede claro: no siento lo que le hice a Teddy. Lo que siento es no haberlo hecho después de la rueda de prensa. Sadie necesita ser optimista. Desgraciadamente, yo no lo soy. Teddy no habría respondido nunca ante la justicia. Quizá pasara un mal trago, habría perdido su trabajo, pero también habría contraatacado, haciéndoles un daño terrible a Sharyn y a las otras mujeres. Se habría mostrado como víctima de sus ataques, y demasiada gente le habría creído. A eso era a lo que se enfrentaba Sadie.

Yo creo en Sadie Fisher. Con el tiempo quizá gane. Pero no hoy.

Son las ocho y media de la tarde. Mi cita es dentro de media hora, pero no me costaría nada cancelarla.

—¿Quieres que vayamos a tomar una copa juntos?

—¿Lo dices en serio?

—Así podemos compadecernos de nosotros mismos.

Sadie menea la cabeza.

—Sé que quieres ser amable conmigo, Win.

—¿Pero?

—Pero no tienes ni idea de cómo hacerlo.

—¿Los colegas no salen a tomar copas?

—Esta noche no, Win. Esta noche tengo que ir al hospital y contarle lo ocurrido a Sharyn.

—Quizá se sienta aliviada —digo yo—. Teddy ya no podrá hacerle daño. Eso debería reconfortarla en cierto modo, ¿no?

Sadie abre la boca, se queda pensando y luego la cierra. Me doy cuenta de que la he decepcionado. Me da una palmadita en el hombro y sale del despacho.

Echo un vistazo a mi app. Mi programa de citas para ricos está en un lugar tan profundo de Internet que no habría modo de que alguien pudiera crear un perfil falso como los de Teddy. Y, aunque pudieran, nunca podrían superar el resto de medidas de seguridad. El mensaje dice:

Amanda361 te está esperando.

Así que mi cita de esta noche ya ha llegado a la suite. No vamos a hacerla esperar.

5

La app ofrece diversas entradas secretas.

Esta noche usaremos la de los grandes almacenes Saks Fifth Avenue. El venerable Saks, situado en la Quinta Avenida, entre la calle Cincuenta y la Cuarenta y nueve, tiene un departamento de joyería de lujo llamado The Vault. Se encuentra en el sótano. Detrás hay una puerta que solía llevar a unos probadores. Está cerrada, pero los usuarios de la app podemos abrirla con una llave magnética. Se entra por la puerta y se bajan unos escalones que llevan a un pasaje subterráneo. El pasaje lleva a un ascensor en el sótano de un rascacielos de la calle Cuarenta y nueve, cerca de Madison Avenue. El ascensor solo para en la octava planta. En este punto efectúa un escáner ocular. Si no se supera el control del escáner, las puertas del ascensor que dan a la suite privada no se abren.

Está muy bien esto de ser rico.

Para poder tener un perfil en esta app hay que tener un patrimonio neto de más de cien millones de dólares. Los costes mensuales son exorbitantes, especialmente para alguien como yo, que usa este servicio con frecuencia. Un servicio que, en realidad, es simple: pone en contacto a personas ricas para tener sexo. Sin complicaciones. En un ambiente exquisito. De lujo. Pero, por lo demás, es sexo.

La app no tiene nombre. La mayoría de los clientes están casados y buscan la máxima confidencialidad. Algunos son personajes públicos. Algunos son gais o de algún otro colectivo LGBTQ+ y no quieren verse expuestos. Algunos, como yo, simplemente son ricos y buscan sexo sin compromiso ni repercusiones. Durante años he ligado con mujeres en bares, clubes nocturnos o galas. Aún lo hago de vez en cuando, pero una vez pasados los treinta y cinco hay quien tiene la impresión de que resulta algo desesperado. Hubo una época turbia de mi pasado en la que contrataba a prostitutas. Cada martes encargaba dim sum y una mujer en un lugar del Lower East Side llamado Noble House: era mi versión personal de una noche de comida china. En aquella época estaba convencido de que la prostitución era el oficio más antiguo del mundo (y noble, si venía de la Noble House). No lo es. Una vez, trabajando en un caso en el extranjero, supe lo que era la trata de blancas y cosas parecidas. Y, a partir de entonces, lo dejé.

Al igual que ocurre con las artes marciales, al aprender

evolucionamos, mejoramos.

Una vez eliminada esa opción, intenté trabajar el enfoque amigos con beneficios, que antes tan de moda estaba, pero el problema es que los amigos, por definición, vienen con ataduras. Y yo no quiero eso.

Ahora uso sobre todo esta app.

Amanda361 está sentada en la cama, y no lleva puesto más que el albornoz de rizo de algodón turco con remates en satén que viene con la habitación. Han traído champán rosado, La Grande Dame de Veuve Clicquot, y unas fresas recubiertas de chocolate en un cuenco plateado. Un equipo de alta fidelidad reproduce la música que escoja el usuario. Yo suelo dejar eso en manos de la mujer, aunque estoy más a gusto sin banda sonora.

Me gusta escucharla a ella.

Amanda361 se levanta de la cama, sonríe y se me acerca dando saltitos con una flauta de champán en la mano. Myron siempre dice que una mujer no podía estar más sexy que en albornoz y con el cabello mojado. Yo antes me reía de él y le decía que eso no podía competir con un corsé negro y portaligas a juego, pero ahora creo que quizá Myron tuviera algo de razón.

Aprendemos, evolucionamos, mejoramos.

Esta noche el sexo es fantástico. Suele serlo. Y, cuando no lo es, sigue siendo sexo. Hay un viejo chiste sobre un hombre que lleva un bisoñé: puede ser un buen bisoñé, puede ser un mal bisoñé, pero no deja de ser un bisoñé. Lo mismo pasa con el sexo. Muchas veces he oído que el sexo con una extraña puede resultar incómodo. A mí casi nunca me lo ha parecido. Quizá se deba en parte a mi dominio en la materia —las técnicas que he aprendido en mis viajes por el mundo no solo son aplicables a la lucha—, pero el secreto es muy simple. Estar ahí. Yo hago que todas las mujeres se sientan como si fueran la única del mundo. No es una actuación. Una mujer se da cuenta cuando no eres auténtico. Mientras estamos juntos esa mujer y yo, solo existimos nosotros dos. El mundo desaparece. Mi concentración es total.

Me encanta el sexo. Y lo practico muchísimo.

Myron se pone filosófico y se entusiasma cuando dice que el sexo debería ser algo más, que el amor o el vínculo romántico potencia la experiencia física. Yo le escucho y me pregunto si está intentando convencerme a mí o a sí mismo. A mí no me gustan ni el amor ni los

vínculos románticos. Me gusta compartir ciertos actos físicos de forma consensuada con otra persona adulta. Eso otro a mí no me potencia el sexo. Lo contamina. El acto en sí mismo es puro. ¿Por qué enfangarlo con otras cosas? El sexo quizá sea la mejor experiencia compartida del mundo. Sí, disfruto con una cena de lujo, un buen espectáculo o con la compañía de buenos amigos. Me gustan el golf, la música y el arte.

Pero ¿alguna de esas cosas se puede comparar con una noche de sexo?

En opinión de este humilde servidor, no.

Ese era uno de los motivos por los que me gustaba la prostitución. Era una transacción directa: yo obtenía algo y ella obtenía algo. Al final del trato nadie le debía nada a nadie. Y sigue siendo lo que busco: salir de la habitación sabiendo que la otra persona ha obtenido el mismo beneficio que yo. Quizá sea por eso por lo que se me da bien. Cuanto más disfruta ella, menos siento que le debo algo. Por otra parte, tengo un ego tremendo. No hago cosas que no se me den bien. Se me da muy bien el golf, se me da muy bien la asesoría financiera, se me da muy bien la lucha y se me da muy bien hacer el amor. Si hago algo, quiero ser el mejor en ello.

Cuando acabamos —las damas primero— nos quedamos estirados un rato sobre las sábanas de seda Mulberry de color crema con sus almohadas a juego. Respiramos hondo. Cierro los ojos un momento. Ella sirve un poco de champán rosado en dos flautas y me pasa una. Me pone una fresa recubierta de chocolate en la boca.

—Ya nos hemos visto antes —me dice.

—Lo sé.

No es algo tan raro. En realidad se llama Bitsy Cabot. Los superricos se mueven en círculos limitados, pero similares. Sería raro que no conociera a la mayoría de las mujeres. Bitsy quizá tenga unos años más que yo. Sé que pasa su tiempo entre Nueva York, los Hamptons y Palm Beach. Sé que está casada con el gestor de un fondo de cobertura, pero no recuerdo su nombre. No conozco los motivos de Bitsy para hacer esto. Tampoco me importan.

—En casa de los Radcliffe —digo yo.

—Sí. La gala que organizaron el verano pasado fue magnífica.

—Es por una buena causa.

—Sí que lo es.

—Desde luego, Cordelia sabe montar buenas fiestas.

Habrá quien piense que no veo el momento de vestirme y largarme, que no me quedo nunca a pasar la noche para evitar cualquier posibilidad de vinculación. Pero no es así. Si ella quiere que me quede, me quedo. Si no quiere, me voy. A veces es ella la que se va. La verdad es que no me importa. Yo duermo igual esté ella o no. Esta cama es bastante cómoda. Es todo lo que importa.

Que nos quedemos los dos no nos va a unir más. Ni tampoco nos va a separar más.

Una gran ventaja de pasar la noche con ella es que por la mañana suelo disfrutar de un bis espectacular, sin la molestia que supondría tener que encontrar otra pareja. Es un buen extra.

—¿Vas a la gala todos los años? —me pregunta.

—Cuando estoy en los Hamptons —respondo—. ¿Tú estás en alguno de los comités?

—Sí, en el de la comida.

—¿Quién se encarga del cáterin?

—Rashida. ¿La conoces?

Hago que no con la cabeza.

—Es divina. Te puedo pasar un mensaje con sus datos de contacto.

—Gracias.

Bitsy se acerca y me da un beso. Yo sonrío y la miro fijamente a los ojos.

Se levanta de la cama. Observo todos sus movimientos. Eso le gusta.

—Esta noche me lo he pasado muy bien —dice.

—Yo también.

Otra cosa que puede sorprender a más de uno: no tengo problema en repetir encuentros, porque lo cierto es que el número de peces en este mar en el que me muevo es limitado. Soy honesto con respecto a mis

intenciones. Si noto que quieren algo más de mí, corto. ¿Tan limpiamente como querría? No siempre, por supuesto. Pero todo lo limpiamente que puedo. Lo importante es que se mantengan las condiciones.

Pasa un rato, y yo no me muevo. Disfruto del momento. Son las dos de la mañana. Por muy bien que me lo haya pasado esta noche, y pese a que estoy seguro de que disfrutaría repitiendo con ella, incluso un par de veces, intento imaginarme lo que sería pasarme el resto de mi vida haciendo el amor únicamente con Bitsy Cabot. Con cualquier persona, en realidad. Y solo de pensarlo siento escalofríos. Lo siento: no lo entiendo. Ahora Myron está casado con una mujer imponente y brillante llamada Terese. Están enamorados. Si la cosa va como espera Myron, nunca conocerá la piel de otra mujer.

No lo entiendo.

Bitsy se va al baño. Cuando sale, está vestida. Yo sigo en la cama, con la cabeza apoyada en las manos.

—Tengo que volver —dice, como si yo supiera adónde tiene que volver. Me siento en la cama—. Adiós, Win.

—Adiós, Bitsy.

Y así, como todo lo bueno, se acaba.

A la mañana siguiente un coche me lleva al aeropuerto para visitar a mi antiguo jefe del FBI, P. T.

Antes me encantaba conducir. Soy un gran fan de los Jaguars y aún tengo dos en Lockwood: un XKR-S GT del 2014 —que uso cuando estoy allí— y un XK120 Alloy Roadster de 1954 que me regaló mi padre cuando cumplí treinta años. Pero, cuando vives en Manhattan, conducir no tiene sentido. Básicamente la isla es como un aparcamiento por el que no paran de moverse los coches. Una de las grandes cosas que te puedes comprar con dinero es el tiempo. No vuelo en avión privado ni tengo chófer porque me guste el lujo. Me gasto el dinero en esas cosas porque, a fin de cuentas, lo que realmente tiene valor en la vida es lo que esos expertos pesados han bautizado como tiempo de calidad. Eso es lo que consigues con los aviones privados y los coches con chófer. Yo tengo la posibilidad de comprar tiempo, y eso, si lo piensas bien, es lo que más se parece a comprar felicidad y longevidad.

La conductora de hoy es una mujer polaca de la ciudad de Breslavia

llamada Magda. Hablamos un poco durante los primeros minutos de viaje. Al principio Magda se muestra reticente —a los chóferes de este nivel se les suele enseñar que no deben molestar a la clientela—, pero a mí me parece que todo ser humano tiene una historia interesante, si sabes hacerle las preguntas correctas. Así que la sondeo un poco. Le veo los ojos por el retrovisor. Son de un azul profundo. Bajo la gorra de chófer le asoma el cabello rubio. Me pregunto qué aspecto tendrá el resto, porque soy un hombre, y, en el fondo, todos los hombres somos unos cerdos. Aunque eso no quiere decir que haya que hacer algo al respecto.

El vehículo de hoy es un Mercedes Maybach S 650. La serie Maybach tiene veinte centímetros más de distancia entre ejes, de modo que el asiento se puede reclinar cuarenta y tres grados. Es muy cómodo, y cuenta con un apoyo para los pies, función de masaje caliente en la espalda y apoyabrazos calefactados. También hay una bandeja/escritorio para trabajar, una pequeña nevera y soportes para los vasos que pueden calentarse o enfriarse a gusto del usuario.

Ahora que lo pienso, quizá sí me gusta el lujo.

El aeropuerto de Teterboro es el más cercano a Manhattan para aviones privados. Fue aquí donde aterricé tras el desmadre de la fiesta de Swagg Daddy en Indianápolis. Cuando llegamos a la puerta del extremo sur, los guardias le indican con un gesto a Magda que podemos pasar a la pista. Paramos junto a una Gulfstream G700, una avioneta que en realidad aún no está en el mercado. Me sorprende. La G700 es cara —unos 80 millones—, y los agentes del gobierno, aunque sean de máxima categoría y clandestinos como P. T., no suelen mostrarse tan extravagantes. La G700 es para jeques de Oriente Medio, no para agentes del FBI.

No tengo ni idea de adónde vamos ni de cuándo volveremos. Supongo que me llevarán a Washington o a Quantico para mi reunión con P. T., pero, en realidad, no lo sé. Magda tiene instrucciones de esperarme. Sale del coche y da la vuelta para abrirme la puerta. Podría decirle que ya lo hago yo, pero podría parecer condescendiente. Le doy las gracias, subo por la escalerilla del avión y entro.

—Hola, Win.

P. T. está allí sentado, con una gran sonrisa en el rostro. Hace casi dos décadas que no lo veo. Está viejo, pero lo cierto es que lo es. No se levanta del asiento para saludarme, y observo el bastón a su lado. Es un tipo calvo y voluminoso, con enormes manos nudosas. Me acerco a

él, me inclino y le tiendo la mano. Me la estrecha con fuerza. Tiene la mirada clara. Me indica con un gesto que me siente frente a él. La G700 tiene capacidad para diecinueve pasajeros. Lo sé porque alguien está intentando venderme una. Los asientos, como cabría esperar, son anchos y cómodos. Me siento delante de él.

—¿Vamos a algún sitio? —pregunto.

P. T. niega con la cabeza.

—Se me ha ocurrido que este podría ser un buen sitio para vernos en privado.

—No sabía que las G700 ya estuvieran a la venta.

—No lo están —dice—. No he venido con esta.

—¿Oh?

—Yo uso una Hawker 400 oficial.

—La Hawker 400 es una avioneta más pequeña y antigua.

—He pedido prestada esta para nuestra reunión porque es más cómoda que la Hawker.

—Eso es cierto.

—Y porque la Hawker probablemente tenga micrófonos instalados.

—Ya veo.

Me mira de arriba abajo.

—Me alegro mucho de verte, Win.

—Yo también, P. T.

—He oído que Myron se ha casado.

—Te invitó a la boda.

—Sí, lo sé.

P. T. no me da más explicaciones, y yo no se las pido. Intento llevar la iniciativa.

—¿Sabes quién es el coleccionista muerto, P. T.?

—¿Lo sabes tú?

—No.

—¿Estás seguro, Win?

No me gusta el brillo de sus ojos.

—Solo vi una foto de la cara del cadáver. Si quieres enseñarme más...

—No hace falta —dice él. Tal como he dicho, P. T. es un hombre alto. Se nota incluso cuando está sentado. Apoya las manos en las rodillas, como si posara para una estatua—. Háblame de la maleta.

—¿No vas a decirme quién es la víctima —pregunto— o no lo sabéis?

—¿Win?

Espero.

—Háblame de la maleta.

Su voz siempre tiene un tono apremiante. Supongo que es para intimidar, pero el hecho de que ahora se dirija a mí así lo hace más preocupante.

La sensación que transmite es de miedo.

—Estoy esperando —dice P. T.

—Lo sé.

—¿Por qué no nos hablas de tu maleta?

—Estoy protegiendo a alguien.

—Muy noble —dice él—. Pero necesito saberlo.

Vacilo un momento, aunque lo cierto es que sabía que llegaríamos a esto.

—Lo que me digas se queda entre nosotros. Lo sabes.

P. T. se recuesta en su asiento y me indica con un gesto que siga adelante.

—Mi tía me regaló esa maleta cuando tenía catorce años —le explico —. Fue un regalo de Navidad. Encargó una para cada uno de los

varones de la familia Lockwood. Solo para los hombres. A las mujeres les dio un pequeño neceser de maquillaje.

—Sexista —observa P. T.

—A nosotros también nos lo pareció.

—¿A nosotros?

No le hago caso.

—A mí el neceser también me parecía horrendo, en realidad lo horrendo era toda esa idea de artículos de cuero con el monograma grabado. ¿Qué sentido tiene? Yo no quería la maleta, así que se la cambié a una pariente por su neceser. Ella se quedó con la maleta con mis iniciales. Curiosamente, aún uso el neceser cuando viajo. A modo de broma personal.

—Vaya —dice P. T.

—¿Qué?

—Estás yéndote por las ramas, Win.

—¿Cómo?

—Nunca te he oído dar tantas explicaciones como hoy. ¿Supongo que es porque no quieres decirme quién es esa pariente?

Tiene razón, pero no tiene sentido darle más vueltas.

—Mi prima Patricia.

Por un momento parece confundido. Pero luego lo entiende.

—Un momento. ¿Patricia Lockwood?

—Sí.

—Dios Santo.

—Ya.

Intenta asimilar la nueva información.

—¿Y cómo acabó su maleta en ese armario del Beresford?

Con el tiempo el FBI habría seguido la pista de la maleta. Lo tienen en

sus archivos. Ese es uno de los tres motivos por los que he decidido sincerarme. Motivo número uno: confío en P. T. tanto como se puede confiar en alguien en esta situación. Motivo número dos: si le doy esa información a P. T., probablemente él comparta conmigo lo que sabe. Y motivo número tres: antes o después el FBI se enteraría, con o sin mi ayuda, y entonces la prima Patricia y yo quedaríamos señalados, como si tuviéramos algo que ocultar.

—¿Win?

—Después de que esos dos hombres asesinaran a mi tío, obligaron a Patricia a hacer una maleta.

P. T. tarda unos segundos en registrar mis palabras. Cuando lo hace, abre los ojos como platos.

—Quieres decir... Dios Santo, ¿me estás hablando de la Cabaña de los Horrores?

—Sí.

Se frota la cara.

—Recuerdo... sí, es cierto. Después de que asesinaran a tu tío le hicieron coger algo de ropa. Para distraer la atención, o algo así, ¿no?

No respondo.

—¿Y qué hicieron con la maleta?

—Patricia no lo sabe.

—¿No volvió a verla?

—Nunca. —Me aclaro la garganta y hablo sin emoción en la voz. Por mi tono, podría estar hablando de material de oficina o de azulejos para el baño—. Le taparon los ojos y la amordazaron. Le ataron las manos a la espalda. La metieron en el maletero de un coche, con la maleta, y se la llevaron en coche a algún sitio. Cuando pararon, le hicieron caminar por el bosque. Ella no sabe cuánto tiempo, pero tiene la impresión de que fue al menos durante todo un día. No le dijeron nada en todo el tiempo que estuvieron andando. Cuando llegaron al cobertizo, la encerraron dentro. Por fin se quitó la venda de los ojos. Estaba oscuro. Pasó otro día. Quizás dos. No está segura. Alguien le dejó unas barritas de cereales y agua. Al cabo de un tiempo, uno de los hombres regresó. Con un cúter le arrancó la ropa, haciéndola

jirones. La violó. Luego se llevó la ropa, le tiró unas barritas de cereales más y volvió a encerrarla.

P. T. se limita a menear la cabeza. Yo sigo adelante:

—Eso lo hizo durante cinco meses.

—Tu prima no fue la primera víctima —dice él.

—Exacto.

—Se me ha olvidado cuántas más hubo.

—Sabemos de otras nueve. Puede que hubiera más.

Ahora las mejillas le cuelgan aún más flácidas.

—La Cabaña de los Horrores —repite.

—Sí.

—Y nunca pillaron al criminal.

No sé si me lo está preguntando o si simplemente está constatando lo que ambos sabemos. En cualquier caso, sus palabras quedan flotando en el aire, entre los dos, demasiado tiempo.

—O criminales, en plural —añade P. T.—. Eso es lo raro, ¿no? La secuestran dos hombres. Pero solo uno la mantiene en cautividad, ¿no es cierto?

—Solo uno la violó —le corrijo—. Eso cree ella, sí.

A lo lejos oigo el murmullo de un avión despegando.

—Así que lo más probable... —P. T. no acaba la frase. Levanta la vista y fija los ojos en el techo de la cabina, y me parece ver un brillo acuoso en sus ojos—. Lo más probable —vuelve a probar— es que el coleccionista fuera uno de esos dos hombres.

—Lo más probable.

P. T. cierra los ojos. Se frota el rostro de nuevo, esta vez con ambas manos.

—¿Te aclara algo lo que te he contado? —pregunto yo.

Él se frota la cara otra vez.

—¿P. T.?

—No, Win, no me aclara un carajo.

—Pero sabéis quién es el coleccionista, ¿no?

—Sí. Por eso he vuelto. Es el caso que no pude abandonar.

—Ahora no hablas de la Cabaña de los Horrores, ¿verdad?

—No —dice P. T. Y se echa adelante—. Pero a ese coleccionista llevo buscándolo casi cincuenta años.

6

P. T. se frota la mandíbula.

—Lo que estoy a punto de contarte es estrictamente confidencial.

Esa premisa me molesta, porque P. T. sabe que hacerme una advertencia así es a la vez superfluo e insultante.

—Vale.

—No se lo puedes contar a nadie.

—Bueno, sí —respondo, y yo mismo detecto el tono de irritación en mi voz—; eso es lo que se entiende cuando alguien usa la expresión «estrictamente confidencial».

—A nadie —repite—. Ni siquiera a Myron.

—No.

—¿No qué?

—Yo a Myron se lo cuento todo.

Se me queda mirando un momento. Normalmente P. T. tiene la expresividad de un archivador. Si le dices al teléfono «Siri, enséñame imperturbable» te aparece una foto de P. T. en la pantalla. Sin embargo, hoy, en esta Gulfstream G700, se le ve agitado como nunca.

Me recuesto, cruzo las piernas y con un gesto de las manos le animo a que me lo cuente. P. T. echa mano al maletín que tiene al lado. Saca un sobre marrón y me lo da. Mientras lo abro y saco la fotografía que hay dentro, él mira por la ventanilla.

—La reconoces, supongo.

La reconozco. Cualquiera la reconocería. Es una de esas fotografías emblemáticas que definen la contracultura pacifista, feminista, flower-power de los sesenta, o quizá (no recuerdo con exactitud) de principios de los setenta. Esta imagen, como muchas otras fotografías representativas de la época —el juicio de los Siete de Chicago, Mary Ann Vecchio arrodillada junto al cuerpo de Jeffrey Miller en la Kent State, los Merry Pranksters con su autobús psicodélico, una

manifestante ofreciéndole una flor a un soldado de la Guardia Nacional, la multitud de Woodstock, los estudiantes negros sentados a la barra del Woolworth's—, esta foto de seis estudiantes universitarios de Nueva York había aparecido en la portada de todos los periódicos, entrando en los anales de lo inolvidable.

—Fue tomada el día antes del ataque —me dice P. T.

Eso lo recuerdo.

—¿Cuántas víctimas hubo?

—Siete muertos, una docena de heridos.

La fotografía se tomó en el sótano de una casa de Jane Street, en el Greenwich Village. En la foto aparecen seis personas: cuatro hombres desgreñados y dos mujeres desgreñadas, todos con cabello largo y vestidos al estilo hippy de la época. Los seis están exultantes, con grandes sonrisas y los ojos salientes; si ampliara la foto, estoy seguro de que vería pupilas dilatadas por efecto de algún psicotrópico. Los seis sostienen botellas de vino en la mano, en una especie de gesto de victoria extraño. Del cuello de las botellas salen unas mechas. Las botellas, tal como harían saber al mundo muy pronto, están llenas de queroseno. A la noche siguiente prenderían las mechas, lanzarían las botellas y moriría gente.

—¿Recuerdas sus nombres? —me pregunta P. T.

Yo señalo a los dos hombres del centro.

—Ry Strauss, por supuesto. Y Arlo Sugarman.

Los dos líderes son nombres conocidos. En las fotografías más famosas, la gente busca algún significado oculto en la posición de los sujetos, casi como se haría —para seguir con el tema— con una gran pintura. En esta se ve perfectamente. Los dos hombres del centro parecen más grandes, están más iluminados. Como en la Ronda de noche de Rembrandt, por ejemplo, en la fotografía hay mil cosas que ver. Al principio se puede ver como un conjunto, y luego ir descubriendo cada uno de los personajes. Strauss tiene el cabello largo y rubio, como Thor o Fabio, mientras que Sugarman lo lleva al estilo afro, como Art Garfunkel. Strauss sostiene el cóctel Molotov con la mano derecha, Sugarman con la izquierda, y ambos tienen el brazo libre en torno al cuello del otro. Miran directamente a la cámara, preparados para ir a por todas; algo que harían muy pronto, para fracasar miserablemente.

—¿Qué hay de ella? —pregunta P. T., echando el cuerpo hacia delante y poniendo un dedo sobre el rostro de la joven a la derecha de Ry Strauss. Es una chica menuda y parece menos convencida. Tiene los ojos puestos en Strauss, como si quisiera seguir su ejemplo. Levanta la botella solo a media altura, con un gesto más tímido.

—¿Lark no sé qué?

—Lake —le corrige P. T.—. Lake Davies.

—Fue la única que cogieron, ¿no?

—Más de dos años después. Se entregó.

—Hubo cierta polémica por la sentencia.

—Solo cumplió dieciocho meses. Su abogado defensor hizo un alegato muy conmovedor diciendo que había tenido un papel muy secundario porque se supone que los hombres no permitían que las chicas lanzaran los explosivos, y que era joven y tonta y que estaba encandilada por su novio, Ry Strauss. Ry era el líder carismático, el Charles Manson del grupo. Arlo Sugarman era más bien el cerebro práctico. Lake Davies también ha cooperado con nosotros.

—¿Cooperado? ¿Cómo?

—Vale, volvamos atrás. —P. T. echa el cuerpo adelante y señala varios de los rostros mientras habla—. Ry Strauss y Arlo Sugarman eran los líderes. Ambos tenían veintiún años. Lake Davies tenía diecinueve años, era estudiante de primero en Columbia. La otra mujer, la pelirroja, era Edie Parker, de Nueva Jersey. Los otros dos tíos son Billy Rowan, estudiante de tercer año en Holyoke, Massachusetts, era el novio de Edie Parker, y el negro es Lionel Underwood. Underwood también estaba en su tercer año, pero en la Universidad de Nueva York. ¿Me sigues?

—Sí.

Esta fotografía se tomó la noche antes de que atacaran el Freedom Hall, en el Lower East Side. El Freedom Hall iba a acoger un baile de la USO para soldados y chicas del lugar, así que su plan era reventar la sala antes de que empezara el baile.

Frunzo el ceño.

—Atacar una pista de baile.

—¿Qué te parece? Unos héroes.

—O iban bien colocados.

—Estos grupos creían que Estados Unidos estaba abocado a un tremendo cambio político y que, con violencia, podían acelerar el proceso.

Frunzo el ceño otra vez.

—O iban bien colocados.

—¿Recuerdas lo que pasó esa noche?

—He leído algo al respecto. Pero fue antes de mis tiempos.

—Los integrantes del grupo aseguraron que nunca quisieron hacer daño a nadie. Solo iban a provocar daños. Por eso tiraron los Molotov a última hora de la noche, cuando sabían que el Freedom Hall estaría vacío. Pero uno de sus cócteles se desvió e impactó contra un poste telefónico. Los cables cayeron, saltaron chispas, y todo eso distrajo a un conductor de autobús que estaba subiendo la rampa del puente de Williamsburg. El conductor, presa del pánico, da un volantazo a la derecha. El autobús impacta contra una pared de piedra, vuelca y cae al East River. Todas las muertes fueron por ahogamiento.

La voz se le apagó poco a poco.

—De pronto, más de dos años después, Lake Davies se presenta en la oficina del FBI de Detroit y se entrega. Pero el destino de los demás (Strauss, Sugarman, Rowan, Parker y Underwood) sigue siendo un misterio.

Todo eso ya lo sé. Se han hecho innumerables documentales, pódcast, películas y novelas sobre ellos. Hubo una balada folk que triunfó en la radio sobre la desaparición de los Seis de Jane Street.

—¿Por qué se entregó?

—Había estado huyendo con Ry Strauss. Al menos eso es lo que nos dijo. Explicó que una red secreta de radicales se dedicaba a mantener ocultos a militantes buscados. Eso no era una noticia nueva para nosotros. Había miembros de Weather Underground, de los Panteras Negras, del Ejército Simbionés de Liberación, de las FALN, etcétera, que estaban desaparecidos, y estaba claro que obtenían ayuda de algún sitio. Según Davies, Ry Strauss se llegó a hacer la cirugía

estética para cambiar de aspecto, recurriendo al mismo médico que después operaría a Abbie Hoffman. Ella y Strauss fueron de un lado al otro, manteniéndose siempre un paso por delante de las fuerzas del orden. Acabaron en un barco de pescadores en la península Superior de Michigan. El barco volcó y Strauss se ahogó. Fue entonces cuando ella decidió entregarse.

—Strauss se ahogó —repito yo.

—Sí.

—¿Como sus víctimas?

—Sí.

Señalo a Arlo Sugarman, con su pelo afro.

—¿No estuvisteis a punto de pillar a Sugarman?

El rostro de P. T. se ensombrece. Veo que flexiona y estira los dedos varias veces.

—Cuatro días después del atentado, el FBI recibió el soplo de que Arlo Sugarman se escondía en una casa medio en ruinas en el Bronx. Como puedes imaginarte, andábamos bastante cortos de personal. Teníamos a muchos agentes investigando, pero con seis sospechosos que rastrear y las numerosas pistas que íbamos recibiendo...

Se para y respira hondo. Se vuelve a frotar el rostro.

—Solo enviamos a dos agentes.

—¿Sin refuerzos?

—No.

—Tendrían que haber esperado —comento. Ahora me acuerdo—. Sugarman mató a uno, ¿verdad?

—Un agente condecorado llamado Patrick O'Malley. Su compañero era un novato, y la cagó; dejó que huyera por la puerta trasera. O'Malley se lo encontró encima de golpe. Murió de camino al hospital. Dejó seis niños sin padre.

—Y Sugarman escapó.

P. T. asiente.

—Desde entonces no ha habido ni rastro.

—Ni rastro de ninguno de ellos.

—Sí, el gran misterio.

—¿No tenías una teoría?

—Sí que la tenía.

—¿Y bien?

—Me imaginé que estarían todos muertos.

—¿Por qué?

—Porque me gusta el folclore como a cualquier hijo de vecino, pero lo cierto es que resulta difícil mantenerse oculto cincuenta años. ¿Todos esos militantes que pasaron a la clandestinidad? O acabaron entregándose o cayeron en los años siguientes. La idea de que los Seis de Jane Street hubieran conseguido seguir vivos todo este tiempo sin que les descubrieran... no tenía sentido.

Me quedo mirando la fotografía.

—¿P. T.?

—¿Sí?

—Supongo que el coleccionista es uno de los Seis de Jane Street.

P. T. asiente.

—¿Cuál?

—Ry Strauss.

Arqueo una ceja.

—Entonces Lake Davies mintió.

—Eso parece, sí.

Me quedo pensando.

—Y Ry Strauss, el rostro carismático de los Seis de Jane Street, acaba convirtiéndose en un coleccionista recluido en lo alto de un rascacielos en Central Park West.

—Con un Vermeer de valor inestimable colgado en la pared de su dormitorio —añade P. T.

—Que robó a mi familia.

—Antes de secuestrar y atacar a tu prima. Por no mencionar el asesinato de tu tío.

Nos tomamos un tiempo para asimilar toda esa información.

—No esperarás mantener en secreto la identidad de Strauss, ¿no? —le pregunto.

—No, eso sería imposible. Tenemos un día, quizá dos como máximo, antes de que la historia llegue a la calle.

Junto las manos, uniendo la punta de los dedos.

—Bueno, ¿y qué quieres de mí?

—¿No es evidente? Quiero que investigues.

—¿Qué hay del FBI?

—Esta revelación va a remover muchos recuerdos incómodos en el FBI. Probablemente no recuerdes el Comité de la Iglesia de 1975, pero puso al descubierto toda una serie de actividades de vigilancia ilegal desarrolladas por la agencia contra grupos proderechos civiles, feministas, pacifistas, todo eso que por aquel entonces llamábamos la Nueva Izquierda.

—No veo qué tiene eso que ver conmigo.

—El FBI va a tener que seguir estrictamente las normas en este caso —me dice, mirándome con intensidad—. ¿Debo añadir «tú no»?

—Yo diría que lo acabas de hacer.

—Si me perdonas el juego de palabras —añade P. T.—, es un caso win-win, Win. Todos ganan.

—No.

—¿No qué?

—No te perdono el juego de palabras.

Eso le hace sonreír.

—Bueno, de acuerdo, aunque venía al caso. Por tu parte, consigues seguir en el caso y proteger los intereses de tu familia, y más específicamente de tu prima.

—¿Y por tu parte?

—Podría resolver un gran caso.

Me quedo pensando un momento antes de responder:

—No me lo trago.

No responde.

—Lo último que necesitas —añado— es otra muesca en tu cinturón de campeón invicto. —Me vienen muchas preguntas a la cabeza, pero hay una que se impone a todas las demás, así que se la hago—. ¿Por qué es tan importante para ti?

P. T. responde con dos palabras:

—Patrick O'Malley.

—¿El agente que mató Sugarman?

—Yo era el compañero novato que la cagó.

7

Mi avión está cargando combustible. Mientras tanto, P. T. me va explicando los entresijos de un dosier grueso como un listín telefónico. Es mucha información de golpe, pero el tiempo apremia. Acordamos que la primera persona con la que debería hablar es Lake Davies.

—Cuando salió de prisión, cambió de identidad —me explica P. T.

—No es tan infrecuente —respondo yo.

—No es infrecuente, pero en este caso es sospechoso. Al principio se cambió el nombre en el registro, sin más. Hasta ahí bien. Pero dos años más tarde, cuando pensó que ya no le seguíamos la pista, se hizo con una identidad completamente falsa.

Y, por supuesto, P. T. no había dejado de seguirle la pista en ningún momento.

—Ahora se llama Jane Dorchester. Tiene una residencia canina a las afueras de Lewisburg, en Virginia Occidental, con su marido, un agente inmobiliario llamado Ross Dorchester. No tienen hijos biológicos, pero es lógico: se casaron hace veinte años, y ella tendría cuarenta y muchos. Ross tiene dos hijas mayores fruto de su primer matrimonio.

—¿Y el marido conoce su verdadera identidad?

—No sabría decirte.

No hay motivo para perder el tiempo. Ya estamos en el aeropuerto de Tereboro. Kabir lo dispone todo enseguida para que mi avión me lleve al aeropuerto de Greenbrier Valley. No han pasado ni dos horas desde que me he despedido de P. T. cuando las ruedas de mi jet tocan la pista en Virginia Occidental. A bordo llevo varias mudas, así que me cambio y me pongo lo más parecido que tengo a la ropa que se usa en el lugar: unos vaqueros slim-fit lavados a la piedra Adriano Goldschmied, una camisa de franela a cuadros Saint Laurent y unas botas de montaña Moncler Berenice.

Mimetización a tope.

Un vehículo me espera en la pista: una camioneta pick-up Chevrolet Silverado. Más mimetización.

Quince minutos después de que mi avión echara el freno, el Chevy Silverado me deja en una casa-rancho al final de una calle sin salida. Un patético cartel de colorines —cada letra es de un color diferente— anuncia:

Bienvenidos al Hotel & Resort

PERRIHILTON CINCO ESTRELLAS

Suspiro con ganas.

Y debajo de eso, en letras más pequeñas:

Con el mejor spa para perros de Virginia Occidental.

¡Un paraíso perruno!

Suspiro otra vez y me pregunto si valdrá como justificación legal para vaciar el cargador de mi pistola sobre el cartel.

El sitio web, que he consultado durante el vuelo, ensalza las excelencias del hotel para las mascotas más exigentes. Se trata de una guardería canina sin jaulas para sesiones diarias y estancias de varias noches para mascotas exigentes. En su presentación hay una sobredosis de palabras con gancho para su clientela: cuidados, mimos, refuerzo positivo y —esto no me lo he inventado— tratamientos de bienestar zen.

Para un perro.

El hotel (que así se presenta) es una casa de periferia de estilo rancho, sin mucho encanto, con techos bajos con aleros. Cuando me acerco a la puerta principal, oigo el ladrido de los perros. Está abierta. Una mujer sentada tras el mostrador de la recepción me recibe con una sonrisa llena de dientes y un entusiasmo exagerado.

—¡Bienvenido al Perrihilton Cinco Estrellas!

—¿Cuántas veces al día tiene que decir eso? —le pregunto.

—¿Eh?

—¿Cada vez que lo hace se desprende de su cuerpo un pedazo de alma?

La joven mantiene la sonrisa llena de dientes, pero ahora ya no hay nada detrás.

—Eh... ¿Puedo ayudarle en algo? —Inclina el cuerpo sobre el mostrador y me mira los pies—. ¿Dónde está su perro?

—He venido a ver a Jane Dorchester.

—Yo puedo ocuparme de usted. —Me entrega un portapapeles con un impreso—. Si me hace el favor de rellenar...

—No, no. Primero necesito ver a Jane —replico—. Mi buen amigo Billy Bob —más local imposible— me dijo específicamente que preguntara por Jane Dorchester antes de rellenar ningún impreso.

Ella vuelve a poner el portapapeles sobre el mostrador y se pone en pie.

—Ah... bueno. Déjeme que mire si está disponible. ¿Cómo se llama?

—Me llaman Win.

Me mira. Yo le muestro mi mejor sonrisa. Se va.

Me suena el teléfono. Es la prima Patricia. No respondo. Le escribo un mensaje:

Luego te cuento.

Aún no sé cuánto puedo compartir con Patricia de todo de lo que me ha contado P. T., pero ya pensaré en ello. Haz una cosa y después otra, decía mi padre, que raramente hacía nada. Yo prefiero la forma en que decía lo mismo la madre de Myron, con un desparpajo a la altura de los grandes oradores judíos de Nueva York: «No puedes ir a lomos de dos caballos si uno va delante y otro detrás». Cuando me lo dijo se refería a mi modo de tratar a las mujeres, así que, en realidad, no le hice mucho caso, pero adoro igualmente a Ellen Bolitar, y sigo admirando su sabiduría.

A mi derecha veo una sala de juegos de colores con toboganes, túneles, rampas y juguetes para morder. En las paredes han pintado arcoíris. El suelo está hecho con grandes piezas de goma que encajan entre sí de color verde, amarillo, rojo y naranja. Ahí hay más color que en una clase de preescolar.

Aparece un hombre alto con una gran panza. Me mira y frunce el ceño.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Los perros no son daltónicos? —pregunto, señalando la sala de juegos.

Parece confuso. Pero luego vuelve a preguntar, esta vez con un tono algo más irritado.

—¿Puedo ayudarle?

—¿Es usted Jane Dorchester? —le pregunto.

A Barrigón no le gusta eso.

—¿Tengo pinta de Jane Dorchester?

—Quizá por la parte de las tetas.

Esto tampoco le gusta.

—Si quiere solicitar una estancia para su perro...

—No, no quiero.

—Entonces creo que debería marcharse.

—No, gracias. He venido a ver a Jane Dorchester.

—No está disponible.

—Dígale que me envía la señorita Davies. La señorita Lake Davies.

Su reacción no habría sido muy diferente si le hubiera dado un rodillazo en la barriga. Está claro que conoce la identidad real de Jane Dorchester. Supongo que este hombre debe de ser su marido, Ross.

—Debbie —le dice a la joven de los dientes de la recepción—, ve al spa y ayúdales con los baños.

—Pero papá...

—Tú ve, cariño.

Será porque le ha llamado papá, pero enseguida deduzco que Debbie, de recepción, debe de ser una de las hijas de Ross. Sí, ya, impresionante. No quiero pecar de inmodesto, pero se me da bastante bien el razonamiento deductivo. Me vibra el teléfono. Tres vibraciones cortas. Sorprendente. Tres vibraciones cortas indican la llegada de una solicitud de mi app de citas sin nombre. Me viene la tentación de

echar un vistazo ahora mismo. No es habitual que las solicitudes las hagan las mujeres. Tengo curiosidad.

Pero recuerdo los sabios consejos de Ellen Bolitar: primero un caballo, y luego el otro.

—Deberías marcharte —me dice Barrigón, ahora que Debbie ya no le puede oír.

—No, Ross, eso no va a pasar.

—Tú métete en tu coche...

—Es una camioneta, no un coche. Muy masculina, ¿no te parece?

—No conocemos a nadie que se llame Lake Davies.

Yo arqueo una ceja en una mueca de escepticismo muy ensayada. Cuando la ejecuto correctamente, resulta innecesario añadir las palabras «Sí, hombre».

—Así es —insiste Ross.

—Bueno, entonces no te importará que les diga a los medios que Lake Davies, famosa lanzadora de cócteles Molotov de los Seis de Jane Street, se oculta ahora en Virginia Occidental con el pseudónimo de Jane Dorchester.

Se me acerca, y el barrigón se le balancea a cada paso.

—Oye —dice, poniendo voz de tipo duro de película—, ella ya cumplió su pena.

—Es cierto.

—Y esto sigue siendo los Estados Unidos de América.

—Así es.

—No tenemos que hablar contigo.

—Tú no, Ross. Tu esposa sí.

—Conozco la ley, ¿vale? Mi esposa no tiene que decirte una palabra ni a ti ni a nadie. Tiene derechos, incluido el de guardar silencio. Y vamos a ejercer ese derecho.

Tengo su barriga tan cerca que me dan tentaciones de darle unas palmaditas.

—Pero tú no lo ejerces con demasiada frecuencia, ¿verdad, Ross?

Eso no le gusta, pero la verdad es que no he estado demasiado brillante. Se acerca algo más. Ahora su barriga casi me toca. Me mira desde arriba. Es un error bastante común entre los grandullones, parece.

—¿Tienes una orden? —me pregunta.

—No la tengo.

—Entonces estás en propiedad privada. Tenemos derechos.

—No paras de decir eso.

—¿De decir qué?

—Eso de que tenéis derechos. ¿Podemos ir al grano? No pertenezco a ninguna fuerza del orden. Ellos tienen que atenerse a las normas. Yo no.

—¿No tienes que...? —Menea la cabeza, atónito—. ¿Pero tú de dónde has salido?

—Déjame que te lo explique. Si Jane se niega a hablar conmigo, iré a la prensa y revelaré su verdadera identidad, la de la famosa Lake Davies. No me supondría ningún problema. Pero no acabará ahí. Contrataré a subordinados para que merodeen por vuestra casa, vuestros negocios, vuestro elegante albergue canino, agobiándola con preguntas allá donde vaya...

—¡Eso es acoso!

—Chist, no me interrumpas. Ya he localizado una opinión de una estrella sobre vuestro hotel en Yelp, de una mujer que dice que a su caniche le mordió un bichon frisé mientras estaba a vuestro cuidado. La animaré a que os denuncie, y le cederé mi abogado personal para que lleve el caso sin cargos; quizá busque a otros para presentar una demanda colectiva en vuestra contra. Contrataré a detectives para que examinen cada aspecto de vuestra vida personal y de vuestros negocios. Todo el mundo tiene algo que ocultar, y, si no encuentro nada, me lo inventaré. Seré implacable en mi campaña para destruiros, y seré efectivo. Al final, tras tanto sufrimiento innecesario,

ambos os daréis cuenta de que el único modo de frenar esa hemorragia es que hable conmigo.

Ross Dorchester se pone rojo de pronto.

—Eso... eso es chantaje.

—Un momento, espera que busco la respuesta en mi guion. —Hago mímica, fingiendo que paso páginas. Me aclaro la garganta—. Chantaje es una palabra tan fea...

Por un momento tengo la impresión de que Ross me va a lanzar un puñetazo. Siento el subidón en las venas. Lo estoy deseando, por supuesto. Estoy deseando que haga un movimiento para poder contraatacar. Hace mucho tiempo que soy consciente de que esa parte de mí no la puedo frenar, aunque también sé que, en este caso, la violencia resultaría contraproducente para mis intereses.

Cuando vuelve a hablar, oigo el dolor en su voz:

—Tú no sabes por lo que ha pasado.

No respondo. No le doy el gusto. «Esto es —pienso—. Es esto por lo que P. T. quería que me ocupara yo. Por eso no quería dejarlo en manos de sus colegas».

—Te presentas así, después de todo lo que ha hecho para dejar atrás el pasado, para construirse una buena vida, para nosotros y para nuestra familia...

Me dan ganas de recurrir a uno de mis mejores movimientos de mímica: el de tocar el violín más pequeño del mundo. Pero eso también resultaría contraproducente.

—Yo no tengo ninguna intención de hacerle daño a nadie —le aseguro —. Necesito hablar con tu mujer. Y después de eso, os sugeriría que empaquetarais y que os fuerais de viaje un tiempecito.

—¿Por qué?

—Porque, os guste o no, el pasado ha vuelto.

Parpadea unas cuantas veces y aparta la mirada.

—Fuera de aquí.

—No.

—He dicho...

De pronto se oye otra voz:

—¿Ross?

Me giro. Tiene el cabello corto y canoso. Viste vaqueros, una camisa de trabajo marrón muy grande arremangada hasta los codos y unas viejas deportivas grises. Lleva guantes de látex y un cubo en la mano. Me mira a los ojos, quizá en busca de compasión o de comprensión. Al no encontrar ninguna de las dos cosas, aparece en su rostro un gesto de resignación. Se gira a mirar a su marido.

—No tienes que hacerlo —le dice Ross, pero Jane-Lake le hace callar con un gesto de la mano.

—Siempre supimos que llegaría este día.

Ahora él también tiene aspecto resignado.

—¿Cómo se llama? —me pregunta.

—Llámeme Win.

—Vamos a dar un paseo, Win.

8

—¿Cómo me ha encontrado?

Ahora estamos en el patio trasero. Los perros corren libres en dos grandes cercados, aparentemente uno es para perros pequeños, y otro para los más grandes. En una mesa están cepillando a un collie barbudo. Un bullmastiff se está dando un baño. El sol brilla con fuerza.

Espera que le responda, así que le digo, sin más:

—Tengo mis recursos.

—Fue hace muchísimo tiempo. No lo digo a modo de excusa. Y tuve un papel mínimo. Tampoco lo digo como excusa. Pero no pasa un día en que no piense en aquella noche.

Finjo un bostezo, y ella suelta una risita.

—Sí, vale, quizá eso me lo merezca. Ha sonado un poco mojigato.

—Oh, solo un poco —respondo.

Ella se quita los guantes, se lava bien las manos y se las seca con una toalla. Me indica con un gesto que la siga hacia un sendero que se adentra en el bosque.

—¿Por qué está aquí, Win?

Esquivo su pregunta haciéndole una yo:

—Háble me del día en que Ry Strauss se ahogó en Michigan.

Camina con la cabeza gacha. Lleva las manos metidas en los bolsillos traseros; no sé por qué, pero ese gesto me resulta muy tierno.

—Ry no se ahogó.

—Y sin embargo eso es lo que le dijo a la policía.

—Sí.

—O sea, que mintió.

—Sí.

Seguimos adentrándonos en el bosque.

—Supongo que ha vuelto a aparecer —añade.

Yo no respondo.

—¿Está vivo o muerto?

Una vez más, hago caso omiso a su pregunta.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Ry Strauss?

—No es agente del FBI, ¿verdad?

—No.

—Pero parece que tiene un gran interés en el tema.

Me detengo.

—¿Señora Dorchester?

—Llámeme Lake —dice. Y debo admitir que tiene una sonrisa muy potente. Me gusta. Esta mujer posee una fuerza tranquila—. ¿Por qué no? ¿Verdad?

—Por qué no —repito—. Mis motivos son irrelevantes, Lake. Necesito que se concentre. Responda a mis preguntas y saldré de su vida. ¿Queda claro?

—Desde luego es usted todo un personaje.

—Sí que lo soy. ¿Cuándo fue la última vez que vio a Ry Strauss?

—Hace más de cuarenta años.

—¿Así que eso sería...?

—Tres semanas antes de entregarme.

—¿Y desde entonces no ha vuelto a tener contacto con él?

—Ninguno.

—¿Alguna idea de dónde ha estado todo este tiempo?

—No —dice, y su voz tiene ahora un tono más suave—. ¿Está vivo?

Vuelvo a hacer caso omiso a su pregunta.

—¿Dónde estaba usted la última vez que lo vio?

—No veo qué importancia puede tener eso ahora.

Le sonrío, con una sonrisa que dice claramente «Tú, responde».

—Estábamos en Nueva York. En un pub que se llama Malachy's, en la calle Setenta y dos, cerca de Columbus Avenue.

Conozco el Malachy's. Es el clásico garito, con camareras de un rubio pajizo que no paran de moverse y llaman cariño a los clientes, donde las cartas están plastificadas y dan ganas de desinfectarse las manos después de tocarlas. El Malachy's no es un garito de creación artificial, no es una reproducción a lo Disney de lo que debería ser un garito clásico para que los hípsters tengan la sensación de que están en un lugar genuino, pero sin perder todas sus comodidades. Yo he ido alguna vez —está a solo una travesía de mi casa—, pero cuando lo hago no finjo que es mi ambiente natural.

—En los años setenta —prosigue Lake— había una red clandestina de gente que nos daba apoyo. Durante un tiempo, Ry y yo nos movimos mucho. Esas personas nos ayudaron a mantenernos ocultos. —Me mira y consigue que le devuelva la mirada. Sus ojos son de un gris muy atractivo que combina a la perfección con su cabello—. No voy a decirle los nombres de ninguno de ellos.

—No tengo ningún interés en perseguir a hippies viejos —le aseguro.

—Entonces ¿qué es lo que le interesa?

Espero. Ella suspira.

—Vale, vale. El caso es que íbamos de un lado al otro: comunas, sótanos, edificios abandonados, campamentos, moteles anónimos... Eso duró más de dos años. Tiene que recordar que yo solo tenía diecinueve años cuando empezó todo esto. Habíamos planeado provocar una explosión en un edificio vacío. Eso es todo. Se suponía que nadie debía resultar herido siquiera. Y yo aquella noche no lancé ni uno de los cócteles Molotov.

Se está desviando del tema.

—Así que está en el Malachy's de Nueva York —insisto.

—Sí. Encerrada en un almacén en el sótano. El olor era terrible. A cerveza rancia y a vómito. Sigo sin poder quitarme ese olor de la cabeza. Pero el caso es que Ry no estaba centrado. Supongo que no lo había estado nunca; ahora me doy cuenta. No sé qué habría en mi interior que estuviera tan estropeado como para pensar que solo él podría arreglarlo. Mi infancia no había sido fácil, pero usted no quiere oír hablar de eso.

Tiene razón. No quiero.

—Pero ahí encerrados, en ese sótano apestoso, Ry empezó a ponerse realmente intenso. Yo no podía seguir con él. La relación era demasiado abusiva. No, nunca me pegó. No es eso lo que quiero decir. La mujer que nos consiguió la habitación en el sótano del Malachy's también lo vio. Era una buena mujer. Sheila..., la llamaré Sheila, aunque no es su verdadero nombre, se dio cuenta de que necesitaba ayuda. Se convirtió en mi paño de lágrimas. Tenía que dejarle. No había elección. ¿Pero adónde iba a ir? Pensé en seguir ocultándome. Sheila conocía a alguien que podía ayudarme a pasar a Canadá, y de ahí a Europa. Pero llevaba dos años huyendo. No quería vivir el resto de mi vida así. La tensión, la suciedad, el agotamiento, y sobre todo el aburrimiento. Te pasabas el día o viajando u ocultándote. Yo creo que las personas que están en busca y captura se entregan sobre todo para huir de la monotonía. Yo echaba de menos la normalidad. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Normalidad —repito, para que siga hablando.

—Así que Sheila me presentó a este simpático abogado que daba clases en Columbia. Él pensaba que, si me entregaba, quizá no me cayera una condena larga, al ser tan joven, por la influencia de Ry, y todo eso. Así que trazamos un plan. Conseguí llegar a Detroit y allí me oculté unas semanas. Dejé pasar un tiempo, y luego me entregué.

—¿Le contó a Ry Strauss lo que estaba haciendo?

Ella meneó la cabeza lentamente, con el rostro levantado hacia el cielo.

—Lo hicimos todo a espaldas de Ry. Le dejé una nota a través de Sheila, intentando explicárselo.

—¿Cómo reaccionó a su marcha?

—No lo sé. Cuando pones en marcha un plan así, no puedes mirar atrás. Es demasiado peligroso.

—¿Intentó enterarse más tarde?

—No, nunca. Por la misma razón. No quería poner en peligro a nadie.

—Debía de sentir curiosidad.

—Más bien me sentía culpable —me confiesa—. Ry estaba cada vez peor, y yo había reaccionado abandonándolo. Había perdido el control que tenía sobre mí pero... Dios, no se puede imaginar lo que fue. Yo pensaba que el sol salía y se ponía por Ry Strauss. Habría muerto por él, literalmente.

Lo cual me lleva a una pregunta que decido no hacerle de momento: ¿También habría matado por él?

—Le dijo al FBI que se había ahogado en la península Superior, en Michigan.

—Me lo inventé.

—¿Por qué?

—¿Por qué cree? Se lo debía, ¿no?

—¿Una maniobra de distracción?

—Sí, por supuesto. Para quitarle a la policía de encima. Además, tenía que explicar por qué había decidido entregarme. No podía decir que era porque el gran Ry Strauss estaba despotricando contra sí mismo en el sótano de un bar en el Upper West Side. Hoy en día lo diagnosticaríamos como bipolar, o TOC, o algo así. ¿Pero en esa época? Cuando el bar cerraba, solía subir al bar y alineaba las botellas de alcohol de modo que quedaran equidistantes entre sí, con todas las etiquetas orientadas del mismo modo. Podía pasarse horas.

Pienso en la habitación de la torre del Beresford.

—¿Tenía dinero?

—¿Ry?

—Ha dicho que se ocultaban en el sótano de un garito.

—Sí.

—¿Habría podido pagarse algo mejor?

—No.

—¿Tenía un interés especial en el arte?

—¿Arte?

—Pintura, escultura, arte.

—No creo... ¿Por qué me pregunta eso?

—¿Alguna vez cometieron algún robo juntos?

—¿Qué? No, por supuesto que no.

—¿Así que dependían únicamente de la buena voluntad de gente desconocida?

—No entiendo...

—Sabe que otros radicales atracaban bancos, ¿verdad? El Ejército Simbionés de Liberación. El robo a Brink's. ¿Usted y Strauss hicieron alguna vez algo así? A mí no me interesa denunciarla. Supongo que, de todos modos, esos delitos habrían prescrito. Pero necesito saberlo.

Nos cruzamos con un adolescente que lleva a tres perros con la correa. Lake Davies le sonríe y asiente. Él también asiente.

—Yo quería entregarme desde el principio. Pero él no me dejaba.

—¿No le dejaba?

—La veneración siempre tiene algo de abusivo. Eso lo he aprendido más tarde. Los más devotos de Dios son también los que más le temen. Los temerosos de Dios, como se dice. ¿No? Esos devotos, que no paran de hablar del amor de Dios, son los mismos que amenazan con el infierno y la condenación eterna. Así que... ¿estaba enamorada de Ry o le tenía miedo? La línea divisoria es muy fina.

No he venido hasta aquí para iniciar una disquisición filosófica, así que cambio de tercio.

—¿Ha visto las noticias? ¿Se ha enterado de que ha aparecido un Vermeer robado?

—Sí, ayer, ¿no? —Poco a poco va cayendo en la cuenta—. Un

momento. ¿No encontraron también a alguien muerto con el cuadro?

Asiento.

—Ese era Ry Strauss.

Le doy un momento para que lo asimile.

—Se había convertido en coleccionista, y en un ermitaño.

Le hablo del Beresford, de la torre, de todo lo que tenía amontonado, del cuadro en la pared. Prefiero no hablarle aún de la teoría de mi prima. Aún queda partido. Lake Davies se deja caer al suelo y se sienta, como si las rodillas no le aguantaran. Yo sigo de pie.

—Así que Ry ha sido asesinado.

—Sí.

—Después de todos estos años. —Lake Davies niega con la cabeza; tiene los ojos llorosos—. Sigo sin entender qué hace usted aquí.

—El Vermeer era propiedad de mi familia.

—¿Y qué? ¿Ha venido aquí en busca del otro cuadro?

No respondo.

—Yo no lo tengo. ¿Cuándo robaron los cuadros?

Le doy la fecha.

—Eso fue mucho después de que yo me entregara.

—¿Volvió a ver a algún otro de los Seis de Jane Street después de los asesinatos?

Se estremece al oír la palabra «asesinatos». La he usado intencionadamente.

—El movimiento clandestino nos separó. No se puede mover a seis personas a la vez.

—No es eso lo que le he preguntado.

—Solo a uno de ellos.

Al ver que no sigue, me llevo la mano a la oreja.

—Escucho.

—Nos quedamos dos noches con Arlo.

—¿Arlo Sugarman?

Asiente.

—En Tulsa. Se hacía pasar por estudiante de la Oral Roberts University, lo cual a mí me pareció bastante irónico.

—¿Y eso por qué?

—Arlo se crio en una familia judía, pero hacía gala de su ateísmo.

Recuerdo algo que he visto en el dosier.

—Sugarman declaró que no estaba allí aquella noche.

—Sí, como todos. ¿Y qué?

Tiene razón.

—¿No estudiaba Bellas Artes en Columbia?

—Sí, quizá. Un momento. ¿Usted cree que Arlo y Ry...?

—¿Y usted?

—No. Quiero decir... no puedo estar segura, pero...

Ahora pienso en la prima Patricia y en el horror de lo que vivió.

—Ha mencionado que Ry Strauss le hizo daño.

Traga saliva.

—¿Y qué?

—Cambió de identidad por completo. Prácticamente desapareció del mapa.

—Y aun así usted me ha encontrado.

Intento parecer modesto. Luego pregunto:

—¿Tenía miedo de que Ry intentara encontrarla?

—No solo Ry.

—¿Quién más?

Se encoge de hombros y veo que está empezando a cerrarse.

—Es posible —apunto— que Ry Strauss estuviera implicado en algo mucho más siniestro que el robo de obras de arte.

—¿Cómo de siniestro?

No veo motivo para endulzarlo:

—Secuestro, violación y asesinato de mujeres.

Se queda pálida.

—Quizá con un socio —añado—. ¿Usted cree que Ry podría estar involucrado en algo así?

—No —responde, en voz baja—. Y creo que ya es hora de que se vaya.

9

De vuelta en el avión, me pongo a leer el dosier del FBI. Yo lo llamo dosier, aunque en realidad es un volumen de páginas fotocopiadas y encuadernadas de siete centímetros de grosor. Saco mi Montblanc y apunto los nombres de los Seis de Jane Street:

Ry Strauss

Arlo Sugarman

Lake Davies (Jane Dorchester)

Billy Rowan

Edie Parker

Lionel Underwood

Me quedo mirando los nombres un momento. Y, al hacerlo, pienso en esas seis personas y en el hecho de que solo hemos tenido noticias de una (ahora de dos, si contamos a Ry Strauss) en los últimos cuarenta años, y cada vez tengo más claro que quizá P. T. tenga razón sobre el destino que han corrido.

Es muy probable que alguno de ellos esté muerto, o quizá todos.

Aunque también podría ser que no. ¿No había conseguido sobrevivir Ry Strauss todos estos años, antes de morir brutalmente asesinado? Si Strauss se había podido ocultar en el centro de la mayor ciudad del país, ¿por qué no iban a poder mantenerse ocultos los demás?

Curiosamente, no me estoy tragando mi propia teoría.

Uno habría podido mantenerse oculto. Dos, quizá. ¿Pero cuatro?

No parece probable.

Empiezo por el principio y anoto la siguiente pregunta:

¿A cuántos de ellos se les ha visto desde la noche de los cócteles Molotov?

Los tres primeros días tras el atentado no se produjeron avistamientos

fiables de ninguno de los Seis de Jane Street. Lo cual es bastante curioso, teniendo en cuenta los medios desplegados. El cuarto día hubo por fin algo: el FBI recibió un soplo anónimo. Arlo Sugarman se ocultaba en una vieja casa del Bronx. Desgraciadamente, ya sabemos cómo acabó: el agente especial Patrick O'Malley acaba recibiendo un disparo que lo mata en el acto. Me apunto ese incidente junto al nombre de Sugarman porque es la primera vez que se le ha visto. La segunda, por lo que me ha dicho Lake Davies, es cuando Arlo Sugarman estaba en Tulsa, en Oklahoma, estudiando en la Oral Roberts University, en 1975. También lo apunto.

Eso es lo que tenemos de Sugarman. No hay un tercer avistamiento.

Paso a Billy Rowan. Según el dosier del FBI, Rowan fue visto solo una vez después del atentado —dos semanas más tarde— por Vanessa Hogan, la madre de una de las víctimas, Frederick Hogan, un chaval de diecisiete años de Great Neck, del estado de Nueva York. Hogan, de profundas creencias religiosas, había salido en televisión poco después de la muerte de su hijo para declarar que había perdonado a los que habían hecho daño al joven Frederick.

«Dios debía de querer a mi Frederick para un propósito más elevado», dijo en la rueda de prensa.

Yo odio ese tipo de justificaciones. Y odio aún más cuando es al revés, cuando el superviviente de una tragedia afirma algo como que «Dios me perdonó la vida porque soy especial para él», lo cual sugiere que a Dios no le importaba un comino la vida de los que habían perecido. En este caso, no obstante, Vanessa Hogan era una viuda joven que había perdido a su único hijo, así que quizá no tendría que ser tan duro con ella.

Pero estoy divagando.

Según el informe del FBI, dos semanas después de la rueda de prensa de Vanessa Hogan, cuando se había reducido la intensidad de la búsqueda, Billy Rowan, que también se había criado en una familia muy devota, se presentó un día a la puerta de casa de Hogan hacia las nueve de la noche. Vanessa Hogan estaba sola en su cocina. Según contó después, Billy Rowan la había visto en televisión y quería pedirle perdón en persona antes de desaparecer del todo.

Vale, bien. Me apunto eso junto al nombre de Rowan. Primero y único avistamiento.

Paso a los demás. Edie Parker, ningún avistamiento. Lionel

Underwood, ningún avistamiento. Y por supuesto, en el momento en que se redactó este informe: Ry Strauss, ningún avistamiento.

Me llevo la Montblanc a la boca y pienso en ello. Supongamos que todos hubieran conseguido mantenerse ocultos todos esos años. ¿Realmente tengo que creerme que no han intentado comunicarse nunca, ni una sola vez, con algún familiar?

No me lo creo.

Hojeo el dosier y voy apuntándome los nombres de los familiares cercanos a los que podría interrogar. Ry Strauss tenía un hermano medio famoso, Saul, un abogado progresista que suele representar a personas desfavorecidas. Es tertuliano en la televisión, pero lo cierto es que hoy en día cualquiera puede serlo. ¿Es posible que Ry no contactara nunca con su hermano Saul, aunque vivieran en la misma ciudad durante unos cuarenta años? Vale la pena preguntarle. Sé que Saul Strauss ha estado en el programa de noticias de Hester Crimstein, ese que tiene un nombre ridículo, Crimstein on Crime. Quizá Hester me lo pudiera presentar.

Los padres de los Strauss están muertos. De hecho, de los doce progenitores de los Seis de Jane Street, solo dos están vivos: el padre de Billy Rowan y la madre de Edie Parker. Me anoto sus nombres. A continuación repaso los hermanos y hermanas que puedan seguir vivos, como Saul Strauss. Eso suma nueve personas más, aunque dos corresponden a Lake Davies, así que no voy a necesitarlos. Si contara con más tiempo o más ayuda, quizá ampliara el árbol familiar con tíos y primos, pero dudo que pueda.

Son un montón de nombres. Necesitaré ayuda.

Obviamente la primera persona que me viene a la mente es Myron.

Está en Florida, ocupándose de sus padres y ayudando a su esposa a asentarse en su nuevo puesto de trabajo. No quiero apartarle de eso. Los que nos conocen bien habrán observado que yo siempre estoy dispuesto a colaborar cuando Myron afronta alguna empresa quijotesca como esta y me pide ayuda, que, de hecho, después de todas las veces que me he lanzado a la batalla sin hacer preguntas ni tomarme mi tiempo, Myron está en deuda conmigo.

Esos tipos se equivocarían.

Dejad que os cuente el consejo que nos dio el padre de Myron, uno de los hombres más sabios que conozco, a su hijo y al padrino de boda de

su hijo —un servidor— el día de la boda de Myron: «Las relaciones nunca son al cincuenta por ciento. A veces son al sesenta-cuarenta, a veces al ochenta-veinte. A veces serás ochenta, a veces serás veinte. La clave está en aceptarlo y no sentirse mal por ello».

Yo creo que esa sabia constatación es aplicable a todas las relaciones importantes, no solo a los matrimonios, así que, si tenemos en cuenta lo mucho que ha aportado mi amistad con Myron a mi vida, cómo la ha mejorado, no, Myron no me debe nada.

Un ping de mi teléfono me recuerda que aún no he respondido al mensaje de mi aplicación de citas. Dudo que tenga tiempo esta noche, pero sería maleducado no responder. Cuando hago clic en la notificación y veo el mensaje, los ojos se me abren como platos. Enseguida cambio de idea y fijo la cita para las ocho de esta tarde.

Dejadme que os explique el porqué.

La app de citas tiene una página de biografía bastante curiosa. No, no es como las apps de citas convencionales, donde puedes contar todas las tonterías que quieras, que te encantan las piñas coladas y que te pille la lluvia por la calle. Esta página empieza con puntuaciones como las que podrías dar a un conductor de Uber, pero, dado que la mayoría de usuarios la utilizan muy poco (a diferencia de un servidor), los desarrolladores han introducido además valoraciones personales sobre lo que podría llamarse, de un modo descarnado, valoración física. Es un algoritmo mucho más complicado, que cubre muchos aspectos físicos. Una de las normas de la app es que, si le preguntas a otro cliente cuál es tu puntuación —o si otro cliente te lo dice—, la suscripción de ambos se cancela. Yo, por ejemplo, no sé cuál es mi puntuación.

Aunque supongo que será alta. Tampoco hace falta ir de falso modesto, ¿no?

Para que os hagáis una idea, la puntuación global de Bitsy Cabot era un 7,8 sobre diez. La puntuación menor que aceptaría yo es de un 6,5. Bueno, vale, una vez fui con una que tenía un 6,0, pero no había nada más a mano. El sistema de puntuación de la app es muy exigente. Un seis en esta app será considerado al menos un ocho en cualquier otra.

¿La puntuación más alta que he visto en la app? Una vez estuve con una que tenía un 9,1. Había sido una supermodelo famosa antes de casarse con una estrella del rock. La conocéis. Ha sido la única mujer que he visto con una puntuación por encima del nueve.

¿Y la mujer que acaba de enviarme una solicitud de cita?

Su puntuación es de 9,85.

Por supuesto no voy a pasar por alto una ocasión así.

Me llama P. T.

—¿Cómo ha ido con Lake Davies?

Empiezo por lo obvio:

—Mintió sobre la muerte de Strauss.

Y luego le cuento el resto de la conversación.

—Así pues, ¿qué vas a hacer ahora?

—Ir al Malachy's Pub.

—¿Cuarenta años más tarde?

—Sí.

—No sé qué vas a encontrar...

—Yo tampoco, pero hay que probar.

—¿Qué más?

—He hecho una lista de personas que quizá quiera interrogar. Necesito que los tuyos me pasen las direcciones actuales.

—Mándame la lista por correo electrónico.

Sé cómo funciona P. T. Primero pide información, luego da la suya. Ahora que he cumplido con mi parte, le pregunto:

—¿Tú has descubierto algo nuevo?

—Tenemos la grabación de circuito cerrado del Beresford de hace una semana. Creemos que es del día del asesinato, pero...

Espero.

—No sabemos si nos servirá.

—¿Aparece el asesino?

—Es probable, sí. Pero la verdad es que no se ve mucho.

—Me gustaría verla.

—Te puedo enviar el vínculo por correo electrónico. En una hora.

Me quedo pensando un momento.

—Casi prefiero pasar por el Beresford y pedirle a uno de los porteros que me enseñe la grabación.

—Lo arreglaré.

—Primero iré al Malachy's.

—Una cosa más, Win.

Espero.

—No podemos seguir manteniendo la identidad en secreto. Mañana por la mañana el director va a anunciar que el cuerpo pertenece a Ry Strauss.

—¡Mira qué tipo más guapo!

—Sí, claro —respondo—. Muy guapo.

Kathleen, camarera veterana del Malachy's, suelta una risa entrecortada por un acceso de tos de cigarrillo. Tiene una sonrisa burlona y el cabello amarillo (no rubio). Kathleen tiene más de sesenta años, pero los lleva con una desenvoltura y un desparpajo que a alguno podría parecerle hasta cómico. Es voluptuosa, curvilínea y blandita. En cuanto la veo, decido que me gusta, pero reconozco que resultar agradable es parte de su trabajo.

—Si fuera un poquito más joven... —afirma Kathleen.

—O si yo tuviera un poquito más de suerte —respondo yo.

—Oh, venga ya, para.

Arqueo una ceja. Es uno de mis gestos de la casa.

—No te cortes, Kathleen. La noche es joven.

—Eres un descarado —dice, y me da un azote en broma con un trapo que no ha pasado por la lavadora desde que Eisenhower era

presidente—. Encantador. Guapo a rabiar. Pero descarado.

En el taburete que tengo a la derecha está Frankie Boy. Tendrá unos ochenta años, y lleva una gorra plana de tweed. De las orejas le salen mechones de pelo, como muñecas Troll puestas de lado, y no podría tener una nariz más protuberante sin pasar por el quirófano. Antes de hoy habré pasado por el Malachy's unas cinco veces. Y siempre he visto a Frankie Boy en este mismo taburete.

—¿Te puedo invitar a una copa? —le propongo.

—Vale —responde él, arrastrando la lengua—, pero que sepas que yo no te encuentro tan guapo.

—Por supuesto que sí —replico.

—Sí, bueno, quizá un poco, pero eso no significa que vaya a acostarme contigo.

Suspiro.

—Desde luego, aquí los sueños duran poco.

Eso le gusta.

Tal como he dicho antes, el Malachy's es un garito clásico: poca luz, paneles de madera en las paredes con manchas de procedencia incierta, moscas muertas en los apliques y una clientela tan fiel que a veces resulta difícil ver dónde acaba el taburete y dónde empieza el culo. Un cartel por encima de la barra dice que la vida sabe mejor con una cerveza. Sabiduría popular. Los habituales se mezclan bien con la clientela ocasional, y el ambiente es distendido, sin pretensiones. Hay dos televisores, uno en cada extremo del bar. Los New York Yankees pierden en uno; los New York Rangers pierden en el otro. Pero no parece que nadie preste demasiada atención a ninguno de los dos partidos.

La carta ofrece los clásicos tentempiés de pub. Frankie Boy insiste en que pida alitas de pollo. Y nos llega un plato de grasa con algún hueso dentro. Se lo pongo delante. Charlamos. Frankie me cuenta que va por su cuarta esposa.

—La quiero muchísimo —me confiesa.

—Enhorabuena.

—Aunque claro, también quería mucho a las otras tres. Aún las quiero. —Los ojos se le empañan un poco—. Ese es mi problema. Me enamoro perdidamente. Luego vengo aquí a olvidar. ¿Sabes lo que quiero decir?

No, no lo sé, pero le digo que sí. En el bar suena la canción «True» de Spandau Ballet. Frankie Boy se pone a cantar siguiendo la música: «This is the sound of my soul, this is the sound...». Se para y me mira.

—¿Has estado casado alguna vez, Win?

—No.

—Un tío listo. Espera. ¿Eres gay?

—No.

—No es que me importe. La verdad, me gusta mucho que vengan tantos gais por aquí. Menos competencia con las señoritas, ya sabes.

Le pregunto cuánto tiempo lleva viniendo al Malachy's.

—La primera vez fue el 12 de enero de 1966.

—Qué específico —observo.

—Fue el mejor día de mi vida.

—¿Por qué? —le pregunto, realmente intrigado.

Frankie Boy me muestra tres dedos rechonchos.

—Por tres motivos.

—Adelante.

—Primero —baja el dedo anular—, fue el día en que descubrí este local.

—Tiene sentido.

—Segundo —baja el dedo medio—, me casé con mi primera esposa, Esmeralda.

—¿La primera vez que viniste al Malachy's fue el día de tu boda?

—Me iba a casar —responde, haciendo énfasis en casar—. ¿Quién

puede culpar a un hombre si necesita un lingotazo o dos antes de pasar por eso?

—Yo no, desde luego.

—Mi Esmeralda era preciosa. Una mujerona, grande como una casa. Llevaba un vestido de novia de un amarillo intenso. En nuestras fotos de boda, yo parezco un planeta minúsculo orbitando en torno a un sol gigantesco. Pero era preciosa.

—¿Y cuál es la tercera razón?

—Puede que seas demasiado joven. ¿Alguna vez has visto la serie de televisión de Batman?

—Oh, claro que sí. —Desde luego, pienso, esto es el destino. Myron y yo hemos visto todos los episodios al menos un millón de veces—. Adam West, Burt Ward...

—Exacto. Enigma, Pingüino... oh, y no me hagas hablar de Julie Newmar como Catwoman. Le habría arrancado el brazo derecho a Esmeralda y me habría dado de tortas con él solo por poder olerle el pelo a Julie Newmar. No me malinterpretes...

—No te preocupes.

—Y ahora tenemos a todos esos actores —hace comillas con los dedos — «de método» que pierden cincuenta kilos o lo que haga falta para interpretar al Joker... ¿Qué hacían antes? César Romero no se molestó ni en afeitarse el bigote. Simplemente se puso maquillaje encima. Eso, amigo mío, sí que era actuar.

No veo motivo para disentir.

—¿Y el tercer motivo?

Resopla, contrariado.

—Pensaba que eras fan.

—Y lo soy.

—¿Y qué villano apareció en el primer episodio?

—Enigma —respondo—. Interpretado por Frank Gorshin.

—Respuesta correcta. ¿Y cuándo se emitió por primera vez? —Frankie

Boy sonríe y asiente—. El 12 de enero de 1966.

Querría besar a ese hombre.

—Así que, resumiendo, el día de tu boda entraste en el Malachy's para tomarte unas copas y viste el estreno de Batman en la tele.

Frankie Boy asiente con solemnidad y se queda mirando su copa.

—Cincuenta años más tarde, el Malachy's sigue presente en mi vida. Cincuenta años más tarde, aún puedo ver Batman en mi viejo vídeo. —Se encoge de hombros—. Pero Esmeralda... me dejó hace tiempo.

Bebemos en silencio un momento. Necesito abordar el tema que ha motivado mi visita, pero estoy disfrutando mucho de esta conversación. Al final consigo llevarla a mi terreno y le pregunto a Frankie Boy si recuerda una camarera que se llamara Sheila o Shelly, o algo así —esperando que quizá Lake Davies me hubiera dado el nombre de verdad—, pero él se rasca la cabeza.

—¿Kathleen? —dice, levantando la voz.

—¿Qué?

—¿Tú recuerdas a una camarera que se llamara Sheila y que hubiera trabajado aquí hace mucho tiempo?

—¿Eh? —Kathleen sonríe, pero detecto algo extraño en su lenguaje corporal. Quizá sea la sonrisa, que de pronto parece forzada. Quizá sea el modo de agarrar con fuerza el grifo de la cerveza—. ¿Quién lo pregunta?

—Nuestro guapo amigo, Win —dice Frankie Boy, dándome una palmada en la espalda.

Kathleen se nos acerca otra vez. Lleva el trapo sobre el hombro.

—¿Sheila qué más?

—No lo sé.

Menea la cabeza.

—No recuerdo ninguna Sheila. ¿Y tú, Frankie?

Él también niega con la cabeza, y baja del taburete de un salto.

—Tengo que hacer un pis de campeonato —nos informa.

—¿Con tu próstata? —replica Kathleen.

—Deja soñar a este pobre viejo, ¿no?

Frankie Boy se aleja caminando a paso incierto. Kathleen se gira hacia mí. Tiene ese gesto en el rostro que te dice que lo ha visto todo, al menos dos veces. Si buscas en Google «cansado del mundo», la primera foto que te aparece seguro que es la suya.

—¿Cuándo tendría que haber estado aquí esa tal Sheila?

—En 1975 más o menos.

—¿En serio? Eso es... bueno, hace más de cuarenta años.

Espero.

—En cualquier caso, yo no empecé a trabajar aquí hasta tres años después. En verano de 1978.

—Ya veo. ¿Queda alguien de esa época?

—Déjame pensar. —Kathleen levanta la mirada hacia el techo para que quede claro que está pensando—. El viejo Moses, el cocinero, estaría por aquí, pero el año pasado se jubiló y se fue a Florida. Aparte de él, bueno, yo soy la empleada más antigua, supongo —dice, y da por acabado el tema—. ¿Te pongo otra, cariño?

Hay momentos para ser sutil, y otros para ir al grano. Confieso que a mí se me da mejor ir al grano. Así que pregunto, sin más:

—¿Y qué hay de los famosos fugitivos que se ocultaron en el sótano?

Kathleen echa la cabeza atrás y parpadea.

—¿Eh?

—¿No has oído hablar nunca de los Seis de Jane Street?

—¿Los qué?

—¿Y de Ry Strauss?

—Ese nombre me suena de algo, creo. Pero no veo...

—Ry Strauss y su novia Lake Davies estaban en busca y captura por asesinato. En 1975 se ocultaron en el sótano del Malachy's.

Se toma un momento antes de responder. Luego dice:

—He oído un montón de leyendas sobre este lugar, pero esa es nueva.

Ahora habla en voz más baja. He observado que Kathleen suele actuar para todo el bar, incluso cuando habla con una sola persona, como si la barra fuera su escenario y quisiera contar siempre con el público más numeroso posible.

Ahora de pronto quiere que su público se reduzca a una sola persona.

—Es cierto —digo yo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó Lake Davies.

—¿Una del grupo de fugitivos?

—La atraparon y cumplió pena en la cárcel.

—¿Y ella te dijo que se ocultó en este bar?

—En el sótano, sí. Me dijo que una camarera muy buena llamada Sheila cuidó de ellos. Me dijo que esa camarera tan buena la salvó.

Nos quedamos mirando un momento el uno a la otra.

—Lo dudo —dice ella por fin.

—¿Por qué?

—¿Has estado alguna vez en nuestro sótano? No creo que ahí pudiera sobrevivir nada que no sea de la familia de los mohos.

Vuelve a reírse, pero esta vez la risa es menos natural. Y al momento un hombre corpulento en el otro extremo del bar da un manotazo sobre la barra y grita, tan contento:

—¡Te pillé!

—¿El qué, Fred? —le grita Kathleen.

—Una cucaracha del tamaño de las palomas del parque.

Kathleen me sonríe, como diciendo: «¿Ves lo que digo?».

—Yo no creo que Lake Davies se lo inventara —insisto.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, si es como esos otros locos radicales de la época, quizá se hubiera tomado demasiado ácido y lo hubiera imaginado.

—Curioso —observo.

—¿El qué?

—Yo no he mencionado que fuera radical.

Kathleen sonríe y se acerca un poco más. Vuelvo a notar ese olor a cigarrillo, aunque no es del todo desagradable.

—Has hablado de los Seis de Jane Street o algo así, y eso me ha hecho recordar que lanzaron algún atentado y mataron a gente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque a Ry Strauss no llegaron a pillarlo nunca.

—¿Y lo estás buscando?

—Pues sí.

—¿Casi cincuenta años después de los hechos?

—Sí —confirmo—. ¿Me puedes ayudar?

—Ojalá pudiera —dice, haciendo demasiados esfuerzos para parecer desinteresada—. Estaría bien que un asesino como ese pagara por lo que hizo.

—¿Tú crees?

—Ya te digo. ¿Eres poli?

—¿Con este traje? —respondo, arqueando una ceja.

Ella suelta otra risita con olor a tabaco en el momento en que Frankie Boy vuelve a subirse a su taburete.

—Me ha gustado hablar contigo —dice Kathleen. Y luego, ladeando la cabeza, añade—: Tengo clientes.

Y se aleja caminando con desenvoltura.

—Chico —dice Frankie Boy, observándola con admiración—, podría pasarme el día mirando ese trasero. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí que lo sé.

—¿Eres detective privado, Win?

—No.

—¿Como Sam Spade o Magnum Investigador Privado?

—No.

—Pero eres un tío guay como ellos, ¿verdad?

—Superguay —respondo, mientras observo a Kathleen poniendo cervezas de barril—. Superguay.

10

Tengo algo más de una hora antes de mi cita con Miss 9,85.

El paseo del Malachy's hasta el Beresford me lleva unos diez minutos. Subo por Columbus Avenue y atravieso el recinto del Museo de Historia Natural. Cuando tenía seis años, y mis padres aún estaban juntos, solían llevarnos a mis hermanos y a mí a este museo. Los Lockwood, por supuesto, disfrutaban de una visita guiada privada antes de que el museo abriera sus puertas al público general. Uno de mis recuerdos más antiguos (quizá también sea el vuestro) tiene que ver con los huesos de dinosaurio del vestíbulo, los colmillos de mamut de la cuarta planta y, sobre todo, la enorme ballena azul que cuelga del techo de la Sala de la Vida en el Océano. Aún veo esa ballena azul de vez en cuando. Algunas noches el museo organiza cenas de gala para un público escogido. Yo me siento bajo la enorme ballena, con un vaso de un excelente whisky escocés en la mano, y la observo. A veces intento visualizar a ese niño con su familia, pero soy consciente de que la imagen que intento conjurar no es real, ni está almacenada en mi cerebro. Es lo que ocurre con la mayoría —si no ya todo— lo que llamamos recuerdos. Los recuerdos no se conservan en una especie de microchip de nuestro cerebro, ni en un archivo recóndito en lo más profundo de nuestro cráneo. Los recuerdos son algo que reconstruimos y moldeamos nosotros mismos. Son fragmentos que manufacturamos para crear lo que creemos que ocurrió o simplemente lo que esperamos que sea cierto. Vamos, que nuestros recuerdos raramente son precisos. Son recreaciones sesgadas.

En pocas palabras: vemos lo que queremos ver.

El portero del Beresford me está esperando. Me lleva hasta los monitores de seguridad tras la portería. Allí, en la pantalla, veo una imagen en blanco y negro de dos personas caminando una detrás de la otra. No distingo gran cosa. Se ha grabado desde arriba, y la calidad no es estupenda. Probablemente la persona de delante sea Ry Strauss. Lleva una capucha sobre la cabeza. El hombre que le sigue es completamente calvo. Ambos tienen la cabeza gacha, y caminan tan cerca el uno del otro que da la impresión de que el calvo apoya la cabeza en la espalda de Strauss.

—¿Quiere que lo ponga en marcha? —me pregunta el portero.

El portero parece joven, no tendrá más de veinticinco años. Es de

constitución delgada, y el uniforme de estilo militar que lleva le va grande.

—Esto es el sótano, ¿verdad? —le pregunto.

—Sí.

—¿Has tenido algún contacto con... —no sé cómo llamar a Strauss, así que lo señalo con el dedo—... este vecino?

—No —responde—. Nunca.

—¿Alguien lo llamaba por su nombre?

—No. Bueno, en realidad nos obligan a llamar a los vecinos por su apellido. Ya sabe, señor o señora, doctor o lo que sea. Si no sabemos el nombre, decimos señor o señora. Pero con él... lo cierto es que no me lo he encontrado nunca, y llevo aquí dos años.

Me giro hacia la pantalla.

—Ponlo en marcha, por favor.

Lo hace. La grabación es corta y no muestra gran cosa. Strauss y el asaltante avanzan con la cabeza gacha, en fila, muy cerca el uno del otro. Resulta raro. Le pido que rebobine y lo vuelva a poner. Y luego una tercera vez.

—Aprieta la pausa cuando te lo diga.

—Sí, claro.

—Ahora.

La imagen se congela. Frunzo los párpados y la miro más de cerca. Sigo sin distinguir gran cosa, pero hay algo que tengo claro: ambos sabían que una cámara de seguridad los estaba filmando y en este punto —el punto en el que he pedido al portero que detenga la imagen— el hombre que sabemos que es Ry Strauss levanta la vista y mira a la cámara.

—¿Puedes acercar la imagen?

—No, la verdad es que no. La imagen se volvería borrosa.

De todos modos, dudo que viera gran cosa. Sospecho que el calvo que sigue a Ry Strauss es su asesino. Ambos se mueven de un modo tan

raro —con el cuerpo rígido, a pasos cortos, tan cerca el uno del otro— que cabe suponer que el calvo lleva a Strauss a punta de pistola.

—Que tú sepas, ¿el fallecido recibía visitas?

—No. Nunca. Hemos hablado de eso esta mañana.

—¿Hemos?

—Con los otros porteros. Nadie recuerda que vinieran a verlo. Nunca, quiero decir. Aunque supongo que podrían haber subido desde el sótano, como en esta ocasión.

—Supongo que más tarde el visitante se iría, ¿no?

—Si lo hizo, no lo tenemos grabado.

Me siento y junto la punta de los dedos.

—¿Es todo? —pregunta el portero.

—¿Qué hay de la grabación del vecino saliendo del edificio?

—¿Eh?

Señalo la pantalla.

—Antes de que se encontrara con este visitante. Supongo que el fallecido saldría del edificio...

—Oh, claro. Sí.

—¿Me lo podrías enseñar?

—Deme un segundo.

Esa grabación es aún menos reveladora. Ry Strauss avanza con la cabeza gacha. Lleva la capucha puesta. Pasa caminando, aunque noto que parece llevar prisa. Compruebo la hora: cuarenta y dos minutos antes de que regresara. A mi modo de ver, todo esto empieza a tener sentido.

—Has dicho que nunca salía de día, ¿verdad?

—No, que recordemos ninguno.

—Así que esto —digo, señalando a Strauss, que sale del edificio de día

— sería inusual, ¿no?

—Yo diría que sí. El Ermitaño solo salía tardísimo, de noche.

Eso me intriga.

—¿Cómo de tarde?

—Tendría que preguntarle a Hormuz. Es el que hace el turno de noche. Pero realmente tarde, muy pasada la medianoche.

—¿Hormuz estará esta noche?

—Sí. Vaya, viene alguien con paquetes. Perdóneme un momento. —El joven portero se aleja. Saco mi teléfono y llamo a P. T.

—¿Habéis encontrado algún teléfono en el apartamento de Strauss? —le pregunto.

—No.

—¿Tampoco había línea fija?

—No. ¿Por qué?

—Tengo una teoría —le digo.

—Cuenta.

—Alguien llamó a Strauss por teléfono y le dijo algo que le preocupó. Quizá que le habían descubierto. Solo podemos especular. Pero alguien le llamó y le contó algo tan preocupante que el ermitaño abandonó su apartamento durante el día. Sospecho que fue una encerrona.

—¿Y eso de dónde lo sacas?

—El asesino llamó a Strauss y le dijo algo por teléfono que sabía que le haría reaccionar. Cuando Strauss abandona el edificio, el asesino lo intercepta a punta de pistola y le obliga a volver al apartamento con él.

—Donde lo encadena a la cama y lo mata.

—Sí.

—Pero deja el Vermeer. ¿Por qué?

—La respuesta evidente es que no lo mató por las obras de arte robadas.

—¿Entonces qué otro motivo podía tener?

—Podrían ser mil cosas. Pero creo que ambos sabemos cuál es la más obvia.

—La Cabaña de los Horrores —dice él.

Guardamos silencio un momento.

—El FBI aún no ha llegado a esa conclusión, Win.

Yo no digo nada.

—Aún no sabe por qué estaba ahí tu maleta. Cuando lo sepan, querrán una coartada para tu prima. Y otra para ti.

Asiento. Tiene razón.

—Parece probable que Ry Strauss estuviera implicado de algún modo con lo de la Cabaña de los Horrores —señalo.

—Es cierto —responde él, con voz grave.

Siento un escalofrío en la nuca.

—Así que me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Siempre hemos creído que el tío Aldrich y la prima Patricia habían sido víctimas escogidas al azar por esos depredadores en serie. Que al tío Aldrich lo mataron para poder llevarse a Patricia a la cabaña.

—¿Y ya no lo crees?

—Piénsalo bien, P. T. —respondo, frunciendo el ceño—. No puede haber sido al azar.

—¿Por qué no?

—Porque Strauss tenía el Vermeer.

Tarda un segundo.

—Tienes razón. No puede ser una coincidencia.

—Y eso significa que Patricia no fue una víctima al azar. Fueron a por ella.

Nos callamos los dos.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte, Win.

—Supongo que el FBI analizará estos vídeos de circuito cerrado, ¿verdad?

—Sí, pero la calidad es de pena. Y luego está esa otra cosa que me toca las narices: ¿por qué demonios ponemos todas esas cámaras en alto? Todos los delincuentes lo saben. Solo tienen que agachar la cabeza.

—¿Así que no tenemos nada más de ese tipo?

—Siguen analizando las imágenes, pero lo único que nos pueden decir es que es delgado, bajo y calvo.

—Ahora es más importante que busquéis grabaciones de edificios cercanos —le sugiero—. Tenemos que averiguar adónde fue Strauss cuando salió del Beresford y con quién se vio.

—Me pongo con eso. ¿Adónde vas tú ahora?

Echo un vistazo al reloj. Ya está bien de trabajo. No puedo evitar pensar en esa puntuación de 9,85.

—A Saks Fifth Avenue.

Estoy cerca de Saks cuando suena el teléfono. Es Nigel, que llama desde Lockwood.

—Tu padre se ha enterado de lo del Vermeer —me dice Nigel—. También ha oído que tu prima Patricia ha estado en casa.

Espero.

—Querría verte. Dice que es urgente.

Empujo la puerta de Saks y entro al departamento de trajes de caballero.

—¿Urgente como esta noche?

—Urgente como mañana por la mañana.

—Hecho.

—Un favor, Win.

—Dime.

—No disgustes a tu padre.

—Vale. ¿Cómo está, Nigel?

—Tu padre está muy agitado.

—¿Por lo del Vermeer y la prima Patricia?

—Sí —responde Nigel, y cuelga.

Bajo a la planta sótano de Saks y atravieso el departamento de joyería.

La app de citas tiene un cuestionario bastante largo para «descubrir tus gustos y proponerte encuentros más acertados». Yo me salté todas las preguntas y fui directo a la sección de comentarios.

¿Cuál es mi tipo?

Escribí una palabra: Sexy.

Ese es mi tipo. No me importa si es rubia, morena, pelirroja o calva. No me importa si es bajita o alta, corpulenta o flaca, blanca, negra, asiática, joven, madura, lo que sea...

¿Mi tipo?

Aplico un único criterio y las puntúo en consecuencia:

Supersupersexy.

Supersexy.

Sexy

Más bien sexy.

Eso es todo. El resto, tal como he dicho, no importa. No tengo prejuicios ni preferencias mientras sea sexy. Vuelvo a insistir: ¿qué hay de ese reconocimiento público por tener una mente tan abierta?

Soy el primero en llegar a la suite. La app me dice que mi cita está a quince minutos de distancia. En la ducha hay champú Kevis 8 y gel

Maison Francis Kurkdjian a la esencia de Aqua Vitae. Aprovecho la ocasión. Me desnudo, me sitúo bajo el potente chorro de agua que sale del difusor Speakman y cierro los ojos.

Ordeno mis pensamientos cronológicamente. Tenemos el ataque de los Seis de Jane Street. Luego el robo en el Haverford College. Luego el asesinato de mi tío y el secuestro de mi prima. Tres noches diferentes. Las dos primeras están relacionadas con el hecho de que el Vermeer acabara en manos del más famoso de los seis de Jane Street. Si a eso le añadimos la maleta, resulta evidente que las tres están relacionadas de algún modo.

¿Cómo?

La respuesta más evidente: mediante Ry Strauss.

Sabemos que Strauss era el líder de los Seis de Jane Street. Sabemos que estaba en posesión del Vermeer robado (¿dónde está el Picasso, por cierto?). Sabemos que la maleta, vista por última vez cuando secuestraron a Patricia, estaba en su apartamento en la torre.

¿Sería él el cerebro responsable de las tres cosas?

Salgo de la ducha. Miss 9,85 debería llegar dentro de unos minutos. Estoy a punto de poner mi teléfono en silencio cuando llama Kabir.

—He encontrado al guardia de seguridad del robo del cuadro.

—Sigue.

—En el momento del robo, era becario y trabajaba de guardia de seguridad por las noches para pagar el préstamo universitario.

Eso lo recuerdo. Una de las críticas que recibimos tanto la universidad como mi familia fue que habíamos dejado dos obras de arte de valor incalculable en manos de un equipo de seguridad desastroso. Y la crítica, por supuesto, se demostró certera.

—Se llama Ian Cornwell. Se acababa de graduar en Haverford el año anterior.

—¿Ahora dónde está?

—Sigue en Haverford. De hecho, no se fue nunca. Ian Cornwell es profesor de Ciencias Políticas.

—Descubre si estará mañana en el campus. Y prepárame un

helicóptero. Tengo que volar a Lockwood a primera hora de la mañana.

—Hecho. ¿Algo más?

—Necesito información sobre el Malachy's.

Empiezo a decirle lo que necesito cuando oigo la campanilla del ascensor.

Miss 9,85 acaba de llegar.

Acabo la frase a toda prisa y le advierto:

—Nada de llamadas en la próxima hora. O mejor, en las próximas dos o tres horas.

Desconecto el teléfono justo en el momento en que ella sale del ascensor.

Yo suponía que la puntuación sería una exageración. No lo es.

Siempre ha sido —y sigue siendo— al menos un 9,85. Por un momento nos quedamos mirándonos el uno al otro. Yo estoy en albornoz. Ella lleva un traje pantalón hecho a medida que le cae perfecto, aunque lo cierto es que todo le cae perfecto. Intento recordar cuándo fue la última vez que la vi en persona. Cuando Myron y ella pusieron fin a su compromiso, supongo, pero no recuerdo exactamente. Myron la quería con toda su alma. Ella le rompió el corazón en mil pedazos. De hecho, en su momento a mí todo aquello del desamor y el corazón roto me parecía incomprensible y me resultaba tedioso; algo en mi interior tenía perfectamente claro que yo no permitiría que ninguna mujer me dejara en esas condiciones.

—Hola, Win.

—Hola, Jessica.

Jessica Culver es una novelista bastante famosa. Tras una década juntos, Myron y ella rompieron porque Myron quería sentar la cabeza, casarse, tener hijos, y a Jessica aquella vida idílica pero rutinaria le parecía ridícula. Al menos eso es lo que le dijo a Myron.

No mucho después de la ruptura, Myron y yo vimos un anuncio de boda en el New York Times. Jessica Culver se había casado con un magnate de Wall Street llamado Stone Norman. Desde entonces no

había vuelto a tener noticias de ella.

—Esto sí que es una sorpresa —comento.

—Pues sí.

—Supongo que no te está yendo tan bien con... Rock.

Sí, será inmaduro por mi parte equivocarme intencionadamente con el nombre, pero qué le vamos a hacer.

Jessica sonríe. La sonrisa es radiante, preciosa, pero no penetra más allá de mis ojos. Recuerdo el tiempo en que esa misma sonrisa hacía que el pobre Myron se fundiera.

—Me alegro de verte, Win.

Ladeo la cabeza.

—¿De verdad?

—Claro.

Nos quedamos ahí un momento más.

—Bueno, ¿vamos a hacerlo o qué?

11

La respuesta acaba siendo qué.

Jessica y yo nos pasamos la hora siguiente echados en la cama, charlando. No me preguntéis por qué, pero acabo hablándole de Ry Strauss, del Vermeer y de todo lo demás. Ella me observa atentamente mientras hablo, absorta. Tal como he dicho, yo no entiendo las relaciones románticas. Durante los años en que Jessica y Myron eran pareja, yo tenía claro que ella era muy atractiva, material sexual de primera, aunque también lo son otras muchas mujeres. Nunca entendí por qué iba a querer Myron una sola mujer, o por qué iba a aguantar sus cambios de humor y sus dramas. Ahora que la tengo tendida en la cama, a mi lado, mirándome con esa intensidad, quizá empiece a entender mínimamente a Myron.

Se lo digo.

—Tú me odiabas —me dice Jessica.

—No.

—Me veías como una rival.

—¿Tú y yo rivales?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por Myron, por supuesto.

Jessica cambia de posición. Sigue en la cama, vestida. Yo sigo en albornoz.

—¿Sabes que escribí un artículo sobre los Seis de Jane Street para el New Yorker?

—¿Cuándo?

—Era uno de los aniversarios del atentado. El vigésimo, o el vigesimoquinto, no consigo recordarlo. Probablemente lo puedas encontrar en Internet. —Se coloca un mechón de pelo tras la oreja—. El caso resulta bastante fascinante.

—¿Y eso?

—Es una tormenta perfecta de casualidades trágicas. En principio habían planeado lanzar un ataque a otro baile de la USO un mes antes, pero Strauss enfermó de apendicitis. ¿Qué habría pasado si no hubiera enfermado? Varios de los participantes estaban empezando a encogerse, y amenazaron con no presentarse. ¿Y si dos de ellos se hubieran echado atrás? No eran más que chavales colocados decididos a hacer algo positivo. No pensaban hacer daño a nadie. ¿Y si la cosa hubiera ido de otro modo? ¿Y si ese cóctel Molotov no se hubiera desviado?

Su análisis no me impresiona demasiado.

—En la vida todo puede ir siempre de otro modo.

—Cierto. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Espero.

—¿Cómo es que Myron no te está ayudando? O sea, con todas las veces que le has hecho de Watson a Sherlock...

—Está ocupado.

—¿Con su nueva mujer?

No me siento bien hablándole de Myron a ella.

Jessica se sienta en la cama.

—Has dicho que tenías que ver el documental sobre los Seis de Jane Street.

—Así es.

—Pues veámoslo juntos y a ver qué pasa.

Jessica se sitúa en el lado derecho de la cama. Yo me pongo en el izquierdo. Nuestros cuerpos están muy cerca. Yo coloco el ordenador portátil entre los dos. Ella se pone las gafas de cerca y apaga la lámpara. Aprieto el botón de puesta en marcha. Nos ponemos a ver el documental en un silencio sorprendentemente cómodo. Todo aquello me resulta muy raro. Para mí, Jessica no era más que una incómoda extensión de Myron, nunca había tenido una entidad propia. Verla o hacer cosas con ella que no tengan que ver con Myron me resulta extraño, no porque resulte incómodo, sino precisamente porque estoy

a gusto. Por primera vez la veo como a una persona independiente, no como a la novia cañón de Myron.

No tengo muy claro cómo me hace sentir eso.

El documental empieza señalando que el grupo nunca se llamó los Seis de Jane Street. Según parece no eran más que seis universitarios cualesquiera, un heterogéneo corpúsculo de los Weather Underground o de los Estudiantes por una Sociedad Democrática. El apodo de los Seis de Jane Street se lo pusieron los medios de comunicación tras aquella noche desastrosa, por el simple motivo de que la famosa fotografía de los seis se había tomado en una casa de Jane Street, en el Greenwich Village. «Fue en esa oscura casa —informaba el narrador con voz muy seria— donde prepararon el cóctel más mortífero de todos: el cóctel Molotov».

Dam, dam, daaaaaam.

Entonces la narración pasa a la época en que Ry Strauss y Arlo Sugarman se hicieron amigos, mientras estudiaban sexto de primaria en el barrio de Greenpoint, en Brooklyn. Aparecen en una foto clásica con sus compañeros del equipo infantil de béisbol, la mitad de los chicos de rodillas y la otra mitad de pie, y sus rostros quedan señalados con un efectista trazo rojo que los rodea, en el extremo derecho de la foto.

«Ya entonces —dice con solemnidad la voz en off— Strauss y Sugarman iban juntos a todas partes».

Afortunadamente el documental se salta esas típicas escenas mal representadas y peor iluminadas que suelen aparecer en los docudramas policiales. Se limita a reproducir entrevistas y grabaciones reales de la policía local, con testimonios, supervivientes del accidente de autobús, familias y amigos. Un turista tomó una fotografía de Ry Strauss y Lake Davies que huían a la carrera. La foto estaba borrosa, pero se les veía cogidos de la mano. El resto iban detrás de ellos, pero no se distinguía ninguna cara.

El documental profundizaba un poco en siete de las víctimas: Craig Abel, Andrew Dressler, Frederick Hogan, Vivian Martina, Bastien Paul, Sophia Staunch y Alexander Woods.

—Cuando acabe, recuérdame que te hable de Sophia Staunch —me dice Jessica.

Después el documental se centraba en cinco chicos adolescentes del

instituto St. Ignatius Prep que habían ido a Nueva York aquella noche aciaga para celebrar el decimoséptimo cumpleaños de Darryl Lance. En esos días, los bares y los clubes no eran muy exhaustivos en la comprobación de la edad de sus clientes, y en cualquier caso la edad mínima legal para beber era dieciocho años. Más tarde se sabría que los chavales habían ido a un club de estriptis llamado Sesenta y Nueve (un nombre muy sutil) antes de tomar el último autobús de vuelta a Garden City. Darryl Lance, que tenía algo más de cuarenta años en el momento en que se grabó el documental, hablaba del accidente. Él solo se había roto un brazo, pero su amigo Frederick Hogan, que también tenía diecisiete años, había muerto en el accidente. Lance se echaba a llorar al describir las llamas, el pánico, la brusca reacción del conductor.

«Vi que el conductor dio un volantazo tremendo. El autobús quedó en equilibrio sobre dos ruedas. Noté que iba perdiendo el control, que nos lanzábamos contra la pared de piedra. Y entonces caímos al vacío, casi en cámara lenta...».

Entonces el documental presentaba de nuevo la rueda de prensa en la que Vanessa Hogan absolvía a los Seis. «Los perdono por completo, porque no soy nadie para juzgar; solo Dios puede hacerlo. Quizá fuera el modo en que Dios quiso que Frederick pagara por su pecado».

Me vuelvo ligeramente hacia Jessica.

—¿Está diciendo que Dios ejecutó a su hijo por ir a un club de estriptis?

—Eso parece —responde ella—. La entrevisté para mi artículo.

El documental pasa a la visita sorpresa de Billy Rowan a la casa de Vanessa Hogan. En la pantalla, una Vanessa Hogan más mayor le habla al locutor de aquello:

VANESSA: Estábamos ahí sentados, en esta misma mesa de la cocina. Yo le pregunté a Billy si quería una Coca-Cola. Él dijo que sí. Se la bebió rapidísimo.

LOCUTOR: ¿De qué hablaron?

VANESSA: Billy me dijo que había sido un accidente. Que no querían hacerle daño a nadie, que solo querían hacer un alegato contra la guerra.

LOCUTOR: ¿A usted qué le pareció?

VANESSA: Yo no dejaba de pensar en lo joven que era Billy. Frederick tenía diecisiete años. Aquel chico solo tenía unos años más.

LOCUTOR: ¿Qué más dijo Billy Rowan?

VANESSA: Que me había visto en televisión. Me dijo que quería oír que lo perdonaba con sus propios oídos.

LOCUTOR: ¿Y lo hizo?

VANESSA: Sí, por supuesto.

LOCUTOR: No debió de resultarle fácil.

VANESSA: En la vida no hay que hacer lo que es más fácil, sino lo que es correcto.

Jessica me mira.

—Buena frase.

—Desde luego.

—Conmigo también la usó.

—¿Pero?

Jessica se encoge de hombros.

—Me pareció algo muy ensayado.

Vanessa Hogan sigue en la pantalla. Ahora dice:

VANESSA: Intenté convencer a Billy para que se entregara, pero...

LOCUTOR: ¿Pero?

VANESSA: Estaba muy asustado. Su rostro. Sigo pensando en la cara de miedo de Billy Rowan. Salió corriendo por la puerta de la cocina.

—Está bastante buena —murmuro.

—¿Eh?

—¿Tú no lo crees?

—No has cambiado, Win, ¿verdad?

Sonrío y me encojo de hombros.

—¿Qué impresión te dio cuando la conociste?

—Tres palabras —responde Jessica—. Loca de atar.

—¿Porque es religiosa?

—Porque está como una cabra. Y porque es una mentirosa.

—¿Tú no crees que Billy Rowan la visitara?

—No, sí que la visitó. Hay muchas pruebas que lo demuestran.

—¿Entonces?

—No lo sé. Todas sus reacciones eran muy raras. Yo entiendo que crea que su hijo ha ido a un lugar mejor, o que es la voluntad de Dios, pero no hubo ni una lágrima, ningún duelo. Fue casi como si se lo esperara. Como si no fuera una sorpresa.

—Cada persona tiene su manera de superar el duelo —respondo.

—Sí, gracias por el reconfortante cliché, Win. Pero no es eso.

Jessica se gira de lado para mirarme de frente. Yo hago lo mismo. Nuestros labios están a apenas unos centímetros. Huele increíblemente bien.

—Sophia Staunch —dice.

Otra de las víctimas de los Seis de Jane Street.

—¿Qué hay de ella?

—Su tío era Nero Staunch.

Nero Staunch era un pez gordo del crimen organizado en aquella época. Me vuelvo a echar sobre la espalda y me pongo las manos tras la nuca.

—Interesante —comento.

—¿Y eso por qué?

—Porque Lake Davies no solo cambió de nombre, sino también de identidad, y se trasladó a Virginia Occidental. Le pregunté si lo había

hecho porque tuviera miedo de que Ry Strauss pudiera encontrarla.

—¿Y qué te dijo?

—Sus palabras exactas fueron: «No solo Ry».

—Así que tenía miedo de algún otro —concluye Jessica—. ¿Y quién mejor que Nero Staunch?

Cuando acaba el documental, Jessica me pide que le enseñe la lista de personas que quiero interrogar. Se la enseño. Añadimos a Vanessa Hogan. ¿Por qué no? Fue la última persona que vio a Billy Rowan.

—¿Nero Staunch sigue vivo? —me pregunta.

Asiento.

—Tiene noventa y dos años.

—Así que está fuera de juego.

—Nunca se está fuera de juego del todo. Pero sí.

También añado su nombre a la lista. Aún estamos en la cama. Jessica me mira fijamente a los ojos.

—¿Vamos a hacer esto, Win?

Me acerco para besarla. Pero me paro. Ella sonríe.

—No puedes, ¿eh?

—No es eso.

No entiendo muy bien qué es lo que siento, y eso me molesta. Jessica y Myron acabaron su relación hace mucho tiempo. Él está felizmente casado con otra mujer. Ella es increíblemente guapa —supersupersexy — y está deseándolo.

Entonces Jessica me lee el pensamiento y lo dice en voz alta:

—Si el sexo es algo tan superficial para ti, ¿por qué no puedes?

No respondo. Ella se echa hacia el otro lado y se levanta de la cama.

—Quizá deberías pensar en ello —dice.

—No hace falta.

—¿Ah, no?

—Aún te veo como la chica de Myron.

Al oír eso sonríe.

—¿Es eso?

—Sí.

—¿Nada más?

—¿Como qué?

—No sé. Como algo más... —Jessica levanta la vista, como si estuviera buscando la palabra—... latente.

—Oh, venga. ¿Podrías ser más explícita?

—Una de nosotros está siendo de lo más explícita.

—Vuelve a la cama —propongo—. Déjame que te convenza de que no es así.

Pero ella ya se dirige al ascensor.

—Me ha alegrado mucho verte, Win. Lo digo de verdad.

Y se va.

12

Regreso al Beresford a la una de la mañana.

Hormuz me ve llegar a la puerta y acude a abrirme enseguida. Saco una identificación falsa del FBI, se la enseño brevemente y vuelvo a metérmela en el bolsillo del abrigo. Soy consciente de que hacerse pasar por un agente de la ley es delito, pero es lo que tiene ser rico: no vas a la cárcel por delitos así. Un rico contrata a un puñado de abogados que le darán la vuelta a la realidad de mil modos diferentes hasta que la realidad se vuelva irrelevante. Afirmarán que Hormuz es un mentiroso. Dirán que era evidente que era una broma. Incluso negarán que yo le haya enseñado nada o, en caso de que haya alguna grabación, dirán que le he enseñado la fotografía de alguien que venía a visitar. Susurraríamos al oído de amigos políticos, jueces, fiscales. Haríamos donaciones a sus campañas o a sus causas benéficas.

Se quedaría en nada.

Y si, milagrosamente, la cosa prosperara —si por una casualidad entre mil esto llegara a las autoridades, si estas aguantaran la presión y llevaran el caso a juicio y un jurado llegara a condenarme por hacerme pasar por agente de la ley—, el castigo nunca sería una pena de prisión. Los ricos como yo no van a la cárcel. Nosotros pagamos multas. Y, como tengo una cantidad ingente de dinero, cien veces más de lo que podría gastarme en una vida, por lo menos, ¿por qué iba a frenarme eso?

¿Estoy siendo demasiado honesto?

En mi sector de negocio se aplica un cálculo parecido. Ese es el motivo de que tanta gente decida llevar las normas al límite, romperlas, hacer trampas. ¿Las posibilidades de que te pillen? Mínimas. ¿Las de que te procesen? Más pequeñas aún. Y si por algún motivo te pillaran, ¿cuáles son las posibilidades de que solo tengas que pagar una multa de valor inferior a la cantidad que has robado? Enormes. ¿Y las de que tengas que pasar por la cárcel? Prácticamente irrisorias.

Eso lo odio. No soporto a los estafadores ni a los ladrones, especialmente si no lo hacen para dar de comer a una familia hambrienta.

Y, aun así, aquí estoy yo, con mi acreditación falsa.

¿Os parezco un hipócrita?

—Sí, Ermitaño era como un vampiro —me dice Hormuz—. Solo salía de noche, creo.

Hormuz tiene los párpados tan caídos que no sé cómo ve nada. Tiene una barriga como una bola de bolera y uno de esos rostros oscuros en los que seguro que se ve la sombra de la barba cinco minutos después del afeitado.

—¿Quiere beber algo? —me pregunta—. ¿Un café?

Hormuz me enseña su taza, que probablemente fue blanca en otra vida, pero que ahora tiene el tono amarillento de los dientes de un fumador.

—No, gracias. Tengo entendido que el vecino misterioso usaba la salida del sótano.

—Sí. Lo cual es raro.

—¿Por qué raro?

—Porque de todos modos salía aquí al lado, a la izquierda. Luego tenía que rodear el edificio igualmente. Pasaba por delante de mí.

—¿Así que de este modo recorría más trecho a pie?

—Más trecho a pie, más ascensor... no tenía ningún sentido. A menos que...

—¿A menos que...?

—A menos que fuera porque en el vestíbulo hay un montón de cámaras. Pero desde su ascensor, saliendo por el sótano, solo pasaba por una.

Eso tiene sentido.

—¿Alguna vez habló con usted?

—¿El tipo de la torre?

—Sí.

—Ni una. Pasaba por aquí delante cada miércoles por la noche, puntual como un reloj. Bueno, eran las cuatro de la mañana, así que

podríamos decir que era el jueves por la mañana, ¿no? De todos modos, aún estaba oscuro. —Menea la cabeza—. Pero bueno, no importa. Yo asentía y le decía: «Buenas noches, señor». Tengo que ser educado. Es uno de los vecinos. Yo tengo que tratarlo con respeto, independientemente de cómo me trate él. La mayoría de los vecinos... bueno, son estupendos. Me llaman por mi nombre y me piden que yo también lo haga. Pero yo no lo hago. Me gusta demostrarles respeto. ¿Sabe lo que quiero decir? Llevo aquí dieciocho años, y yo diría que aún no me he cruzado con la mitad de la gente que vive aquí. A medianoche, cuando llego yo, ya están en la cama. ¿Pero el tipo de la torre? Yo le saludaba con un gesto de cabeza cada vez. Le decía «Buenas noches, señor». Y él no levantaba la cabeza. Nunca dijo nada. Nunca levantó la vista. Era como si yo no existiera para él.

No digo nada.

—Mire, no quiero que se haga una idea equivocada. Sé que está muerto y todo eso, así que no debería hablar mal de él. Sé que tenía sus cosas. Glenda, mi esposa, dice que ve un programa sobre coleccionistas compulsivos. Ella dice que puede llegar a ser una enfermedad. Así que quizá fuera eso. No es que esté contento de que esté muerto, ni nada así.

—Ha dicho todos los miércoles por la noche.

—¿Eh?

—Ha dicho que pasaba por delante de usted todos los miércoles por la noche.

—O los jueves por la mañana. Es lo que tiene hacer el turno de noche. Como esta noche. He llegado en miércoles por la noche, pero ¿qué hora es ahora?

Echo un vistazo a mi reloj.

—Casi la una y media.

—Exacto, así que ya no es miércoles por la noche. Es jueves por la mañana.

—Llamémoslo jueves por la mañana, entonces —digo, para zanjar esta discusión, que es irrelevante y me está aburriendo.

—Sí, vale.

—Ha dicho que lo veía pasar por delante de usted cada jueves a las cuatro de la mañana.

—Sí, así es.

—¿De modo que era una rutina?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaba haciendo eso?

—Oh, muchos años.

—¿En primavera, verano, otoño, invierno?

—Sí, eso creo. Bueno, había veces que fallaba, eso seguro. A veces no lo veía durante meses. Quizá se fuera a Florida a pasar el invierno, no lo sé. Y había noches... bueno, este trabajo es tranquilo. Me siento. A veces me pongo los AirPods y me pongo algo en Netflix, ¿sabe lo que quiero decir? Pero en cuanto alguien toca la puerta, ¡bam!, me pongo en pie. A partir de la medianoche se cierra con llave. Así que quizá alguna vez pasara por aquí delante y yo no lo viera.

—¿Alguna vez lo vio salir a otras horas?

—No, no creo. Siempre a las cuatro de la mañana, más o menos.

Me quedo pensando en ello.

—¿Y a qué hora regresaba?

—No tardaba demasiado. Yo creo que solo daba un paseo. En menos de una hora estaba de vuelta. Quizá algo más, a veces. No creo que fuera una rutina fija. Yo creo que era un tipo raro, sin más; quería estar solo. Así que salía a pasear por la noche. Cosas más raras se oyen por ahí, ¿no?

—Cuando pasaba por delante de usted, al salir, ¿qué dirección tomaba?

—Iba hacia el este.

Yo miro hacia la calle, en la dirección que está indicando.

—¿Hacia el parque?

—Sí.

—¿Siempre?

—Siempre. Yo suponía que salía de paseo. Como le he dicho, es una hora rara, y ya sé que el parque ahora es mucho más seguro de lo que era, pero desde luego a mí no me encontrará paseando por el parque a las cuatro de la mañana.

Pienso en ello. Las cuatro de la mañana. Me pregunto si eso será una pista. Yo creo que sí.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio salir así? —le pregunto.

—Hace poco. La semana pasada, quizá. O hace dos.

Observo que eso sería el día antes de que lo mataran. Ry Strauss sale a dar su paseo habitual a las cuatro de la mañana. El viernes vuelve a salir, de día por primera vez en muchísimo tiempo, y regresa con el que con toda probabilidad va a ser su asesino.

Tengo un plan.

Espero entre las sombras frente al Malachy's, al otro lado de la calle.

Son las cuatro de la mañana. Por ley, los bares de Nueva York deben dejar de servir alcohol a las cuatro de la mañana. ¿Coincidencia? Yo espero que no.

Dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme. Quizá sea cierto, pero ahora mismo se le están cerrando los ojos, y la cabeza le cuelga de agotamiento. Mi cerebro reptiliano, mi instinto de supervivencia, desconfía y no desconecta. Prefiere estar preparado. Incluso cuando hago otras cosas, a lo largo del día, mi cerebro reptiliano busca amenazas y enemigos potenciales (o percibidos como tales).

Desde mi posición, a escondidas, observo la puerta del Malachy's. Me he puesto ropa de hacer deporte y llevo un suéter con capucha. No, no es una sudadera. Es un suéter con capucha. Yo nunca llevaría una sudadera. Soy paciente. Llevo auriculares. Escucho una lista de reproducción que me ha preparado Kabir con canciones de Meek Mill, Big Sean y 21 Savage. En algún momento de los últimos dos años, tras un largo período en que despreciaba lo que no podía comprender, he empezado a disfrutar enormemente de lo que llamamos rap o hip-hop. Sé que, al igual que sucede con el Malachy's Pub, ese tipo de música no fue creada para mí originalmente, pero esa rabia subyacente me resulta muy atractiva. También disfruto de la declaración de

humanidad que suponen todo ese postureo y esas bravatas; quieren parecer duros, pero se les ve tan inseguros y necesitados que supongo que deben de saber que todos nos damos cuenta de que no va en serio.

Ahora mismo, mientras Kathleen y otro camarero cierran hasta mañana, Meek Mill se lamenta de que no puede confiar en las mujeres porque tiene sus problemas.

Te entiendo, mi atribulado amigo.

Kathleen se despide del camarero con un gesto de la mano. Él echa a caminar hacia el oeste, en dirección a Broadway, probablemente para tomar la línea 1 de metro. Kathleen cruza Columbus Avenue y sigue caminando hacia el este, decidida, por la calle Setenta y dos Por la investigación de Kabir sé que vive en la Sesenta y ocho, cerca de West End Avenue.

Vamos, que no va a casa.

La sigo por el otro lado de la calle. Dos minutos más tarde, deja atrás el Dakota y cruza, adentrándose en Central Park. A esta hora el parque está muy solitario. No veo a nadie más. Seguirla a partir de aquí va a resultar más difícil. Todos tenemos un cerebro reptiliano, ¿no? Y si eres una mujer que va sola por un parque y detectas que un hombre con un suéter con capucha te sigue, por muy elegante que sea el suéter con capucha, te das cuenta.

Cuando se dirige hacia el norte por la acera que rodea lo que la gente llama el Lago, yo tomo un sendero que avanza en paralelo, atravesando los matorrales. El sendero es oscuro y en realidad no ofrece demasiada seguridad de noche, pero, uno, siempre voy armado, y, dos, si eres un atracador con una mínima experiencia, no te pondrías a merodear por un lugar tan apartado donde quizá tuvieras que esperar días, semanas o meses antes de que llegara un objetivo interesante, ¿no?

Pierdo a Kathleen de vista de vez en cuando, durante unos segundos, pero de momento parece que esto funciona. Se dirige hacia el norte, en dirección a la entrada del Ramble, una reserva natural de unas dieciocho hectáreas casi al norte del Lago, con sinuosos senderos, viejos puentes y una inmensa variedad topográfica, de fauna y naturaleza en general. Hay quien acude a observar aves, sí, pero en tiempos más sórdidos el Ramble era conocido sobre todo como lugar de encuentro de homosexuales. Era un lugar donde los gais hacían cruising, como se solía decir. Se suponía que era el lugar más seguro

para evitar correr riesgos, lo que en realidad quería decir —claro— que no era un lugar nada seguro.

Kathleen se para en el puente que cruza el Lago y se adentra en el Ramble. La luna se refleja en el agua, y veo su silueta. Pasa un minuto. No se mueve. Ya no hay motivo para fingir.

Me acerco por el camino. Kathleen me oye llegar y se da la vuelta, expectante.

—Siento decepcionarte —le digo, saliendo al descubierto.

Kathleen da un respingo al verme.

—Un momento, yo a ti te conozco.

No respondo.

—¿Qué demonios...? ¿Me estás siguiendo?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Ry Strauss no vendrá esta noche.

—¿Eh? ¿Quién? —Pero veo el miedo en sus ojos—. No sé de qué estás hablando.

Me acerco algo más, para que vea mi ceño fruncido y mi gesto decepcionado.

—Puedes hacerlo mejor.

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Ry ha sido asesinado.

Lo digo tal cual, como si nada. Transmitir malas noticias no es mi fuerte.

—¿Ha sido...?

—Asesinado, sí.

Los ojos se le llenan de lágrimas. Kathleen aprieta el puño y se lo pone frente a la boca para contener el llanto. Espero, le doy un momento. Al rato baja el puño y parpadea, levanta la cabeza y deja que la ilumine la luz de la luna.

—¿Le has matado tú? —me pregunta.

—No.

—¿Vas a matarme a mí?

—Si fuera ese el plan, ya estarías muerta.

Eso no parece consolarla demasiado.

—¿Qué quieres de mí?

—Necesito tu ayuda —repito.

—¿Para qué?

—Para intentar atrapar al asesino.

13

Mientras atravesamos Central Park de vuelta, en dirección a la calle Setenta y dos y a mi casa, Kathleen no dice una palabra. La verja que cubre la entrada exterior del Dakota está cerrada de noche. Llamo al timbre. Tom sale y me abre. Está acostumbrado a verme llegar con mujeres a cualquier hora —aunque no hayan sido tantas en los últimos años—, pero supongo que la edad avanzada de Kathleen le sorprende.

Atravesamos un patio con dos fuentes y tomamos el ascensor a mi apartamento, con vistas al parque. A algunas personas les intimida este lugar. A ella no. Ha aprovechado la caminata para recobrar la compostura. Se dirige directamente hacia la ventana y mira al exterior. Kathleen se mueve con seguridad, con la cabeza alta, los ojos secos. Lleva la ropa arrugada tras una larga noche de trabajo; la blusa aún tiene desabrochado un botón de más, como cabe esperar en una camarera de carrera como ella. Yo le compré este apartamento a un famoso compositor que había vivido aquí treinta años. Quizá ya os imaginéis la decoración: madera de cerezo oscura, techos altos, marquetería, armarios antiguos, lámparas de araña, una chimenea enorme con útiles de latón, sofisticadas alfombras de seda orientales, sillas tapizadas en terciopelo color burdeos. Si es esa la imagen que os habéis hecho, es correcta. Myron describe mi casa como «vintage versallesco», lo cual es doblemente incorrecto, porque en mi casa no hay nada francés ni de la época de Versalles.

Le sirvo un coñac a Kathleen y se lo doy.

—¿Cómo lo has sabido?

Supongo que se refiere a sus encuentros semanales en el parque con Ry Strauss. No lo sabía con seguridad, por supuesto. Simplemente he seguido mi intuición.

—Para empezar, tienes antecedentes policiales: doce detenciones, todas por desobediencia civil en diversas manifestaciones progresistas.

—¿Eso es todo?

—Eso para empezar.

—¿Y para acabar?

—Me dijiste que habías empezado a trabajar en el Malachy's en 1978. Frankie Boy me contó que en 1973 ya trabajabas a media jornada.

—Frankie Boy es un bocazas. —Le da un buen sorbo al coñac—. ¿De verdad Ry está muerto?

—Sí.

—Yo le quería, ¿sabes? Le quise durante mucho tiempo.

Eso me lo imaginaba. Kathleen no había rescatado a Lake Davies... o si lo había hecho, no era esa su intención. Su verdadera intención al animar a Lake a que se entregara era muy simple: librarse de la competencia de modo que Ry Strauss solo tuviera ojos para ella.

—¿Quién lo ha matado? —me pregunta.

—Esperaba que en eso quizá pudieras ayudarme.

—No veo cómo —responde—. ¿La policía no tiene ningún sospechoso?

—Ni uno.

Kathleen da un buen sorbo y se vuelve a la ventana.

—Pobre alma atormentada. Todos ellos, en realidad. Los Seis de Jane Street. No querían hacer daño a nadie esa noche.

—No paro de oírlo.

—Chavales idealistas. Todos lo éramos. Queríamos cambiar el mundo a mejor.

Estoy ya un poco cansado de tantas excusas y justificaciones; lo que yo quiero es algo que me sea útil para mi investigación.

—¿Tú sabías dónde vivía Ry todo este tiempo?

—Sí, claro. En el Beresford. —Se vuelve hacia mí—. ¿Has visto fotografías antiguas suyas? ¿De cuando Ry era joven? Dios, qué guapo era. Tenía un carisma... Era atractivo a rabiar. —Veo su sonrisa en el reflejo del cristal—. Yo ya sabía que estaba atormentado, eso se veía enseguida, pero siempre he tenido debilidad por los tipos peligrosos.

—¿Quién más sabía que Ry vivía en el Beresford?

—Nadie.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—¿Alguna vez lo visitaste?

—¿En el Beresford? Nunca. No quería visitas. Sé que suena raro. Bueno, Ry era raro. Y se fue volviendo cada vez más raro con el paso del tiempo. Un ermitaño, en realidad. No dejaba entrar a nadie. Tenía demasiado miedo.

—¿Miedo de qué?

—¿Quién sabe? Tenía una enfermedad. —Se lo piensa un momento, y luego añade—: O eso pensaba yo. Pero quizá... no sé, quizá tuviera motivos para tener miedo.

—¿Cómo acabó ahí Ry?

—¿En la torre, quieres decir?

Asiento.

—Después de que Lake se entregara, Ry y yo empezamos a salir. Se vino a vivir conmigo. Yo tenía una habitación en Amsterdam Avenue, cerca de la calle Setenta y nueve. Encima de un restaurante chino. Luego se convirtió en una tienda de colchones. Luego en una zapatería. Luego en un salón de manicura. Ahora es un restaurante de fusión asiática, que a mí me suena a eufemismo de restaurante chino. Al final todo vuelve al origen, ¿no es cierto?

—Eso dicen.

—Bueno. ¿Y...?

—Pues nada, compartíamos el espacio con uno de esos salones de masajes. No es lo que piensas. Eran legales. Un sitio barato, sin aspavientos, pero legal. Al menos eso creo. ¿Pero quién sabe? Yo no sé si había final feliz y esas cosas... A quién le importa. Estoy divagando, perdona.

Intento mostrarme amable y le digo que no pasa nada para animarla a seguir hablando.

—Ry y yo éramos felices. Bueno, más o menos. Como te he dicho, ya

sabía en lo que me metía. No iba a durar eternamente, pero a mí no se me da muy bien eso de la eternidad. Mis relaciones con los hombres son como un rodeo: es emocionante, alocado, pero sé que voy a ser yo la que salga despedida y se rompa una costilla al caer al suelo.

Esta mujer me gusta.

Kathleen se gira y sonríe, con una sonrisa de lado bien ejecutada que consigue llegar a destino.

—Ese rodeo al final duró más de lo que esperaba.

—¿Cuánto?

—¿Como pareja? Entre una cosa y otra años. ¿Como amigo? Bueno, pues hasta hoy.

—Lo siento.

—Supongo que la familia de Staunch lo habrá encontrado.

—¿Nero Staunch?

—La familia siempre quiso vengarse. Una de las personas que murió aquella noche era una sobrina, o algo así. Ry siempre pensó que habrían acabado con los otros.

—¿Los Staunch?

—Sí.

—¿Ry pensaba que los Staunch habían matado a los otros miembros de los Seis de Jane Street?

—Algo así, sí. Creo que el que lleva ahora los negocios de la familia es el hermano de la chica que murió. —Se encoge de hombros—. Con el paso del tiempo, Ry se volvió cada vez más loco y paranoico. En sus mejores días era imprevisible. A veces, sin motivo, empezaba a pensar que tenía encima a la policía o a Staunch. Quizá porque oía un ruido, o porque alguien lo miraba raro. O por alguna conjunción astral. ¿Quién sabe? Y entonces Ry desconectaba un tiempo. A veces desaparecía durante meses. Luego, de pronto volvía a aparecer y me decía que quería volver a vivir conmigo. Eso lo hizo, lo de volver conmigo, hasta que se fue a vivir al Beresford.

—¿Y eso cuándo fue?

—¿En qué año? Oh, déjame pensar. Quizá a mediados de los noventa.

—¿Estableciste una cita semanal fija?

—Sí. Fuera lo que fuera lo que le pasaba, iba a peor. Todo eso que llevaba dentro era en realidad como una enfermedad, ya sabes. Como el cáncer o una cardiopatía. Quizá fuera incurable, no lo sé. Pero si a todo eso le sumas su paranoia y el hecho de que efectivamente estaba siendo perseguido por el FBI, los Staunch, quien fuera... y le añadimos el sentimiento de culpa por aquella noche horrible... ¡kabuuum!, como los cócteles Molotov. Así que cuando Ry se mudó a esa torre ya no era capaz de gestionar su propia vida. Se aisló del mundo.

—Pero de ti no.

—De mí no —dice, y en su rostro vuelve a aparecer esa sonrisa pícara —. Pero es que yo soy bastante especial.

—Estoy seguro de que sí.

¿Estamos flirteando?

Sigo adelante:

—Cuando os encontrabais para vuestra cita semanal en el parque, ¿qué hacíais?

—Hablábamos, sobre todo.

—¿De qué?

—De cualquier cosa. En los últimos años no decía nada que tuviera demasiado sentido.

—Pero aun así quedabais.

—Por supuesto.

—Y hablabais.

—De vez en cuando también le hacía algún trabajito manual.

—Muy generoso por tu parte.

—Él quería más.

—¿Y quién no?

—¿Verdad? Y yo lo intentaba. Por los viejos tiempos. Como te he dicho, antes era guapísimo, como tú, pero no sé, hacia el año 2000, o quizá 2001, perdió su atractivo físico. Al menos para mí. —Kathleen arquea una ceja—. Aun así, un trabajito manual no es nada.

—Muy cierto.

Kathleen se me queda mirando un rato. Eso me gusta. Confieso que me siento tentado. Es algo mayor, pero tiene ese atractivo sexual innato. Eso es algo que no se puede aprender ni enseñar. Y la verdad es que antes me he quedado a medias. Kathleen se acerca al decantador de cristal y hace un gesto, como pidiendo permiso para servirse otro coñac. Le sirvo yo.

—Por Ry —dice.

—Por Ry.

Brindamos.

—También tenía miedo de que le robaran sus cosas.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. Los trastos que tuviera en el apartamento.

—¿Alguna vez te habló de esos trastos?

—¿Eh?

—¿Te dijo qué tenía en el apartamento?

—No.

—¿Has oído hablar del Vermeer recuperado?

Sus ojos son como esmeraldas con brillos amarillos. Me mira por encima del licor ámbar de su copa.

—¿Me estás diciendo...?

En su dormitorio.

—¡El muy canalla! —Menea la cabeza—. Eso explica muchas cosas.

—¿Como qué?

—Como de dónde sacó el dinero para el apartamento. Habrá algún otro cuadro robado, ¿no?

—Sí.

—¿De algún sitio en Filadelfia?

—Muy cerca.

—Ry visitaba mucho Filadelfia. Justo después de huir. Tenía amigos allí, supongo. Quizá una novia. Así que sí, podría haberlo hecho él, claro. Quizá robara un par de cuadros, y de ahí sacó todo el dinero.

Tenía sentido.

—¿Has observado algún cambio reciente en él?

—No, la verdad es que no —dice, aunque luego se lo piensa mejor—. Bueno, en realidad, ahora que lo pienso sí, pero no creo que tuviera nada que ver con esto.

—A ver...

—Habían robado el banco donde tenía el dinero. O al menos eso es lo que me dijo. Eso le tenía histérico. Yo le dije que no se preocupara. Los bancos tienen que responder ante sus clientes, aunque sufran robos, le dije. Es así, ¿no?

—Más o menos.

—Pero no había manera de que se calmara.

Pienso en ello.

—¿Eran imaginaciones suyas o...?

—No, no. Salió en el Post. El Bank of Manhattan, de la calle Setenta y cuatro. Incluso me dijo, la última vez que lo vi, ahora que lo pienso, que el banco le había dejado un mensaje.

—¿En el teléfono?

—No lo sé, ahora que lo pienso.

—¿Tenía un teléfono?

—Uno de prepago que le había comprado yo en Duane Reade. Te

permite mantener el mismo número durante años. No conozco los detalles.

Yo sabía que en la escena del crimen no se había encontrado ningún teléfono. Interesante.

—Nunca lo tenía encendido —prosigue ella—. Tenía miedo de que pudieran rastrearlo. Comprobaba los mensajes una o dos veces por semana.

—¿Y el banco le dejó un mensaje?

—Supongo. O se lo dejarían al portero. No sé. Querían que fuera a la sucursal, o algo así.

—¿Y fue?

—No lo sé.

Eso me da que pensar.

—Ry Strauss salió del Beresford el viernes, de día. Apenas una hora más tarde volvió con alguien.

—¿Volvió a su apartamento? ¿Con una visita?

—Un hombre bajo y calvo. Entraron por el sótano.

—Tuvo que ser el asesino —concluye ella, y menea la cabeza—. Pobre Ry. Voy a echarle de menos.

Kathleen se bebe lo que le queda en el vaso y se me acerca. Mucho. Yo no me echo atrás. Apoya la mano en mi pecho. La blusa le aprieta mucho. Me mira fijamente con esos ojos esmeralda. Luego desliza lentamente la mano por mi cuerpo hasta agarrarme suavemente el paquete.

—Creo que no me apetece dormir sola esta noche —susurra, apretando suavemente.

Así que se queda.

14

Yo duermo —aunque dormir quizá no sea la palabra más adecuada para esta noche en particular— en una antigua cama barroca de madera de caoba tallada con cuatro postes y un dosel de encaje bordado. La cama es algo excesiva, lo confieso, y tiene una presencia dominante en el dormitorio, ya que los cuatro postes casi rascan el techo, pero, aun así, me gusta el ambiente que crea.

Al amanecer, Kathleen me da un beso en la mejilla y susurra:

—Encuentra al cabrón que lo mató.

Yo no tengo ningún deseo de vengar a Ry Strauss, sobre todo porque parece probable que hiciera una de las siguientes cosas (en secuencia cronológica): robó obras de arte a mi familia, mató a mi tío y secuestró y abusó sexualmente de mi prima.

Lo cual hace que me replantee la pregunta: ¿qué es lo que estoy buscando realmente?

Me levanto y me ducho. El helicóptero me está esperando. Cuando aterriza en Lockwood, me encuentro a mi padre esperándome. Lleva una americana azul, pantalones caqui, unos mocasines con borlas y un corbatón rojo. Es lo que se pone casi todos los días, con pocas variaciones. El escaso cabello que le queda lo lleva engominado. Está de pie, con las manos tras la espalda y los hombros atrás. Lo miro, veo mi imagen dentro de treinta años y no me gusta.

Nos saludamos con un apretón de manos firme y un abrazo incómodo. Mi padre tiene unos ojos azul profundo que de algún modo dan la impresión de saberlo todo, incluso ahora que la mente se le ha enturbiado, volviéndose impredecible.

—Me alegro de verte, hijo.

—Y yo a ti —respondo.

Mi padre y yo nos llamamos igual: Windsor Horne Lockwood. Él es el segundo; yo, el tercero. Él se hace llamar Windsor. Yo, como mi querido abuelo, soy Win. No tengo hijos, solo una hija biológica, así que a menos que «me esfuerce un poco», como dice mi padre, el nombre Windsor Horne Lockwood llegará a su fin a la tercera. A mí no

me parece que sea ninguna tragedia.

Nos dirigimos hacia la casa familiar.

—Tengo entendido que han encontrado el Vermeer —me dice mi padre.

—Sí.

—¿Tendrá algún efecto negativo para la familia?

Puede parecer una pregunta rara, pero a mí no me sorprende.

—No veo cómo podría tenerlo.

—Fantástico. ¿Has visto el Vermeer personalmente?

—Sí.

—¿Y está en buen estado? —Al ver que asiento, prosigue—. Son excelentes noticias. Realmente excelentes. ¿Del Picasso no hay rastro?

—No.

—Una pena.

El cobertizo se encuentra algo más allá, a la izquierda. Mi padre ni siquiera le echa una mirada. Es probable que os preguntéis por qué le doy tanta importancia al cobertizo, así que os lo diré claramente: no debería. Estaba equivocado. Culpaba a mi madre, y fue un error por mi parte. Ahora lo veo. Aunque, claro, para ser justos yo solamente tenía ocho años.

¿Cómo puedo explicar esto sin parecer insensible...?

Cuando tenía ocho años, poco después del funeral del abuelo, mi padre y yo entramos en ese cobertizo aparentemente por casualidad. Pero era un montaje. Ahora lo sé. Entonces no. Y es que entonces había muchas cosas que yo no sabía.

El caso es que al entrar nos encontramos a mi madre a cuatro patas, con otro hombre montándola por detrás.

Igual que los caballos.

Ya os veo asintiendo, con esa mueca que dice «ah, ya», convencidos de que ese incidente lo explica todo. Explica por qué no soporto tener a

una mujer cerca, por qué solo pienso en ellas en términos de sexo, por qué temo que me hagan daño. Curiosamente, cuando recuerdo ese día lo que más recuerdo no es a mi madre apoyada sobre las manos y las rodillas con los ojos en blanco mientras la mano de su amante le tiraba del cabello. No, lo que más recuerdo es el rostro cetrino de mi padre, su boca entreabierta, casi como ahora, por efecto de la apoplejía, y la mirada perdida de sus ojos.

Tal como decía, tenía ocho años. No perdoné nunca a mi madre.

Y eso me enfurece.

Sé que mi reacción es comprensible, pero muchos años más tarde, cuando vi morir a mi madre en la cama, me di cuenta de la tontería que había hecho. El tópico aquí es perfectamente aplicable: la vida es corta. Pienso en lo que perdió ella y en lo que perdí yo. Que solo con perdonarla habría podido mejorar su breve vida, y la mía. ¿Cómo no me di cuenta entonces? En la vida me he arrepentido de pocas cosas. Pero esta —el modo en que traté a mi madre— es la que más me reprocho. Nunca me planteé el hecho de que quizá mi madre tuviera sus motivos, o que a lo mejor no fue capaz de evitarlo, o que quizá solo se tratara de un trágico error, como los que cometemos todos en algún momento. Mi madre era muy joven, apenas tenía diecinueve años cuando se quedó embarazada y se casó con mi padre. Quizá tenía deseos que no podía expresar. Quizá la monogamia no fuera para ella, como tampoco lo es para su hijo mayor. Quizá entre mi padre, que acabó casándose dos veces más, y las obligaciones de Lockwood Manor —agobiantes, sofocantes—, llegó un punto en que le faltaba el aire. Quizá mi madre no quisiera romper una familia, ni hacer daño a sus hijos; quizá amara de verdad a ese otro hombre. ¿Quién sabe? Desde luego yo no, porque nunca pregunté, nunca le di la oportunidad de explicarse, me negué a escuchar hasta que fue demasiado tarde. Solo era un niño, pero era tozudo.

En principio demolí el cobertizo para librarme del horrible recuerdo de lo que habíamos presenciado mi padre y yo, pero ahora veo el nuevo edificio más bien como un monumento a mi propia estupidez y tozudez, un monumento a mi error, a esa actitud sentenciosa que tanto me ha hecho perder en la vida.

Mi padre yergue la espalda y me agarra del brazo.

—¿Cuándo recuperaremos el Vermeer? —pregunta.

—Pronto.

—Bien. Y se ha acabado eso de prestar obras de arte —sentencia—. Tampoco somos grandes coleccionistas. Nuestras dos obras de arte no deberían salir de Lockwood nunca más.

Yo no estoy de acuerdo con eso, pero no veo motivo para manifestarlo en este momento. Quiero mucho a mi padre, aunque lo cierto es que, objetivamente, no hay mucho que admirar en él. Es un clásico rico inútil. Heredó una gran fortuna, lo que le dio múltiples posibilidades, y su decisión fue pasarse la vida haciendo lo que más le gusta: golf y tenis, clubes de lujo y viajes, leer y estudiar cosas inútiles. Bebe demasiado, aunque no tengo claro que pudiera decir que es alcohólico. No tiene ningún interés en trabajar, aunque... ¿por qué iba a tenerlo? Hace aportaciones a organizaciones benéficas, como tantos otros ricos, con donativos lo suficientemente generosos como para parecer magnánimo, aunque no tanto como para que le supongan el mínimo sacrificio. Le preocupan mucho las apariencias y la reputación. Los que heredan una gran riqueza comparten un extraño rasgo psicológico, porque en el fondo se dan cuenta de que no han hecho nada para ganársela pero... ¿cómo no van a sentir que son alguien especial? Mi padre sufre de esta afección. «Tengo todo esto —piensa—, luego de algún modo debo de ser superior». Eso lleva a una batalla interna constante para mantener la falsa narrativa de que, de alguna manera, se merecen esas riquezas, que son dignos de ellas. Y descartas la evidencia —de que tu estilo de vida tiene más que ver con el destino y con la casualidad que con tu brillantez o tu ética en el trabajo— para no destruir el mito que te has creado tú mismo.

Pero, en el fondo, mi padre —y la gente que es como él— conocen la verdad. Todos la conocemos. Nos persigue. Hace que sintamos la necesidad de compensarlo de algún modo. Nos intoxica.

—En las noticias han dicho que encontraron el Vermeer en un apartamento de Nueva York.

—Sí.

—¿Y que el ladrón apareció muerto?

—Probablemente haya más de un ladrón —le recuerdo—. Pero sí, lo habían asesinado.

—¿Sabes su nombre?

—Ry Strauss.

No nos paramos, pero mi padre aminora el paso un momento. Tensa

los labios.

—¿Lo conoces? —le pregunto.

—Me suena el nombre.

Le explico brevemente la historia de los Seis de Jane Street. Él me hace algunas preguntas al respecto. Llegamos a la entrada de Lockwood Manor. Una mujer está quitando el polvo en el vestíbulo. Cuando entramos, desaparece sin decir una palabra, tal como le han enseñado. El personal doméstico lleva un uniforme marrón que hace juego con la madera, y el de los jardines de un color verde del mismo tono que el césped, ambos una especie de camuflaje creado por mi bisabuela. Los Lockwood tratan bien al servicio, pero nunca deja de ser el servicio. Cuando tenía doce años, mi padre observó que uno de nuestros jardineros hacía una pausa para contemplar la puesta de sol. Mi padre señaló en dirección al horizonte y me dijo:

—¿Ves qué bonito es Lockwood?

—Sí, claro —respondió el niño que era yo.

—Ellos también lo ven —dijo, señalando al jardinero—. Ese operario disfruta de las mismas vistas que nosotros. No son diferentes para él, ¿verdad? Ve exactamente lo mismo que vemos tú y yo: la misma puesta de sol, los mismos árboles. Sin embargo, ¿tú crees que lo aprecia?

Supongo que en ese momento no me daba cuenta de lo perdido que estaba mi padre.

Todos somos maestros en racionalizar a nuestra conveniencia. Todos buscamos modos de justificar nuestra narrativa. Todos retorcemos esa narrativa para crearnos una imagen mejor de nosotros mismos. Vosotros también lo hacéis. Si estáis leyendo esto, habéis nacido en el uno por ciento más privilegiado de la población mundial a lo largo de la historia, de eso no hay duda. Habéis experimentado lujos que pocas personas habrían podido imaginar en toda la historia de la humanidad. Sin embargo, en lugar de valorarlo, en lugar de hacer algo más para ayudar a los que tenemos por debajo, atacamos a los que han tenido aún más suerte por no haber hecho lo suficiente.

Es la naturaleza humana, por supuesto. No vemos nuestros defectos. Tal como suele decir Ellen Bolitar, la madre de Myron, el jorobado nunca ve la joroba que tiene a la espalda.

Nigel sale a nuestro encuentro.

—¿Necesitan algo?

—Solo un poco de privacidad —le espeta mi padre, con un perfecto acento británico, como si de pronto se hubiera transformado en un lord inglés. Nigel pone los ojos en blanco y responde a mi padre fingiendo un saludo militar. A mí, antes de cerrar las puertas me lanza una mirada de advertencia.

Nos sentamos uno delante del otro, en las butacas de terciopelo rojo que hay junto a la chimenea de piedra. Mi padre me ofrece un coñac. Yo paso. Él se sirve uno, pero tiene alguna dificultad, el brazo no le responde bien. Cuando me ofrezco a ayudarle me aparta, malhumorado. Puede arreglárselas solo. La mañana acaba de empezar. Pensaréis que tiene un problema con la bebida, pero no es así; es simplemente que ahora mismo no necesita estar en ningún otro sitio.

—Tu prima Patricia estuvo aquí contigo —dice.

—Sí.

—¿Por qué?

—También es miembro de la familia.

Mi padre me fulmina con sus ojos azules.

—Por favor, Win, no insultes mi inteligencia. Tu prima no se ha pasado por Lockwood en más de veinte años, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¿Y no es mucha coincidencia que el día en que aparece el Vermeer vuelva de pronto?

—No lo es.

—Pues quiero saber qué hacía aquí.

Ese es mi padre, siempre interrogando, presionando. Desde que tuvo la apoplejía no he visto mucho este aspecto suyo. Me gusta verle esa rabia, aunque vaya dirigida directamente hacia mí.

—Puede que haya alguna relación entre el robo de los cuadros y lo que le pasó a su familia —respondo.

Papá parpadea, atónito.

—¿Lo que le pasó a ella...? —No acaba la frase—. ¿Quieres decir su secuestro?

—Y el asesinato del tío Aldrich —añado.

Se encoge al oír el nombre de su hermano. Nos quedamos callados. Él levanta el vaso y se queda mirando el líquido ámbar un buen rato.

—No veo qué relación podría haber —concluye.

Yo permanezco inmóvil.

—Los cuadros fueron robados antes del asesinato, ¿no?

Asiento.

—Mucho antes, si no recuerdo mal. ¿Meses? ¿Años?

—Meses.

—Y aun así tú ves alguna relación. Explícamelo.

No quiero entrar en detalles, así que cambio de tema.

—¿Qué es lo que provocó la pelea entre el tío Aldrich y tú?

Levanta la vista del cristal y me mira, airado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nunca me lo contaste.

—Nuestra... —Se toma un momento para encontrar la palabra—. Nuestra división tuvo lugar años antes de que lo mataran.

—Lo sé. —Lo miro fijamente. La mayoría de personas afirman que no son capaces de ver parecidos familiares cuando se trata de ellos mismos. Yo sí los veo. Casi demasiados—. ¿Piensas en ello alguna vez?

—¿Qué quieres decir?

—Si Aldrich y tú no os hubierais —marco las comillas con los dedos— «distanciado», ¿tú crees que aún seguiría vivo?

Veo a mi padre perplejo, herido.

—Por Dios, Win, qué cosas dices.

Me doy cuenta de que quería hacerle daño, y según parece lo he conseguido.

—¿Alguna vez piensas en esa posibilidad?

—Nunca —responde, con un ímpetu excesivo—. ¿Qué es lo que te pasa?

—Era mi tío.

—Y mi hermano.

—Y tú lo echaste de la familia. Quiero saber por qué.

—Fue hace mucho tiempo.

Se lleva el vaso a los labios, pero ahora le tiembla la mano. Mi padre ha envejecido, eso es algo evidente, pero solemos oír que el envejecimiento es un proceso gradual. Quizá sea cierto, pero en el caso de mi padre es más bien como la caída desde lo alto de un acantilado. Se ha pasado mucho tiempo aferrado al borde del bonito despeñadero —sano, fuerte, lleno de vida—, pero cuando se ha soltado, la caída ha sido rápida y repentina.

—Fue hace mucho tiempo —repite.

El dolor que transmite su voz es como un ente vivo. Esa mirada capaz de fulminar a un kilómetro de distancia, no muy diferente de la que vi en el cobertizo hace ya tantos años, vuelve a estar ahí. Su mirada, perdida, apunta a un espacio vacío de la pared. Hace muchos años, en ese lugar había una impresionante fotografía de Lockwood Manor en blanco y negro. La fotografía había sido tomada por mi tío Aldrich hacia finales de los años 1970, y desapareció de allí hace mucho tiempo, igual que mi tío. Nunca había pensado en ello hasta ahora, en el hecho de que incluso las contribuciones artísticas del tío Aldrich a la finca habían sido eliminadas al expulsarlo del círculo familiar.

—Me dijiste que era un asunto de dinero —le digo—. Me diste a entender que el tío Aldrich había desviado fondos.

No responde.

—¿Era cierto?

Él replica con furia:

—¿Y eso qué importa ahora? Ese es el problema de tu generación. Siempre queréis desenterrar cosas desagradables. Os creéis que, sacando a la luz todo lo malo, acabará destruyéndose. Y no es así. Más bien es al revés. Alimentáis esas cosas malas. Yo nunca hablé de ello. Tu tío nunca habló de ello. Eso es lo que significa ser un Lockwood. Los dos sabíamos que hay mucha gente que se alimenta de las miserias de los demás. Que quieren explotar cualquier debilidad. ¿Eso lo entiendes?

No respondo.

—Tu responsabilidad, como miembro de esta familia, es proteger nuestra buena reputación.

—¿Papá?

—¿Me oyes, Win? Los Lockwood no aireamos nuestros trapos sucios.

—¿Qué pasó?

—¿Por qué tienes contacto de pronto con Patricia?

—No es de pronto, papá. Siempre hemos mantenido el contacto.

Se pone en pie. Está rojo de la rabia. Le tiembla todo el cuerpo.

—No voy a seguir hablando de esto...

Está demasiado nervioso. Tengo que calmarlo.

—Está bien, papá.

—... pero te recuerdo que eres un Lockwood. Eso es una obligación. Heredas el nombre, pero también todo lo que viene con él. Fuera lo que fuera lo que ocurrió con ese robo de cuadros, lo que le pasó a mi hermano y a Patricia, no tiene nada que ver con una pelea de hace muchos años entre Aldrich y yo. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —digo, con mi tono más calmado, mientras me levanto de mi asiento. Levanto las manos en un gesto que dice «voy desarmado»—. No quería contrariarte.

Se abre la puerta y aparece Nigel.

—¿Todo bien aquí dentro? —Ve el rostro de mi padre—. ¿Windsor?

—Estoy bien, maldita sea.

Pero papá no tiene buen aspecto. Está congestionado, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Nigel me lanza una mirada acusatoria.

—Es la hora de la medicación —le dice a papá, que me agarra del codo.

—Recuerda proteger a la familia —me dice él, y sale por la puerta a paso ligero.

Nigel se me queda mirando.

—Gracias por no contrariarle.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando? —le pregunto, pero luego levanto la mano. No importa—. ¿Tú sabes cuál fue la causa de la pelea?

Nigel se toma su tiempo.

—¿Por qué no le preguntas a tu prima?

—¿A Patricia?

No responde.

—¿Patricia lo sabe?

Papá está esperando frente a las escaleras.

—¿Nigel? —grita.

—Tengo que ocuparme de tu padre —me dice Nigel Duncan—. Que pases un buen día.

15

Mi Jaguar XKR-S GT me espera.

Justo en el momento en que me siento, me vibra el teléfono con un mensaje de texto de Kabir. Me informa de que me ha conseguido una cita con el profesor Ian Cornwell, el vigilante que estaba de servicio cuando robaron los cuadros. Es para dentro de una hora. Kabir no le ha dicho a Cornwell de qué se trataba; solo que un Lockwood quería verle. Perfecto. Kabir me manda la ubicación exacta del despacho de Cornwell en el Haverford College. El Roberts Hall. Lo conozco.

Mientras atravieso las puertas de Lockwood, llamo a la prima Patricia. Responde al primer tono.

—¿Qué hay?

—¿No «articula»? —digo yo.

—Estoy nerviosa. ¿Tienes más noticias?

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Llegaré en diez minutos.

La prima Patricia vive en la misma casa en la que fue secuestrada y en la que mataron a su padre. Es una modesta casa de estilo Cape Cod al final de una calle sin salida. Está divorciada y comparte la custodia de su hijo de diez años, Henry, aunque la residencia principal de Henry, curiosamente, es la casa de su ex, un renombrado neurocirujano llamado, muy apropiadamente, Don Quest. El cliché es que Patricia vive para su trabajo, pero los clichés existen por algún motivo. Viaja mucho con su organización benéfica de refugios para víctimas de abusos machistas, Abeona Shelters, impartiendo charlas y organizando eventos para recolectar fondos por todo el mundo. Patricia fue la que sugirió ese acuerdo de custodia poco convencional, lo que ha provocado más de un comentario en la zona entre los que lo ven como una dejadez injustificable en una madre.

Cuando paro el coche frente a su casa me encuentro a Patricia en el camino de grava que da a la casa con su madre, mi tía Aline. Las dos se parecen mucho, y ambas son imponentes en varios aspectos;

parecen más hermanas que madre e hija. En algún momento de los años setenta, el tío Aldrich, que era el «progre» de nuestra familia, por lo demás bastante rancia, dejó la universidad para pasar tres años colaborando con una organización benéfica y dedicándose al fotoperiodismo en Sudamérica. Eso fue mucho antes de que se pusieran de moda esas experiencias de voluntariado en cómodas instalaciones que más bien parecen vacaciones para jóvenes. El tío Aldrich, que había crecido en un ambiente extraordinariamente privilegiado en Lockwood, aprovechó la ocasión para abandonar su pasado y vivir entre gente paupérrima en condiciones bastante duras. Aprendió y maduró, o eso cuenta la leyenda familiar, y, con la ayuda del dinero de los Lockwood, fundó una escuela en uno de los barrios más pobres de Fortaleza. La escuela aún sigue funcionando, y, tras su muerte, la rebautizaron con el nombre de Academia Aldrich.

Fue allí, en esa nueva escuela de Fortaleza, donde el tío Aldrich conoció a una bella profesora de guardería llamada Aline y se enamoraron.

En aquella época el tío Aldrich tenía veinticuatro años; Aline, solo veinte. Un año más tarde regresaron a Filadelfia, después de que los casara un chamán de la tribu Yanomami en el Amazonas. A la familia Lockwood no le hizo ninguna gracia esta novedad, pero aun así el tío Aldrich y la tía Aline formalizaron su matrimonio por la ley de Estados Unidos.

Poco después nació Patricia.

La tía Aline se me acerca al verme salir del coche. Patricia me mira y menea la cabeza para advertirme de que no le cuente nada, y yo respondo asintiendo casi imperceptiblemente.

—Win —dice Aline, abrazándome.

—Tía Aline.

—Ha pasado mucho tiempo. Demasiado.

Fue la tía Aline quien encontró el cadáver del tío Aldrich aquella noche, en el vestíbulo de esta misma casa. Fue ella quien llamó a emergencias. Yo he oído la grabación de la llamada, la voz de Aline destrozada, histérica, pasando ocasionalmente del inglés al portugués. No dejaba de gritar el nombre de Aldrich, como si esperara despertarlo. En el momento en que hizo la llamada, Aline aún no sabía que su hija de dieciocho años había sido secuestrada. Hasta algo más tarde no se daría cuenta de que el hallazgo del cadáver de su marido

no era más que el inicio de aquella pesadilla.

A menudo me pregunto cómo pudo soportar todo aquello. No tenía familia aquí, ni amigos de verdad, y por supuesto la policía encontró sospechoso que hubiera decidido ir de compras tan tarde. Cuando Patricia no regresó aquella noche, algunas malas lenguas murmuraron que Aline habría matado también a su propia hija y que habría ocultado el cadáver. Otros creían que la prima Patricia también estaba involucrada: que madre e hija habían matado al padre y que Patricia estaba escondida. La gente quería creer ese tipo de cosas. Querían creer que había un motivo para una tragedia así, que de algún modo es culpa de la víctima, que existe una razón tras el caos, y que por tanto a ellos esas tragedias no les pueden afectar. Nos reconforta pensar que tenemos la situación controlada cuando no es así.

Tal como suele decir Myron, «el hombre propone, Dios dispone».

—Sé que tenéis que hablar —dice la tía Aline, que aún conserva un rastro de acento brasileño—, así que me voy a dar un paseo.

Aline se encamina a la calle vestida con zapatillas de deporte, un top de lycra y pantalones de yoga. Me la quedo mirando un momento, impresionado con lo que veo, hasta que de pronto me encuentro a Patricia al lado.

—¿Estás echándole el ojo a mi madre?

—También es mi tía —me defiendo.

—Eso no responde a mi pregunta.

Le doy un beso en la mejilla y entramos en casa. Ahora estamos de pie en el vestíbulo donde asesinaron a su padre. Ninguno de los dos somos supersticiosos, así que no es cuestión de mala suerte, ni de fantasmas ni de ningún otro de esos rollos espiritistas que suelen ahuyentar a la gente de un lugar como este, pero yo siempre me he preguntado por algo más concreto: el recuerdo. Patricia, que vive aquí sola, vio cómo mataban a su padre en este mismo sitio. ¿No es motivo suficiente para mantenerse alejado?

Hace unos años le pregunté por ello.

«Me gusta recordarlo. Me da energía».

Su entrega a la causa alcanza niveles de obsesión, pero es lo que ocurre con la mayoría de iniciativas que merecen la pena. La prima

Patricia, y los refugios que ha creado con Abeona Shelters, hacen bien. De eso no hay duda. Yo conozco bien su trabajo y lo apoyo.

Le cuento todo lo que he descubierto.

La pared de este vestíbulo es una especie de santuario en recuerdo del padre de Patricia. El tío Aldrich se tomó la fotografía bastante en serio, y, aunque yo no sé muy bien cómo se juzgan estas cosas, sus fotografías han recibido muy buenas críticas. El vestíbulo está cubierto de fotos en blanco y negro, la mayoría de ellas de su larga estancia en Sudamérica. Los motivos son variados: paisajes, miseria urbana, tribus indígenas.

Para rematar el efecto santuario, las fotografías enmarcadas están dispuestas en torno a un estante en el que solo hay una cosa: la cámara que tanto le gustaba al tío Aldrich, una Rolleiflex rectangular con doble objetivo, de esas que se sostienen a la altura del pecho en lugar de frente al ojo. Así es como sigo viendo al tío Aldrich cada vez que pienso en él, con esa cámara que ya parecía anticuada en su momento, sacando retratos de la familia y, tal como he mencionado antes, de la finca Lockwood en general.

—¿Y ahora qué hacemos? —me pregunta Patricia cuando acabo.

—Voy a hablar con el guardia de seguridad de Haverford al que ataron durante el robo de las obras de arte.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Ahora tenemos un vínculo entre el robo de Haverford y lo que ocurrió en esta misma estancia. Tenemos que volver a ese momento y repasarlo todo.

—Supongo que tiene sentido.

No parece convencida. Le pregunto por qué.

—Yo nunca he pasado página del todo, por supuesto —dice, sopesando cada palabra antes de que salga de su boca—, pero con el paso de los años he conseguido canalizar todo esto.

Yo también lo creo, y así se lo digo.

—Es que... no quiero que nada interrumpa ese proceso.

—¿Ni siquiera la verdad? —replico, consciente de lo melodramático que suena.

—Tengo curiosidad, por supuesto. Y quiero justicia. Pero...

—Interesante.

—¿Qué?

—Mi padre también quiere que lo deje.

—Venga, Win. No estoy diciendo que quiera que lo dejes. —Luego se lo piensa y añade—: ¿A tu padre le preocupa cómo puede afectar eso a la familia?

—Siempre, y por encima de todo.

—¿Y por eso has venido?

—He venido a verte —respondo—. Y para enterarme de por qué se pelearon nuestros padres.

—¿Le has preguntado a tu padre?

—No me lo quiere decir.

—¿Y qué te hace pensar que yo lo sé?

La miro de frente.

—Estás dando rodeos. Será por algo.

Ella se da la vuelta, se dirige a la puerta corredera de cristal y echa una mirada al patio trasero.

—No veo la relevancia de todo esto.

—Ah, bien.

—¿Qué?

—Sigues dando rodeos.

—No seas capullo.

Espero.

—¿Recuerdas cuando cumplí dieciséis?

La recuerdo. Celebraron una fiesta en Lockwood, con todo tipo de lujos y aun así con cierto buen gusto. Y digo buen gusto porque algunos de nuestros amigos nuevos ricos se dedican a competir regalando coches caros, contratando a bandas de rock y organizando safaris en el zoo o apariciones de personajes famosos, mucha estridencia y poca clase. Patricia, en cambio, solo invitó a sus amigas más próximas a una fiesta sencilla en el prado de Lockwood.

—Organicé una noche de chicas —dice—. En tiendas. Junto al estanque. Éramos ocho.

Retrocedo a ese momento. Yo había ido a la cena de celebración, pero ahí acabó la fiesta para los chicos. Yo me volví a la casa familiar. Lo que más recuerdo de aquel día es que había una chica muy guapa que se llamaba Babs Stellman, y que alguien me había dicho que yo le gustaba. Naturalmente, intenté —¿cómo se dice ahora?— pillar. Babs y yo conseguimos desaparecer un rato y nos besuqueamos detrás de un árbol. Olía maravillosamente a champú Pert. Recuerdo que deslicé la mano por debajo de su suéter, pero ella me impidió llegar más adelante con la clásica frase, siempre paradójica, de «Me gustas mucho, Win».

—Las chicas nos desnudamos en la glorieta —prosigue Patricia, y baja la cabeza—. Y tu padre... no tenía razón, Win. Quiero que lo sepas. Pero tu padre acusó al mío de observarnos desde una ventana.

Me quedo helado; no puedo creerme lo que oigo.

—¿Puedes repetirme eso?

Patricia casi sonríe.

—¿Ahora quién es el que da rodeos?

—¿Quieres decir que mi padre acusó al tuyo de ser un mirón?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

—Mi padre no se inventaría algo así.

—No, para ser justos hay que decir que no lo haría. ¿Recuerdas a Ashley Wright?

Tengo un vago recuerdo.

—¿No jugaba contigo a hockey?

Patricia asiente.

—Ashley fue la que se enfadó. No quería decirnos por qué. Se puso a gritar que quería marcharse. Fue todo muy raro. El caso es que sus padres vinieron a buscarla. Cuando llegó a casa, Ashley le dijo a su padre que había visto al mío mirándola por la ventana mientras estaba desnuda. El padre de Ashley fue a hablar con el tuyo. Cuando tu padre se enfrentó al mío, bueno... estalló la guerra. Mi padre lo negó. Tu padre le presionó. La cosa fue a más, y abrió un montón de viejas heridas.

Me quedo pensando un momento.

—Ashley Wright.

—Sí. ¿Qué?

—¿Mintió?

Patricia abre la boca, la cierra y vuelve a intentarlo.

—¿Qué importa eso ya, Win?

Tiene razón.

—¿Sabes dónde vive ahora?

—¿Ashley Wright? —replica Patricia, pálida de pronto—. Por Dios, no lo sé. ¿Es que quieres ir a hablar con ella? ¿En serio, Win? Supón que mi padre fuera... pongámonos en lo peor... un pervertido que espiaba a chicas de dieciséis años. ¿Qué más da ya?

En eso también tiene razón. ¿Adónde quiero llegar con esto? El asesinato del tío y el secuestro de Patricia se produjeron dos años después de aquel incidente. No veo ninguna relación.

Y aun así...

—¿Win?

La miro. Patricia tiene los ojos clavados en la pared... en esa cámara, en las fotografías.

—Echo tremendamente de menos a mi padre. Quiero justicia. Y la idea de que el hombre que me hizo tanto daño, que les hizo eso a todas esas chicas, podría seguir haciéndolo... me ha perseguido durante veinte años.

Espero.

—Pero ahora parece bastante evidente que Ry Strauss fue quien hizo ambas cosas, ¿no? Y si es así, quizá sea mejor no escarbar en todo esto.

Una vez más, suena como mi padre. Asiento.

—¿Qué?

—Quieres olvidarte de todo esto —digo yo.

—Pues claro.

—Yo no.

Le recuerdo que en unas horas el mundo se enterará de la muerte de Ry Strauss, de lo de los Seis de Jane Street y de su relación con el Vermeer robado. Es solo cuestión de tiempo que el FBI halle una relación con la maleta, o que se haga pública de algún otro modo. Se lo cuento, y veo cómo se desanima al oírlo.

Patricia se acerca y se sienta en el sofá. Ya sé lo que va a pasar. Necesita procesarlo. Al cabo de un momento dice:

—Yo conseguí volver a casa. Eso no puedo olvidarlo.

Patricia se mordisquea la uña del pulgar, un tic que recuerdo perfectamente de cuando éramos niños.

—Yo conseguí volver a casa —repite—. Esas otras chicas no. Algunas... hay cuerpos que aún no han aparecido.

Levanta la vista y me mira. ¿Qué puedo añadir a eso?

—He dedicado mi vida a rescatar a niños y niñas necesitados... y al mismo tiempo aquí me tienes, escondiéndome de la realidad.

Me doy cuenta de que espera que diga algo reconfortante, como «Lo entiendo» o «No pasa nada». Pero, en lugar de eso, miro el reloj, hago un cálculo rápido del tiempo que me llevará llegar al Haverford College y digo:

—Tengo que irme.

Mientras me acompaña al Jaguar, la veo mordisqueándose de nuevo la uña del pulgar.

—¿Qué hay? —le pregunto.

—Nunca pensé que tuviera importancia. Y aún creo que no la tiene.

—¿Pero? —la espoleo, mientras me siento al volante.

—Pero tú insistes en la pelea entre nuestros padres.

—¿Y qué?

—Tú crees que es relevante.

—No exactamente: no sé si es relevante. No sé si nada de lo que estamos considerando es relevante. Así es como me enseñaron a investigar. Haces preguntas. Vas hurgando aquí y allá, y si hay suerte descubres algún cabo suelto.

—Hablaron una última vez.

—¿Quién habló una última vez?

—Tu padre y el mío. Aquí. En casa.

—¿Cuándo?

Patricia aparta la mano y se la lleva al costado para evitar seguir mordiéndose esa uña.

—La noche antes de que mi padre fuera asesinado.

16

El Haverford College, fundado en 1833, es una pequeña universidad de élite situada en la elegante Main Line de Filadelfia, junto a dos de mis clubes exclusivos favoritos, el Merion Golf Club (yo juego mucho al golf) y el Merion Cricket Club (no juego al cricket, pero muy pocos socios lo hacen; no preguntéis). Haverford tiene menos de 1.400 alumnos, pero cuenta con más de cincuenta edificios, la mayoría de piedra, repartidos por más de 80 hectáreas de jardines impecables tan bonitos que habían sido clasificados de «arboreto». Los Lockwood se habían integrado en el denso tejido del Haverford College desde su creación. Windsor I y II se habían graduado allí, y ambos habían mantenido su vinculación con la institución como presidentes del consejo de administración. Todos mis parientes varones habían cursado estudios (hasta 1970 no se había permitido el acceso a las mujeres) hasta que —hum, ahora que lo pienso— el tío Aldrich rompió la tradición, en los años setenta, optando por la Universidad de Nueva York. Yo fui el segundo, cuando decidí ir a la Universidad de Duke, en Carolina del Norte. Me encantaba y sigue encantándome Haverford, pero para mí estaba demasiado cerca de casa, era un lugar demasiado familiar, y no era eso lo que me pedía el cuerpo a los dieciocho años.

El despacho del profesor Ian Cornwell, en el Roberts Hall, tiene delante el Founders Green y, más allá, el Founders Hall, donde residían temporalmente el Vermeer y el Picasso hasta que los robaron. Me pregunto sobre eso, sobre las vistas que hay desde el despacho de Cornwell del edificio donde lo tuvieron atado mientras los dos cacos actuaban. ¿Piensa a menudo en eso o, al cabo del tiempo las vistas se convierten simplemente en eso, las vistas?

Ian Cornwell se esfuerza mucho en dar una imagen profesional: cabello revuelto, barba descuidada, americana de tweed, pantalones de pana de color mostaza. Por los estantes de su despacho y por el suelo hay montones de papeles a punto de desmoronarse. En lugar de un escritorio propiamente dicho, Cornwell tiene una gran mesa cuadrada con doce sillas para poder celebrar seminarios con los estudiantes en un ambiente recogido.

—Me alegro de que haya podido venir —me dice Cornwell.

Me invita a sentarme frente a unos folletos del Departamento de Ciencias Políticas. Le miro a la cara. Se le ve animado, dispuesto a

aprovechar la ocasión para pedirme apoyo económico para algún tipo de curso o carrera nuevos. Seguro que para conseguir una cita tan rápida Kabir le ha insinuado que quizá me interesaría aportar algo de financiación. Pero ahora que estoy aquí puedo dejar claras mis intenciones.

—Estoy aquí por los cuadros robados.

La sonrisa se le cae del rostro como un yunque de dibujos animados.

—Tenía la impresión de que estaba interesado...

—Quizá lo esté, más tarde —digo, sin dejarle acabar—. Pero ahora mismo tengo unas cuantas preguntas sobre el robo de los cuadros. Usted tenía turno de vigilancia nocturna.

No le gusta mi brusquedad. No suele gustarle a casi nadie.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Sí —respondo—. Sé muy bien cómo funciona el tiempo, gracias.

—No veo...

—Por supuesto sabrá que uno de los dos cuadros ha aparecido, ¿verdad?

—Lo he leído en las noticias.

—Espléndido, así no tengo que ponerle al día. He examinado a fondo el dosier del FBI sobre el robo. Tal como se puede imaginar, tengo un interés personal en el tema.

Cornwell parpadea como si estuviera aturdido, así que sigo adelante.

—Usted era el único vigilante de servicio esa noche. Según su testimonio, dos hombres disfrazados de agentes de policía llamaron a la puerta del Founders Hall. Le dijeron que había habido un altercado que debían investigar y usted les abrió. Una vez dentro, le redujeron. Se lo llevaron al sótano, le vendaron los ojos, lo amordazaron y lo esposaron a un radiador. Le hurgaron en los bolsillos, le sacaron la cartera, vieron su carné de identidad y le dijeron que ya sabían dónde vivía y dónde encontrarlo. Una amenaza, supongo. ¿Es correcto todo eso?

Ian Cornwell se deja caer en una silla al otro lado de la mesa.

—Fue una experiencia traumática.

Espero.

—Preferiría no hablar de ello.

—¿Profesor Cornwell?

—¿Sí?

—Mi familia perdió dos obras de arte de incalculable valor mientras usted estaba de guardia.

—¿Me está culpando?

—Lo haré si se niega a cooperar.

—No me estoy negando a nada, señor Lockwood.

—Espléndido.

—Pero tampoco me dejaré acosar.

Espero un momento para darle la ocasión de guardar las apariencias. Capitulará. Siempre lo hacen.

Unos segundos más tarde vuelve a hablar, con gesto compungido.

—No sé nada que le pueda servir de ayuda. Se lo conté todo a la policía mil veces.

Yo no le hago caso y sigo adelante.

—Usted tenía la impresión de que uno de los dos hombres mediría metro setenta y cinco más o menos, y que era de complexión media. El otro mediría casi metro ochenta y cinco y era más corpulento. Ambos eran blancos, y le pareció que llevaban bigotes falsos.

—Estaba oscuro.

—¿Y eso qué quiere decir?

Mira a la izquierda.

—Nada de todo eso es preciso. La altura, el peso. Bueno, podría ser, más o menos, pero todo ocurrió tan rápido...

—Y usted era joven —añado—. Y estaba asustado.

Ian Cornwell se agarra a esos argumentos como un náufrago a un salvavidas.

—Sí, exactamente.

—No era más que un estudiante que intentaba ganarse unos dólares extra.

—Era parte de los requisitos de aportación económica a la institución, sí.

—Había recibido una formación mínima.

—No es por colgarle el muerto a otro —dice Cornwell—, pero la universidad debería haber proporcionado una seguridad mayor a su familia.

Eso es cierto, aunque hay muchas cosas de este caso y de la investigación que no me cuadran. La cesión de los cuadros debía durar solo un breve período, y las fechas no se fijaron hasta unas semanas antes. Nosotros hicimos que se instalaran nuevas cámaras de seguridad, pero eso fue mucho antes de que llegara el almacenamiento de datos en la nube, de modo que las grabaciones se conservaban en un disco duro en el primer piso, detrás del despacho del presidente.

—¿Cómo supieron los ladrones dónde estaba el disco duro? —le pregunto.

—Por favor, no lo haga —dice, cerrando los ojos.

—¿Perdón?

—¿Usted no cree que el FBI me hizo todas esas preguntas una y otra vez ya entonces? Me interrogaron durante horas. Hasta me negaron el derecho a asesoramiento legal.

—Pensarían que estaba en el ajo.

—No lo sé. Pero desde luego se comportaban como si así fuera. Así que le diré lo que les dije a ellos: no lo sé. Estaba amordazado y esposado en el sótano. No tenía ni idea de lo que habían hecho. Me pasé ocho horas ahí abajo, hasta que llegó alguien a sustituirme por la mañana.

Eso ya lo sé, por supuesto. Ian Cornwell había sido eliminado de la lista de sospechosos por diversos motivos, sobre todo porque no era

más que un estudiante de veintidós años sin antecedentes. Sencillamente no tenía el cerebro ni la experiencia necesarios para organizar el robo. Aun así, el FBI lo mantuvo vigilado. Y yo también: mandé a Kabir que revisara sus movimientos bancarios para ver si había recibido de pronto alguna cantidad significativa. No fue así. Parecía estar limpio. Pero no me fío.

—Quiero que eche un vistazo a estas fotografías.

Le paso las cuatro fotografías por encima de la mesa. Las dos primeras son ampliaciones de la famosa fotografía de los Seis de Jane Street. Uno es Ry Strauss. El otro es Arlo Sugarman. Las otras dos son las mismas fotografías, pero tratadas con un nuevo software de envejecimiento artificial, de modo que Strauss y Sugarman aparecen con veinte años más, tal como serían en la época del robo, con poco más de cuarenta.

Ian Cornwell observa las imágenes. Luego levanta la cabeza y me mira.

—¿Está de broma?

—¿Qué?

—Esos son Ry Strauss y Arlo Sugarman —dice—. ¿Usted cree que...?

—¿Y usted?

Ian Cornwell vuelve a bajar la vista y examina las fotos, ahora con algo más de interés. Yo lo observo atentamente. Quiero ver su reacción porque, a pesar de lo que se dice, ningún hombre es un libro abierto. Aun así, veo que le pasa algo por la mente... o al menos me lo imagino.

—Espere un momento —dice. Echa mano de un armarito junto a los estantes y saca un rotulador negro. Señala las fotografías—. ¿Puedo?

—Por favor.

Con cuidado, dibuja unos bigotes sobre los rostros de los hombres. Cuando queda satisfecho con su obra, levanta la cabeza y la ladea, como si fuera un artista contemplando su propia obra. Yo no miro las fotografías. Sigo atento a su rostro.

Y no me gusta lo que veo.

—No podría decirlo con seguridad —afirma, tras una pausa—, pero desde luego es posible.

Yo no digo nada.

—¿Hay algo más, señor Lockwood?

—Solo el asunto de la prescripción —digo yo.

—¿Cómo dice?

—Ya se ha cumplido.

—No entiendo...

—De modo que si usted tuviera algo que ver con el robo, no podrían procesarle. Por ejemplo, si les hubiera dado a los ladrones alguna información —si fuera cómplice de algún modo—, han pasado más de veinte años. Este tipo de delitos, en Pensilvania, prescriben a los cinco años. Vamos, que no pueden ir a por usted.

—¿Y por qué iban a ir a por mí? —replica, frunciendo el ceño.

—Por el asesinato de Lincoln —respondo.

—¿Qué?

Meneo la cabeza.

—¿Entiende ahora el problema que tengo con usted?

—¿De qué está hablando?

—Acaba de preguntarme por qué iban a ir a por usted, cuando es evidente que me refiero al robo de los cuadros. —Imito sus gestos y repito—: «¿Por qué iban a ir a por mí?». Muy sobreactuado, Ian. Es una conducta sospechosa. Ahora que lo pienso, toda su declaración es muy sospechosa.

—No sé de qué está hablando.

—Por ejemplo, lo de los dos ladrones disfrazados de agentes de policía.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Que es precisamente lo que pasó en Boston durante el robo del

Gardner Museum. Dos hombres, de la misma altura que usted describe, con la misma complexión, los mismos bigotes falsos, el mismo truco de que tenían que investigar un altercado.

—¿A usted eso le parece raro?

—Pues sí, me lo parece.

—Pues el FBI pensó que era el mismo M.O.

—¿M.O.? —Modus operandi.

—Sí, conozco el término, gracias.

—Bueno, de ahí que haya cosas en común, señor Lockwood. La teoría es que los robos fueron obra del mismo equipo.

—O —planteo yo— que alguien, quizá usted, quería que creyéramos eso. Y... ¿un altercado? ¿De verdad? ¿En plena noche?, ¿en ese edificio cerrado en pleno campus? Usted estaba trabajando allí. ¿Oyó algún altercado?

—Bueno, no.

—No —repito yo—. ¿Informó de que lo hubiera? No otra vez. Aun así, le abrió la puerta a esos dos hombres con bigotes falsos. ¿Usted no lo ve raro?

—Pensaba que eran agentes de policía.

—¿Había algún coche patrulla?

—Yo no lo vi.

—Otra cosa más. Había cámaras de vídeo en las entradas y salidas del campus. Sin embargo, esa noche nadie vio a dos hombres vestidos de agentes de policía.

Eso es mentira —en aquella época el campus no contaba con esas medidas de vigilancia—, pero es una mentira muy efectiva.

—Ya he tenido bastante —replica Ian Cornwell, poniéndose en pie—. No me importa quién sea usted...

—Chist.

—¿Perdone? ¿Me acaba de...?

Le lanzo una mirada intimidatoria. Si quieres cambiar el comportamiento de alguien, tienes que recordar esto: los seres humanos siempre actúan por interés propio. Siempre. Ese es el único motivo. La gente solo hace lo correcto cuando coincide con esos intereses. Sí, es cínico, pero también es cierto. Si quieres cambiar el modo de pensar de alguien, el secreto no es ser considerado, respetuoso o conciliador, ni presentarle unos hechos convincentes e indiscutibles para demostrarle que no tiene razón. Y para los que realmente se dejan llevar por la candidez: el secreto nunca es apelar a la bondad o a la humanidad. Nada de eso funciona. El único modo para hacer cambiar de opinión a alguien es hacerle creer que lo que más le conviene es ponerse de tu lado. Punto final.

Sé lo que estáis pensando. Soy demasiado encantador para ser tan cínico. Pero esperad un poco.

—Esto es lo que le propongo —le digo al profesor Cornwell—. Usted me cuenta la verdad sobre lo que pasó esa noche...

—Ya le he dicho...

—Chist. —Me llevo el dedo índice a los labios—. Escúcheme, que le conviene. Me cuenta la verdad. Toda la verdad. Solo a mí. Y a cambio le prometo que no saldrá nunca de este despacho. No se lo contaré a nadie. Ni a un alma. No habrá repercusiones. No me importa si el Picasso está colgado en la pared de su retrete o si lo quemó en una hoguera. No me importa si fue el cerebro del plan o un simple peón. ¿Ve lo que le estoy ofreciendo, profesor? ¿Lo maravilloso que es? Es su oportunidad de ser libre. Solo tiene que contarme la verdad, y se habrá liberado para siempre de ese lastre. Y no solo eso, sino que tendrá un aliado de por vida. Un aliado agradecido y con mucho poder. Un aliado que puede conseguirle un ascenso, que puede financiar cualquier proyecto académico que tenga en mente.

La zanahoria ya está en su sitio. Ahora es el momento del palo. Bajo la voz, para que tenga que hacer un esfuerzo por oírme. Y se esfuerza.

—Pero si decide no aceptar mi generosa oferta, voy a empezar a hurgar en su vida. A hurgar hasta el fondo. Probablemente piense que no le puede pasar nada. Al fin y al cabo, el FBI no encontró nada hace veinticuatro años. Se siente seguro en su mentira. Pero ahora esa seguridad se ha convertido en una ilusión. El Vermeer ha aparecido. Hay al menos un asesinato de por medio. El FBI revisará el caso con más interés, sí, pero lo que más le afecta a usted es que yo llegaré donde no llegue la ley. Me apoyaré en sus actuaciones y, usando mis

recursos, aumentaré la intensidad de la acción, dirigiéndola contra usted, hasta la enésima potencia. ¿Lo entiende?

No dice nada.

Es hora de lanzarle el salvavidas.

—Es su oportunidad, profesor Cornwell; su oportunidad de poner fin a la tensión y al engaño que le han perseguido durante más de veinte años. Es su ocasión para liberarse de esa carga. Es su oportunidad, profesor, y si no la aprovecha, lo lamento por todos los Cornwell que han pasado antes de usted y por los que vendrán.

Cuando acabo casi me dan ganas de hacer una reverencia y saludar al público.

Mientras espero su respuesta, miro por la ventana y contemplo el césped por donde pasearon mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo cuando eran jóvenes, y la mente se me va a un hecho curioso que me distrae de este momento.

Pienso en el tío Aldrich, que contravino la tradición familiar decidiendo no venir a estudiar aquí.

¿Por qué estoy pensando en eso? No lo sé. Pero no dejo de darle vueltas.

Oigo un tintineo y me giro hacia el sonido. Hay un reloj de pie en la esquina opuesta, que suena al dar los cuartos. La puerta del despacho se abre de golpe y de pronto entra una avalancha de estudiantes cargados con mochilas, llenando el despacho de voces. Ian Cornwell me dice:

—Se equivoca conmigo. No hay nada.

Se quita del rostro el gesto de perplejidad y reacciona, sonriendo a los estudiantes. Es evidente que ese es su ambiente natural. Veo que es feliz y que los alumnos le tienen cariño. Que es bueno en su trabajo.

Pero lo que veo, sobre todo, es que me está mintiendo.

17

Cuando regreso a Lockwood mi padre está durmiendo.

Me planteo si debo despertarle —debo preguntarle por la visita que hizo a su hermano la noche antes de que lo asesinaran—, pero Nigel Duncan me advierte que ha tomado medicación y que no reaccionará. Así que paciencia. Quizá sea mejor que me informe algo más antes de hablar con él. Además, no tengo mucho tiempo. El director de la sucursal del Banco de Manhattan ha accedido a recibirme en una hora y media.

Nigel me acompaña al helicóptero.

—¿Qué estás intentando encontrar? —me pregunta.

—¿Debería hacer una pausa dramática, girarme de golpe y luego exclamar: «La verdad, maldita sea, la verdad»?

Nigel menea la cabeza.

—Desde luego eres un tipo curioso, Win.

El helicóptero me lleva de vuelta a Chelsea justo a tiempo. Magda me lleva a la agencia del banco en el Upper West Side, y observo que nos están siguiendo. Es un Lincoln negro. Y ese mismo coche ya me seguía esta mañana. Aficionados. Que se esfuercen tan poco me resulta casi insultante.

—Hay un pequeño cambio de planes —le digo a Magda.

—¿Cómo?

—Vamos a pasar por el despacho, en Park Avenue, antes de ir al banco, por favor.

—Usted manda.

Desde luego. El paso siguiente no es nada complicado. Afortunadamente no hay demasiado tráfico en la ciudad. Cuando llegamos al edificio Lock-Horne, Magda me deja en el lugar habitual y frena el coche.

—No salgas del coche.

Usando la cámara de mi iPhone miro hacia atrás. El Lincoln negro está tres coches por detrás, aparcado en doble fila. Menudos aficionados. Espero. Esto no llevará mucho tiempo. Veo a Kabir colándose por detrás del Lincoln. Se para justo detrás y se agacha, como para atarse los cordones del zapato. Pero de eso nada. Está colocando un GPS magnético bajo el parachoques.

Como decía, no es nada complicado.

Kabir se pone en pie, asiente para hacerme saber que el rastreador está fijado al parachoques del Lincoln y se va en dirección contraria.

—Vale —le digo a Magda—. Ya podemos seguir.

Mientras nos dirigimos al banco, llamo a Kabir. Él tendrá controlado el coche.

—También haré que busquen la matrícula —me dice.

Le doy las gracias y cuelgo. Mientras nos acercamos al banco, analizo los pros y los contras de dar esquinazo a nuestros perseguidores —tampoco sería tan difícil— y decido que prefiero no levantar la liebre. ¿Y qué, si me ven entrar en una sucursal de un banco en el Upper West Side?

Cinco minutos más tarde estoy en un despacho de paredes de cristal en la planta baja. El banco ocupa un edificio clásico precioso en la esquina de Broadway con la calle Setenta y cuatro, un vestigio de otros tiempos, cuando este edificio era... bueno, un banco, cuando los bancos eran como catedrales, unos lugares impresionantes, no como los locales de hoy en día, que tienen el mismo encanto que el vestíbulo de un motel. Esta sucursal aún conserva las columnas de mármol, las lámparas de araña, las ventanillas con mostrador de madera de roble, la enorme puerta redonda de la caja fuerte. Es uno de los pocos edificios de este tipo que no han sido reconvertidos en local de fiestas o restaurante de lujo.

La directora de la agencia tiene su nombre escrito en la placa de la mesa: Jill Garrity. Lleva el cabello recogido en un moño tan tenso que no sé cómo no le duele. Luce unas gafas con montura de pasta, y el cuello de su blusa, blanca, está tan tieso que podría sacarte un ojo con él.

—Me alegro mucho de verle, señor Lockwood.

Tenemos muchos negocios con el banco. Y ella espera que mi visita

signifique que vamos a hacer más. No quiero quitarle la ilusión, pero no tengo mucho tiempo. Le digo que necesito un favor. Ella acerca la cara, deseosa de ayudarme. Le pregunto por el robo del banco.

—No hay mucho que contar —me dice.

—¿Fue un atraco? ¿Iban armados?

—Oh, no, no. Fue fuera del horario comercial. Se colaron a las dos de la mañana.

Eso me sorprende.

—¿Y cómo lo hicieron?

Ella se pone a juguetear con el anillo que lleva puesto.

—No querría parecer maleducada...

—Pues no lo sea.

Mi interrupción la sorprende. La miro fijamente a los ojos.

—Háble me del robo.

Tarda un segundo o dos, pero los dos sabemos cómo va a acabar esto.

—Uno de nuestros guardias estaba implicado. No tenía antecedentes, lo comprobamos a fondo, pero su cuñado tenía algo que ver con la banda. Lo cierto es que no conozco los detalles.

—¿Cuánto dinero se llevaron?

—Muy poco —responde Jill Garrity, un poco a la defensiva—. Como sabrá, en la mayoría de sucursales no guardamos demasiado efectivo. Si lo que le preocupa, señor Lockwood, es el dinero robado, sepa que ninguno de nuestros clientes se vio afectado en lo referente a lo económico.

Eso ya me lo imaginaba. Lo que no podía entender era por qué iba a afectarle el robo a Ry Strauss. Podía ser su paranoia, su imaginación, pero da la impresión de que debía de haber algo más.

¿Y por qué me da la impresión de que la señora Garrity está ocultándome algo?

—En lo referente a lo económico —repito.

—¿Perdón?

—Ha dicho que ninguno de sus clientes se vio afectado en lo referente a lo económico.

Ella sigue dándole vueltas a su anillo.

—¿Y cómo se vieron afectados?

—Yo supongo que los ladrones buscarían dinero en efectivo —responde, recostándose en la silla—, es lo más lógico. Pero cuando vieron que no iban a conseguir mucho dinero, fueron a por otra cosa.

—¿Qué cosa?

—El edificio es antiguo. Así que abajo, en el sótano, aún tenemos cajas de seguridad personales.

Casi me parece oír un «clic» en el interior de mi cerebro.

—¿Y las robaron?

—Sí.

—¿Todas, muchas o unas cuantas escogidas?

—Casi todas.

Así que no fueron a por un objetivo determinado.

—¿Lo han notificado a sus clientes?

—Es... complicado. Estamos haciendo lo que podemos. ¿Sabe cómo funcionan las cajas de seguridad personales?

—Sé que no querría tener una —digo.

Al oír eso se echa atrás, pero luego asiente.

—En las sucursales más nuevas no las tenemos. En realidad son un dolor de cabeza. Caras de construir y de mantener, poco margen de beneficios, ocupan demasiado espacio... y suelen dar problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—La gente guarda allí sus objetos de valor, como joyas, documentos, partidas de nacimiento, contratos, pasaportes, letras, colecciones de

monedas o de sellos... Pero, a veces se olvidan de lo que tienen dentro. Llegan, abren su caja y de pronto se ponen a gritar que les falta un carísimo collar de diamantes. Normalmente se debe a que han olvidado que se lo llevaron antes. Otras veces es directamente una estafa.

—Afirmar que les han robado algo que no pusieron allí.

—Exacto. Y a veces, en raras ocasiones, somos nosotros los que cometemos algún error y es culpa nuestra. Pero eso es muy raro.

—¿Qué tipo de error pueden cometer?

—Si un cliente deja de pagar el mantenimiento de la caja, tenemos que vaciarla. Le advertimos repetidamente, por supuesto, pero, si no pagan, perforamos la caja y enviamos el contenido a nuestra oficina central, en el Downtown. Una vez perforamos la caja que no era. El hombre llegó, abrió su caja y se encontró con que sus pertenencias habían desaparecido.

Aquello empieza a cobrar sentido.

—¿Y cuando sufren un robo de verdad, como este?

—Ya se puede imaginar.

Me lo imagino.

—De pronto todos los clientes afirman que sus cajas contenían carísimos relojes Rolex, o sellos únicos que valían medio millón de dólares. Los clientes nunca se leen la letra pequeña, por supuesto, pero la responsabilidad del banco ante cualquier pérdida por cualquier motivo nunca puede superar diez veces el coste del alquiler anual de la caja.

—¿Y cuánto les cobran por el alquiler?

—Raramente es más de unos cientos de dólares al año.

No me parece mucho.

—Así que ahora están dirigiéndose a los clientes —prosigo—. Y muchos afirman que han perdido mucho más de lo que están obligados por ley a pagarles como compensación. ¿Es eso?

—Así es.

Parece que voy encajando las piezas. Sí, la gente guarda objetos de valor, como dice ella. Pero hay mucho más que eso.

Guardan secretos.

—¿Qué tamaño tiene su caja más grande?

—¿En esta sucursal? Veinte por veinte centímetros, y sesenta y cinco centímetros de fondo.

Ahí no habrían podido esconder el Picasso, aunque tampoco creo que fuera esa la idea de Strauss. La caja no era para eso. No era ese el motivo de su pánico.

Le muestro una foto sacada de la grabación de las cámaras de seguridad del Beresford, la imagen más clara que tengo de Ry Strauss antes de que lo mataran.

—¿Reconoce a este hombre?

Ella se queda mirando la foto.

—No creo. Bueno, cuesta hacerse una idea.

—Los clientes con los que han contactado por lo de las cajas de seguridad...

—¿Qué les pasa?

—¿Cómo contactan con ellos?

—Por correo certificado.

—¿Han llamado a alguno por teléfono?

—No creo. En cualquier caso, no lo hacemos nosotros. Tenemos una agencia de seguros en Delaware que se ocupa de eso.

—Así que no hay ninguna posibilidad de que nadie de esta sucursal haya podido llamar a un cliente y lo haya invitado a venir aquí para hablar del robo, ¿verdad?

—En absoluto.

Le hago unas preguntas más, pero por primera vez desde que empezó este lío tengo la sensación de que voy sacando algo en claro. En el momento de salir me suena el teléfono. Me sorprende ver que es

Jessica.

—¿Estás liado? —me pregunta.

—¿No deberíamos programar nuestra próxima cita a través de la app?

—Perdiste tu oportunidad.

—No habrías llegado al final.

—Supongo que nunca lo sabremos. Pero no te llamo por eso. ¿Sabes que acaban de anunciar la identidad de Ry Strauss?

—Sabía que iban a hacerlo, sí.

—Bueno, yo ya estaba preparada. Le había ofrecido al New Yorker un artículo de seguimiento sobre los Seis de Jane Street, una actualización del anterior, que se titulaba «¿Dónde están ahora?».

—Supongo que aceptarían el artículo.

—Puedo ser bastante encantadora cuando quiero.

—Oh, estoy seguro de ello.

—El caso es que voy a entrevistar a Vanessa Hogan, madre de una de las víctimas, la última que vio a Billy Rowan. ¿Quieres venir?

—No me puedo creer que Windsor Horne Lockwood III haya cogido el metro.

Yo me agarro a la barra que tengo sobre la cabeza. Vamos en la línea A, hacia el sur.

—Soy un hombre del pueblo —le digo.

—Tú eres cualquier cosa menos un hombre del pueblo.

—Te diré que hace poco cogí un vuelo comercial.

Jessica frunce el ceño.

—No, ni hablar.

—No, ni hablar. Pero pensé en hacerlo.

El motivo del viaje en metro es muy sencillo. No quiero que quienquiera que me esté siguiendo sepa adónde vamos. Le he pedido a

Magda que acelerara para girar una esquina de modo que nos perdieran de vista unos segundos. Y he aprovechado esos segundos para salir del coche y desaparecer en el vestíbulo del Davenport Theatre, en la calle Cuarenta y cinco. Luego he salido por un lateral, me he colado por la entrada trasera del Comfort Inn, en Times Square West, y he reaparecido en la calle Cuarenta y cuatro. Me he dirigido al este, hacia la Octava Avenida, y me he encontrado con Jessica junto a la entrada del metro de la calle Cuarenta y dos.

El resto del plan os lo podéis imaginar, creo yo.

Lo más probable es que el Lincoln negro —¿podrían haber elegido un vehículo más obvio?— estará siguiendo a Magda por el Lincoln Tunnel hasta Nueva Jersey, mientras Jessica y yo vamos en metro hacia Queens, donde otro coche nos llevará a casa de Vanessa Hogan.

Vanessa Hogan se casó de nuevo y dejó la modesta casa donde había criado a Frederick para mudarse a Kings Point, una zona algo más elegante, en Long Island. Su hijo Stuart, el hermanastro de Frederick nacido ocho años después del atentado de los Seis de Jane Street, nos abre la puerta con una mueca, extrañado.

—Hemos venido a ver a Vanessa —dice Jessica.

—Sé quién es usted —dice Stuart, mirándome con desconfianza—. ¿Pero él quién es?

—El asistente personal de la señora Culver —le digo—. Soy estupendo tomando notas.

—No tiene pinta de tomar notas.

—Me halaga.

Stuart sale al exterior de la casa y baja la voz:

—No sé por qué ha accedido mamá a recibirles.

Espera que alguno de los dos responda. No lo hacemos.

—No está bien, ¿saben? Mi padre murió el año pasado.

—Siento oír eso —dice Jessica.

—Llevaban casados más de cuarenta años.

Jessica ladea la cabeza, asiente y emite oleadas de simpatía y

comprensión, lo cual, mezclado con su belleza, hace que a Stuart le tiemblen las rodillas. Yo intento dejarle espacio; evidentemente eso es algo que tiene que hacer sola.

—Debe de haber sido muy duro para los dos —añade Jessica, con la cantidad justa de empatía que requiere el momento.

—Lo fue. Y bueno, ya sabe que yo nunca conocí a Frederick, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Mi padre conoció a mi madre... ya saben, después de que Frederick muriera en aquel accidente. Pero he oído hablar de él toda mi vida. No es que mamá se casara y pasara página. —Fija la mirada en la distancia y suelta un gran suspiro—. El caso es que Frederick lleva muerto mucho tiempo, pero aún le provoca un gran dolor.

—Eso debe de haber sido muy duro para usted, Stuart —dice Jessica. Yo intento no poner los ojos en blanco.

—No la alteren más de lo necesario, ¿vale?

Jessica asiente. Me mira, y yo imito su gesto. Stuart nos hace pasar a un salón de techos altos con tragaluces y suelo de madera clara. Vanesa Hogan, que actualmente tiene más de ochenta años, está hecha una pasita, sentada en un sillón y rodeada de cojines que la mantienen erguida. Tiene la piel cetrina y un pañuelo a modo de turbante en la cabeza, señal evidente de que ha recibido quimioterapia, o radiación, o algún otro tratamiento agresivo. Los ojos se le ven enormes, en esa cabecita que es piel y hueso. Son brillantes, del color azul de los vaqueros. Jessica se acerca con la mano extendida, pero Vanessa nos hace un gesto con la mano para que nos sentemos en el sofá que hay enfrente.

No me quita la vista de encima.

—¿Este quién es? —pregunta.

Tiene un tono de voz juvenil, no muy diferente del de la rueda de prensa de años atrás, cuando dijo aquello de que «los perdonaba».

—Este es mi amigo Win —dice Jessica.

Vanessa Hogan me mira, intrigada. Espero que siga haciendo preguntas sobre mí, pero decide volver a fijar la atención en Jessica.

—¿Por qué quería verme, señora Culver?

—Ya sabe que han encontrado a Ry Strauss.

—Sí.

—Me gustaría saber qué piensa.

—No pienso nada.

—Debe de haber sido duro —dice Jessica—, tener que volver a pensar en eso.

—¿Pensar en qué?

—La muerte de su hijo.

Vanessa sonríe.

—¿Usted cree que hay algún día en que no piense en Frederick?

Buena respuesta, diría yo. Echo una mirada a Jessica, que vuelve a intentarlo.

—Cuando oyó que habían encontrado a Ry Strauss...

—Le perdoné —replica Vanessa Hogan—. Hace mucho tiempo. Les perdoné a todos.

—Ya veo —responde Jessica—. ¿Y dónde cree que está ahora?

—¿Ry Strauss?

—Sí.

—Ardiendo en el infierno —replica Vanessa, y en su rostro asoma una sonrisa maliciosa—. Puede que le haya perdonado, pero no creo que le haya perdonado el Señor —dice, y vuelve a fijarse en mí—. ¿Cuál es su apellido?

—Lockwood.

—¿Win Lockwood?

—Sí.

—Strauss le robó un cuadro.

No respondo.

—¿Por eso está aquí?

—En parte.

—Ry Strauss le quitó un cuadro. A mí me quitó un hijo.

—No estoy haciendo comparaciones.

—Ni yo tampoco. ¿Por qué está aquí, señor Lockwood?

—Intento encontrar respuestas.

La piel de sus manos parece pergamino. Veo los morados de las agujas intravenosas.

—Hay otro cuadro que sigue desaparecido —dice—. Lo he visto en las noticias.

—Sí.

—¿Es eso lo que busca?

—En parte.

—Pero solo una pequeña parte. ¿No es verdad?

Nuestras miradas se cruzan y salta una chispa, como si de pronto nos comprendiéramos.

—Dígame qué es lo que busca realmente, señor Lockwood.

Echo una mirada a Jessica. Ella lo deja de mi mano.

—¿Ha oído hablar de Patricia Lockwood? —le pregunto.

—Supongo que es pariente suya.

—Mi prima.

Yergue la espalda y me indica con un gesto que siga. Lo hago.

—En los años noventa, unas diez adolescentes fueron secuestradas y retenidas contra su voluntad en un cobertizo en los bosques de Filadelfia. Abusaron de ellas durante meses, quizá años, las violaron repetidamente y luego las asesinaron. Muchas no aparecieron nunca.

Ella no aparta la vista.

—Está hablando de la Cabaña de los Horrores.

Yo no digo nada.

—Veo muchos programas de crímenes en la tele —nos explica Vanessa Hogan—. Ese caso no se resolvió nunca, si mal no recuerdo.

—Así es.

Intenta erguir más la espalda.

—¿Y usted cree que Ry Strauss...?

—Hay pruebas de que al menos tuvo algo que ver. Aunque puede que no actuara solo.

—Y una de las chicas consiguió escapar. ¿No sería...?

—Mi prima, sí.

—Oh, Dios. —La mano le tiembla ostensiblemente hasta que vuelve a apoyarla en el pecho—. ¿Y por eso está aquí?

—Sí.

—¿Pero por qué acude a mí?

—Puede que usted consiga perdonar.

—¿Pero usted no? —dice, acabando la frase por mí.

Me encojo de hombros.

—Alguien mató a mi tío. Alguien secuestró a mi prima.

—Debería dejarlo en manos de Dios.

—No, señora. No creo que lo haga.

—Romanos 12:19.

—«La venganza es mía, yo haré justicia, dice el Señor».

—Estoy impresionada, señor Lockwood. ¿Sabe lo que significa?

—No me importa lo que significa —digo yo—. Lo que sé es que los

hombres que hacen cosas así no paran. Vuelven a matar. Siempre. No se curan, ni se rehabilitan y, perdone que se lo diga, no encuentran a Dios. Siguen matando, sin más. Así que esta noche, cuando oiga en las noticias que otra jovencita ha desaparecido, quizá se trate de los mismos asesinos.

—A menos que Ry Strauss actuara solo —objeta.

—Eso podría ser, pero es poco probable. Mi prima dice que se la llevaron dos hombres.

Me mira y esboza una sonrisa.

—Parece decidido, señor Lockwood.

—Su hijo fue asesinado. Un agente del FBI llamado Patrick O'Malley, padre de seis hijos, fue asesinado. Mi tío Aldrich fue asesinado. —Hago una pausa, más que nada para aumentar el efecto de mis palabras—. A eso súmele la brutalidad y los asesinatos de esas jovencitas en la Cabaña de los Horrores.

Me inclino hacia ella, intentando así potenciar la carga dramática.

—Sí, señora Hogan, estoy decidido.

—¿Y si descubre la verdad?

No digo nada.

—¿Y si descubre la verdad pero no puede demostrarla? —El rostro de Vanessa Hogan ha cobrado vida, habla con un tono más animado—. Pongamos que encuentra a los culpables, pero que no tiene forma de demostrar su culpabilidad ante un tribunal. ¿Qué haría entonces?

Miro a Jessica. Ella también espera una respuesta. No me gusta mentir, así que desvío ligeramente el tiro con otra pregunta:

—¿Me está preguntando si dejaría que un violador y asesino en serie campara por ahí a sus anchas?

Vanessa Hogan me aguanta la mirada. Yo intento volver al tema que nos ocupaba.

—Billy Rowan vino a verla.

Ella parpadea, y se recuesta otra vez en el sillón.

—Cuando se presentó en mi cocina me pareció muy buen chico, estaba muy arrepentido. —Luego se lo piensa un poco más y contiene una exclamación—. ¿Usted cree que Billy Rowan tendría algo que ver con esa horrible cabaña?

—No lo sé. Pero sí sé que todo está conectado de alguna manera. Los Seis de Jane Street. El asesinato de su hijo. Las pinturas robadas. La Cabaña de los Horrores.

—Y por eso está aquí.

—Sí.

—Yo no estoy bien, señor Lockwood.

—¿Qué le dijo Billy Rowan cuando vino a verla?

—Me pidió que lo perdonara. Y lo perdoné.

Vanessa Hogan no parpadea. Mantiene la mirada firme. Apenas mueve la boca, pero estoy convencido de que está sonriendo.

—Usted sabe dónde está Billy Rowan, ¿verdad?

Ella no se mueve.

—Por supuesto que no —dice, sin intentar siquiera disimular—. Se hace tarde. Me gustaría que se fueran los dos.

18

Vanessa Hogan no nos dice nada más.

—No parece que hayamos aprovechado la ocasión —comenta Jessica, mientras salimos a la calle.

Yo no creo que haya sido así, pero no quiero hablar de eso.

Nos metemos en el coche y en ese momento me suena el teléfono. Me lo llevo al oído.

—Articula.

Jessica pone los ojos en blanco.

—¿Quieres toda la historia —dice Kabir—, o voy al grano?

—Oh, por favor, prodígate en detalles y en palabras grandilocuentes. Ya sabes cuánto me gusta eso.

—El Lincoln negro que te seguía pertenece a la banda de Nero Staunch.

Le preguntaría cómo lo sabe, pero le he pedido que fuera al grano y es lo que ha hecho. De todos modos me lo cuenta:

—Está registrado a nombre de una fábrica de cervezas artesanas que la familia usa como tapadera. Por cierto, ¿sabes quién dirige ahora la banda de Staunch?

—No.

—Leo Staunch.

—Vale. Y eso es importante porque...

—Leo Staunch es el sobrino de Nero. Más exactamente, es el hermanito de Sophia Staunch.

—Ah. Interesante.

—A la par que peligroso.

—¿Dónde está ahora el Lincoln negro?

—Abre la app de mapas de tu iPhone. Le he puesto un señalizador al rastreador para que puedas seguirlo.

—Muy bien. ¿Algo más?

—¿Recuerdas que ayer recibimos montones de peticiones de entrevistas después de que tu Vermeer apareciera en el escenario de un asesinato?

—Sí.

—Pues ahora imagínate añadirle a eso que la víctima del asesinato era Ry Strauss.

Desde luego sería una merienda de negros.

—¿Y tú qué les dices?

—He aprendido a decir «Sin comentarios» en doce idiomas.

—Gracias.

—Ei kommenttia —dice Kabir—. Es finlandés.

—¿Algo más?

—Mañana por la mañana tienes desayuno con Ema.

La única cita que no olvidaría ni me perdería nunca.

Cuelgo. Jessica está mirando por la ventanilla.

—¿Te apetece una cena temprana? —le propongo.

Ella se lo queda pensando un momento, y luego responde:

—¿Por qué no?

Llegamos al asador del Lotos Club, un elegante club social privado entre cuyos primeros socios figuró Mark Twain. Ocupa una casa de estilo Renacimiento francés en el Upper East Side. El asador está en el sótano, todo en madera oscura y paredes de un borgoña intenso. La barra está enfrente, en el centro de la pared. Los hombres deben llevar americana y corbata, algo que ya casi no se ve en Manhattan; hay quien considera que el código de vestimenta es algo del pasado, pero yo disfruto con estos toques del Viejo Mundo.

Charles, el maître, nos recomienda el lenguado à la meunière, y Jessica y yo lo pedimos. Yo escojo un Château Haut Bailly, vino de Burdeos con denominación de origen de Pessac-Léognan. Los blancos de esa zona están infravalorados.

Noto que me vibra el teléfono y me excuso. En el Lotos Club uno no saca el teléfono y se pone a hablar. Te vas a una cabina telefónica privada, el único lugar donde está permitido usarlo. Tal como esperaba, es P. T. Respondo.

—Articula.

—Perdona que haya tardado tanto en llamarte —me dice P. T.—. Ya te puedes imaginar que ha sido un día de locos.

—¿Algo nuevo por ahí?

—Nada importante. ¿Estás algo más cerca de pillar a mi asesino?

—Asesinos —puntualizo—. En plural.

—¿Tú crees que hay más de uno?

—¿Tú no?

—A mí en realidad solo me interesa uno.

P. T. hablaba de Arlo Sugarman, por supuesto, el hombre al que había visto matar a su compañero, Patrick O'Malley.

—En eso nuestros intereses quizá difieran un poco —respondo.

—No pasa nada. ¿Qué necesitas de mí?

—Hace cuatro meses hubo un robo en el Bank of Manhattan.

—Vale. ¿Y qué?

—Necesito saber todo lo que puedas al respecto, en particular sobre los ejecutores del robo.

—Bank of Manhattan —repite—. Creo que pillamos a uno.

Eso me sorprende.

—¿Y dónde está ahora ese tipo?

—¿Cómo sabes que es un hombre?

—¿Pues dónde está esa tipa?

—Es un tipo. Solo quería ver si estabas despierto, Win.

Espero.

—Echaré un vistazo.

—Otra cosa: ¿tienes algo de la empresa pantalla que montó Strauss para comprarse el apartamento y pagar las facturas?

—Es anónima. Tú sabes mejor que nadie lo difícil que es obtener información de ese tipo de empresas.

Vaya si lo sé.

—Aun así, puedes obtener información de la fecha de creación, el estado, el despacho de abogados, y quizá incluso hasta el banco que usaban para pagar las facturas. Alguien pagaba para que Ry Strauss pudiera vivir en Beresford.

—Vale. Lo miro.

Vuelvo con Jessica. Ya han abierto el vino. Jessica es una compañía deliciosa, algo que no me sorprende en absoluto. Nos reímos mucho. Acabamos una botella y abrimos una segunda. El lenguado está espléndido.

—Es raro —comenta.

—¿El qué?

—¿Habíamos estado alguna vez a solas?

—No creo.

—Siempre estaba Myron de por medio.

—Da la impresión de que aún está —observo.

—Sí, ya sé. —Jessica parpadea y agarra su copa—. La verdad es que no lo hice nada bien.

Yo no la corrijo.

—Mi matrimonio es un asco —añade.

—Lamento oír eso.

—¿Lo lamentas?

—Sí, claro.

—¿Me odiaste cuando dejé a Myron?

—Probablemente odiar no sea el verbo correcto.

—¿Cuál sería?

—Aborrecer.

Se ríe y levanta su copa.

—Touché.

—Es broma —digo yo—. Lo cierto es que a mí nunca me importaste demasiado.

—Muy honesto por tu parte.

—Yo nunca te vi como una entidad separada.

—¿Solo como una parte de Myron?

—Exacto.

—¿Como un apéndice?

—No tan relevante, francamente. ¿Como un brazo o una pierna? No. No tan importante.

Lo intenta otra vez:

—¿Como un pequeño satélite orbitando alrededor de él?

—Eso se acerca más. Al final le hiciste daño. Eso es lo único que me importaba. El efecto que tuviste en él.

—Porque le quieres.

—Sí, eso es cierto.

—Eso es muy tierno. Así que ahora quizá lo entiendas mejor.

—No lo entiendo mejor —reconozco—. Pero puedes explicarte, si lo deseas.

—Myron era una presencia enorme.

—Sigue siéndolo.

—Exactamente. Allá donde está él, no queda aire para los demás. Domina solo por estar ahí. El tiempo que estuve con él, mi trabajo se vio afectado. ¿Eso lo sabías?

Intento no fruncir el ceño.

—¿Le echas la culpa a él?

—Echo la culpa a nuestra relación. No es un planeta en torno al que yo orbitara. Es el sol. Cuando pasaba demasiado tiempo con él la intensidad era... me daba miedo acabar siendo engullida. Como si la gravedad fuera a atraerme demasiado cerca de sus llamas hasta desintegrarme, hasta ahogarme.

Ahora sí que frunzo el ceño sin reservas.

—¿Qué? —dice ella.

—Dejando de lado tus metáforas... ¿Estás ahogándote o quemándote? Todo eso me parece una solemne tontería. Él te quería. Te cuidaba. ¿La intensidad que sentías te abrumaba? Eso era amor, Jessica. Puro y genuino, algo muy poco frecuente. Cuando te sonreía, sentías una energía nueva para ti porque te quería. Eras afortunada. Eras afortunada, y no quisiste lo que tenías. Te deshiciste de ello no por lo que hacía él, sino porque tú, como muchos de nosotros, eres autodestructiva.

Jessica se recuesta en la silla.

—Vaya. Puedes sincerarte, si quieres.

—Le dejaste por un rico aburrido llamado Stone. ¿Por qué? Porque tenías amor verdadero, y eso te aterraba. No soportabas no tener el control de la situación. Por eso le partías el corazón constantemente: para poder tener el control. Tenías la oportunidad de vivir algo espléndido, pero te daba demasiado miedo como para agarrarte a ello.

Ahora los ojos le brillan. Se los seca con un movimiento rápido del índice y del pulgar.

—Supón... que intento recuperarlo.

Yo sacudo la cabeza.

—¿Por qué no? ¿No crees que aún sienta algo por mí?

—Eso no ocurrirá. Los dos lo sabemos. Myron no es así.

—¿Y qué hay de ti, Win?

—No estamos hablando de mí.

—Bueno, podemos cambiar de tema. Tú has cambiado, Win. Yo antes pensaba que Myron y tú erais como el yin y el yang: opuestos que se complementan.

—¿Y ahora?

—Ahora yo creo que te pareces más a él de lo que tú crees.

No puedo evitar sonreír.

—¿Tú crees que es así de simple?

—No, Win. Eso es lo que quiero decir. Nunca es tan simple.

Jessica quiere volver a casa sola, dando un paseo. Yo no insisto. De hecho, aunque tengo el coche esperándome, decido hacer lo mismo que ella. Ella se va hacia el sur. Yo echo a caminar hacia el oeste, para cruzar Central Park por la calle Sesenta y seis. La noche está bonita, el parque está bonito y el paseo me relaja, quizá durante tres minutos... hasta que me vibra el teléfono. La llamada procede del iPhone de Sadie Fisher.

Tengo un mal presentimiento.

Antes de poder saludarla con mi fórmula habitual, habla ella:

—¿Dónde estás?

No me gusta el timbre de su voz. Detecto rabia. Y miedo.

—Estoy paseando por Central Park. ¿Hay algún problema?

—Pues sí. Estoy en el despacho. Ven en cuanto puedas —dice, y cuelga.

Al llegar a Central Park West me subo a un taxi en dirección sur. A estas horas hay poco tráfico. Diez minutos más tarde vuelvo a estar en el edificio Lock-Horne, en Park Avenue. Jim está de guardia en la portería. Le saludo con un gesto y me dirijo a mi ascensor privado. Ya es algo tarde, más de las diez de la noche, pero en este edificio hay sobre todo asesores financieros de algún tipo, muchos de los cuales necesitan trabajar en horarios que coincidan con los de apertura de las bolsas de otros países, acumulando horas y dejándose la salud para estar a la altura de sus colegas, en la lucha por ese ascenso que todos buscan. Aprieto el botón de la cuarta planta y, esa noche más que nunca, con lo que he bebido y con la imagen de Jessica Culver aún en la cabeza, los recuerdos de la agencia MB Reps —la M era de Myron, la B de Bolitar, y Myron solía autoflagelarse por la falta de originalidad del nombre— no dejan de revolotear en mi mente.

Sadie me saluda nada más verme salir del ascensor, aunque «saludar» podría indicar un estado de ánimo que no coincide en absoluto con el suyo:

—¿Qué es lo que has hecho, Win?

—Yo también me alegro de verte, Sadie.

Se ajusta las gafas. Da la impresión de que es más una declaración de intenciones que una necesidad, pero no digo nada, por si acaso.

—¿De verdad te parece que estoy de humor?

—¿Por qué no me dices lo que pasa?

Sadie entra en su despacho. Observo que la mesa de Taft, en la recepción, está vacía, salvo por una caja con efectos personales. Sadie me ve mirando hacia allí y arquea una ceja.

—Hoy he tenido visita.

—¿Oh?

—Dos tíos enormes me han salido al paso por la calle.

Espero.

—¿Qué es lo que has hecho, Win?

—¿Quiénes eran?

—Los hermanos de Teddy Lyons.

Espero.

—¿Win?

—¿Te han amenazado?

—Bueno, no querían invitarme a una copa.

—¿Qué te han dicho?

—Me han acusado de enviar a un tipo a darle una paliza a Teddy.

—¿Y tú qué has dicho?

—¿Tú qué crees que he dicho?

—Que no lo hiciste. ¿Te han creído?

—No, Win, no me han creído —dice, y se acerca, poniéndose delante —. Tú estabas en ese partido.

—Sí. Yo, y otras diecisiete mil personas.

—¿De verdad me vas a mentir?

—¿Qué es exactamente lo que crees que hice, Sadie?

—Eso es lo que te estoy preguntando.

—No tiene nada que ver contigo.

—No, Win, eso no es cierto. —Sadie señala la mesa vacía—. Taft te contó lo que le había hecho Teddy Lyons a Sharyn, ¿verdad?

—Y tú también.

—Yo no te lo dije hasta que recibió la paliza. ¿Sabes que puede que Teddy Lyons no vuelva a caminar?

—Pues parece que hablar sí puede —observo—. ¿Has despedido a Taft?

—No quiero tener espías en mi despacho.

Es lógico.

—¿Tengo que buscarme otro despacho?

—Eso depende de ti.

—Vas a tener que esforzarte un poco más, Win. ¿En qué estabas pensando?

—En que Sharyn se merecía justicia.

—¿Lo dices en serio?

Espero.

—Nosotros respetamos la ley —dice Sadie—. Intentamos cambiar las convicciones de la gente, su modo de pensar... y la ley.

—Taft me dijo que Teddy ya estaba acosando a otra chica.

—Probablemente.

—No iba a parar porque tú quisieras cambiar la ley —le digo, consciente de que estoy repitiendo las palabras que le he dicho a Vanessa Hogan sobre los criminales de la Cabaña de los Horrores.

—Así que decidiste ocuparte tú del asunto.

No veo motivo para responder.

—Y ahora tenemos a esos matones que van a por nosotros.

—Me ocuparé de ellos.

—No quiero que te ocupes de ellos.

—Lástima.

—¿Es ese el mundo en el que quieres vivir? —Sadie menea la cabeza —. ¿De verdad quieres que la gente se tome la justicia por su cuenta?

—¿La gente? Por Dios, no. ¿Yo? Sí.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Confío en mi sentido común —respondo—. No confío en el del hombre de la calle.

—Nos has perjudicado. ¿Te das cuenta? Teníamos una oportunidad de cambiar...

—Una oportunidad.

—¿Qué?

—Una oportunidad no iba a ayudar a Sharyn. Probablemente tampoco ayudará a la próxima víctima de Teddy. Me encanta lo que haces, Sadie. Creo en ello. Y creo que deberías seguir adelante, sin reservas.

—¿Mientras tú sigues con lo tuyo?

Me encojo de hombros.

—Tú trabajas a nivel macro. Lo que haces es importante.

—¿Y qué? ¿Esperas que un día mi trabajo haga obsoleto el tuyo?

Sonrío, en absoluto divertido.

—Mi trabajo nunca estará obsoleto.

Sadie se queda pensando.

—No puedes espiarme.

—Tienes razón.

—Y, hagas lo que hagas, no puede tener nada que ver conmigo ni con mis clientes.

—Tienes razón.

Sadie menea la cabeza, agobiada. Lo cierto es que quizá haya metido la pata en esto. No me preocupa nada Teddy Lyons, por supuesto. Cruzó la línea y se ganó su merecido. No me siento como un justiciero. Lo veo como un ataque preventivo. No hay más que pensar en lo que ocurre en los colegios: el abusón le pega a alguien. Aunque el profesor se entere, aunque lo castigue, alguien tendría que devolverle la paliza al abusón.

Yo ya sabía que mi acción podía tener consecuencias inesperadas, alguna incluso desastrosa, pero había valorado pros y contras y había decidido actuar. Quizá me equivocara. No soy infalible.

Hay que romper unos cuantos huevos para hacer una tortilla. No sé si eso es cierto, pero, si rompes los huevos, más vale hacer una tortilla que un estropicio.

Y ya basta de analogías.

—He estado a punto de llamar a la policía después de que me amenazaran los hermanos Lyons.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¿Y qué les cuento? Tú atacaste a su hermano.

—No podrían demostrarlo. ¿Pero puedo hacer una observación?

Frunce el ceño, pero me indica con un gesto que hable.

—No llamaste a la policía —señalo— porque te diste cuenta de que la ley no podía protegerte.

—Ya, y gracias por ponerme en esa posición. —Sadie cierra los ojos y frunce los párpados—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Yo fui a la facultad de Derecho. Hice un juramento. Ya sé que nuestro sistema legal no es perfecto, pero creo en él. Lo sigo. Y ahora me has obligado a abandonar mi integridad y mis principios.

Respira hondo.

—No estoy segura de que pueda seguir en este despacho, Win.

Yo no respondo.

—Quizá quiera poner fin a nuestro acuerdo.

—Piénsalo un poco. Tienes razón. Tu rabia...

—No es solo rabia, Win.

—Como quieras llamar a ese sentimiento. Rabia, decepción, desilusión... Está justificado. Hice lo que pensé que era mejor, pero quizá me equivoqué. Aún estoy aprendiendo. Es culpa mía. Te pido disculpas.

Parece sorprendida con mis disculpas. Yo también lo estoy.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —pregunta.

—Has tenido ocasión de hablar con los hermanos.

—Sí.

—¿Tú crees que nos van a dejar en paz?

Sadie responde bajando la voz.

—No.

—Pues entonces los huevos ya están rotos. La pregunta es: ¿queremos hacer una tortilla o un estropicio?

19

Me gusta caminar.

La mayoría de días voy y vuelvo del trabajo a pie. La ruta entre mi despacho y mi apartamento —desde el edificio Lock-Horne al Dakota — tiene aproximadamente cinco kilómetros y me lleva algo más de media hora a paso ligero. Mi rutina consiste en seguir la Quinta Avenida hacia el norte hasta llegar a Central Park, frente al Hotel Plaza, en la calle Cincuenta y nueve. Paso a la izquierda del zoo de Central Park, y voy por los senderos hacia el noroeste hasta llegar a Strawberry Fields y al Dakota. Durante mi paseo matutino suelo parar a tomar café en Le Pain Quotidien, que está en medio del parque. En esa zona los perros corren libres, y me gusta verlos. No sé por qué. Nunca he tenido un perro. Quizá un día lo tenga.

Ahora está oscuro; en el parque reina un silencio tal que oigo mis pisadas. La situación ha mejorado últimamente, pero la mayoría no se atreve a pasear por Central Park de noche. Recuerdo mi violenta juventud, cuando solía hacer «rondas nocturnas» por los rincones más peligrosos de la ciudad. Tal como he mencionado antes, ya no voy buscando lío por los barrios «malos» de la ciudad, intentando hacer justicia con supuestos maleantes, y dando rienda suelta al mismo tiempo a mis impulsos más íntimos. Ahora escojo mejor las ocasiones, aunque por lo que se ha visto con Teddy «Big T» Lyons, parece ser que sigo cometiendo errores.

Confieso que no se me da muy bien valorar las repercusiones a largo plazo.

Paso junto al mosaico de «Imagine» y distingo a lo lejos las agujas del Dakota. Me pasan muchas cosas por la mente al mismo tiempo: los Seis de Jane Street, el Vermeer, la Cabaña de los Horrores, Patricia, Jessica... cuando me vibra el teléfono.

Es P. T. otra vez.

—Articula.

—He sacado lo que he podido de la empresa pantalla de Strauss. En primer lugar, se llama Armitage LLC.

Buen nombre, pienso. No dice nada. Esa es la norma número uno

cuando quieres crear una empresa pantalla: el nombre no tiene que tener nada que ver contigo.

—¿Qué más?

—Está registrada en Delaware.

Eso tampoco es ninguna sorpresa. Si quieres anonimidad, puedes recurrir a tres estados: Nevada, Wyoming o Delaware. Dado que Filadelfia está muy cerca de Delaware, los Lockwood siempre hemos elegido esa opción.

—Y tampoco es una única empresa pantalla —añade P. T.

Una vez más, ninguna sorpresa.

—Parece ser que forma parte de una red. Esto probablemente lo entiendas tú mejor que yo, pero la empresa X es propietaria de Y que es propietaria de Z, que es propietaria de Armitage LLC. Así que es muy difícil seguir el rastro. Los cheques vienen de algo llamado Community Star Bank.

—¿Quién creó Armitage LLC?

—El titular no figura. Eso ya lo sabes.

—Quiero decir qué abogado.

—Espera. —Lo oigo revolviendo papeles—. No es un abogado en particular; solo consta el despacho. Duncan y Asociados.

Me quedo helado.

—¿Win?

Duncan y Asociados, lo sé perfectamente, es un solo hombre.

Nigel Duncan. Mayordomo, amigo de confianza y abogado colegiado con un solo cliente.

O sea, que la empresa pantalla que paga las cuentas de Ry Strauss la creó alguien de mi familia.

Estoy a punto de preguntarle a P. T. cuándo se creó exactamente la empresa pantalla cuando algo duro, como una llave para cambiar neumáticos, me golpea con fuerza por un lado de la cabeza.

El resto ocurre en dos, quizá tres segundos.

Me tambaleo, mareado por el golpe, pero permanezco en pie.

Oigo la voz de P. T. a lo lejos, desde el teléfono, que dice: «¿Win?».

La llave de neumáticos cae con fuerza en el otro lado de mi cráneo.

El golpe me revienta el cerebro. El teléfono se cae al suelo. Tengo la cabeza abierta, y me gotea sangre por la oreja.

No veo las estrellas. Veo unos destellos de luz furibundos.

Un brazo grueso me rodea el cuello. Estoy a punto de reaccionar automáticamente —golpeándole la nariz al hombre que tengo detrás con la cabeza—, pero otro tipo con pasamontañas me apunta a la cara.

—Ni te muevas, hijo de puta.

Se sitúa a una distancia a la que ni siquiera en plenitud de facultades podría intentar desarmarlo. Aun así, lo habría intentado de no ser por los golpes recibidos en la cabeza. Cuando te apuntan con una pistola hay dos estrategias posibles. Una —la más obvia— es rendirte. Darles lo que quieren. No resistirte. Es una estrategia excelente si el objetivo de quien lleva el arma es, por ejemplo, robarte. Quitarte la cartera, o el reloj, y salir corriendo. La opción dos, la que suelo preferir yo, es golpear rápido. Hay que estar entrenado para pasar por alto la parte del shock que te deja paralizado y atacar inmediatamente. Pero eso no se lo esperan. La persona que va armada suele esperarse que obedezcas y que actúes con la máxima precaución en cuanto ves el arma, así que, al reaccionar sin vacilar ni un segundo, los pillas a contrapié.

Evidentemente la opción dos tiene sus riesgos, pero, si sospechas que la persona armada te quiere hacer mucho daño, como es el caso, es la solución que yo escojo, de entre todas las alternativas aún peores.

Pero para que la opción dos sea efectiva tienes que tener un control total de tus recursos, algo que yo no tengo ahora mismo. He perdido el sentido del equilibrio. Los pies no me aguantan. Algo oscuro se cierne sobre mi mente y, si no hago un esfuerzo, puede que pierda la conciencia.

Así que decido no moverme. Recurriendo a otra metáfora deportiva, espero que el árbitro cuente hasta ocho, confiando en recuperar el control antes.

El tipo que me tiene agarrado por el cuello es enorme. Me aprieta contra su pecho y en ese momento oigo el chirrido de unos neumáticos al frenar. Me levantan a peso. Sigo sin resistirme, y a los pocos segundos ya me han metido en la parte trasera de lo que supongo que es una furgoneta. Aterrizo pesadamente. Mis dos secuestradores, ambos con pasamontañas, se suben de un salto conmigo. Oigo las ruedas derrapando. La furgoneta se pone en marcha antes de que se cierre del todo la puerta.

Una oportunidad.

Antes de que mis secuestradores puedan reaccionar, hago acopio de las pocas fuerzas que me quedan y me lanzo hacia la puerta corredera, que está cerrándose, con la esperanza de caer de la furgoneta, que va ganando velocidad. No, no es una gran opción, pero es la mejor de la que dispongo ahora mismo. Me protegeré la cabeza con los brazos y dejaré que el resto de mi cuerpo reciba el golpe. Con un poco de suerte, acabaré con un par de huesos rotos.

Es un precio mínimo.

Ya tengo la cabeza y los hombros fuera de la furgoneta. Siento el viento contra los ojos, que me lagrimean. Los cierro, bajo la barbilla y me preparo para el impacto contra el asfalto de las calles de Nueva York.

Pero eso no ocurre.

Una mano me agarra con fuerza del cuello de la camisa y tira de mí. Salgo volando como una muñeca de trapo. Oigo que la puerta corredera se cierra con un golpe y justo en ese mismo momento impacto de espaldas contra la pared contraria de la furgoneta. Con la inercia me golpeo otra vez la cabeza contra el metal.

Caigo desmoronado sobre el frío suelo de la furgoneta, boca abajo.

Alguien me salta encima y se me sienta sobre la espalda, a horcajadas. Me planteo un movimiento —giro rápido y codazo—, pero no estoy seguro de poder llevarlo a término.

Entre otras cosas, porque vuelvo a tener la pistola en la cara.

—Si te resistes, te mato.

Pese a mi abotargamiento, consigo distinguir la silueta de la cabeza del conductor. Los dos secuestradores —uno subido a mi espalda, el

otro apuntándome con la pistola— siguen llevando puestos los pasamontañas. Me lo tomo como una buena señal. Si quisieran matarme, no habría motivo para que ocultaran su identidad.

El hombre que tengo encima se pone a registrarme. Yo no me muevo, con la esperanza de que ese tiempo me sirva para recuperar el control de mis sentidos. El dolor lo puedo soportar. El mareo —no hay duda de que tengo un traumatismo cerebral— es otra historia.

Encuentra mi Wilson Combat 1911 en su pistolera, la saca y la vacía de modo que, aunque consiguiera recuperarla de algún modo, no me serviría para nada.

—Mírale los tobillos —le dice el otro tipo, el de la pistola.

Lo hace. Tarda un poco, pero acaba encontrando mi otra pistola, la pequeña Sig P 365, en una funda tobillera. Me la pone delante de los ojos, aunque yo lo veo todo borroso, y le quita todas las balas. Sin quitarse de encima, inclina el cuerpo, acercando la lana de su pasamontañas a mi mejilla, y me susurra con rabia:

—¿Algo más?

Hay un movimiento que podría hacer si tuviera la mente despejada, podría morderle. Está muy cerca. Podría morderle, atravesar el pasamontañas y arrancarle parte de la mejilla, girarme y empujarlo contra el pistolero, para bloquear las balas.

—Ni se te ocurra —me advierte el pistolero.

Lo dice con seguridad, desplazándose hacia un lado para evitar la forma de ataque que se me acaba de pasar por la mente.

Conclusión: el pistolero, el que habla todo el rato, es bueno. Está entrenado. Un paramilitar, quizás. Se aparta lo suficiente, de modo que aunque yo estuviera al cien por cien —ahora mismo yo diría que como mucho estoy al cuarenta o al cincuenta por ciento— no tendría ninguna posibilidad.

El tipo que tengo encima es más grande —corpulento y musculoso—, pero la gran amenaza, evidentemente, es el tipo entrenado de la pistola.

Me quedo inmóvil. Intento aclarar la mente, pero lo cierto es que no lo consigo. Me siento perdido, a la deriva.

Entonces el grandullón que tengo encima me sorprende con un puñetazo en los riñones.

El impacto me cae como una explosión, como un estallido de esquirlas candentes que me atraviesan los órganos internos. El dolor me paraliza por un momento. Me duele todo, solo deseo protegerme el cuerpo y buscar alivio.

El grandullón se levanta de mi espalda y me deja retorciéndome de dolor. Yo ruedo por el suelo de la furgoneta, hasta la divisoria entre los asientos y la zona de carga, y miro de nuevo a mis secuestradores.

Cuando ambos se quitan el pasamontañas me vienen dos pensamientos a la cabeza, y ambos son malos.

En primer lugar, si dejan que les vea la cara, es que no tienen pensado dejarme con vida.

En segundo —sin duda, porque veo el parecido—, estos son los hermanos de Teddy «Big T» Lyons.

Intento quedarme inmóvil porque cada movimiento me provoca un dolor agónico. Intento no respirar porque... bueno, por lo mismo. Cierro los ojos y espero convencerles de que me he desmayado. Ahora mismo no puedo hacer nada. Lo que más necesito es tiempo. Necesito un tiempo sin sufrir nuevas lesiones para poder recuperarme lo suficiente y estar en condiciones de contraatacar.

Aunque no tengo ni idea de en qué consistirá el contraataque.

—Acaba con esto —dice el hermano grandullón, el que tenía subido a la espalda, a su hermano, el pistolero entrenado.

El otro asiente y me apunta con la pistola a la cabeza.

—Espera —digo yo.

—No.

La mente se me va a otro momento, cuando Myron estaba en la parte trasera de una furgoneta parecida a esta y también le dijo a su asaltante que esperara. El hombre también había dicho que no. No obstante, yo les estaba siguiendo en un coche y oía lo que pasaba a través del teléfono de Myron. Cuando oí aquello, cuando oí que el delincuente decía que no y fui consciente de que Myron no iba a salir de aquello con vida, apreté el acelerador y estampé mi coche contra la

parte trasera de la furgoneta.

Es curioso lo que recuerdas en los momentos difíciles.

—Un millón de dólares para cada uno —les suelto.

El hermano grandullón responde con un tono casi lastimoso:

—Le diste una paliza a nuestro hermano.

—Y él se la dio a mi hermana —respondo.

Se miran el uno al otro. Estoy mintiendo, por supuesto, a menos que alguien se lo tome en clave kumbayá y considere que en sentido amplio todos los humanos somos hermanos y hermanas. Pero mi mentira, como mi oferta millonaria, les hace vacilar un momento. Es todo lo que quiero ahora mismo. Conseguir tiempo.

Es la única opción.

—¿Eres hermano de Sharyn?

—No, Bobby —dice el pistolero, con un suspiro.

—Está en el hospital —digo yo—. Vuestro hermano ha hecho daño a un montón de mujeres.

—Gilipolleces. No son más que zorras mentirosas.

—Bobby... —le advierte el hermano pistolero.

—No, tío, antes de morir debería saberlo. Son gilipolleces. Todas esas zorras van a por Teddy. Es un tipo atractivo. Quieren echarle el lazo, ¿entiendes lo que digo? Hacer que firme, casarse con él. Pero Teddy es... —o era, antes de que le atacaras por la espalda, como un gallina —... es de los que solo quiere divertirse. No quiere sentar la cabeza. Y cuando esas zorras no consiguen el anillo de compromiso, de pronto todas se ponen a soltar acusaciones en su contra. ¿Por qué no se quejaban antes? ¿Cómo es que todas han salido con él voluntariamente?

—No le ataqué por la espalda —replico.

—¿Qué?

—Has dicho, literalmente, que «le ataqué por la espalda, como un gallina». No lo hice. Nos enfrentamos, hombre a hombre. Y perdió.

Bobby resopla, riéndose.

—Sí, claro. Mírate ahora.

—Podríamos arreglarlo así —propongo.

—¿Cómo?

—Paramos esta furgoneta en algún lugar privado. Sabéis que voy desarmado. Nos enfrentamos tú y yo, Bobby. Si gano, quedo libre. Si tú ganas, bueno... muero.

Bobby el musculoso se gira hacia el hermano pistolero.

—¿Trey?

—No.

—Venga, Trey. Déjame que le arranque la cabeza y me cague en su cuello.

Trey no me quita la vista de encima. No se deja engañar. Sabe quién soy yo.

—No.

—¿Y qué tal ese millón de dólares? —pregunta Bobby.

Yo aún veo algo borroso. Estoy mareado y me duele la cabeza. No estoy mejor que hace unos segundos.

—Nos está mintiendo, Bobby. No nos va a dar ese millón de dólares.

—Pero...

—No puede dejarnos con vida —dice Trey—, igual que no lo podemos dejar vivo nosotros. Una vez esté libre, nos perseguirá hasta darnos caza. Y no va a ser como si te persiguiera la policía: tendríamos que pasarnos el resto de nuestras vidas girándonos a mirar por todas partes. Vendrá a por nosotros, con todos sus recursos.

—Aun así, podemos intentar hacernos con el dinero, ¿no? Obligarle a que haga una transferencia, o alguna mierda de esas. Y luego le pegamos un tiro.

Cuando veo que Trey niega con la cabeza me doy cuenta de que se me acaban el tiempo y las opciones.

—Todo esto ya estaba decidido en el momento en que le echamos el guante, Bobby. Es él o nosotros.

Por supuesto, Trey tiene razón. Ninguna de las dos partes puede dejar a la otra con vida. Es demasiado riesgo. Yo nunca podría tener la seguridad de que no iban a volver a por mí. Y tal como ha observado Trey, lo mismo les pasa a ellos.

Aquí alguien tiene que morir.

Cruzamos el puente George Washington y vamos cogiendo velocidad al llegar al punto de confluencia de las carreteras 80 y 95.

Desearía tener un plan mejor, algo menos visceral, primitivo y crudo. Admito que las probabilidades de que funcione son escasas, pero es que estoy a unos segundos de la muerte.

Es ahora o nunca.

Dejo caer los hombros, como derrotado.

—Entonces dejadme que os confiese una cosa —digo.

Se relajan mínimamente. No sé si eso me ayudará. Pero, llegados a este punto, no tengo más que una opción.

Si voy a por Bobby, Trey me disparará.

Si voy a por Trey, Trey me disparará.

Si les sorprendo y voy a por el conductor, quizá tenga una oportunidad.

De pronto me saco de la manga un chillido estremecedor. Me provoca un dolor agónico en el interior del cráneo.

No me importa.

Tal como esperaba, los dos retroceden instintivamente, sorprendidos, pensando que me tiraré encima de ellos.

Pero no lo hago.

Me giro y me lanzo hacia el conductor.

Mi plan es burdo, básico, y no muy bueno. Voy a salir de aquí malherido haga lo que haga. Podría volver a exponer la metáfora de

los huevos rotos y la tortilla pero... ¿vale la pena?

Trey sigue teniendo la pistola en la mano. No se ha desvanecido por arte de magia. Está sorprendido, sí, pero se recupera enseguida. Aprieta el gatillo.

Lo único que puedo esperar es que lo sorpresivo de mi movimiento le haga errar el tiro.

Y lo hace. Pero no del todo.

La bala me da en la parte alta de la espalda, debajo del hombro. Pero no detiene mi movimiento. La inercia me lleva hasta mi destino. Guardo una pequeña cuchilla de afeitar en el puño de mi manga derecha. Bobby no la ha detectado al registrarme. Casi nadie la nota. En un momento la hago salir por la muñeca y acaba en la palma de mi mano. Tengo la cuchilla en mi mano derecha, y, aunque el conductor va a 114 kilómetros por hora —sí, veo los números luminosos en el salpicadero—, le rebano la garganta con tanta fuerza que casi lo decapito.

La furgoneta da un bandazo tremendo. Le sale sangre a chorro de la arteria, manchando todo el parabrisas de sangre. Siento el calor de los tejidos de su cuello —músculo, cartílago, más sangre— derramándose sobre mi mano derecha. Cuelo la izquierda por detrás de su cinturón de seguridad para tener un mínimo agarre, en preparación para el impacto.

Oigo otro disparo.

Esta vez la bala solo me roza el hombro antes de destrozar el parabrisas. Agarro el volante y tiro con fuerza. La furgoneta se sale de la carretera, haciendo equilibrios sobre dos ruedas.

Cierro los ojos y aguanto como puedo mientras la furgoneta da una vuelta de campana, y luego otra, antes de estrellarse contra un poste.

Y a partir de ahí, para mí, todo se vuelve oscuridad.

20

Todos los superhéroes tienen una historia inicial que explica sus orígenes. Pensándolo bien, todas las personas la tienen. Así que esta es la versión resumida de la mía.

Yo crecí en un entorno privilegiado. Eso ya lo sabéis. Lo que quizá consideréis relevante es que todo ser humano es juzgado por su imagen. Ya, eso no es una gran revelación, y no, no estoy comparando, ni diciendo que lo tuve más difícil que otros. Eso sería lo que llaman una «falsa equivalencia». Pero el hecho es que mucha gente me detesta por mi imagen. Ven mi cabello rubio despeinado, mi piel rosada, mis rasgos delicados, mi expresión altiva —detectan ese olor a dinero de origen familiar que emito sin poder evitarlo— y enseguida deciden que soy un engreído esnob, elitista, vago, sentencioso, inmerecidamente rico e inútil nacido entre algodones y protegido por los millones de papá.

Eso lo entiendo. Yo también lo pienso de algunos de los que viven en mi esfera socioeconómica.

Me ves, y crees que te miro por encima del hombro. Te provoco resentimiento y envidia. Todos tus fracasos, reales o percibidos, salen a la superficie y me convierto en el blanco de todas las críticas.

Peor aún, me convierto en un blanco fácil, blandito y mimado.

Los adolescentes de hoy en día podrían decir de mi cara que es «de puñetazo».

Inevitablemente, todas esas cosas me provocaron incidentes desagradables durante mi infancia. Para no extenderme demasiado, mencionaré una sola. Durante una visita al zoo de Filadelfia, cuando tenía diez años, vestido con la americana azul con el escudo bordado en oro de mi uniforme escolar, me alejé de mi rebaño de clase alta. Un grupo de estudiantes de algún barrio popular —sí, que cada uno le dé la connotación que quiera— me rodeó, hicieron burla de mí y luego me dieron una paliza. Acabé en el hospital, pasé un tiempo en coma y, curiosamente, estuve a punto de perder el mismo riñón que Bobby Lyons me acababa de patear.

El dolor físico de aquella paliza fue terrible. Pero la vergüenza que sintió aquel niño de diez años al sentirse desvalido y aterrado fue

mucho peor.

Vamos, que decidí que no quería volver a experimentar algo así.

Lo cierto es que tenía opciones. Podía hacer lo que me propuso mi padre: «permanecer entre los míos», ocultarme tras aquellas puertas de hierro forjado, entre aquellos cuidados jardines. O podía ponerle remedio.

El resto ya lo sabéis. O al menos os lo imagináis. Tal como señaló Sadie, los seres humanos somos complejos. Tenía los medios económicos, la motivación, un trauma que me espoleaba, la habilidad innata, la disposición, y quizá, siendo honesto conmigo mismo, algún tornillo suelto (¿o algún mecanismo primitivo de supervivencia?) que me permite no solo crecerme con la violencia, sino incluso llegar a disfrutarla.

Coged todos esos ingredientes, ponedlos en una batidora, y voilà, aquí me tenéis.

En una cama de hospital. Inconsciente.

No sé cuánto tiempo llevo aquí. Tampoco sé si lo habré soñado o no, pero quizá haya abierto los ojos y haya visto a Myron sentado al lado de mi cama. Yo estuve a su lado cuando hubo que recogerlo del suelo después de que nuestro gobierno lo torturara. Hay otras veces en que oigo voces —la de mi padre, la de mi hija biológica, la de mi difunta madre—, pero, dado que sé con seguridad que al menos una de esas voces no puede ser real, imagino que quizá el resto también sea producto de mi imaginación.

Aun así, en cualquier caso, estoy vivo.

En cuanto a mi plan —y uso esa palabra en el sentido más laxo posible —, conseguí meter la mayor parte posible de mi cuerpo tras el cinturón de seguridad del conductor antes del accidente, lo cual me mantuvo amarrado durante el impacto. No sé qué habrá sido de los dos hermanos de Teddy. Tampoco sé qué creerán que ha sucedido las autoridades. Ni cuántas horas o cuántos días han pasado desde el accidente.

Mientras empiezo a emerger hacia la superficie de la conciencia, dejo vagar la mente: he empezado a encajar piezas, o al menos eso me parece. Es difícil saberlo con seguridad. Prácticamente sigo inconsciente, si es así como se puede definir esa zona gris en la que me encuentro, de modo que ahora muchas de mis supuestas respuestas

—a la empresa pantalla, sobre el robo al banco, sobre el asesinato de Ry Strauss—, me parecen factibles, aunque quizá puedan perder todo su sentido cuando me despierte.

Alcanzo una fase en la que puedo percibir la conciencia, aunque aún dudo. No tengo muy claro por qué. En parte será agotamiento, una fatiga tan intensa que hasta abrir los ojos me parece una tarea ingente en mi estado actual. Me siento como atrapado en uno de esos sueños en los que corres con el cuerpo hundido en la nieve y no consigues avanzar. También intento escuchar y recopilar información, pero las voces son ininteligibles, sonidos confusos, como las de los padres de Charlie Brown, o el equivalente auditivo a una cortina de ducha.

Cuando por fin consigo parpadear y abrir los ojos, no es ningún familiar, ni Myron, quien tengo al lado. Es Sadie Fisher. Se inclina, acercando la cabeza —tanto que percibo el olor de su champú de lilas — y me susurra al oído:

—Ni una palabra a la policía hasta que hablemos tú y yo.

—Creo que está despierto —anuncia después en voz alta, y se echa a un lado. Se acercan los sanitarios (médicos y enfermeras, supongo). Me toman las constantes vitales y me dan trocitos de hielo para la sed. Tardo un minuto o dos, pero consigo responder a sus sencillas preguntas sobre salud. Me dicen que he sufrido un traumatismo craneal, que la bala no me alcanzó ningún órgano vital, que me pondré bien. Pasa un rato, y me preguntan si tengo alguna pregunta. Cruzo una mirada con Sadie, que niega con la cabeza casi imperceptiblemente, y yo imito su gesto.

Quizá una hora más tarde —no es fácil determinar cuánto tiempo ha pasado— me encuentro sentado en la cama. Sadie hace de todo para echar a todo el mundo de la habitación. Las enfermeras obedecen a regañadientes. Cuando ya se han ido, Sadie saca un pequeño altavoz de su bolso, trastea con el teléfono y pone música a todo volumen.

—Por si alguien está escuchando —me dice, acercándose.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunto.

—Cuatro días. —Sadie acerca una silla a la cama—. Cuéntame qué pasó. Todo.

Lo hago, aunque los analgésicos me han dejado tocado. Ella escucha sin interrumpir. Sin dejar de hablar, le pido más hielo picado. Ella me lo echa directamente en la boca.

—El conductor, como ya sabes, está muerto —me explica una vez acabada mi exposición—. Igual que uno de tus dos agresores, Robert Lyons. Con el impacto salió volando por el parabrisas delantero. El otro hermano, el que se hace llamar Trey, sufrió fracturas, pero, dado que no tenían suficiente para retenerlo, se ha ido a casa, a recuperarse al oeste de Pensilvania.

—¿Qué explicación ha dado Trey?

—De momento el señor Lyons ha decidido no hablar con las autoridades.

—¿Y qué es lo que cree la policía que ocurrió realmente?

—No dicen nada, aunque han entendido perfectamente que al conductor le rebanaste la garganta tú. Tienen pruebas forenses: la posición de tu cuerpo detrás del cadáver, el modo en que encajaba la cuchilla en tu manga, la sangre que tenías en las manos... cosas así. Probablemente no sean pruebas concluyentes ante un jurado, pero les basta para saber lo que ocurrió.

—¿Les has contado que los hermanos te habían amenazado?

—Aún no. Eso lo puedo hacer más tarde. Si se lo cuento ahora, querrán saber por qué me amenazaban. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Los polis ya están atando cabos entre lo que le ocurrió a Teddy Lyons en Indiana y lo que ocurrió en esa furgoneta. Por tu bien, y como eres mi cliente, yo no voy a ayudarles.

Lógico.

—¿Algún consejo?

—La policía está aquí. Quieren que hagas una declaración. Yo optaría por no dársela.

—De todos modos, se me ha olvidado qué sucedió —respondo—. Traumatismo craneal, ya sabes.

—Y aún estás muy débil como para que te interroguen.

—Sí, desde luego, aunque aun así quiero que me saquen de aquí lo antes posible. En casa me recuperaré mejor.

—Voy a ver si puedo arreglarlo.

Sadie se levanta.

—Hemos conseguido que esto no salga a la luz, Win. Nada de prensa.

—Gracias.

—Había otras personas que querían estar aquí, a tu lado. Las he disuadido, porque quería asegurarme de que hablabas conmigo antes. Todos lo han entendido.

Asiento. No pregunto quiénes eran. No importa.

—Gracias. Ahora, sácame de aquí.

Pero no es tan fácil.

Dos días más tarde me sacan de la UCI y me llevan a una habitación privada. Es allí, a las tres de la mañana, mientras aún estoy volando en alas de la morfina, cuando percibo, más que oír, cómo se abre la puerta de la habitación.

Por supuesto, eso no es nada raro. Cualquiera que haya estado un tiempo ingresado en algún hospital sabe que es fácil que vengan a hurgarte y a pincharte a cualquier hora de la noche, casi como si quisieran impedirte disfrutar de un minuto de sueño REM. Quizá, recurriendo una vez más a una analogía de superhéroes, mi sentido arácnido estaba vibrando; de algún modo sabía que quien abría esa puerta no era ningún médico ni enfermero, ni ningún vigilante.

Permanezco perfectamente inmóvil. No tengo ningún arma a mano, lo cual es de locos. Tampoco tengo los reflejos, la fuerza ni la capacidad de sincronización habituales. Abro los ojos mínimamente, con cuidado, pero entre las medicinas y la hora, veo como si estuviera mirando a través de una gasa.

Con todo, veo movimiento.

Quizá podría abrir los ojos algo más, pero no quiero que el intruso sepa que estoy despierto.

Aun así, distingo la silueta de un hombre. Mi primera idea hace que el pulso se me dispare de golpe.

Es Trey Lions.

Pero enseguida veo que este hombre es demasiado grande. Se queda en la puerta. Noto que me mira. Me planteo mi siguiente movimiento.

El botón de llamada.

En todo hospital hay un botón de llamada, por supuesto, pero, dado que no se me da muy bien pedir ayuda, he prestado poca atención a la enfermera que me lo ha explicado. ¿No me había atado el cordón a la barandilla de la cama? Sí. ¿Era a la izquierda o a la derecha?

Izquierda.

Sin destaparme, intento deslizar la mano izquierda bajo las sábanas en dirección al botón.

—No hagas eso, Win —dice una voz masculina.

Parece que no ha colado. Abro los ojos del todo. Sigo viendo borroso, y apenas hay luz, pero veo al grandullón —y es muy grande, ahora lo veo— de pie junto a la puerta. Distingo una larga barba y una gorra de algún tipo sobre la cabeza. Otro hombre —con el cabello gris repeinado hacia atrás y un traje caro— entra en la habitación. Es quien me ha advertido que no apriete el botón de llamada. Le hace un gesto con la cabeza al grandullón, que sale de la habitación y cierra la puerta tras él. Repeinado coge una silla y la acerca a la cama.

—¿Sabes quién soy? —me pregunta.

—¿El Ratoncito Pérez?

No es mi mejor frase, pero aun así Repeinado sonríe.

—Me llamo Leo Staunch.

Me lo imaginaba.

—Mis hombres te estaban siguiendo.

—Sí, lo sé.

—Te diste cuenta enseguida.

—Son unos aficionados —respondo—. Casi me sentí insultado.

—Mis disculpas —dice Staunch—. ¿Qué tienes tú que ver con Ry Strauss?

—Tenía mi cuadro.

—Sí, eso ya lo hemos oído. ¿Qué más?

—Eso es todo.

—¿Así que tanto fisgar es solo por el robo de un cuadro?

—Solo por el robo de un cuadro —repito—. Pero dígame una cosa: ¿acaba de usar la palabra fisgar?

Sonríe, y se acerca a mí.

—Todos conocemos tu reputación —susurra.

—Cuénteme.

—La gente dice que eres un loco psicópata peligroso.

—¿No dicen nada de mi gran belleza ni de mi extraordinario carisma?

Me doy cuenta de que mis pobres intentos de hacer bromas pueden estar fuera de lugar. Si os parece que esos chistes son de pena, deberíais conocer a Myron. Pero tienen una finalidad. Nunca hay que mostrar miedo. Nunca jamás. Mi reputación, cultivada cuidadosamente a lo largo de los años, es la de un desquiciado. Eso es intencionado. Hacerte el listillo en momentos así hace que tu rival sepa que no te vas a dejar intimidar fácilmente.

Staunch acerca la silla un poco más.

—Estás buscando a Arlo Sugarman, ¿no es verdad?

No respondo. Contraataco con otra pregunta:

—¿Ha sido usted quien ha matado a Ry Strauss?

Y él, como es de esperar, responde:

—Aquí las preguntas las hago yo.

—¿Y no podemos hacerlas los dos?

Eso le gusta, aunque no tengo ni idea de por qué.

—No he tenido nada que ver con el asesinato de Ry Strauss, aunque no puedo decir que lo sienta.

Intento leerle la cara. No lo consigo.

—Sabes que asesinaron a mi hermana, ¿verdad?

—Lo sé, sí.

—Bien. Así pues, ¿dónde está Arlo Sugarman?

—¿Por qué? —pregunto.

Me mira fijamente, dejando claro que no está para bromas.

—Ya sabes por qué.

—¿Y aun así quieres que crea que no has tenido nada que ver con lo de Ry Strauss?

—¿Tú no me acabas de decir que esto para ti no es más que el robo de un cuadro?

—Sí, eso he dicho.

Leo Staunch levanta las palmas de las manos y se encoge de hombros.

—Entonces no te importa una mierda quién mató a Strauss, ¿no?

Ahí me ha pillado.

Nos quedamos un momento en silencio. A lo lejos oigo un pitidito. Me pregunto cómo habrán entrado, pero me imagino que las medidas de seguridad de un hospital no son nada para un hombre como Leo Staunch.

Cuando vuelve a hablar, percibo la angustia en su voz.

—Era mi única hermana. ¿Lo entiendes?

Espero.

—Sophia tenía toda la vida por delante. Y de pronto, ¡puf!, todo desaparece. Nuestra pobre madre, la mujer más feliz del mundo hasta ese día, se pasó el resto de su vida llorando, día tras día. Todos los días. Durante treinta años. Cuando mamá murió por fin, en el funeral todo el mundo decía: «Por lo menos ha vuelto con Sophia». —Staunch me mira—. ¿Tú crees en esas cosas? ¿Que mi madre y mi hermana se han vuelto a encontrar en algún lugar?

—No —respondo.

—Yo tampoco. Yo creo que es aquí y ahora. —Levanta la cabeza y apoya la mano en mi antebrazo—. Así que te lo voy a preguntar una vez más. ¿Sabes dónde está Arlo Sugarman?

—No.

Se abre la puerta y el grandullón asoma la cabeza. Leo Staunch asiente y se pone en pie.

—Cuando lo encuentres, me lo dices enseguida.

No era una pregunta.

—¿Por qué Sugarman? —le pregunto—. ¿Qué hay de los otros?

Leo Staunch se dirige a la puerta.

—Tal como te he dicho, conozco tu reputación. Si vamos a la guerra, probablemente te cargues a alguno de mis hombres. Pero no me importan las bajas. No te conviene enfadarme, Win. Te costaría demasiado caro.

21

Tres días más tarde, un helicóptero me traslada a Lockwood Manor.

Estoy mejor, por supuesto, pero reconozco que no estoy para nada cerca del cien por cien. Yo diría que me muevo entre el sesenta y cinco y el setenta por ciento, y la modestia me impide decir que, al sesenta y cinco por ciento, sigo siendo una fuerza poderosa.

Nigel Duncan viene a recibirme:

—Tienes mejor aspecto de lo que pensaba.

—Encantado de verte —respondo. Y, como no tengo tiempo que perder, voy al grano—: Háblame de Armitage LLC.

Caminamos hacia la casa en silencio.

—¿Nigel?

—Te he oído.

—¿Y?

—Y no voy a responder. No voy a molestarme en responder; ni siquiera si sé de qué estás hablando.

—Leal hasta el fin.

—No se trata de lealtad. Es la ley.

—¿El privilegio abogado-cliente?

—Exactamente.

—No, perdona, eso aquí no es aplicable. Constas como abogado del holding.

—¿Ah, sí?

—Duncan y Asociados.

—Probablemente haya otras empresas con ese nombre.

—¿Sabes quién es el beneficiario de Armitage LLC? —pregunto.

La casa principal se convierte en una presencia imponente cuando nos acercamos. Para mí siempre lo ha sido, desde que era niño. Cada casa es como un país independiente. Miro fijamente a Nigel, y veo la tensión en su boca, en su mandíbula, a cada paso.

—Ry Strauss. Le pagaba las cuentas —prosigo.

La expresión de Nigel no cambia.

—Tienes que contarme qué está pasando.

—No, Win, no tengo que hacerlo. Aunque lo supiera, y, una vez más, no voy a decirte si sé mínimamente de qué estás hablando, no tengo que contarte nada.

—Podría tener algo que ver con el asesinato del tío Aldrich. Y con el secuestro de la prima Patricia. Podría darnos una respuesta al misterio de la Cabaña de los Horrores. Podría servir para salvar vidas.

—Salvar vidas —repite, casi sonriendo.

—Sí.

—Normalmente no eres muy dado a la hipérbole.

—Sigo sin serlo.

—Ah, Win. Yo te quiero. Te he querido desde que naciste. —Se da la vuelta y me mira un instante—. Pero si quieres que te dé un consejo, yo me mantendría apartado de todo esto.

—No, gracias.

—¿No qué?

—No quiero tu consejo.

Nigel baja la cabeza y sonríe.

—Tú quieres enmendar entuertos, Win. Pero da la impresión de que por donde pasas vas dejando daños colaterales.

—Siempre hay daños colaterales.

—Puede que sí. Por eso yo prefiero ceñirme a la legalidad.

—¿Aunque eso provoque aún más daños colaterales?

—Aun así.

—Podría interrogar a mi padre.

—Podrías, sí.

—Supongo que Windsor Dos sería quien montó la empresa pantalla.

—Puedes suponer lo que quieras, Win.

—¿Dónde está?

—En el campo de prácticas.

—Así que se encuentra bien.

Nigel no pica.

—Te he preparado la suite del ala este. Tenemos personal médico y un fisioterapeuta de guardia, por si los necesitas. —Su mirada da a entender que se preocupa realmente por mí—. Me alegro de que estés bien después de lo que has pasado, pero si insistes en hurgar en esto, uno de estos días...

Dicho lo cual, da media vuelta y se va. Yo me dirijo a mi habitación y deshago el equipaje. Desde la ventana de la esquina veo el campo de prácticas. Es para practicar golf; más específicamente, uno de esos campos donde la distancia máxima es de cincuenta yardas. Hay un green enorme con varios hoyos para practicar el putt, y un búnker para trabajar los tiros desde la arena. La hierba del campo está cortada a alturas diferentes para poder practicar los chips y los pitches desde diferentes posiciones.

Me pongo pantalones de golf y un polo con el logo del Merion Golf Club, una cesta de mimbre en lo alto de un poste, en lugar de una bandera. Os contaré un secreto que la mayoría no sabe. Muchos de los campos de golf exclusivos venden polos y otra parafernalia a visitantes e invitados —es un gran negocio—, pero si aparece el nombre del club escrito bajo el logo, quiere decir que eres turista. Si no aparece el nombre, como en el mío, si solo aparece el logo, sin ninguna palabra, es señal de que quien lo lleva es un miembro del club.

Distinciones de clase. Las hay por todas partes.

Hay un par de zapatos de golf en el armario. Me los pongo y me dirijo al lugar donde está mi padre, que practica tiros de treinta yardas. Al

verme llegar sonríe. No nos molestamos en decir hola. Esto es golf. Las palabras se vuelven superfluas. Cojo un wedge Vokey de 60 grados.

Mi padre va primero en nuestra competición eterna para ver quién llega más cerca del hoyo en un golpe. Cuando era joven, papá era un campeón. Con veintiún años ganó la Patterson Cup, la competición amateur más importante de Filadelfia. Con la edad ha perdido efectividad, pero aún tiene ese toque suave. Usa su viejo wedge Callaway de 52 grados. Cuando golpea, la bola vuela bajo y aterriza al inicio del green, sigue la pendiente y traza una suave curva hasta pararse a medio metro del hoyo.

El Merion Golf Club no está nada lejos de casa. Mi padre y yo solíamos ir caminando, con los palos cargados al hombro. Ahí era donde jugábamos. Mis mejores recuerdos de infancia se sitúan en el campo de golf, y la mayoría son con mi padre. Cuando caminábamos por el campo raramente hablábamos. No teníamos que hacerlo. De algún modo, mi padre y el golf consiguieron transmitirme importantes lecciones de vida: paciencia, humildad, dedicación, deportividad, práctica, pequeñas mejoras, traspiés, errores mentales, destino, que puedes hacerlo todo bien y aun así no obtener el resultado deseado... Y todo eso, sin palabras.

Puedes adorar el juego, pero, como en la vida, nadie —nadie— sale indemne.

Me toca a mí. Abro la cara del palo al máximo, y golpeo elevando la bola, que gira con un spin rapidísimo: es lo que habitualmente se llama un flop shot. La bola se eleva mucho, y cae con suavidad, rodando poquísimo, para acabar quince centímetros más cerca del hoyo. Mi padre sonríe.

—Bravo.

—Gracias.

—Pero un tiro bajo es más seguro —me recuerda—. El flop es estupendo en el campo de prácticas. Pero en competición, bajo presión, es muy arriesgado.

No me pregunta cómo estoy, pero tampoco tengo claro que esté al corriente de mi incidente en la furgoneta. ¿Se lo habrá dicho Nigel? No creo.

—¿Probamos otra vez? —propone.

—Claro —respondo—. Por cierto, en cuanto a nuestra última conversación... Le pregunté a la prima Patricia por qué os habíais distanciado el tío Aldrich y tú.

La sonrisa desaparece de su rostro. Saca otra bola y se pone en posición para lanzar su chip.

—¿Y qué te dijo?

—Me habló del incidente durante su fiesta de los dieciséis años.

Papá asiente con una lentitud algo exagerada.

—Dime exactamente qué te contó la prima Patricia.

Se lo digo. Seguimos tirando bolas. El campo de prácticas tiene seis hoyos, de modo que papá no tiene que repetir el mismo tiro dos veces. No le gusta. «En el campo nunca golpeas la bola dos veces desde el mismo punto —me dice—. ¿Por qué ibas a hacerlo cuando practicas?».

—De modo que la prima Patricia te dijo que el padre de Ashley Wright vino a verme —me dice, cuando acabo.

—Sí.

—Carson Wright es amigo mío desde los doce años —dice papá—. Jugábamos juntos en categoría júnior.

—Lo sé.

—Es un hombre de honor.

Yo no sé si lo es o no, pero asiento para no cortar la conversación.

—No fue fácil para Carson.

—¿Qué es lo que no fue fácil?

—Venir hasta aquí. A esta casa. Contarme toda la historia.

—¿Y la historia era...?

—Tu tío hizo mucho más que mirar. —Papá se concentró en su golpe, comprobó la posición de la muñeca y observó cómo rodaba la bola—. No sé cuál es el término que se usaría ahora. Pedofilia. Violación. Relación inapropiada. Cuando empezó, Aldrich tenía cuarenta años. Ashley tenía quince. Y si quieres defenderlo...

—No quiero.

—Bueno, aunque lo hicieras. En aquel tiempo había quien lo defendía. «You're sixteen, you're beautiful, you're mine», «Young girl, get out of my mind», canciones así.

—¿Así que Carson Wright vino a hablar contigo? —insisto, intentando volver al tema.

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que unos meses antes de la fiesta, tu tío dejó de devolverle las llamadas a Ashley, y ella se tomó unas pastillas. Tuvieron que hacerle un lavado de estómago.

—¿Y aun así vino al cumpleaños?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿No lo entiendes?

Espero.

—Por mantener las apariencias. Así eran las cosas, Win.

—¿El polvo se esconde bajo la alfombra?

—Nunca me ha gustado esa analogía —responde él, con una mueca—. Más bien se trata de superar las cosas. Las entierras bien hondo para que nadie vuelva a desenterrarlas.

—Solo que no funcionó.

—No, esa noche no.

—¿Y qué hiciste tras la visita de Carson?

—Fui a hablar con Aldrich. Y la situación se complicó.

—¿Lo negó?

—Él siempre lo negaba.

—¿Siempre?

—No era la primera vez.

Espero. Mi padre se gira hacia mí. Espera. No es la primera vez que jugamos a este juego.

—¿Cuántas más hubo? —pregunto.

—No podría darte un número. Cuando surgía un problema, lo cambiábamos de sitio. Por eso no acabó sus estudios en Haverford, como todos nosotros.

—Pensé que había escogido la Universidad de Nueva York para ser diferente.

—No, tu tío empezó la universidad en Haverford. Pero hubo un incidente con la hija de un profesor, que tenía catorce años. No hubo sexo, pero Aldrich le sacó fotos con poca ropa. Hubo un intercambio de dinero...

—Lo que significa que sobornasteis al padre.

—Bueno, sí, si quieres decirlo así. Se pagó dinero, y enviamos a Aldrich a Nueva York. Es un ejemplo.

—¿Me puedes dar otro?

—Tu tía Aline.

—¿Qué pasó con ella?

Pero ya lo sabía. ¿O no?

—Cuando Aldrich volvió de Brasil con ella, nos dijo que tenía veinte años y que era profesora en la escuela que había fundado la familia. Hicimos comprobaciones. No era profesora. Era una alumna. Y no sería la primera a la que echó el ojo, solo la que más le gustó. Llegamos a la conclusión de que debía tener catorce o quince años cuando la trajo a casa: ni siquiera nuestro detective consiguió establecer la edad con exactitud.

No me muestro sorprendido. No me molesto en preguntarle por qué nadie dijo nada. Somos una familia con poder. Tal como ha dicho mi padre, «se intercambiaba dinero», y eso solía ir acompañado de alguna amenaza, que podía ser más sutil o más cruda. Además, tal como ha señalado papá, era otra época. No es buscar excusas, es ponerlo en contexto. Hay una diferencia.

—¿Y qué tiene que ver Armitage LLC con todo esto? —le pregunto.

A mi padre no se le da bien disimular. No es un buen actor, ni sabe mentir. Lo veo evidentemente desconcertado, y eso me sorprende.

—No sé qué es eso.

—Una empresa pantalla creada por Nigel.

—¿Y tú crees que la monté yo?

—Tendría lógica.

—Pues no lo hice.

No hay motivo para seguir por ahí. Si lo niega, lo niega.

—¿Cuándo fue la última vez que viste al tío Aldrich?

—No lo recuerdo. Hubo un evento familiar en Merion, quizá unos seis u ocho meses antes de su asesinato. Quizá diez. Pero no hablamos.

—¿Y la noche en que lo mataron?

Mi padre se frena justo en el momento en que se disponía a golpear la bola. Es algo que no le he visto hacer nunca. Jamás. Una vez ha decidido golpear, no hay quien lo frene.

—¿Perdona?

—La prima Patricia dice que la noche antes de su muerte estuviste en su casa.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí.

—Y yo te acabo de decir que no había visto a Aldrich al menos desde seis u ocho meses antes de su asesinato.

—Sí, así es.

—Pues yo diría que eso plantea un misterio.

—Yo también lo diría.

Mi padre echa a caminar hacia la casa.

—Buena suerte con eso.

22

Sir Arthur Conan Doyle, a través de su legendario personaje, Sherlock Holmes, dijo: «Una vez eliminas lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad».

Pienso en esa cita, aunque no se ajusta perfectamente a la situación. Basándome en lo que estoy descubriendo —y suponiendo que creo que mi padre me dice la verdad sobre la creación de la empresa pantalla —, resulta bastante evidente quién creó Armitage LLC.

Mis abuelos.

El sexismo siempre ha imperado, por supuesto, pero cuando uno analiza una familia como la nuestra, una familia que ha conseguido conservar su poder y su prestigio durante generaciones, el casposo y condescendiente tópico de que detrás de todo hombre de éxito hay una mujer se demuestra efectivo. Cuando murió mi abuelo, no fue mi padre quien se puso el frente, salvo quizá de cara al público.

Fue mi abuela quien tomó las riendas.

Ojalá pudiera hablar con ella. Ella sabría qué hacer. La abuela sigue viva, pero tiene noventa y ocho años y no ha dicho una palabra en un año. Aun así, sé dónde buscar la respuesta: en la bodega.

En el momento en que empiezo a bajar los escalones, oigo a Nigel que pregunta:

—¿Adónde vas?

—Ya lo sabes.

—Creo que sería mejor que dejaras todo este asunto, Win.

—Sí, no paran de decírmelo.

—Y aun así no escuchas.

Me encojo de hombros y cito a Myron:

—Quiéreme con todos mis defectos.

La bodega de Lockwood Manor está hecha a imagen de la bodega

original del Château Smith Haut Lafitte. Las paredes son de piedra y el techo de bóveda. Hay botellas, barricas y estanterías de roble. La temperatura se mantiene constante a 13 grados centígrados y la humedad al 60 por ciento.

Paso por delante de la colección de botellas: hay alguna que vale miles de dólares. Al fondo a la derecha encuentro una mágnum de Krug Clos d'Ambonnay en el estante superior y tiro de ella. Se abre una puerta, y entro en la bodega trasera. Sí, es una cámara secreta, si queréis llamarlo así, y ese montaje de película de misterio quizá sea algo exagerado, supongo, pero yo creo que lo único que quería mi abuela era disponer de un espacio de trabajo decente lejos de miradas indiscretas, y de paso cerca de las reservas de vino.

Las cuatro paredes están cubiertas de archivadores de dos metros de altura.

No me intimida la enorme cantidad de papeles. De hecho, aquí me siento en mi salsa. Un motivo por el que Myron y yo hacemos tan buen equipo es porque él es especialista en ver la situación en su conjunto, mientras que yo presto gran atención a los detalles. Él es un soñador. Yo soy un realista. Él tiene una capacidad asombrosa para ver el resultado final. Yo soy más de picar piedra. No tomo atajos. Hago el trabajo duro. Gran parte de mi trabajo consiste en analizar al detalle aspectos menores de grandes corporaciones para poder ver todas las perspectivas posibles de un negocio, comprender los pros y los contras, antes de dar un consejo sobre una posible compra o venta.

A pesar de lo que afirman algunos gurús del mundo financiero, eso no se puede hacer siguiendo el instinto.

De modo que sí, soy meticuloso.

Es un rasgo común en muchos de mis familiares, y lo era especialmente en mi querida abuelita, que llevaba un registro detallado de todo lo relacionado con la familia. Aquí, en su sanctasanctórum, se conservan todos los certificados de nacimiento, pasaportes antiguos, árboles genealógicos, agendas, calendarios, extractos bancarios, diarios, informes financieros, etc., desde 1958 en adelante. En el centro de la sala hay una mesa cuadrada con cuatro sillas, cuadernos y lápices Ticonderoga perfectamente afilados. Empiezo a buscar en los archivos. Tomo notas detalladas. Gran parte de lo que hay aquí está escrito a mano por la abuela, y, aunque no soy un tipo sentimental —no guardo fotografías familiares y raramente me veréis dejándome llevar por la nostalgia—, las notas escritas a mano

tienen algo tan personal, especialmente las suyas, con esa letra cursiva tan pura y consistente, la belleza y el arte perdido de la caligrafía, que no puedo evitar sentir su presencia.

Me sumerjo en el pasado de la familia. Me pierdo en él. Mi mente quiere sacar conclusiones, pero me resisto a la tentación. Una vez más, eso sería la especialidad de Myron, siempre espontáneo, desorganizado, descuidado, brillante. Él puede tener decenas de ideas en la cabeza. Yo no. Yo voy más despacio. Necesito disponer de documentación de apoyo. Necesito verlo escrito sobre el papel para encontrarle sentido. Necesito un horario y un mapa.

Aun así, con el paso de las horas, las piezas empiezan a encajar.

Oigo pasos a mis espaldas. Levanto la vista y veo a la prima Patricia que entra en la cámara.

—Nigel me ha dicho que estarías aquí.

—Y aquí estoy.

—¿No deberías estar descansando?

—No.

—¿Entonces estás bien?

—Sí, bien. ¿Podemos pasar a otra cosa?

—Caray, solo estaba siendo educada.

—Que es algo que sabes que detesto —respondo, y enseguida cambio de tema—. ¿Sabes qué edad tiene tu madre?

Patricia hace una mueca.

—¿Perdona?

—Cuando tus padres vinieron de Brasil, la familia no se creyó que Aline tuviera veinte años, como decían. El padre de Nigel contrató a un despacho de detectives en Fortaleza. Llegaron a la conclusión de que tendría catorce o quince años.

Patricia no reacciona.

—¿Lo sabías? —le pregunto.

—Sí.

No sé si eso me sorprende o no.

—Eran los años setenta, Win.

La misma defensa que mi padre. Es curioso oírla en boca de su sobrina.

—No estoy interesado en juzgar a tu padre. Ahora mismo no me interesa la legalidad, la ética ni la moral.

—¿Qué es lo que te interesa?

—Encontrar respuestas.

—¿Qué respuestas?

—Quién robó los cuadros. Quién mató a tu padre. Quién mató a Ry Strauss. Quién os hizo daño a ti y a las otras chicas.

—¿Por qué?

Es una pregunta interesante. Lo primero que me viene en mente es P. T. y las cinco décadas de culpa que ha soportado por la muerte de su compañero.

—Se lo prometí a un amigo.

El rostro de Patricia muestra escepticismo. En realidad, no la culpo por ello. Mi respuesta me suena inconsistente incluso a mí mismo. Vuelvo a intentarlo.

—Es un entuerto que hay que enmendar.

—¿Y tú crees que obteniendo respuestas lo conseguirás?

—¿Conseguir el qué?

—Enmendar el entuerto.

Bien planteado.

—Bueno, ya lo veremos, ¿no?

La prima Patricia se pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja y se acerca.

—Enséñame qué tienes ahí.

Quizá debería advertir a la prima Patricia de que no le va a gustar lo que le voy a decir.

O no, quizá no.

Preferiría pillarla a contrapié, ver su reacción. Así que le suelto directamente lo que he descubierto:

—Tu padre causó alta en el Haverford College en septiembre de 1971.

Patricia arquea una ceja.

—¿En serio?

—¿Qué?

—¿Usas la locución «causar alta» en una conversación informal?

No puedo evitar sonreír.

—Mis más sinceras disculpas —respondo—. ¿Sabías que tu padre se matriculó en Haverford?

—Sí que lo sé. Al igual que tu padre y su padre antes que ellos, y toda la parentela. ¿Y qué? Mi padre no quería ir, pero no le parecía que tuviera elección. Por eso se cambió de universidad.

—No.

—No ¿qué?

—No, no fue por eso.

Saco el informe de violación del código de honor de la universidad y la carta firmada por el Panel Disciplinario del Decanato.

—Esto lleva fecha del 16 de enero de 1972; al inicio del segundo semestre de tu padre en la universidad.

Estamos sentados en la mesa cuadrada del centro de la cámara. Ella tiene el bolso en el suelo. Baja la mano y saca unas gafas de lectura. Espero a que lea el informe.

—Es bastante vago —comenta.

—Intencionadamente —respondo—. Según parece tu padre le hizo fotografías inapropiadas a una menor, hija de un profesor de Biología llamado Gary Roberts. —Le paso el resguardo del cheque cobrado—. El 22 de enero el profesor Roberts ingresó en su cuenta este cheque, sacado de una de nuestras empresas pantalla.

Patricia lo lee.

—¿Diez mil?

Yo no respondo.

—Qué barato.

—Era a inicios de los setenta.

—Aun así.

—Y no estoy muy seguro de que tuviera alternativa. Este tipo de escándalos nunca salían a la luz. Y si llegaba a salir, probablemente convencieran al profesor Roberts de que todo el mundo culparía a su hija y de que sería aún peor.

Patricia vuelve a leer la carta.

—¿Tienes una fotografía suya?

—¿De la hija?

—Sí.

—No. ¿Por qué?

—A papá le gustaban jovencitas. Niñas, incluso.

—Sí.

—Pero hay una diferencia entre una quinceañera, físicamente madura, y una niña de siete años, por ejemplo.

No digo nada. Eso no es una pregunta, así que no veo motivo para hablar.

—Quiero decir... Y perdona si no suena muy feminista y todo eso, no quiero defenderlo, pero... ¿has visto fotografías de mi madre el día de su boda?

—Sí.

—Pues... tiene curvas.

Espero.

—Era madura, vamos. Lo que estoy diciendo es que no creo que mi padre fuera un pedófilo.

—Preferirías que dijera que era efebófilo —propongo.

—No tengo muy claro qué es eso.

—Los que las prefieren adolescentes, no niñas.

—Quizá.

—Patricia...

—Sí.

—No nos empantanemos en definiciones. Solo serviría para emborronar aún más el asunto. Está muerto. No veo motivo para intentar determinar qué castigo se merecería.

Asiente, se sienta, respira hondo y suelta el aire.

—Bueno, pues sigue.

Echo un vistazo a mis notas.

—No hay demasiadas menciones a tu padre en los meses siguientes en ninguno de los diarios que he localizado hasta ahora, pero el abuelo conservaba todas las tarjetas de tanteo de sus partidas de golf.

—Estarás de broma.

—En absoluto.

—¿Guardaba las tarjetas de tanteo?

—Pues sí.

—¿Y supongo que el nombre de mi padre aparece en alguna?

—Sí. Jugó bastante a partir de abril. Con mi padre, nuestro abuelo, familiares. Estoy seguro de que también jugaría con sus amigos, pero claro, las tarjetas de esas partidas no las tenemos.

—¿Y qué hándicap tenía?

—¿Cómo?

—Solo intentaba aligerar el ambiente, Win. ¿Qué demuestra eso?

—Que estuvo en Filadelfia todo el verano. O al menos que jugaba allí. Luego, según el calendario, un trabajador de Lockwood llevó a Aldrich en coche hasta Lipton Hall, su residencia de estudiantes en Washington Square, el 3 de septiembre de 1972.

—Cuando empezó a estudiar en la Universidad de Nueva York.

—Sí.

—¿Y luego?

—En general, todo parece tranquilo durante un tiempo. Tengo que examinar los archivos más a fondo, pero de momento no veo nada significativo hasta que tu padre aterriza en Sao Paulo el 14 de abril de 1973.

Le muestro el sello brasileño en su viejo pasaporte.

—Un momento. ¿La abuela conserva su antiguo pasaporte?

—Y todos nuestros pasaportes caducados, sí.

Patricia menea la cabeza, incrédula. Pasa las páginas del pasaporte hasta la primera. Mira la fotografía de su padre. El pasaporte fue emitido en 1971, cuando Aldrich tenía diecinueve años. Ladea la cabeza mientras contempla la fotografía en blanco y negro, y acaricia con la yema del dedo el rostro de su padre. Aldrich era un hombre atractivo. La mayoría de los hombres Lockwood lo son.

—Papá me dijo que se quedó en Sudamérica tres años —dice, con tono nostálgico.

—Parece que es verdad. Si hojeas el pasaporte, verás que viajó a Bolivia, Perú, Chile y Venezuela.

—Eso le cambió.

Eso tampoco es una pregunta, así que no veo motivo para hacer comentarios.

—Hizo un buen trabajo. Fundó una escuela.

—Parece que sí. Según el pasaporte, no regresó a Estados Unidos hasta el 18 de diciembre de 1976.

—¿Diciembre?

—Sí.

—Me dijeron que había vuelto antes.

—Por supuesto.

—De modo que mi madre ya estaba embarazada de mí —señala Patricia.

—¿No lo sabías?

—No. Pero eso tampoco cambia nada. —Patricia suspira y apoya la espalda en el respaldo—. ¿Todo esto tiene algún sentido, Win?

—Pues sí.

—Porque estamos en 1976. Los cuadros fueron robados de Haverford en... ¿cuándo?, ¿a mediados de los años 1990? Sigo sin ver ninguna relación.

—Yo sí.

—Cuéntame.

—La clave es la marcha de tu padre de Nueva York a Sao Paulo.

—¿Qué tiene de raro?

—Tu padre aún estudiaba en la Universidad de Nueva York. No se había graduado. Parece ser que le iba bastante bien. Pero de pronto, en abril de ese año, cuando apenas faltaban dos meses para el final del semestre, decidió viajar a otro continente para llevar a cabo esa misión. Yo lo encuentro raro. ¿Tú no?

Patricia se encoge de hombros.

—Papá era rico, impulsivo. Quizá no le estuviera yendo tan bien ese semestre. Quizá solo buscara la manera de dejarlo.

—Quizá.

—¿Pero?

—Pero se fue el 14 de abril de 1973.

—¿Y?

Tengo el artículo del periódico de la época en el móvil. Siento un escalofrío cuando se lo enseño.

—Pues que los asesinatos de los Seis de Jane Street se produjeron dos días antes, el 12 de abril de 1973.

Patricia se pone en pie y echa a caminar arriba y abajo.

—No entiendo qué es lo que quieres decir, Win.

Sí que lo entiende. Espero.

—Podría ser una coincidencia.

No hago muecas. No frunzo el ceño. Simplemente espero.

—Di algo, Win.

¿Por qué demonios no puede serlo?

—Tu padre huye a Brasil casi inmediatamente después de que se produzcan los asesinatos de los Seis de Jane Street. Veinte años más tarde, nos roban unos cuadros de gran valor, y acaban en manos del líder de los Seis de Jane Street. ¿Quieres más? Muy bien. En la escena del asesinato de Ry Strauss encontramos la maleta en la que te hicieron meter tus cosas cuando te secuestraron tras el asesinato de tu padre. Ah, y la guinda del pastel: Nigel creó una empresa pantalla para comprar el apartamento de Ry Strauss, la escena del crimen, y para pagar los gastos de mantenimiento. ¿Suficiente?

Patricia recorre la habitación de un lado al otro.

—¿Y qué es lo que estás diciendo? ¿Que mi padre formaba parte de los Seis de Jane Street?

—No lo sé. Ahora mismo me limito a presentar los hechos.

—¿Qué más hay?

—Conocí una camarera en un pub llamado Malachy's. Tuvo una relación con Ry Strauss. Me dijo que Ry visitaba Filadelfia a menudo.

—Así pues, si lo he entendido bien, tú crees que mi padre formaba

parte de los Seis de Jane Street. Que escapó. Y que nuestra familia sobornó a Ry Strauss para que guardara silencio, supongo, sobre su participación. ¿También sobornamos a los otros?

—No lo sé.

—¿No me dijiste que habías hablado con una? ¿Lake no sé qué?

—Lake Davies.

—¿Ella no lo sabrá?

—Quizá sí, pero no tengo claro que me lo quiera decir, especialmente si ha recibido pagos. También afirma que las mujeres del grupo tenían un papel secundario, así que quizá no sepa nada.

—Pero mi padre está muerto.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué íbamos a seguir pagando para mantener intacta su reputación?

Ahora sí que hago una mueca.

—Acabas de pasar por la puerta de Lockwood Manor. ¿De verdad necesitas que te responda a eso?

—Pongamos que tienes razón —concede, tras pensárselo un momento —. Pongamos que mi padre tenía algo que ver con los Seis de Jane Street.

Yo eso no lo he dicho, ni me lo había planteado aún, pero de momento le dejo que siga adelante.

—¿Qué tiene eso que ver con el robo del Vermeer y del Picasso después de tantos años? ¿Qué tiene que ver con el asesinato de mi padre o... con lo que me sucedió a mí?

—No lo sé —reconozco.

—¿Win?

—¿Sí?

—Quizá ya sepamos lo suficiente.

—¿Cómo dices?

—Yo he creado esta organización benéfica apoyándome en la historia de nuestra familia. En gran parte sustentada en el hecho de que mi padre se dedicó a ayudar a los pobres en Sudamérica, en mi deseo de mantener su legado. Supón que se hace público que toda la historia se basa en mentiras.

Me quedo pensando en ello. Lo que dice tiene mucho sentido. Podría acabar provocando un gran daño al nombre Lockwood, más específicamente, a la encomiable causa de Patricia.

—¿Win?

—Es mejor que seamos nosotros quienes desenterremos la verdad.

—¿Por qué?

—Porque, si es mala, siempre podemos volver a enterrarla.

23

Kabir baja del helicóptero de un salto, agarrándose el turbante con la mano para que los rotores, que ya giran algo más lentos, no se lo arranquen de la cabeza. Lleva una camisa de seda negra, un chaleco de plumas verde, vaqueros azules desgastados y unas Keds clásicas de color blanco. Me giro, alzo la mirada, y veo a mi padre en la ventana, seguramente molesto por la intrusión de ese extraño.

Con un gesto le indico a Kabir que se acerque y me lo llevo a la bodega, hasta el despacho subterráneo de la abuela. Cuando llegamos, Kabir mira a su alrededor, asiente y dice:

—Esto es tremendo.

—Desde luego.

Cuando la prensa se ha enterado de que Ry Strauss era la víctima de asesinato hallada junto al Vermeer robado, la historia, como cabía imaginar, ha generado enormes titulares. En otro tiempo esos titulares habrían durado días, semanas o incluso meses. Pero ahora no. Hoy en día, nuestra capacidad para mantener la atención es la de un niño cuando recibe un nuevo juguete. Jugamos con él intensamente durante un día, o quizá dos, y luego nos aburrimos, buscamos otro juguete, tiramos el anterior bajo la cama y nos olvidamos por completo de él.

Todo ese tiempo en que se ha hablado de Ry Strauss yo me lo he pasado en el hospital. Al final, cada historia nueva que aparece en los medios —y sí, voy a volver a recurrir a las metáforas—, es como una hoguera: si no le vas echando madera, se consume por sí sola. De momento no había nada nuevo. Un cuadro robado, los Seis de Jane Street, un asesinato —todo elementos deliciosos por sí mismos y que juntos componían una mezcla embriagadora—, pero eso era once días atrás.

Los medios aún no se han enterado de lo de la maleta con mis iniciales hallada en el escenario del crimen, ni de su relación con la prima Patricia y la Cabaña de los Horrores. Eso es bueno, tal como lo veo yo. En cierto modo, facilita mi investigación.

Kabir coloca cuidadosamente los dosieres sobre la vieja mesa de la abuela. La clave a la hora de contratar un asistente de primera para

trabajar en cooperación es tener la misma visión de las cosas. Kabir entiende que yo soy visual y que me gustan los hechos y las pruebas estructurados de un modo organizado. Las carpetas son todas del mismo tamaño (legal, veintidós centímetros por treinta y cinco) y del mismo color (amarillo intenso). En la solapa de cada una hay algo escrito con una caligrafía impecable.

—Los Seis de Jane Street —dice Kabir.

Las seis carpetas están en una fila perfecta. Leo los nombres de las solapas de izquierda a derecha: Lake Davies, Edie Parker, Billy Rowan, Ry Strauss, Arlo Sugarman, Lionel Underwood. En orden alfabético. En respuesta a vuestra pregunta, no tengo TOC, pero yo creo que esto es como lo de la escala de Kinsey, y que todos estamos más dentro del espectro de lo que querríamos admitir.

—¿Puedo empezar?

—Por favor.

—Sabemos qué ha sido de Ry Strauss y Lake Davies —expone, recogiendo dos dosieres y dejando solo cuatro en la mesa—. Así que déjame que te ponga al día sobre los otros.

Espero.

—Empecemos por Edie Parker. Su madre sigue viva. Vive en Basking Ridge, Nueva Jersey. Afirma que no ha visto ni oído a su hija desde aquella noche. También se ha negado a hablar con la prensa, pero hablará contigo.

—¿Por qué conmigo sí?

—Porque le he dicho que el cuadro que encontraron en casa de Ry Strauss era tuyo. Quizá también le haya insinuado que sabes más de lo que se dice por ahí del paradero de los Seis de Jane Street.

—Desde luego, Kabir...

—Sí, eres una mala influencia, jefe. Bueno, pasemos a Billy Rowan, ¿vale?

Asiento.

—Parece ser que Billy y Edie iban bastante en serio, más de lo que sabía la gente. El padre de Billy Rowan aún vive; la madre murió hace

doce años. Pero lo curioso es esto: hace diez años, el padre de Rowan se jubiló y se mudó de Holyoke, en Massachusetts, a una residencia en Bernardsville, Nueva Jersey.

Pienso en ello un momento.

—Bernardsville está prácticamente al lado de Basking Ridge.

—Sí.

—Así que ahora la señora Parker y el señor Rowan viven a pocos kilómetros.

—A dos kilómetros, para ser exactos.

—Eso no puede ser una coincidencia.

—Yo tampoco lo creo —dice Kabir—. ¿Crees que hay mambo entre ellos?

—¿Mambo?

—Mambo, un lío, un rollete, un aquí te pillo...

—Sí, sí —le interrumpo—. Gracias por la precisión semántica.

—Aunque desde luego deben de tener casi noventa años. —Kabir hace una mueca como si acabara de llegarle un olor a colonia de supermercado, pero enseguida vuelve al tema—. El caso es que no he podido contactar por teléfono con William Rowan, que así se llama, pero la señora Parker me ha dicho que tanto ella como el padre de Rowan te recibirán en la residencia de Rowan mañana a la una del mediodía, si te va bien.

—Me va bien. ¿Algo más?

—¿Sobre Parker y Rowan? No.

Retira las carpetas de Parker y Rowan y las pone en el mismo montón que la de Strauss y la de Davies. Eso deja solo dos.

—Y, si puedo saltarme el orden, te diré que no tengo nada nuevo sobre Lionel Underwood.

Añade la carpeta de Underwood al montón. Solo queda una carpeta.

Arlo Sugarman.

Echo una mirada a Kabir, que sonríe.

—Premio —dice Kabir.

—Sigue.

—Tal como sabes, hace años que Arlo Sugarman no da señales de vida: no hay nada desde esa incursión del FBI en la que mataron a un agente. Pero por supuesto tú has obtenido información nueva a través de Lake Davies.

—Que Sugarman estaba en Tulsa —respondo.

—Exactamente. Más precisamente, Lake te dijo que Arlo Sugarman se hacía pasar por estudiante de la Oral Roberts University. Eso no se lo contaste a P. T., ¿verdad?

Hago que no con la cabeza.

—Bien. Pues por las fechas en que Lake aún estaba huyendo de la justicia, me imaginé que ella y Ry se habrían encontrado en algún momento con Arlo, entre 1973 y 1975. Para más seguridad, amplié el período de búsqueda hasta 1977, por si Arlo se había hecho pasar por estudiante de primero a su llegada a la universidad y se había quedado allí cuatro años.

—¿Y?

—Y entonces me puse a escarbar. La Oral Roberts University tiene una página de exalumnos bastante impresionante. Empecé por ahí. —Ladea la cabeza—. ¿Sabías que Kathie Lee Gifford, la de la NBC, se graduó en la Oral Roberts?

No digo nada.

—El caso es que usé una app de Photoshop para transformar algunas fotos de Arlo Sugarman. En las más famosas lleva el cabello largo y una barba enorme. Prácticamente como yo, si lo piensas bien, ¿verdad?

—Verdad.

—Ahora que lo pienso, habría sido un buen disfraz.

—¿Cuál?

—Un turbante. Solo que a vosotros se os da fatal atarlo. El caso es

que, usando el software, obtuve una imagen de Arlo afeitado y con el cabello corto. Vamos, estilo Oral Roberts University. No es precisamente un lugar de encuentro de radicales, ¿no? Luego intenté contactar con exalumnos de esa época. Encargados de actividades, gente así. Esos grupos son muy activos en Facebook. Conseguí bastantes respuestas. La mayoría no me servían de nada, pero dos personas me dijeron que la imagen les recordaba a alguien llamado Ralph.

—¿Ralph qué más?

—Esa es la cuestión. No saben. Era todo muy vago, lo cual, pensé, es precisamente lo que buscas cuando intentas pasar desapercibido. Aun así, tenía un nombre. Y los años en que podía haber estado en el campus. Así que el siguiente paso era conseguir los libros de memorias de esos años.

—¿Y los has conseguido?

—Sí.

—¿Cómo?

—E-Yearbook. Es un sitio web. Con montones de libros de memorias de diferentes cursos de institutos y universidades, con todas las páginas escaneadas. Pagando una inscripción puedes verlos en línea. Y, si pagas algo más, te envían a casa todo el libro del año escaneado.

Kabir está poniendo a prueba mi paciencia.

—¿Así que buscaste en ellos a alguien que se llamara Ralph?

—Sí, repasé todas las fotografías de cara. Había varios Ralph, pero ninguno que se pareciera a Arlo Sugarman.

—Probablemente fuera lo suficientemente listo como para no aparecer por ahí el día en que se hacían las fotos.

—Probablemente. ¿Estoy tardando demasiado en contarte esto?

—Creo que sería mejor que le dieras un poco de ritmo.

—Vale, pues vamos al grano: esto puede parecer algo complicado, pero cuando pasé las páginas escaneadas de los libros de memorias de los diferentes cursos por el programa de reconocimiento facial, me salió esto...

Kabir abre la carpeta de Arlo Sugarman y saca una imagen en blanco y negro.

—Esta es la página 138 del libro de memorias del año 1974 de la Oral Roberts University.

Me pasa la página. El título dice: «Momentos de Teatro». Hay cinco fotografías repartidas en dos páginas. Una muestra a una mujer con alas de ángel. En otra se ve lo que parece la escena del balcón de Romeo y Julieta. En otra hay cuatro hombres vestidos con ropas medievales, tocando instrumentos musicales y cantando.

El segundo por la derecha, que toca una mandolina, es Arlo Sugarman.

—¡Vaya! —exclamo.

En la imagen, Sugarman lleva gafas de montura negra, que no llevaba en ninguna otra foto que yo haya visto. Está afeitado. Lleva el pelo corto. Sería imposible reconocerlo sin examinarlo de cerca. Y, según parece, es exactamente lo que ha hecho el software de reconocimiento facial.

—Resumiendo, localicé al estudiante que dirigió la obra. Se llama Fran Shovlin. Trabaja en una megaiglesia evangélica en Houston. Un tipo agradable. Recuerda al tal Ralph como Ralph Lewis. Lo más interesante es que había un Ralph Lewis en ese curso, pero estaba enfermo y, por lo que parece, no asistía a ninguna clase. Así que yo creo que Arlo usó su nombre, sin más.

—Tiene sentido.

—Según Shovlin, lo único que recuerda realmente de Ralph era que salía con una mujer llamada Elena. La he buscado. Ahora es Elena Randolph. Está divorciada y es propietaria de un salón de belleza en Rochester, Nueva York. La he llamado, pero en cuanto he mencionado el nombre Ralph Lewis me ha colgado. He vuelto a llamar, pero se niega a hablar conmigo.

—Interesante. Y supongo que has hecho todo tipo de búsquedas sobre Ralph Lewis.

Kabir asiente.

—No he encontrado nada.

No es de extrañar. Probablemente Sugarman haya cambiado de

identidad varias veces a lo largo de los años. Es posible que Ralph Lewis no fuera una identidad, que simplemente hubiera usado el nombre, sabiendo que la confusión creada con el Ralph Lewis de verdad lo mantendría fuera del radar. Hoy en día sería muy difícil poner en práctica una artimaña así —en las universidades tienen a los estudiantes fichados, hay más medidas de seguridad—, pero en los años setenta cualquiera podía entrar en un campus y sentarse en un aula sin que nadie le preguntara nada.

Kabir y yo cuadramos horarios. Yo visitaré a la madre de Parker y al padre de Rowan en el Crestmont Assisted Living Village mañana a la una de la tarde. Lo más fácil será ir en coche —será poco más de hora y media— y luego, si decido que puede ser útil, siempre puedo coger un avión privado en el aeropuerto de Morristown, que está cerca, y volar a Rochester para hablar con Elena Randolph. Kabir se ocupará de los detalles.

—Ya sabes qué hacer con Elena Randolph —le digo.

—Está hecho —responde Kabir, levantándose de la silla.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—Nah. Tengo una cita caliente.

—¿Cómo de caliente? —le pregunto.

—Me gusta. Mucho.

—Puedes quedarte el helicóptero esta noche.

—¿Eh?

—Quédate el helicóptero. Llévatela a mi club de playa en Fishers Island. Puedo llamar para que os den una mesa junto al mar.

Kabir no responde. Señala a los dosieres amontonados en la mesa.

—¿Quieres que te deje esto?

—Sí.

—Gracias por la generosa oferta, jefe, pero me parece que paso.

Espero un segundo. Luego pregunto:

—¿Puedo preguntar por qué?

—Si hago algo tan espectacular en la cuarta cita —responde Kabir, encogiéndose de hombros—, ¿qué voy a hacer en la quinta?

—Bien pensado.

Me vibra el móvil. Cuando veo que la que llama es Angelica Wyatt, siento una punzada de pánico y aprieto el botón verde a toda velocidad. Antes de que pueda soltar mi «Articula» habitual, Angelica dice:

—Ema está bien.

Es increíble lo bien que me conoce Angelica, especialmente teniendo en cuenta lo poco que me conoce. Y sí, es Angelica Wyatt. Esa Angelica Wyatt, la estrella de cine.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ema ha estado preguntando por ti.

Ema está acabando el instituto. Y es mi hija biológica.

—La he llevado al hospital para verte —me dice Angelica.

Eso me contraría.

—No deberías haberlo hecho. —Miro a Kabir, pero sigo hablando con la madre de Ema—. ¿Ha llegado a enterarse de que me habían...?

—Se suponía que tenías que desayunar con ella esa mañana —responde Angelica.

—Oh... Vale.

—Está preocupada, Win.

No digo nada. Esto no me gusta.

—¿Cuándo puede verte?

—¿Qué tal mañana?

—¿En tu casa? —pregunta Angelica—. ¿Para cenar?

—Sí.

—La llevaré yo misma.

—Tú también puedes venir, si quieres.

—No es así como hacemos esto, Win.

Angelica tiene razón, por supuesto. Fijamos la hora. Cuelgo y sigo mirando a Kabir.

—Ema llamó preguntando por ti —me explica Kabir—, y sé que no querrías que le mintiera.

Frunzo el ceño porque sé que tiene razón, y no me gusta.

—¿Hasta dónde sabe?

—Solo que te ingresaron en el hospital. Le dije que te pondrías bien. No me creyó. Quería quedarse en tu habitación.

No tengo muy claro cómo reaccionar a eso. En lo que respecta a Ema, muchas veces me pierdo. Esta nueva relación, si la podemos llamar así, a menudo me deja descolocado y tambaleante.

Lo cual me recuerda...

—Trey Lyons —digo.

—¿Qué le pasa?

—Sadie dijo que se había ido a su casa, a recuperarse.

—En el oeste de Pensilvania —confirma Kabir—. En un rancho, o algo así.

—Quiero tenerlo vigilado, veinticuatro horas al día, siete días por semana.

—Hecho.

—Dos hombres. Quiero saber dónde está en todo momento. Y manda que examinen el lugar a fondo.

Algo más tarde, cuando Kabir ya está en el helicóptero, volviendo a Manhattan para su cita caliente, y aun así seria, yo estoy otra vez en el green de prácticas, trabajando mi putt, intentando aclarar la mente, cuando veo a la prima Patricia subiendo por la loma. Se acerca con los hombros atrás y una mueca en la cara, y no hace falta ser un experto en lenguaje corporal para ver que pasa algo.

Y como yo soy un tipo perspicaz, le digo:

—¿Pasa algo?

—Me has convertido en una gallina cobardica —responde.

—Redundante.

—¿Qué?

—Una gallina es, por definición, cobardica. O te llamas cobarde, o gallina. ¿Pero una gallina cobardica?

Se cruza de brazos.

—¿De verdad, Win?

Me planteo decirle que me quiera con todos mis defectos, pero me contengo.

Patricia coge un palo —un hierro del nueve, para los que sepan algo de golf— y se pone a caminar.

—El caso es que después de que habláramos he vuelto al refugio donde ayudamos a adolescentes que han sufrido abusos. Es a eso a lo que me dedico, Win. Lo sabes, ¿verdad?

Hay algo de rabia en su tono. No respondo.

—Es que últimamente da la impresión de que no hago más que trabajo de gestión, recaudar fondos, pero en el fondo se trata de esas adolescentes que rescatamos porque no tienen a nadie más, y esa es la misión de Abeona. Ayudamos a chicas con problemas. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo, sí.

—¿Y tú sabes qué es lo que me hizo dedicarme a eso?

—Sí —respondo—. He leído tu folleto.

Sigue caminando, pero la palabra «folleto» la hace parar de golpe.

—¿Qué?

—Viviste una pesadilla, algo brutal. Te hizo darte cuenta de que había una necesidad que cubrir.

—Sí.

—A pesar de los horrores que experimentaste, te sentías afortunada. Tenías los recursos y el apoyo necesario para superar tu tragedia. Ahora tu misión es proporcionar esos mismos medios a las personas menos afortunadas.

—Sí —dice, una vez más.

Abro los brazos como diciendo: «Bueno, ¿y?».

—¿Y qué es esa tontería de que has leído el folleto?

—No creo que eso sea todo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No solo te diste cuenta de que había una necesidad que cubrir.

—¿Ah, no? ¿Qué otra cosa era, si no?

—El sentido de culpa del superviviente —respondo—. Conseguiste huir de aquella cabaña. Las otras chicas no.

No responde. Sigo adelante.

—Tienes la sensación de que les debes algo a esas chicas. En pocas palabras, el recuerdo de esas chicas te persigue porque tuviste la osadía de vivir. Eso es lo que te empuja realmente, Patricia. No es tanto que tuvieras los recursos que otras no tienen. Es que sobreviviste y, por irracional que pueda ser, te culpas por ello.

Patricia me mira con el ceño fruncido.

—Al menos ese grado en Psicología por Duke te ha servido para algo.

Espero.

—¿Tú sabes por qué estoy contrariada ahora mismo?

—Puedo hacer una suposición.

—Adelante.

—Después de nuestra charla has vuelto a Abeona Shelters. En lugar de meterte en tu oficina de dirección, te has arremangado y has querido hacer labor de campo, porque sentías la necesidad de conectar, de

volver a tus raíces o alguna otra tontería por el estilo. Quizá hayas salido a la calle con la furgoneta en alguna misión de rescate. Quizá hayas asesorado a alguna chica que ha sido víctima de alguna agresión recientemente. En un momento dado has levantado la cabeza y has echado un vistazo a ese refugio tan impresionante que tú, Patricia, has construido. Y entonces se te han llenado los ojos de lágrimas y has pensado algo como: «Qué valientes son estas chicas, y yo en cambio no me atrevo a ir al FBI porque soy una gallina cobardica y redundante».

Aquello casi le hizo soltar una risa.

—No está mal.

—¿Me he acercado?

—Bastante. Tengo que dar la cara, Win. Lo entiendes, ¿verdad?

—No importa lo que yo entienda. Estoy aquí para apoyarte.

—Vale, pero te equivocas en una cosa.

—Oh, cuéntame.

—¿Esas chicas que no consiguieron escapar? No me acechan. Simplemente esperan que haga lo correcto.

24

No vemos motivo para esperar. Llamo a P. T. y le digo que Patricia está dispuesta a hablar.

—Me alegro de que decidieras llamarnos —dice P. T.

—¿Y eso?

—Porque íbamos a tu encuentro. Nos vemos en una hora.

Cuelga, pero no me gusta su tono. Una hora más tarde —P. T. siempre es puntual— un helicóptero del FBI aterriza en Lockwood. Intercambiamos saludos y pasamos al salón, donde el marco vacío del Vermeer parece más grande de lo normal. P. T. se ha traído a un joven agente que se presenta como agente especial Max. El agente especial Max lleva gafas con una montura de color azul eléctrico. No sé si Max es su nombre o su apellido, pero tampoco me importa.

P. T. y Max se sientan en el sofá. Patricia se acomoda en el viejo sillón del abuelo. Yo me quedo de pie, y me apoyo con elegancia en la repisa de la chimenea, como haría Sinatra en una farola. La palabra que estáis buscando es glamuroso.

P. T. va al grano:

—Win me ha dicho que la maleta que encontramos en la escena del crimen le pertenecía. ¿Es eso cierto?

—Sí —responde ella.

—Por supuesto, sabe lo del asesinato.

—Por supuesto.

—¿Conocía a la víctima, Ry Strauss?

—No.

—¿No lo había visto nunca?

—No que yo sepa.

—¿Alguna vez ha estado en su apartamento, en el Beresford?

—No, por supuesto que no.

—¿Alguna vez ha estado en el edificio?

—No, no creo.

—¿No cree?

—Supongo que en algún momento podría haber ido a algún evento de algún tipo.

—¿Un evento?

—Benéfico, para recolectar fondos, algún tipo de evento social.

—¿Así que ha estado en el Beresford para un acto de ese tipo?

Esto no me gusta.

—No —responde Patricia, que también se da cuenta—. No lo creo. No recuerdo. Pero es posible. He asistido a eventos para recolectar fondos en muchos edificios de viviendas del Upper West Side, aunque no recuerdo ninguno que fuera en el Beresford.

P. T. asiente, aparentemente satisfecho.

—¿Dónde estaba el 15 de abril?

Es el día del asesinato. No me gusta el rumbo que está tomando esto: parece más un interrogatorio que una declaración de alguien que se ha ofrecido a cooperar. Decido cortar el ritmo:

—¿Qué es lo que está pasando aquí, exactamente? —pregunto.

P. T. sabe lo que estoy haciendo, así que hace caso omiso a mi pregunta.

—¿Señorita Lockwood?

—Llámeme Patricia.

—Patricia, ¿dónde estaba el 15 de abril?

—No es ningún secreto —responde.

—No he dicho que fuera un secreto. Le he preguntado dónde estaba.

—Basta —digo yo.

P. T. se gira hacia mí.

—Estoy haciendo preguntas, Win.

—No pasa nada —dice Patricia—. Es vox populi. Esa noche estuve en Cipriani, en un acto de recolección de fondos.

Confieso que esa información me sorprende.

—¿El Cipriani del Midtown? —pregunta P. T.

—En la calle Cuarenta y dos. Junto a la estación Grand Central.

—¿Así que estaba en Nueva York?

—Si la estación Grand Central y la calle Cuarenta y dos aún se consideran Nueva York, la respuesta es sí —dice ella, con un tono algo irritado.

—¿Cuándo llegó a la ciudad?

Ella se recuesta en el sillón y levanta la vista.

—Pasé dos noches en el Grand Central Hyatt. Llegué el viernes con el Amtrak y me fui el domingo.

Un silencio profundo se extiende por la sala al hacerse evidentes las implicaciones de aquello.

—Oh, venga ya. Hace poco que hemos abierto un refugio Abeona en el este de Harlem, así que me atrevería a decir que en los últimos seis meses he estado en Nueva York tanto como en Filadelfia. Puedo pasarle mi calendario de trabajo, si le interesa.

—Eso estaría muy bien —dice P. T.

Yo vuelvo a meter la nariz:

—¿Hay algún motivo para esto?

—Win —dice Patricia, con un tono decidido pero mesurado—. Déjame que me ocupe yo de esto.

Tiene razón, por supuesto.

Patricia se vuelve hacia P.T. y Max.

—Bueno, ¿cuál es su teoría? Un cuarto de siglo después de que mataran a mi padre y me secuestraran a mí, yo... ¿qué? ¿Descubro que el asesino vive escondido en Nueva York y decido matarlo?

—No hay motivo para ponerse a la defensiva —dice P. T.

—No me pongo a la defensiva.

—Desde luego, es lo que parece. Su maleta la relaciona con el escenario del crimen. Sería una negligencia por mi parte no explorar todas las posibilidades. Lo cual me lleva de nuevo a la noche del asesinato de su padre y su secuestro.

—¿Qué hay de esa noche?

El agente especial Max saca un dosier y se lo entrega a P. T.

—He repasado todas las declaraciones de aquella época y hay unas cuantas cosas que querría dilucidar.

Patricia me mira como diciendo «¿y eso?». Yo le respondo encogiéndome de hombros.

—Su madre, Aline Lockwood, encontró el cuerpo de su padre cuando regresó de la compra. Entonces llamó a la policía.

P. T. se detiene. Una vez más, hace una pequeña pausa incómoda para ver si su sospechosa dice algo. Patricia no pica.

—¿Por qué no estaba su madre en casa con usted y su padre?

Patricia suelta un suspiro de hastío.

—El informe lo dice, ¿no?

—Dice que estaba en el supermercado.

Esperamos.

—Eran casi las diez de la noche —añade.

—Agente... —Patricia hace una pausa—. ¿Puedo llamarle agente P. T.?

—P. T. está bien.

—No, a mí no me parece correcto. Agente P. T., cuando mi madre

regresó, yo estaba atada y con los ojos vendados, en el maletero de un coche. La verdad es que no puedo decirle qué estaba haciendo mi madre.

—Simplemente le pregunto si su madre solía ir a menudo a comprar a esa hora.

—¿A menudo? No. ¿A veces? Sí. Pero el FBI ya comprobó la coartada de mi madre, ¿no?

—Sí que lo hicieron.

—Y había estado comprando en el supermercado, ¿verdad?

—Sí. —P. T. se acomoda en su sitio—. ¿Nunca le pareció raro? Quiero decir... Se va a comprar al supermercado. Tardó menos de una hora. Es una ventana de tiempo muy limitada. Y aun así, es precisamente cuando se presentan los asesinos. Qué oportunos, ¿no?

Patricia menea la cabeza.

—Vaya.

—¿Vaya?

—¿No creen que me he documentado lo suficiente sobre mi propio caso en todos estos años? —dice ella, controlando los nervios, aunque es evidente que la temperatura va en aumento—. Mi madre, con toda la mierda que ustedes le tiraron encima, no se quejó nunca. Por supuesto, estaban convencidos de que habría sido ella. La frieron a preguntas. Examinaron todas sus cuentas. Interrogaron a todos los que la conocían. Y no encontraron nada.

—En ese momento, quizá.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Se suponía que usted estaría en casa, Patricia?

—¿Qué quiere decir?

—Cuando llegaron los asesinos. Usted era una chica de dieciocho años, popular y atractiva. Era viernes por la noche. Yo imagino que lo lógico habría sido que hubiera salido. Según el dosier, estaba usted en su dormitorio. Oyó ruidos y luego un disparo. Salió de su habitación y vio a dos hombres enmascarados, y a su padre muerto en el suelo.

—¿Y qué?

—Pues que si sabían a lo que venían, ¿cómo podían estar seguros de que estaría usted en casa? Era viernes por la noche. Usted no tenía coche, ¿verdad?

—No.

—Pues no es que pudieran comprobar si su coche estaba en la puerta. Los asesinos llegan. Ven solo el coche de su padre. El de su madre no está. Entran en casa, lo matan enseguida y de pronto, ¡bam!, usted los sorprende. Es posible, ¿no?

—Es posible —concede Patricia.

—¿Y entonces qué pasó?

—Ya lo sabe. Está en el dosier. Fui corriendo a mi habitación.

—¿Y ellos tiraron la puerta abajo?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Me dijeron que hiciera una maleta y que me fuera con ellos.

—¿Por qué una maleta?

—No lo sé.

—¿Pero le dijeron específicamente que hiciera una maleta?

—Sí.

—¿Y lo hizo?

Patricia asiente.

—Esta es la parte que en el FBI —P. T. mira al agente especial Max y asiente— nunca hemos entendido. No lo entendimos entonces, tras la muerte de su padre. Y no lo entendemos ahora que han pasado más de veinte años.

Patricia no dice nada.

—Todo este asunto de la maleta. No quiero llevarle la contraria, desde

luego, pero nunca nos ha cuadrado. ¿Sabe lo que pensaron mis colegas de entonces? Quiero decir, cuando se enteraron de lo de la maleta. Ah, y su madre no se lo dijo. Según parece, no se dio cuenta. Uno de los agentes examinó su habitación. Vio que faltaba ropa de una percha.

Patricia no se mueve.

—No entendemos lo de la maleta, Patricia. ¿Usted sí?

Los ojos empiezan a llenársele de lágrimas. Yo me planteo parar todo eso, pero ella me lanza una mirada que dice, a voz en grito: «Ni te atrevas».

—¿Lo entiende? —insiste P. T.

—Sí, sí que lo entiendo.

—Pues cuéntemelo. ¿Por qué iban a pedirle que empaquetara cosas en una maleta?

Patricia inclina ligeramente el cuerpo hacia delante y habla con voz baja.

—Querían darme esperanzas.

Nadie responde a eso. El reloj del abuelo toca la hora. A lo lejos un jardinero enciende un cortacésped.

—¿Qué quiere decir con eso de «esperanzas»? —pregunta P. T. por fin.

—Ese tipo —prosigue Patricia—, el líder, está en mi dormitorio. Pone una voz casi amable. Me dice que voy a alojarme en una bonita cabaña junto a un lago. Que quiere que lleve mi propia ropa. «No te olvides el bañador», dijo, incluso. Para que me sintiera cómoda, dijo. Que solo estaría fuera unos días, una semana como máximo. Eso lo hacía mucho.

P. T. se inclina aún más hacia delante.

—¿Qué es lo que hacía mucho?

—Darme esperanzas. Yo creo que le ponía. A veces, después de violarme en esa cabaña, me decía: «Oh, Patricia, muy pronto volverás a casa». Me decía que mi familia por fin estaba dispuesta a pagar el rescate. Un día me dijo que por fin había recibido el dinero. Me tiró unas esposas y una venda para los ojos. Me dijo que me las pusiera para el viaje. «Por fin te vas a casa, Patricia», me dijo. Me llevó a un

coche. Me ayudó a subir en el asiento trasero. Me puso la mano sobre la cabeza. «No te golpees la cabeza, Patricia». Recuerdo lo amable que fue, poniéndome el cinturón de seguridad. Como si de pronto le diera pudor tocarme. Entonces se sentó a mi lado, mientras otro tipo, quizá era el de la primera noche, no lo sé, conducía el coche. «Te vas a casa» me decía mi violador, una y otra vez. «¿Qué va a ser lo primero que hagas cuando estés libre? ¿Qué es lo que más te apetece comer?». Y así, sin parar. No se lo imagina. Durante horas... y entonces, por fin, el coche se paró. Los dos me cogieron por los codos. Me llevaron hacia lo que yo esperaba que fuera la libertad. No podía ver nada, por supuesto. Seguía esposada y con la venda en los ojos. «Tu madre está ahí mismo —me susurra—. Ya la veo». Pero entonces me doy cuenta.

Por un momento, nadie se mueve.

—¿Cuenta? ¿De qué? —pregunta P. T.

Pero Patricia no parece oírle.

—Me hacen pasar por una puerta.

La sala está en completo silencio, como si hasta las paredes contuvieran el aliento.

—Y entonces no tengo dudas.

—¿De qué? —insiste P. T.

—Esa peste.

—No lo entiendo.

—Ese hedor no se olvida. —Patricia levanta la cabeza y le mira fijamente—. Estaba otra vez en la misma cabaña. Se habían limitado a conducir en círculos. Y de pronto los oigo riéndose. Vuelvo a estar en la cabaña, esposada y con los ojos vendados, así que los dos entran...

Se limpia los ojos, se encoge de hombros y sonríe sin ganas.

Pasa un rato, y nadie dice nada. Hasta la casa mantiene un silencio respetuoso, y no se oye ni un crujido. Al final P. T. le hace un gesto a Max y este saca una hoja de papel.

—¿Podría ser este el hombre que la violó? —pregunta P. T., con su tono más amable.

Le entrega una hoja con seis imágenes diferentes de Ry Strauss. La

primera es un primer plano sacado de la famosa imagen de los Seis de Jane Street. La última es Ry Strauss ya muerto. Las cuatro intermedias probablemente se hayan creado con algún software de progresión de edad. Teóricamente una imagen sería la de Ry Strauss a los treinta, otra a los cuarenta, otra a los cincuenta y otra a los sesenta. En algunas tiene vello facial. En otras no.

Patricia observa las fotografías. Ahora tiene los ojos secos. Yo sigo barajando mentalmente las diferentes posibilidades. ¿Conocía Ry Strauss a mi tío Aldrich? Supongo que sí. ¿Presionó o chantajeó Ry Strauss a Aldrich o a mi familia para que le proporcionaran una ayuda económica sustancial? Una vez más, supongo que sí. ¿Y qué pasó después? ¿Por qué el robo de los cuadros? ¿Por qué matar a Aldrich? ¿Por qué secuestrar a Patricia?

¿Qué estoy pasando por alto?

—No lo sé —dice Patricia, meneando la cabeza—. Quizá viera a este hombre hace muchos años. El secuestrador siempre llevaba pasamontañas, pero podría ser este.

P.T. recoge las imágenes.

—Cuando huyó, encontró el modo de convertir su tragedia personal en algo bueno.

Es un cumplido, por supuesto. Las palabras, al menos. El tono, en cambio, cuenta una historia diferente. Parece que estamos llegando al final del interrogatorio, pero aún queda algo flotando en el aire. Por mi experiencia, sé que en estas circunstancias es mejor no forzar las cosas.

—Para que quede claro —añade P. T.—, estoy hablando de la creación de los refugios Abeona Shelters.

Ella no quiere hablar de eso, así que se limita a decir:

—Gracias.

—¿Puedo preguntarle cómo se le ocurrió el nombre?

—¿El nombre?

—Abeona.

—¿Por qué, P. T.? —le pregunto, y al instante me arrepiento. P. T. no

es estúpido. No hace preguntas tontas o sin sentido. Yo no veo qué importancia podría tener el nombre de los refugios, pero sé que el interrogatorio no es improvisado.

—Abeona es una diosa romana protectora de los niños —explica Patricia—, en particular cuando emprenden su primer viaje fuera de casa. Ella los protege y los guía.

P. T. asiente.

—Y el logo, esa mariposa con lo que parecen ojos en las alas.

—Es una Tisiphone abeona —dice Patricia, como si hubiera respondido ya esa pregunta mil veces, y probablemente así sea.

—Sí —dijo P. T.—. ¿Pero cómo se le ocurrió?

—¿Cómo se me ocurrió qué?

—La idea de usar a la diosa romana Abeona y la mariposa Tisiphone abeona como logo. ¿Fue idea suya?

—Pues sí.

—¿Estudió la religión de la Roma antigua? ¿Ha sido... no sé... coleccionista de mariposas? —P. T. se inclina hacia delante y de pronto adopta un tono amistoso, amable—. ¿Qué es lo que le inspiró?

Ahora mismo intento leer la expresión del rostro de Patricia, pero las señales que envía son contradictorias. Se ha quedado pálida. Veo confusión. Veo miedo. Parece como si de pronto se estuviera dando cuenta de algo, pero quién sabe...

—No lo sé —responde Patricia, con un tono distante que no creo haberle oído nunca.

P. T. asiente, indicando que lo entiende. Sin apartar la mirada de Patricia, alarga la mano en dirección a Max. Max ya está preparado y le pone una hoja en la mano. P. T. se la pasa a Patricia lentamente, casi con delicadeza. Yo miro por encima de su hombro. Es la fotografía de un antebrazo. Y en el antebrazo se ve el tatuaje de ese logo: una mariposa Tisiphone abeona.

—Este es el brazo de Ry Strauss —dice P. T.—. Es el único tatuaje que le hemos encontrado.

25

Es mucho más tarde, esa noche —a las demasiados coñacs en punto, para ser más precisos— cuando Patricia dice por fin:

—Recuerdo el tatuaje.

Estamos solos, en el estudio del abuelo. Yo estoy sentado en el sofá, con la cabeza inclinada hacia atrás, contemplando el techo taraceado de estilo art déco. Patricia está sentada en la gran butaca del abuelo. Espero que diga algo más.

—Es curioso lo que olvidas —prosigue, y detecto el rastro del coñac en su voz—. O lo que te obligas a olvidar. Solo que... supongo que nunca lo olvidas del todo, ¿no? Quieres olvidar, y acabas olvidando incluso, pero no olvidas. ¿Tiene sentido lo que digo?

—De momento no —respondo—. Pero sigue adelante.

Oigo el tintineo del hielo en la copa de coñac. Debería ser delito beberse un licor de esta calidad on the rocks, pero yo no soy juez. Sigo contemplando el techo, esperando. Tras instalarse de nuevo en la butaca del abuelo, Patricia se explica:

—Apartas los recuerdos de la mente. Los escondes. Los bloqueas. Es como... —parece que cada vez arrastra más la lengua—. Es como si hubiera un sótano en mi cerebro y lo que he hecho es meter toda esa mierda en una maleta, como esa maldita maleta del monograma que me diste, para luego arrastrarla escaleras abajo y meterla en algún rincón oscuro y húmedo, para luego volver corriendo escaleras arriba y cerrar la puerta a mis espaldas, con la esperanza de no volver a ver esa maleta nunca más.

—Y ahora —digo yo—, siguiendo con tu analogía tan colorista, esa maleta está de pronto fuera del sótano y se ha abierto.

—Sí —responde—. Un momento, ¿eso era una analogía o una metáfora?

—Una analogía.

—Siempre me hago un lío con esas cosas.

Yo habría querido alargar la mano y apoyársela en el brazo, o hacer

algún otro gesto inocuo y reconfortante, pero estoy muy cómodo en el sofá, disfrutando del colocón, demasiado lejos del sillón del abuelo, así que no me molesto.

—¿Win?

—¿Sí?

—El suelo de la cabaña era de tierra.

Espero.

—Así que recuerdo cuando lo tenía encima. Al principio me agarraba los brazos contra el suelo. Yo cerraba los ojos e intentaba aguantar. Al cabo de un rato... Bueno, no puedes mantener los ojos cerrados eternamente. Puedes intentarlo, pero no puedes. Al final miraba hacia arriba. Él llevaba pasamontañas, así que solo le veía los ojos. De modo que giraba la cabeza hacia un lado. Esperando que aquello acabara pronto. Y él se agarraba a mí, encima de mí, y recuerdo su brazo, y ahí... estaba esa mariposa.

Y para. Yo intento erguir la espalda, pero no lo consigo.

—Así que me la quedaba mirando. ¿Sabes? Como concentrada, mirando sus alas. Y cuando él empujaba y el brazo se le movía, me imaginaba que la mariposa aleteaba y echaba a volar.

Seguimos a oscuras. Bebemos algo más de coñac. Estoy borracho, así que me pongo a pensar en tonterías existenciales, en la condición humana quizás, en el caso de Patricia, intentando bloquear lo que acabo de oír. En realidad no conozco bien a Patricia, ¿no? Ella tampoco me conoce bien a mí. ¿Hay alguien que se conozca bien realmente? Joder, tío, qué borracho estoy. Estoy disfrutando de este silencio. Mucha gente no entiende la belleza del silencio. El silencio une a las personas. Yo me sentía unido a mi padre cuando jugábamos al golf en silencio. Me sentía unido a Myron cuando veíamos viejas pelis o programas de televisión antiguos en silencio.

Aun así, me siento obligado a romperlo:

—El día en que mataron a Ry Strauss estabas en Nueva York.

—Sí —dice Patricia—. Es verdad.

Espero.

—Le he dicho la verdad a tu amigo P. T., Win. Voy a Nueva York constantemente.

—Nunca me llamas.

—A veces sí. Eres uno de los mayores mecenas de los refugios. Pero no querrías que te llamara cada vez que vengo a la ciudad.

—Eso es cierto.

—¿Tú crees que yo maté a Ry Strauss?

Llevo varias horas dándole vueltas a eso.

—No veo cómo.

—Vaya, ya veo que cuento con tu apoyo incondicional.

Yergo la espalda un poco. El alcohol está haciendo efecto, y siento que la cabeza me da vueltas.

—¿Puedo hablar sin tapujos?

—¿Alguna vez hablas de algún otro modo?

—Hipotéticamente, si hubieras matado a Ry Strauss...

—No lo hice.

—De ahí que haya usado el término «hipotéticamente».

—Ah, vale. Sigue.

—Si lo hubieras matado, hipotéticamente o no, no te culparía lo más mínimo. De hecho, querría saberlo, para poder gestionarlo.

—¿Gestionarlo?

—Asegurarnos de que nunca te pillan.

Patricia vuelve a sonreír y levanta su copa. Ella también está bastante perjudicada.

—¿Win?

—¿Sí?

—No lo maté.

La creo. Pero también creo que no me lo está contando todo. Aunque también es cierto que podría equivocarme en ambas valoraciones.

—¿Puedo pedir una hipótesis yo? —me pregunta.

—Por supuesto.

—Sí tú fueras yo y hubieras tenido ocasión de matar a Ry Strauss, ¿lo habrías hecho?

—Sí.

—No te lo has pensado mucho.

—Nada.

—Casi como si ya te hubieras encontrado en esa situación.

No veo motivo para responder. Tal como he dicho antes, en realidad no conozco tanto a Patricia, y ella tampoco me conoce a fondo.

Años atrás, estaba en un retiro de fin de semana con una serie de políticos de Washington D. C., entre ellos el senador Ted Kennedy. La localización del retiro en cuestión es confidencial, así que solo puedo deciros que era por la zona de Filadelfia. La última noche hubo una fiesta en la que —no bromeo— los senadores de los Estados Unidos se pusieron a cantar en el karaoke, por turnos. Lo cierto es que me pareció admirable. Los senadores perdían la vergüenza, como hacemos todos cuando cantamos en el karaoke, sin importarles la imagen que daban.

Pero volvamos a Ted Kennedy.

Se me ha olvidado qué canción eligió Ted —desde el mismo momento en que nos conocimos, insistió en que le llamara así—. Era algo de la Motown. Quizá fuera «Ain't No Mountain High Enough». ¿O esa la cantó Barbara Boxer? ¿O la hicieron a dúo Ted y Barbara, como Marvin Gaye y Tammi Terrell? No recuerdo. En cualquier caso, aunque estuviéramos en desacuerdo en muchas cosas, Ted era un tipo encantador y muy divertido. En la fiesta bebió bastante. Mucho. Se puso a bailar, tropezando, y, si no se puso la pantalla de una lámpara en la cabeza, fue porque estaba demasiado borracho. Hacia el final de la noche, Ted necesitó que algún alma caritativa le ayudara a encontrar su habitación.

¿Por qué os estoy contando todo esto?

Porque a la mañana siguiente yo tenía que irme muy temprano. Me levanté a las cinco y media y me presenté en la sala de desayunos a las seis. Cuando llegué, solo había una persona ya en pie. Sí, lo habéis adivinado.

—¡Buenos días, Win! —me saludó Ted—. Ven a sentarte conmigo.

Estaba leyendo el Washington Post, tomándose una taza de café, y tenía una montaña de comida en el plato. Se había duchado, tenía la mirada clara y estaba absolutamente despierto. Tuvimos una animada discusión sobre diversos temas, pero lo que me llamó la atención es esto: no he visto nunca a nadie que respondiera al alcohol como él, y no sé si eso era algo positivo o negativo.

Yo supongo que era negativo.

¿La moraleja de mi historia sin nombres? Yo también respondo muy bien al alcohol. Pero no soy Ted Kennedy. Cuando me despierto por la mañana me duele la cabeza. Suelto un gruñido lastimero y, casi a modo de respuesta, oigo un golpecito en la puerta.

—¡Buenos días!

Es Nigel. Suelto otro gruñido.

—¿Cómo estamos esta mañana?

—Esa voz... —protesto.

—¿Qué le pasa a mi voz?

—Es como un martillo neumático machacándome el nervio craneal.

—¿Estamos de resaca, señor Win? Pues dame las gracias. Te he traído mi remedio supersecreto.

Me pone dos pastillas en la palma de la mano y me da un vaso.

—Esto parece aspirina y zumo de naranja.

—Chist, estoy pensando en patentarlo. ¿Abro las cortinas?

—Solo si quieres que te pegue un tiro.

—La prima Patricia se está vistiendo.

Nigel sale de la habitación. Me doy una ducha muy larga y me visto.

Para cuando llego abajo Patricia ya se ha ido. Desayuno algo rápido con mi padre. La conversación es algo forzada, pero eso no es ninguna sorpresa. Cuando acabo, me pongo en marcha para encontrarme con la madre de Edie Parker y el padre de Billy Rowan en el Crestmont Assisted Living Village, en Nueva Jersey.

La señora Parker me ha dicho su nombre de pila, pero no recuerdo cuál es. A mí me gusta llamar a las personas mayores señor o señora. Así es como me han educado. Los tres estamos en la habitación del señor Rowan, que es tan acogedora como la consulta de un dermatólogo. Los colores que imperan son un beige soso y un verde césped. La decoración es evangélica contemporánea: crucifijos de madera, láminas con imágenes de Jesús, tablillas de madera con citas bíblicas, como «Buscad a Dios ante todo», que está citada como Mateo 6:33, y una que me llama mucho la atención, de Miqueas 7:18:

OLVIDA Y PERDONA

Curiosa elección, ¿no? ¿Realmente cree en eso el señor Rowan, o necesita ver ese recordatorio a diario? ¿Levanta la vista y mira esa pared cada día, pensando en su hijo? ¿Lo ha aceptado? ¿O lo tiene ahí con la esperanza de que las víctimas de los Seis de Jane Street se apliquen el cuento?

El señor Rowan está en una silla de ruedas. La señora Parker está sentada a su lado. Están cogidos de las manos.

—No puede hablar —me dice la señora Parker—. Pero aun así nos comunicamos.

Supongo que espera que le pregunte cómo, pero no me interesa especialmente.

—Me aprieta la mano —me dice ella, igualmente.

—Ya veo —respondo yo, aunque en realidad no, no lo veo. ¿Cómo se puede establecer una comunicación real apretando la mano? ¿Le aprieta una vez para decir sí y dos para decir no? ¿O usa algún tipo de código Morse? Se lo preguntaría, pero, una vez más, no veo la relevancia que pueda tener para mí, o para lo que me trae aquí. Voy a lo mío—. ¿Cómo se conocieron usted y el señor Rowan?

—A través de mi Edie y su Billy.

—¿Puedo preguntar cuándo?

—Cuando... —Cierra el puño y se lo lleva a la boca. Los dos miramos al señor Rowan. Él me mira. No sé qué ve, si es que ve. De los orificios nasales le salen unas cánulas conectadas a una bombona de oxígeno que lleva en un lateral de la silla de ruedas—. Cuando Edie y Billy desaparecieron.

—Billy y Edie salían juntos, ¿verdad?

—Oh, más que eso —dice la señora Parker—. Estaban prometidos.

Me pasa una fotografía enmarcada. El sol y el tiempo han difuminado los colores, pero se ve a Billy Rowan y a Edie Parker cuando eran universitarios, mejilla con mejilla. Están en la playa, con el mar detrás, sonriendo con ganas, y sus rostros, cubiertos de una pátina de sudor, revelan una felicidad genuina, o eso parece.

—Se les ve tan enamorados, ¿no?

Lo cierto es que sí. Se les ve jóvenes, enamorados y despreocupados.

—Están muy guapos. ¿A que sí?

Me permito asentir.

—No eran más que unos niños tontos, señor Lockwood. Eso es lo que dice siempre William. ¿Verdad, William?

William no parpadea siquiera.

—Idealistas, desde luego. ¿Quién no lo es en su juventud? Billy era un bobalicón encantador, y mi Edie no haría daño ni a una mosca. Veía las noticias todas las noches y se escandalizaba al ver todos aquellos chicos que volvían a casa en bolsas de plástico. Su hermano, mi hijo Aiden, sirvió en Vietnam. ¿Lo sabía?

—No, no lo sabía.

—No, eso no lo dijeron nunca en las noticias, ¿verdad? —Su tono ahora es más amargo—. Para ellos mi Edie no era más que una terrorista desquiciada, como una de esas chicas Manson.

Intento mostrarme comprensivo, pero estos son los casos en los que mi expresión altiva de nacimiento me causa problemas. A Myron esto se le da genial. Él pondría una cara de profunda empatía tan perfecta que hasta Al Pacino podría tomar notas.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvieron noticias de Edie o de Billy?

La señora Parker parece sorprendida de que le pregunte eso.

—¿Y eso por qué lo pregunta?

—Bueno, solo...

—Nunca. Quiero decir, no volvimos a saber de ellos desde esa noche.

—¿Ni una vez?

—Ni una vez. No lo entiendo. ¿Por qué está aquí, señor Lockwood? Nos dijeron que podría ayudarnos.

—¿Ayudarles?

—A encontrar a nuestros hijos. Usted fue quien encontró a Ry Strauss.

Asiento. No es cierto, pero más vale seguirles la corriente.

—Cuando William y yo vimos la imagen de Ry en las noticias, quiero decir... ¿Quiere oír algo raro?

Intento mostrarme abierto y curioso.

—Cuando encontró a Ry Strauss... —Una vez más se gira hacia el señor Rowan. Él no se da la vuelta, ni reacciona. No sé si nos oye o no. Puede que tenga afasia, o que esté totalmente ido, o quizá es que tiene una cara de póker de primera. La verdad es que no lo sé—. ¿Sabe qué fue lo más raro?

—Cuénteme.

—Ry ya era un anciano. ¿Entiende lo que quiero decir? No como William y yo, por supuesto. Nosotros tenemos más de noventa años. Pero por algún motivo, aunque sabemos que no es así, por supuesto, nosotros aún pensamos en Edie y en Billy como dos jovencitos. Como si el tiempo se hubiera congelado cuando desaparecieron. Como si aún tuvieran este mismo aspecto. —La señora Parker me coge la fotografía enmarcada de las manos. Toca con el dedo la imagen de su hija, y ladea la cabeza con ternura al hacerlo—. ¿Le parece extraño, señor Lockwood?

—No.

Le coge la mano al señor Rowan.

—William solía jugar al golf. ¿Usted juega? —me pregunta.

—Sí, sí que juego.

—Entonces esto lo entenderá. William solía bromear con que él y yo estábamos en los nueve segundos hoyos de la vida; ahora dice que vamos por la calle del hoyo dieciocho. Fíjese, y aún llamamos a Edie y a Billy nuestros niños. Pero Billy hoy tendría sesenta y cinco años. Y mi Edie sesenta y cuatro.

Menea la cabeza, incrédula.

En circunstancias normales todo esto me parecería aburrido y fuera de lugar, pero lo cierto es que he venido precisamente para esto. No creo que saque ninguna información útil del señor Rowan ni de la señora Parker. En realidad no se trata de eso. Lo que quiero es remover algo y ver qué pasa. Dejadme que me explique.

Si Edie Parker y Billy Rowan siguen vivos, lo más probable es que en algún momento se hayan informado sobre el paradero de sus familiares. Quizá no los primeros años, cuando se sentían vigilados. Pero han pasado ya más de cuarenta y cinco años desde que huyeron. Si su Edie y su Billy estuvieran vivos, es razonable suponer que en algún momento se habrían puesto en contacto con ellos.

Eso tampoco significa, por supuesto, que la señora Parker (dejemos al silencioso señor Rowan fuera de la ecuación de momento) fuera a decírmelo. Más bien lo contrario. Haría todo lo posible para convencerme de que no ha visto a su hija en todos estos años, aunque la hubiera visto. Así pues, ¿me está contando la verdad o está jugando conmigo?

Eso es lo que estoy intentando discernir.

—¿Cómo se enteraron del... —¿qué palabra debo usar para no resultar ofensivo?—... incidente de los Seis de Jane Street?

—¿Le importa si no los llamamos así?

—¿Perdón?

—Los Seis de Jane Street —dice la señora Parker—. Suena como si fueran... bueno, como la familia Manson.

—Sí, por supuesto. —Menos mal que quería evitar resultar ofensivo—. ¿Cómo se enteraron del incidente?

—Un puñado de agentes del FBI se presentaron en mi casa. Por el

modo en que irrumpieron en casa daba la impresión de que buscaban a Al Capone. Barney y yo nos llevamos un susto de miedo.

Eso ya lo sé. He leído el dosier. Pero, una vez más, no se trata de recabar información. Lo que estoy intentando es buscar la verdad y, quizá, tal como veréis en un momento, provocar una reacción.

Intento adoptar un tono solemne, como corresponde a la ocasión.

—¿Y no volvió a ver a su hija?

Asiente una vez. No dice nada. Sin demasiada emoción. Asiente, sin más.

—¿Y tampoco volvió a hablar con ella?

—Hablé con ella.

Espero.

—Esa noche. Una hora antes de que llegara el FBI.

—¿Qué le dijo?

—Estaba llorando. —La señora Parker mira al señor Rowan. Él sigue sin moverse, pero se le humedecen los ojos—. Dijo que algo había salido terriblemente mal.

—¿No dijo qué era lo que había salido mal?

La señora Parker niega con la cabeza.

—¿Y qué más le dijo?

—Que Billy y ella tendrían que marcharse, quizá durante mucho tiempo, quizá para siempre.

Una lágrima solitaria surca el rostro del señor Rowan. Les miro las manos. Están agarrados el uno a la otra con tanta fuerza que la piel, apergaminada, se les ha vuelto blanca.

—¿Y luego?

—Eso es todo, señor Lockwood.

—¿Edie colgó?

—Edie colgó.

—¿Y?

—Y no volví a tener noticias suyas. Y William no volvió a oír hablar de Billy.

—¿Qué cree que fue de ellos?

—Nosotros somos sus padres. No debería preguntarnos a nosotros.

—Se lo pregunto igualmente.

—En ese momento pensamos que estarían muertos. —La señora Parker se muerde el labio un momento—. Yo creo que eso fue lo que nos unió a William y a mí. Después de que murieran nuestros cónyuges, por supuesto. Antes de eso no lo habríamos hecho. Pero es como si nuestra relación fuera un eco de la de nuestros hijos, como si una pequeña fracción de su amor siguiera viva y nos hubiera unido a nosotros. —De pronto la señora Parker pronuncia en voz alta lo que yo llevo pensando un rato—. Si mi Edie y su Billy hubieran estado vivos todos estos años, habrían encontrado un modo de hacérnoslo saber. Al menos eso es lo que creíamos antes.

—¿Y ya no lo creen?

Niega con la cabeza.

—Ahora ya no sabemos qué creer, señor Lockwood. Porque también pensábamos que Ry Strauss estaba muerto desde hacía tiempo. Así que, bueno, por eso está usted aquí.

Con la mano que le queda libre, la señora Parker me agarra la mía. Yo quiero retirarla —un impulso visceral, perdón—, pero hago un esfuerzo y no la muevo. Ahora me tiene agarrado con la mano izquierda, mientras con la derecha agarra la del señor Rowan. Estamos así un segundo, probablemente; quizá dos o tres, pero a mí me parece mucho más.

—Ahora William y yo volvemos a tener esperanza —dice, casi sin aire en la voz—. Si Ry Strauss ha sobrevivido todos estos años, quizá también lo hayan hecho nuestros hijos. A lo mejor Edie y Billy huyeron a algún lugar y se casaron. Quizá hayan tenido hijos o incluso nietos, y quizá, solo quizá, un día podamos reunirnos todos, antes de que William y yo completemos el hoyo dieciocho.

No sé muy bien qué decir.

—Señor Lockwood —añade—, ¿usted cree que Edie y Billy están vivos?

Escojo bien mi mentira.

—No lo sé. Pero, si están vivos, los encontraré.

Me mira a los ojos.

—Le creo.

Espero.

—¿Se pondrá en contacto con nosotros cuando descubra la verdad? —me pregunta—. Sea cual sea. Llevamos esperando mucho tiempo. ¿Sabe lo que es eso?

—No lo sé —confieso.

—Prométanos que cuando sepa la verdad nos lo dirá. Por horrible que sea. Prométanoslo.

Y yo se lo prometo.

26

Estoy sentado en el asiento del pasajero de una grúa conducida por un hombre llamado Gino. Sé que se llama así porque lleva el nombre cosido en letras cursivas rojas en la pechera de la camisa.

—¿Y ahora qué? —me pregunta Gino.

Estoy observando a Elena Randolph, la mujer que supuestamente salió con Arlo Sugarman en la Oral Roberts University, a través del escaparate de su tienda en el CityGate Plaza de Rochester, en Nueva York. Entre los otros locales del centro comercial hay una consulta de una médium, una gestoría, un Todo a un Dólar (escalofrío) y un Subway (doble escalofrío). Por lo que dice el rótulo de neón, el consultorio de belleza, o salón de estética, o comoquiera que se llamen ahora este tipo de establecimientos, se llama Shear Lock Combs. Si el pobre Sherlock levantara la cabeza... No sé si aplaudir o reventar el cartel de un disparo.

El Honda Odyssey de 2013 de Elena Randolph lleva una matrícula personalizada que dice «do-or-dye». Frunzo el ceño. Ojalá estuviera aquí Myron. A él le gustan ese tipo de bromas. No hay duda de que se habría llevado bien con la señora Randoph.

—¿Vamos a quedarnos aquí sentados? —pregunta Gino. En ese momento suena mi teléfono. Es Kabir.

—Articula.

—Ninguna llamada —dice él.

No me sorprende. Hemos estado controlando a la señora Parker y al señor Rowan desde que me he ido, hace algo más de una hora. Yo esperaba que me estuvieran mintiendo y que, en cuanto me fuera, se pusieran en contacto con Edie y Billy para advertirles que estoy buscándolos. Pero no ha sido así. Qué le vamos a hacer.

—¿Algo más?

—He investigado un poco sobre Trey Lyons. Tenías razón. Exmilitar. Ha trabajado como personal de seguridad en varios países.

Me quedo pensando en ello.

—Ponle dos hombres más.

Trey Lyons se convertirá en un buen problema si no me ocupo de él. ¿Cómo lo había dicho en la furgoneta? No puede dejarme con vida, igual que yo no puedo dejarlo vivo a él.

Miro el reloj. Son las tres y media de la tarde, y Shear Lock Combs —está empezando a gustarme el nombre— no cierra hasta las cinco. Por tentadora que pueda resultar la perspectiva de pasarme una hora y media más con Gino, decido renunciar al placer y ponerme en marcha.

—Espera a mi señal —le digo a Gino.

—Usted manda.

Salgo de la grúa y me dirijo a la puerta del salón de belleza. Cuando entro, todos los ojos se plantan en mí, algunos de ellos a través de espejos. Hay tres sillas, todas ocupadas. Tres clientas en sillas negras, tres peluqueras de pie. Otras dos mujeres esperando en las sillas de la entrada. La mesita baja que tienen delante está repleta de revistas de cotilleos, pero las dos mujeres que esperan prefieren sus teléfonos móviles.

Todas las mujeres reciben con una sonrisa al intruso varón, salvo una. Elena Randolph es alta y delgada. A pesar de tener sesenta y cinco años, lleva unas mallas ceñidas y un top sin mangas, y la verdad es que le queda bastante bien. Tiene el cabello gris, con puntas, y el rostro afilado, como un pájaro. Adopta un gesto duro. Las gafas de lectura le cuelgan del cuello con una cadenita.

—¿Puedo ayudarle? —me pregunta.

—Tenemos que hablar.

—Ahora mismo estoy con una clienta.

—Es importante.

—Cerramos a las cinco.

—No, perdone, eso no me vale.

Se produce lo que algunos podrían llamar un silencio incómodo, pero, tal como he dejado claro ya, a mí ningún silencio me parece incómodo.

La peluquera pelirroja entrada en carnes que está trabajando junto a

la butaca de al lado dice:

—Eh... yo puedo acabar con Gertie, si quieres.

Elena Randolph me mira sin decir nada.

La pelirroja se inclina, acercando la cabeza a una anciana que tiene el cabello cubierto con papel de aluminio.

—Puedo acabarle yo el peinado, ¿verdad, Gertie?

—¿Eh? —grita Gertie.

Elena Randolph deja el peine y las tijeras, apoya ambas manos en los hombros de Gertie, se inclina y le dice:

—Volveré enseguida, Gertie.

—¿Eh?

Elena me mira, disparando rayos láser con los ojos. Yo los desvío con una sonrisa que podría definirse como irresistible. Sale por la puerta y un momento más tarde nos encontramos frente al escaparate de su salón. Todos los ojos siguen puestos en nosotros. Nadie vuelve al trabajo.

—¿Y usted es...? —pregunta Elena.

—Windsor Horne Lockwood tercero.

—¿Se supone que tengo que conocerlo?

—Tengo entendido que habló por teléfono con mi asistente, Kabir.

Asiente, como si ya se lo esperara.

—No tengo nada que decirle.

—Sería magnífico si pudiéramos saltarnos esa parte —digo yo.

—¿Cómo dice?

—La parte en la que me dice que no hablará conmigo, y entonces yo paso al ataque. Es una pérdida de tiempo, y al final cederá y hablará.

Apoya las manos en sus finas caderas.

—¿Es un poli?

Yo frunzo el ceño, fingiéndome ofendido.

—¿Con esta pinta?

Eso casi le hace sonreír.

—Háblame de Ralph Lewis —digo, pasándole la fotografía del libro de memorias con la banda medieval—. Los dos salieron en la Oral Roberts University.

Elena ni siquiera mira la foto.

—No sé de qué me está hablando.

Suspiro dramáticamente. Esperaba poder evitar esto, pero me estoy quedando sin paciencia. Levanto la mano y chasqueo los dedos. Dos segundos más tarde, la grúa entra en el aparcamiento y se para justo detrás de su Honda Odyssey. Gino baja de un salto, se pone un par de guantes gruesos y acciona una palanca que empieza a bajar la plataforma.

—¡Eh! —grita Elena—. ¿Qué cree que está haciendo?

—Este es mi hombre, Gino —digo—. Está retirándole el coche.

—No puedo...

Le muestro las actas.

—Debe mucho dinero, señora Randolph. De su vehículo. De su casa. —Señalo hacia el salón—. De su local.

—Ya he tomado medidas —dice.

—Sí, con la empresa de cobros de antes. Pero yo he comprado su deuda, así que ahora me debe a mí. He examinado su situación financiera y he llegado a la conclusión de que es una deuda de alto riesgo, así que hago efectivos mis derechos y procedo a la ejecución de la deuda. Gino se llevará su Honda. En este momento tengo a dos hombres precintando la puerta de su casa. En diez segundos, abriré la puerta de su local e informaré a sus clientas que deben abandonar el lugar inmediatamente.

Elena Randolph abre los ojos como platos y mira la primera página.

—No puede hacer esto.

Suspiro, aunque esta vez con un poco menos de dramatismo.

—Sus negativas son algo cansinas. —Me dirijo a la puerta del salón, pero Elena desplaza el cuerpo para cortarme el paso.

—No sé dónde está Ralph, lo juro.

—Yo no he dicho que lo supiera.

—¿Entonces qué quiere de mí?

—Me pondría la mano en el pecho y diría «La verdad», pero quedaría algo exagerado, ¿no le parece?

Elena no está de humor. No la culpo. Yo no soy un provocador por naturaleza, pero esto también lo aprendí de Myron: para provocar a alguien, necesitas pillarlo desequilibrado.

—¿Y si no coopero?

—¿En serio? ¿No se lo he dejado claro? Su coche, su casa, su negocio serán míos. Por cierto, ¿cómo se llama esa pelirroja? Es la primera que voy a despedir.

—Hay leyes.

—Sí, soy consciente. Y están a mi favor.

—Conozco mis derechos. No tengo por qué contarle nada.

—Eso es cierto.

La plataforma de la grúa llega al suelo. Gino me mira. Con un movimiento de la cabeza le indico que siga adelante.

—No puede... —Los ojos de Elena se llenan de lágrimas—. Esto es acoso. No puede...

—Claro que puedo.

No disfruto con esto, pero tampoco me importa demasiado. Durante mucho tiempo la gente se ha tragado ese lema de que «todas las personas son iguales» que los americanos hemos vendido tan bien a lo largo de nuestra historia, aunque últimamente la gente se va dando cuenta de la evidencia: el dinero lo cambia todo. El dinero es poder. Y esto no es una novela de esas de John Grisham, del hombre contra el sistema: en realidad, sin dinero, nadie puede plantar cara al sistema.

Y, tal como le he advertido a Elena Randolph desde un principio, al final cederá.

Cuando hablo así no parezco el héroe de esta historia, ¿verdad?

¿Está bien que los ricos puedan ejercer su poder sobre los demás? Por supuesto que no. El sistema no es justo. La realidad es tediosa. Yo no tengo ningún interés en hacer daño a Elena Randolph, pero eso tampoco me va a quitar el sueño. Puede que esté ocultando a un fugitivo. Como mínimo, posee información que necesito. Cuanto antes la consiga, antes puede volver a su vida de siempre.

—No se rendirá, ¿verdad?

De nuevo mi sonrisa irresistible.

—Vamos a sentarnos al Subway.

—¿Al Subway? —respondo, horrorizado, como no puede ser de otra manera—. Antes dejaría que me extirparan un riñón con una cuchara sopera. Podemos hablar aquí, así que vamos al grano, ¿de acuerdo? Usted conoció a Ralph Lewis en la Oral Roberts University, ¿verdad?

Elena se limpia las lágrimas y asiente.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace más de cuarenta años.

—Si podemos saltarnos las mentiras...

—No miento. Déjeme que le pregunte algo antes de seguir con esto.

No me gusta, pero si me niego quizá perdamos más tiempo.

—Adelante.

—Usted no es poli.

—Eso ya lo hemos dejado claro.

—¿Entonces por qué va a por Ralph?

A veces intentas no dar detalles. Otras veces vas directo a la yugular. Ahora mismo, escojo la yugular.

—Quiere decir Arlo Sugarman, ¿no?

El comentario hace mella. Conclusión: Elena Randolph sabía que Ralph Lewis era, en realidad, Arlo Sugarman.

—¿Cómo ha…? —Se frena, ve que no tiene sentido y menea la cabeza —. No importa. Él no hizo nada, ya lo sabe.

Espero.

—¿Por qué le persigue? Después de todos estos años.

—Ya habrá oído que han encontrado a Ry Strauss.

—Por supuesto. —Frunce los párpados—. Un momento, yo he visto su imagen en los periódicos. Era el propietario de ese cuadro.

—Soy —la corrijo—. En presente.

—No entiendo qué interés puede tener en buscar a Arlo.

—El robo de los cuadros no fue un trabajo en solitario.

—¿Y usted cree que Arlo tiene el otro cuadro desaparecido?

—Quizá sí.

—Pues se equivoca.

—No lo ha visto en cuarenta años.

—Aun así. Arlo no se implicaría en algo así.

Decido lanzar la bomba:

—¿Y se vería implicado en el secuestro y asesinato de jovencitas?

Elena se queda boquiabierta.

—Es muy probable que Ry Strauss y un cómplice mataran a mi tío y secuestraran a mi prima.

—No pensará…

—¿Coincidió con Ry Strauss cuando visitó el campus?

—Escúcheme —me dice Elena—. Arlo era un buen hombre. Era el mejor hombre que he conocido nunca.

—Genial —respondo—. ¿Y dónde está?

—Ya se lo he dicho. No lo sé. Mire, Ralph... quiero decir Arlo... Salimos durante dos años en el Oral Roberts. Yo procedía de un entorno difícil. De niña, me... —Los ojos se le llenan de lágrimas, pero hace un esfuerzo por contenerlas—. No querrá oír la historia de mi vida.

—Cielos, no.

Reacciona con una sonrisa a medias, aunque no era mi intención ser divertido.

—Ralph..., yo siempre le he llamado así... Ralph era muy amable conmigo.

—¿Cuándo supo su identidad real?

—Antes de que saliéramos juntos.

Eso me sorprende.

—¿Se sinceró con usted?

—Yo era su contacto en el campus. Le ayudé a instalarse, le busqué el seudónimo, lo que hiciera falta.

—Y luego... ¿qué? ¿La relación se volvió más íntima?

Elena da un paso adelante.

—Arlo no estaba allí esa noche.

—Cuando dice «esa noche»...

—La noche de los cócteles Molotov, cuando murió tanta gente.

—¿Arlo Sugarman le dijo eso? —respondo, con mi mejor arqueo de ceja que, modestia aparte, es una obra de arte—. ¿Ha visto la fotografía de los Seis de Jane Street?

—¿La famosa foto del sótano? Claro. Pero esa fue la última vez que los vio. Él pensaba que no sería más que una broma, que no se atreverían a llenar las botellas con queroseno. Cuando vio que iba en serio, se echó atrás.

—¿Eso se lo dijo Arlo?

—Me dijo que Ry se había vuelto loco. Esa noche no fue.

—Hay fotos de esa noche.

—Él no sale en ninguna. Hay seis personas, sí. Pero su rostro no se ve, ¿verdad?

Me lo planteo por un momento.

—Entonces ¿por qué no se lo dijo nunca a la policía?

—Sí que lo hizo —responde ella—. ¿Usted cree que alguien le creyó?

—También podría estar mintiéndole a usted.

—No tenía ningún motivo para mentirme a mí. Yo ya estaba de su lado.

—Y supongo que tampoco dispararía al agente especial Patrick O'Malley.

Elena Randolph parpadea y fija la mirada en su Honda.

—¿Sabe lo del agente especial O'Malley? —le pregunto.

—Claro.

—¿Le preguntó al respecto?

—Sí.

—¿Y?

—Primero dígale a ese capullo que se aparte de mi coche.

Me giro hacia Gino y ladeo la cabeza. Él se retira.

—Arlo no hablaba nunca de ese tiroteo. Y, si le preguntaba, no respondía.

Frunzo el ceño e intento volver al tema.

—¿Arlo y usted empezaron a salir?

—Sí.

—¿Usted le quería?

Elena sonríe.

—¿Eso qué importancia tiene?

Touché.

—¿Ahora dónde está?

—Ya se lo he dicho. No lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Arlo?

—En la graduación.

—¿Aún eran pareja?

—Rompimos —responde, negando con la cabeza.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Él había encontrado a otra persona.

Tengo la impresión de que se supone que debo decir que lo siento, pero no lo hago.

—¿Así que lo vio en la graduación?

—Sí.

—¿Y esa fue la última vez?

—Fue la última vez.

—¿Tuvo noticias de dónde fue tras la graduación?

—No. Esas son las normas de las redes clandestinas. Cuanta menos gente lo sepa, más seguro es. Mi participación en su vida se había acabado.

Me encontraba ante un callejón sin salida.

Solo que no tenía la sensación de que fuera un callejón sin salida.

—No tengo ningún interés en hacerle daño —le digo.

Elena mira al interior del salón. Todo el mundo sigue mirándonos.

—¿Cómo pudo comprar mi deuda tan rápido? —pregunta.

—No es difícil.

—Posee un Vermeer.

—Mi familia, sí.

Me mira a los ojos y sostiene la mirada.

—Es superrico.

No veo motivo para responder.

—Le he dicho que Arlo me dejó por otra persona.

—Sí, eso ha dicho.

—Le daré el nombre con dos condiciones.

Junto las manos como si fuera a rezar.

—Escucho.

—En primer lugar, debe prometerme que, si lo encuentra, le escuchará. Si le convence de que no hizo nada, lo dejará en paz.

—Hecho —respondo.

No es que esa promesa me vincule tanto. Yo creo en la lealtad y en eso de que la palabra es sagrada, hasta cierto punto, pero sin exagerar. Yo me siento vinculado por lo que creo que es mejor, no por las falsas promesas, o la falsa lealtad. En cualquier caso, decir «Hecho» no me cuesta nada, lo haga convencido o no.

—¿Cuál es la segunda condición?

—Me condona toda la deuda.

Confieso que estoy impresionado.

—Sus deudas —preciso— suman más de cien mil dólares.

Elena se encoge de hombros.

—Es superrico.

Tengo que decirlo: me gusta. Me gusta mucho.

—Si resulta que el nombre que me da es mentira...

—No lo es.

—¿Usted cree que hay alguna probabilidad de que sigan juntos?

—Sí. Parecían muy enamorados. ¿Tenemos un trato?

Me va a costar una cifra de seis dígitos, pero cuando los mercados están abiertos gano y pierdo cantidades así constantemente. También soy filántropo, sobre todo porque me lo puedo permitir. Elena Randolph y su salón de belleza me parecen una buena causa.

—Tenemos un trato —respondo.

—¿Le importa confirmarlo oralmente?

—¿Perdón?

Saca su teléfono y me hace grabar mi promesa.

—Solo para que quede registrado —dice.

Yo estoy a punto de decirle que mi palabra es sagrada, pero los dos sabemos que eso es una memez. Cada vez me gusta más esta mujer. Cuando acabamos la grabación, vuelve a meter el teléfono en el bolso.

—Muy bien. Entonces, ¿por quién la dejó Arlo Sugarman?

—En esa época yo no lo entendí —confiesa.

—¿Cómo?

—Eran los años setenta. Estábamos en una universidad evangélica. No era...

—¿No era qué? —pregunto—. ¿Por quién la dejó?

Elena Randolph coge la imagen fotocopiada del grupo de estética medieval del viejo libro de memorias. Señala... pero no a Arlo. Señala al cantante solista de la izquierda. Fuerzo la vista para intentar ver los detalles, pero la imagen es borrosa, y en blanco y negro.

—Calvin Sinclair —dice ella, y yo la miro a los ojos.

—Por eso rompimos. Arlo se dio cuenta de que era gay.

27

Odio que Ema sea tan importante para mí.

Yo nunca quise hijos porque no quería vivir esto, la sensación de terrible vulnerabilidad, saber que el bienestar de otra persona tiene la capacidad de destruirme. En realidad, no hay nada que pueda hacerme daño, si no es a través de mi hija biológica, Ema. Tenerla ahora en mi vida —la tengo sentada delante, mientras cenamos en mi apartamento con vistas a Central Park— es conocer la preocupación y el dolor. Habrá quien diga que esta sensación, esta preocupación de padre, me hace más humano. Vale. ¿Quién quiere ser más humano? Es horrible.

Yo no tenía hijos porque no quería tener miedo. No tenía hijos porque los vínculos personales son un lastre. Lo he analizado a fondo, así que dejad que os lo explique: si hago una lista de los posibles efectos positivos de tener a Ema en mi vida —amor, compañía, alguien por quién preocuparse, todo eso— y una lista de los posibles efectos negativos —¿y si le pasa algo?—, el resultado está claro.

Los efectos negativos ganan.

No quiero vivir con miedo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Bárbaro —digo yo.

Ella pone los ojos en blanco.

En realidad se llama Emma, pero siempre lleva ropa negra y pintalabios negro y joyas de plata, y en secundaria algún tonto de su clase observó que tenía un look gótico, o Emo, así que sus compañeros de clase empezaron a llamarla Ema, y les parecería una idea muy buena para meterse con ella, pero Ema les dio la sorpresa de adoptar el nombre como propio. Ahora Ema está en bachillerato, pero también asiste a clases de arte y diseño en la ciudad.

Cuando Angelica Wyatt, la madre de Ema, se quedó embarazada, no me informó. Tampoco me informó de su nacimiento. Cuando por fin me lo dijo no me enfadé, ni me molestó mínimamente. Ella entendía lo que pensaba yo de tener hijos y lo respetaba, pero hace unos años

se sinceró conmigo, por decirlo así, por tres razones. Una, imaginó que ya había pasado suficiente tiempo (una razón algo patética, pero en fin); dos, que yo merecía saber la verdad (una razón plenamente desdeñable: yo no merecía nada), y tres, que si le pasaba algo a Angelica —en ese momento tenía miedo de sufrir un cáncer de pecho — yo debía estar ahí, por si Ema me necesitaba (la razón más decente de las tres).

¿Y por qué os cuento esto?

Yo no me merezco esta relación con Ema. No he estado ahí en los momentos importantes y, de haber tenido ocasión para decidir, tampoco habría estado. Por eso la llamo —y la considero— mi hija biológica. Ema es magnífica en todos los sentidos, y en absoluto es mérito mío. No tengo derecho a presumir de lo estupenda que es.

Yo no pedí esta relación. En realidad tampoco lo quiero —ya os he explicado los pros y los contras—, pero ahora mismo es decisión de Ema, y tengo que respetarla.

Así que, me guste o no, de vez en cuando quedamos para cenar.

Otrosí: Ema puede conmigo.

—Tengo novio —me dice.

—No quiero saberlo.

—No seas así.

—Así es como soy.

—¿Ningún consejo?

Dejo el tenedor en el plato.

—Los chicos —le digo—, y cuando digo los chicos quiero decir «todos los chicos», son un asco.

—Vaya, como si eso no lo supiera. ¿Qué opinas del sexo entre adolescentes?

—Por favor, déjalo.

Ema suelta una risa mal contenida. Le gusta tomarme el pelo. Con ella no sé muy bien cómo comportarme, porque a veces me deja descolocado. En un momento dado Angelica decidió hablarle de mí.

Tampoco fue un gran plan por parte de Angelica. Quizá Ema tuviera ya la edad necesaria. O quizá simplemente le preguntara quién era su padre. No lo sé, y no me corresponde a mí preguntar.

Angelica es una madre de campeonato.

Esto lo oyes a menudo: cuando tienes un hijo, te cambia la vida para siempre. Por eso siempre he evitado ser padre. No quiero tener algo en mi vida que me preocupe más que yo mismo. ¿Qué tiene eso de malo? Cuando Ema me dijo por fin que lo sabía —cuando me sacó a bailar en la boda de Myron—, me dejó descolocado. Me costó respirar. Y, cuando dejamos de bailar, la sensación no desapareció del todo.

Aún no ha desaparecido.

Como diría un adolescente: vaya mieeeerda.

Ahora pienso en mis padres, especialmente en mi madre, lo que debió de sufrir cuando la aparté de mi vida, pero regodearse con los errores del pasado no es bueno para nadie, así que lo dejo. Ema deja el tenedor y me mira, y, aunque esto evidentemente es algún tipo de proyección, os puedo jurar que veo los ojos de mi madre.

—¿Win?

—¿Sí?

—¿Por qué has estado ingresado?

—Nada importante.

Ema hace una mueca.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Vas a mentirme? —Me mira con dureza, y al ver que no digo nada, sigue adelante—. Mamá dice que nunca quisiste ser padre, ¿verdad?

—Es cierto.

—Pues no empieces a comportarte como un padre ahora.

—No te sigo.

—Estás mintiendo para protegerme, Win.

No digo nada.

—Eso es lo que hace un padre.

Asiento.

—Es cierto.

—Nunca sabes cómo debes comportarte conmigo, Win.

—También es cierto.

—Pues corta ese rollo. Yo no necesito un padre, y tú no necesitas una hija. Dime: ¿por qué te ingresaron en el hospital?

—Tres hombres intentaron matarme.

Si hubiera esperado que se echara atrás, horrorizada, me habría llevado una decepción.

Ema inclina el cuerpo hacia delante. Sus ojos —los ojos de mi madre — se iluminan:

—Cuéntamelo todo.

Empiezo por mi ataque a Teddy Lyons tras la Final a Cuatro de la NCAA y le explico mis motivos. Paso al asesinato de Ry Strauss, le hablo de los Seis de Jane Street, de la recuperación del Vermeer, de la maleta con el monograma, del tío Aldrich, de la prima Patricia, de la Cabaña de los Horrores y del ataque de Trey y Bobby Lyons. Me paso una hora hablando. Ema me escucha todo el rato, cautivada. Confieso que yo no soy tan bueno escuchando. Al cabo de un rato me desconcentro y dejo de prestar atención. Me aburro con facilidad, y la gente me lo ve en el rostro. Ema es todo lo contrario. Es estupenda escuchando. No sé cuánto tenía pensado contarle —quiero ser honesto con ella porque... Bueno, ¿por qué no?—, pero hay algo en su actitud, en sus ojos, en su lenguaje corporal, que me hace ser más abierto de lo que pensaba.

Ahora que lo pienso, su madre también es así.

Cuando acabo, Ema pregunta:

—¿Tienes papel y algo para escribir?

—En el secreter. ¿Por qué?

Se levanta y se va hacia allí.

—Quiero repasar todo esto con más detalle y apuntarme cosas. Me ayuda verlo escrito en el papel.

Abre el secreter, y, cuando ve los cuadernos de rayas y los lápices del dos, se le ilumina el rostro.

—¡Uala! Genial —dice Ema, agarrando un cuaderno y tres lápices con la punta perfectamente afilada. Vuelve a la mesa y se sienta junto a mí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Por qué me miras sonriendo como un bobo?

—¿Como un bobo?

—Para, Win. Da mal rollo.

Volvemos a repasarlo todo. Ella toma notas, como... bueno, ya sabéis. Va arrancando hojas, y las va repartiendo por la mesa. Perdemos la noción del tiempo. Su madre llama por teléfono. Se está haciendo tarde, dice Angelica. Se dispone a salir para recoger a Ema.

—Ahora no, mamá.

—Dile que te llevo yo —propongo.

Ema le comunica el mensaje y cuelga. Seguimos. Al cabo de un rato, Ema decide:

—Necesitamos un plan más estructurado.

—¿Qué te ronda por la mente? —le pregunto.

—Hablemos primero de Ry Strauss.

Me recuesto en mi silla y me la quedo mirando.

—¿Qué? —pregunta.

—Esto ya lo has hecho antes.

Ema también se recuesta en su silla. Y junta las manos, uniendo las

puntas de los dedos. Sí, en serio.

—Cuando Myron encontró a su hermano —añado—. Y tú salías con Mickey. No estuve muy presente en todo eso, lo siento.

—¿Win?

—¿Sí?

—Ahora centrémonos en lo tuyo. Podemos hablar de mi pasado en otro momento.

Me deja descolocado. Vacilo un momento, pero luego accedo.

—Vale.

—Volvamos a Ry Strauss.

—Bien.

—Tenemos que centrarnos en quién lo mató. —Ema separa los dedos de las manos y se pone a repasar sus notas—. Las cámaras del edificio grabaron a Ry Strauss en el sótano con un tío calvo.

—Sí.

—¿Y los técnicos del FBI no pueden obtener más detalles?

—No. La imagen se pixela, o algo así. Además, tenía la cabeza gacha.

Ema se queda pensando.

—Qué curioso, que nos mostrara que es calvo.

—¿Perdón?

—¿Por qué no llevaba una gorra de béisbol? —pregunta—. Quizá no sea calvo en realidad. El año pasado, en un show de talentos, un grupo de chavales se disfrazaron de los Blue Man Group.

—¿Los qué?

—No es importante. Pero se compraron esas máscaras de piel falsa que hacen que parezcas calvo. Así que quizá sea un disfraz. Quizá quiere que busquemos a alguien que sea calvo.

Me quedo pensando en ello.

—Por otra parte —dice Ema, rebuscando entre sus papeles—, esa camarera del Malachy's...

—Kathleen.

Una pequeña precisión: aunque le he hablado a Ema de mi conversación con Kathleen en Central Park, no le he contado que luego vino conmigo a este apartamento. Una cosa es ser honesto, y otra muy diferente es ser indiscreto.

—Eso. Kathleen. —Ema ya ha encontrado el apartado correspondiente entre sus notas—. De modo que Kathleen te cuenta que Ry tenía un miedo terrible a que robaran en su banco.

—Correcto.

—Solo que sabemos que Ry no tenía dinero ahí. Su dinero venía de esa compañía que tu abuela...

—Tu bisabuela —señalo.

—Eh. —Ema se detiene un momento y me sonríe—. Es verdad.

Yo también sonrío.

—Bueno, vale. —La sonrisa desaparece y Ema se vuelve a poner en modo trabajo—. Volvamos a tu conversación con Kathleen. Sabemos que Ry no sale nunca de su apartamento, salvo para encontrarse con Kathleen en el parque, pero de pronto un día sale en pleno día.

—Precisamente el día en que lo matan —añado.

—Exactamente. Así que tú —Ema coge una hoja amarilla de la esquina superior derecha de la mesa— usas tus contactos de señor superrico y visitas el banco. La directora te dice que los ladrones reventaron las cajas de seguridad.

—Sí.

—Pues qué raro, ¿no te parece?

Me encojo de hombros.

—En esas cajas se guardan muchos objetos valiosos.

—Sí, supongo que podría ser... —dice Ema lentamente.

—¿Pero?

—Pero yo tengo otra teoría.

Me echo atrás y abro los brazos, indicándole que espero que hable.

—Ry Strauss alquiló una caja de seguridad en el banco, probablemente con un seudónimo.

—Eso tiene sentido —le digo, sin mencionar que yo eso ya lo había pensado—. ¿Alguna teoría de qué podía guardar dentro?

—Algo que lo identificara de alguna manera —dice Ema, dando golpecitos en la mesa con la goma del lápiz—. O sea, Ry Strauss habrá usado diferentes identidades a lo largo de los años, ¿estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

—Así que probablemente necesitara un lugar seguro para guardar los diferentes documentos de identidad y, quién sabe, quizá su pasaporte auténtico y su partida de nacimiento. No querría deshacerse de esas cosas.

—No. Supongo que no —digo yo. Considero esa opción—. ¿Me estás diciendo que los ladrones del banco en realidad no iban a por dinero? ¿Que reventaron esas cajas porque querían encontrar a Ry Strauss?

—Es posible —dice Ema.

—¿Pero no probable?

—No probable —repite—. Tengo otra teoría.

Confieso que estoy disfrutando esta conversación enormemente.

—Escucho.

—Tu mentor del FBI, P. T.

—¿Qué le pasa?

Ema mira la hora en su móvil.

—¿Es demasiado tarde para llamarle?

—Nunca es demasiado tarde para llamarle. Dime por qué.

—P. T. dijo que habían atrapado a uno de los ladrones.

—Exacto.

—¿Puedes hablar con él?

—¿Hablar con él?

—Hacerle preguntas —dice Ema—. Interrogarlo. ¿Puedes usar tu influencia de señor superrico para llegar hasta ese caco?

Frunzo el ceño.

—Fingiré que no me lo has preguntado.

—Pues ese es nuestro primer paso, Win —dice, y en su rostro aparece una gran sonrisa que me llega hasta lo más hondo del pecho—. Llama a P. T. y concierta una visita.

28

Si os imagináis una sala de interrogatorios del FBI como las que veis en la tele, no os equivocáis. Estamos en una sala sin ventanas y sin aire, con una mesa impersonal en el centro. Hay cuatro sillas de metal impersonales, de las cuales tres están ocupadas. Yo estoy sentado, solo, a un lado de la mesa. Steve, el ladrón capturado, y Fred, su abogado, están al otro lado.

—Mi cliente ya ha alcanzado un trato con respecto al supuesto robo del banco —declara Fred.

—No lo entiendo —dice Steve. Steve es menudo y de huesos finos, y tiene manos de pianista, o quizá de ladrón de cajas fuertes, quién sabe. Un enorme mostacho le cubre la diminuta cara atrayendo las miradas—. ¿Quién demonios es este tipo?

Fred le apoya una mano en el antebrazo.

—No pasa nada, Steve.

Steve se queda mirando la mano del abogado.

—¿Te importa?

Fred la retira enseguida.

—¿Qué es lo que quiere?

—Información.

—No tiene aspecto de fiscal —responde, con un acento marcado del Bronx combinado con un poco de aquí y de allá.

—No lo soy —digo yo—. Y tampoco me importa si eres culpable, inocente, ni nada de eso. Solo me interesa una cosa.

Steve entrecierra los ojos. Prácticamente no tiene cejas, lo cual resulta raro en un hombre con un bigote tan enorme.

—¿Y qué es?

—El contenido de determinada caja de seguridad.

Le observo mientras lo digo, e inmediatamente me doy cuenta de que sabe exactamente a qué me refiero.

—No sé de qué me habla —dice.

—No juegas mucho al póker, ¿verdad, Steve?

—¿Eh?

—La verdad es que no tengo tiempo para todo esto, así que déjame que te haga una oferta. Luego puedes decir si la aceptas o si la declinas. —Ema ha sido la que ha pensado en todo esto. Si consigo sacar algo de información, estará contenta, y con motivo—. Quiero que me digas qué contenía esa caja de seguridad en particular. Eso es todo. Solo esa. A cambio, te daré cinco mil dólares y no reventaré tu acuerdo de inmunidad.

—El acuerdo de inmunidad está blindado —dice Fred—. No puede —comillas en el aire— reventarlo.

Yo me limito a mirarlo y sonreír.

—¿Puede hacer eso? —El mostacho de Steve sube y baja cuando habla, como el de Sam Bigotes.

—Sí, Steve. Sí que puedo. ¿Aceptas o declinas la oferta?

—Declino —dice, y percibo miedo en su voz—. No quiero el dinero.

Se acaricia el bigote como si fuera un perro faldero.

Yo esperaba que esto fuera más fácil.

—Claro que lo quieres.

—Me conviene estar calladito. Es más sano.

—Ya veo.

—Si corre la voz de que he dicho algo, estoy muerto.

—Pero la voz correrá —respondo— si tú no dices nada.

Steve frunce el ceño.

—¿Y eso?

—Sí —dice el abogado Fred—. ¿De qué está hablando?

—Muy sencillo. —Me recuesto en la silla y junto las puntas de los dedos—. Si Steve decide no hablar conmigo, informaré a todo el mundo de que lo ha hecho.

Eso los confunde a los dos por un momento. Luego Steve replica:

—Pero usted no sabe nada.

—Sé lo suficiente.

—Si sabe lo que voy a decir, ¿por qué quiere que se lo diga?

Suspiro.

—Me has pillado, Steve. Tengo una teoría. ¿Quieres oírla?

—Esto no me gusta —dice Fred—. Hemos acordado verlo de buena fe y ahora está lanzando amenazas. No me gusta. No me gusta un pelo.

Yo le miro y me llevo un dedo a los labios.

—Chist.

Steve se pone cómodo en la silla y sigue mesándose el bigote: es como si su bigote y él tuvieran una conversación.

—Muy bien, señoritingo, oigamos su teoría.

—Bueno, en realidad no es mi teoría. Es... —Estoy a punto de decir «de mi hija», pero no quiero que Ema salga a colación en este lugar tan sórdido. Así que decido ir al grano—. Cuando reventasteis las cajas de seguridad, te encontraste con información sobre el paradero actual de un tal Ry Strauss.

El temblor del bigote me dice que he hecho diana.

—Un momento —dice Fred, poniendo ojos como platos—. ¿Ese Ry Strauss? Si se trata de...

—Chist —le digo otra vez, sin apartar la vista de Steve—. Entonces entregaste o vendiste esa información, no tengo claro cuál de las dos cosas, a un individuo que mató al señor Strauss. Eso, mi bigotudo amigo, te convierte en cómplice de asesinato.

—¿Qué?

Steve y su mostacho están inmóviles, pero Fred está dispuesto a fingir que defiende a su cliente.

—No puede demostrar...

—Steve, ahora mismo esto solo lo sé yo. No les diré una palabra a las autoridades. Nunca. No lo haré público. No dejaré que llegue a quien tanto temes. Me dirás lo que sabes, y ambos seguiremos con nuestras vidas como si todo esto no hubiera ocurrido. ¿El único cambio en tu vida? Que serás cinco mil dólares más rico.

Silencio.

—Si decides declinar mi oferta o me mientes o afirmas que no sabes de qué estoy hablando, cruzaré ese pasillo e iré a ver a mis amigos agentes, y les diré que eres cómplice de asesinato. Nuestro amigo Fred te puede confirmar que tengo amigos. Muchos amigos. No te dan la ocasión de entrar aquí a charlar con un ladrón de bancos en custodia policial si no tienes amigos. ¿Tengo razón, Fred?

—No puede...

—Chist.

Me giro hacia Steve, que se mueve en su silla.

—¿Qué es exactamente lo que quiere saber?

—Quiero conocer el contenido de esa caja de seguridad. Y quiero saber quién más sabe lo que había dentro.

Steve mira a Fred. Fred se encoge de hombros. Steve vuelve a centrar toda su atención en el bigote.

—¿Qué tal diez mil?

Puedo permitírmelo sin problemas, pero ¿qué gracia tendría?

—Entiendo que eso es un no —respondo, y apoyo los puños en la mesa como si fuera a apoyarme en ellos para levantarme—. Que tengan un buen día, caballeros.

Steve agita sus diminutas manos, haciéndome parar.

—Un... un momento, ¿vale? ¿Me promete que no saldrá de esta sala? Quiero decir... olvídese de los polis. Pero si corre la voz...

—No lo sabrá nadie.

—¿Prometido?

Me llevo una mano al pecho.

Fred parece estar a punto de plantear objeciones, pero Steve le hace un gesto para que se calle.

—Sí, vale, entramos en el banco. Eso lo sabemos todos. Y no había mucha pasta. Uno de los nuestros lo entendió mal. Pensaba que la recogida... en fin, no importa. Así que ya habíamos entrado, que era lo difícil, así que sugiero que vayamos a por las cajas de seguridad. Teníamos las herramientas. ¿Le interesan los detalles técnicos?

—¿De cómo reventasteis las cajas?

—Sí.

—No me interesa lo más mínimo. Eso te lo puedes saltar.

—Vale, bien. El caso es que nos llevamos toda la mercancía a nuestro refugio. En Millbrook. ¿Lo conoce? Un lugar espléndido. No muy lejos de Poughkeepsie.

Me lo quedo mirando.

—Vale, vale, no es importante. Pero sacamos un montón de cosas de primera. La gente guarda todo tipo de cosas de valor en esas cajas. Relojes, diamantes.

Le hago un gesto con la mano para que acelere.

—¿Y Ry Strauss?

—Ya, vale. Sí, encuentro una partida de nacimiento. Perfectamente en regla. Estoy a punto de tirarla, pero luego se me ocurre que quizá uno de los falsificadores pueda usar el papel legal. Además lleva un sello oficial. De modo que se la doy a Randy, que es mi cuñado. Y Randy lee el nombre y dice: «Joder, déjame ver el resto de cosas de este tipo». Y son todo papeles, carnés falsos, una escritura de un apartamento, cosas así. Yo le digo: «¿Qué tiene esto de especial? ¿Quién es Ryker Strauss?». Eso era lo que ponía en la partida de nacimiento. Ryker. Y Randy me dice: «Atontado, es Ry Strauss». Y yo, «¿Quién?», y él me explica lo famoso que es, y que está desaparecido, y todo eso. ¿Quiere saber qué fue lo primero que se nos ocurrió?

No lo tengo muy claro, pero respondo:

—Sí, cuéntame.

—Que podríamos vender todo aquel material a... no sé, a una cadena de televisión.

—¿A una cadena de televisión?

—Ya sabe, a uno de esos magazines o esos programas de tele por cable. 60 minutos, o 48 horas. Podría ser una gran historia. Pero también pensé en Geraldo.

—¿Geraldo?

—Geraldo Rivera. ¿No sabe quién es?

El de la Fox. Le informo de que sí sé quién es.

Steve parece perderse en sus pensamientos.

—Siempre me ha gustado Geraldo. Cuenta las cosas como son. Y creo que dio un bombazo con todo aquel asunto de la guarida de Al Capone. ¿Lo recuerda?

Le hago saber que lo recuerdo.

—Así que ya me imagino negociando con esta información o, no sé, como ya le he dicho admiro mucho a Geraldo, así que habríamos podido tratar directamente con él. Seguro que me hubiera recibido personalmente. Geraldo parece un tío majo, de la calle. Cuenta las cosas como son.

—Y tenéis el bigote en común —digo. No puedo evitarlo.

—¿Verdad? —Ahora está animado—. Yo ya me veía tomándome fotos incluso con Geraldo, o algo así. Quiero decir... ¡Con lo que le iba a llevar! Geraldo es un tío majo. Estaría agradecido. Y seguro que si era él quien encontrara a Ry Strauss, bueno, la gente se olvidaría de que aquella estúpida guarida de Capone estaba vacía, ¿no?

Miro a Fred. Fred se encoge de hombros.

—Pero Randy me da un cogotazo. No con fuerza. Suave. Randy y yo estamos muy unidos. Por eso tiene que mantener su nombre fuera de esto. El caso es que Randy me dice que no podemos vendérselo a la tele porque sería algo muy gordo y llamaría mucho la atención. Los

polis buscarían por todas partes, y presionarían a la cadena de televisión o a quien fuera hasta dar con nosotros. Yo le aseguro que Geraldo no nos vendería nunca. No lo haría. No es de esos. Pero Randy me dice que, aunque no nos vendiera, la presión sería tal que reventaría por algún lado. Para mí fue una desilusión porque yo ya me había hecho a la idea de que Geraldo podría usar el material, así que me pongo a defender a Geraldo, pero entonces Randy me dice que sería demasiado peligroso por otro motivo.

—¿Y qué motivo sería ese?

—Mire, en ciertos círculos es bien sabido que la familia Staunch lleva buscando a ese tal Ry Strauss mucho tiempo. Eso es lo que me dice Randy. Toda la banda. Se dice que años atrás encontraron a uno de los del grupo y el viejo, bueno, Nero, lo despellejó vivo. Literalmente. Vamos, que el tipo tardó semanas en morir. Algo espeluznante. Por eso es. Por eso no puede hablar, ¿vale?

Steve se está acariciando el bigote como si fuera su amante.

—Vale —insisto—. No hablaré.

—En realidad nosotros no trabajamos para los Staunch. Mantenemos las distancias, ¿sabe lo que le digo? No queremos problemas. Pero Randy ve la ocasión de hacerles un favor y quizá sacar unos dólares.

—¿Así que Randy se lo vendió a los Staunch?

—Ese era el plan, sí.

—¿El plan?

—O sea, que supongo que todo iría bien, pero me pillaron hace un mes. No voy a preguntarle a Randy cómo fue la cosa.

29

La Staunch Craft Brewery estaba llena de aburridos hípsters —aunque soy consciente de que yo, precisamente, no debería recurrir a estereotipos—. La cervecería ocupa un antiguo almacén de Williamsburg, el epicentro de la vida hípster, y el público tiene una media de veintitantos, quizá treinta y pocos, pero se esfuerzan tanto por parecer naturales que aquí el término «natural» ha perdido todo su significado. Los hombres llevan gafas hípster (ya sabéis cuáles son), vello facial asimétrico; unos pañuelos finísimos al cuello; tirantes agarrados a unos vaqueros con rotos en lugares estudiados al milímetro; corbatas retro que intentan recrear una imagen icónica; moñitos o una variada gama de sombreros horribles, desde gorritos de lana a gorras de gánster, o sombreros con ala como los que llevaba Frank Sinatra (regla no escrita para todo hípster que se precie: en cada mesa solo puede haber un Frank Sinatra), y, por supuesto, botas que pueden ser altas, bajas y de cualquier color, pero que se puedan etiquetar como botas hípster. La hembra de esta especie tiene un rango de posibilidades más amplio: vestidos vintage de segunda mano, franela, cárdigan, combinaciones de prendas dispares, telas lavadas al ácido, redes de pesca... el caso es no llevar nada común, lo que, por supuesto, hace que el resultado sea de lo más común, pero con un innegable tufillo a falso.

Estoy siendo demasiado duro.

Las muchas muchas cervezas de grifo que tienen —IPA, stout, lager, pilsner, porter, de otoño, de invierno, de verano (ahora las cervezas van por temporadas, parece), a la naranja, a la calabaza, a la sandía, al chocolate (a punto estaba de pedir una con sabor a Corn Flakes)...— se sirven en tarros de conservas en lugar de en vasos o jarras de cerveza. En una entrada pone visita a la fábrica. En la otra dice sala de catas, y la gente que veo que ha salido de ahí se distribuye por las pringosas mesas de pícnic. Al pasar junto a ellos me llega al oído una avalancha de términos de su jerga: hermano, bae, random, gluten, NTR, kale, sesh, salseo, hater, crush, kombucha... No puedo. Esto es una tortura.

A ver, una aclaración: no es que oiga, literalmente, todas esas palabras, pero desde luego tengo la impresión de que las oigo.

En otros tiempos, los gánsteres se reunían en bares, restaurantes o clubes de estriptis. Los tiempos cambian. En el momento en que entro

en el local, una camarera joven y muy guapa con coletas y unos shorts de tela vaquera recortada sale a mi encuentro.

—Eh, hola, tú tienes que ser Win —dice—. Sígueme.

Los suelos son de hormigón; las luces, tenues. En la esquina de la derecha alguien pincha discos de vinilo. A la izquierda hay unas colchonetas de yoga que parecen tan cómodas como unos calzoncillos de tweed; un hombre muy flexible con una barba del tamaño de uno de esos baberos que te dan para comer langosta dirige a un grupo de participantes moderadamente borrachos que practican el saludo al sol. La camarera me lleva por un pasillo flanqueado por barriles de cerveza y merchandising a la venta hasta llegar a una gran puerta de metal. La camarera llama con los nudillos y me dice:

—Espera aquí.

Se va dando saltitos antes de que pueda darle una propina. La puerta se abre. Diría que el que la abre es el grandullón que acompañaba a Leo Staunch en su visita a mi habitación de hospital, pero no sabría decir. Lo que sí puedo decir es que mide más de dos metros y que tiene unos hombros enormes, un pelo tan tupido y con una línea de arranque tan baja que da la impresión de que se le junta con las cejas. Él también luce la barbita de rigor y un sombrero de swinger que le queda pequeño dado el tamaño de su cabeza, como esos animales de dibujos animados que siempre llevan gorritas minúsculas.

—Adelante —dice.

Entro, y cierra la puerta a mis espaldas. Hay otros cuatro hípsters en la sala, todos mirándome a lo hípster desde detrás de sus gafas hípsters.

—Tienes que darme las armas —me dice el hípster grandullón que ha abierto la puerta.

—Las he dejado en el coche.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Y qué hay de esa cuchilla que llevas en la manga?

Hípster Grandullón sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa.

El hípster grandullón me pide el teléfono. Me aseguro de tener la

contraseña activada y se lo doy. Entonces le hace un gesto con la cabeza a otro hípster. El segundo hípster saca un detector de metales portátil y empieza a pasármelo por todo el cuerpo hasta que una voz lo interrumpe:

—Déjalo. Si hace alguna tontería lo coséis a balazos, ¿no?

Reconozco a Leo Staunch de la visita al hospital. Me indica con un gesto que me acerque, y entro en un despacho que, de saber yo algo más sobre la materia, podría describir como zen o feng shui. Es blanco, con unas esferas y un enorme ventanal desde el que se ve una fuente en un patio. También hay, observo, barandillas para apoyarse y una rampa para sillas de ruedas.

Cuando se cierra la puerta, dejo de oír el ruido de la cervecería. Es como si hubiéramos entrado en otro reino. Me pide que me siente. Lo hago. Rodea una mesa de plexiglás trasparente y se sienta frente a mí. Su silla está unos centímetros más alta que la mía, y hubiera puesto los ojos en blanco ante el triste intento de intimidación de no ser por un motivo.

Leo Staunch tenía razón en una cosa cuando fue a verme al hospital: no estoy hecho a prueba de balas. Tampoco soy un suicida, y, aunque es cierto que he puesto en riesgo mi integridad bastantes veces, me gusta pensar que lo hago con cierta mesura.

Vamos, que aquí me la juego.

—Bueno —me dice Leo Staunch—. ¿Ya sabes dónde está Arlo Sugarman?

—Aún no.

Staunch frunce el ceño.

—Pero por teléfono...

—Sí, he mentido. Pero vaya, no soy el único.

Se toma su tiempo para responder.

—Ve con cuidado, Lockwood.

—¿Por qué?

—¿Qué?

—Venga ya, no me parece uno de esos que quieren que les endulcen las cosas, así que déjeme que se lo diga a la cara. Cuando me visitó en el hospital, me aseguró que no había tenido nada que ver con la muerte de Ry Strauss.

No sé qué reacción me espero de Leo Staunch. Quizá que me lo niegue. O que se finja sorprendido. Pero en lugar de eso, se calla y espera a que siga.

—Eso no era verdad —añado—. ¿No?

—¿Qué es lo que te hace decir eso?

—He conseguido nueva información.

—Ya veo —dice Staunch, abriendo los brazos—. Oigámosla.

—¿Mató a Ry Strauss?

—Eso es una pregunta —dice él—. No nueva información.

—¿Lo hizo?

—No.

—¿Antes de su muerte, sabía que Ry Strauss vivía en el Beresford?

—Una vez más, no —responde, y se pasa la mano por el cabello engominado. Leo Staunch tiene la piel brillante, seguramente por efecto de algún cosmético o algo de la familia del bótox—. ¿Cuál es esa nueva información que has conseguido, Lockwood?

—Poco antes del asesinato le dijeron que Ry Strauss vivía en el Beresford. —Se cruza de piernas y se da unos golpecitos en la barbilla con la punta del dedo índice.

—¿Afirmas o preguntas?

Espero.

—Dime cómo lo has sabido.

—El cómo es irrelevante.

—Para mí no. —Leo Staunch intenta intimidarme con la mirada, pero esa chispa no va a prender ninguna llama—. Te presentas en mi lugar de trabajo con una excusa falsa. Me llamas mentiroso. Yo creo que

merezco una explicación, ¿no te parece?

No quiero meter a Steve en un problema, pero esto es lo que hay.

—Se produjo un robo en un banco.

Su gesto no revela nada, pura piedra. Dedico uno o dos minutos a explicarle lo del robo al banco y la caja de seguridad de Ry Strauss. No le doy ningún nombre, pero... ¿cuánto le podría costar a alguien como Leo Staunch averiguar quién es mi fuente?

—Así que tu contacto... —dice Staunch cuando acabo—... afirma que me vendió la información sobre Ry Strauss.

—O que se la dio.

—O que me la dio. —Staunch asiente como si de pronto todo le cuadrara—. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

La pregunta me deja descolocado.

—Quiero saber si mató a Ry Strauss.

—¿Por qué?

—¿Perdón?

—¿Qué más te da? —responde Staunch, pero de pronto noto que algo ha cambiado—. Finjamos por un momento que tu fuente te está diciendo la verdad. Supongamos que nos dio esa información. Supongamos, hipotéticamente, que decido vengar la muerte de mi hermana. ¿Y qué? ¿Vas a detenerme?

Al principio tengo la impresión de que es una pregunta retórica, así que espero. Él hace lo mismo. Pero cuando veo que pasan unos segundos, respondo:

—No.

—¿Vas a mandarme a la poli?

Me toca otra vez:

—No.

—Pues entonces tú y yo tenemos que centrarnos en lo importante.

—¿Y qué es lo importante?

—Encontrar a Arlo Sugarman. —Su voz ahora tiene un tono distante, lejano. Desde luego ha cambiado algo en el ambiente, pero no tengo claro cómo interpretarlo. De pronto Staunch hace girar su silla y me da la espalda. Luego, en voz baja, añade—: ¿Qué importa si fui yo quien mató a Ry Strauss?

Me resulta desconcertante. No tengo claro cómo proceder. Decido seguir su consejo de antes y voy con pies de plomo.

—Hay algo más en todo este asunto.

—¿Algo más que la muerte de Ry Strauss?

—Sí.

—¿Por ejemplo, el robo de los cuadros?

—Por ejemplo.

—¿Qué más?

¿Quiero hablar con él de la prima Patricia y de la Cabaña de los Horrores? No, no quiero.

—Me ayudaría —le digo, midiendo mis palabras al máximo— conocer toda la verdad. Decidió vengar a su hermana. Eso lo entiendo.

Le oigo chasquear la lengua.

—Tú no entiendes nada.

Su voz tiene un peso diferente, una profunda e inesperada tristeza. Leo Staunch se pone en pie, pero sigue de espaldas, y se acerca al enorme ventanal.

—Tú crees que quiero encontrar a Arlo Sugarman para matarlo.

No es una pregunta, así que decido no responder.

—No es el caso, en absoluto.

Sigue de espaldas. Guardo silencio y espero.

—Voy a contarte algo que no saldrá nunca de estas cuatro paredes —dice. Por fin se da la vuelta y me mira—. ¿Tengo tu palabra?

Cuántas promesas en un solo día. Dos de los mayores engaños de la vida consisten en pensar que lealtad y mantener promesas son cualidades admirables. No lo son. En muchos casos son una excusa para equivocarte y proteger a la persona equivocada porque se supone que eres un hombre de palabra o que tienes un vínculo de lealtad o fidelidad con alguien que no se lo merece. La lealtad se usa demasiado como sustituta de la moral y la ética, y sí, sé lo raro que puede parecer oírme dar lecciones al respecto, pero ahí va.

—Por supuesto —digo, mintiendo tranquilamente (pero no de un modo inmoral). Y luego, en vista de que las palabras son tan tan baratas, lo aderezo con un—: Tiene mi palabra.

Leo Staunch está de cara al ventanal.

—¿Por dónde empiezo?

No digo «Por el principio» porque (a) sería un cliché y (b) la verdad, prefiero que vaya al grano.

—Yo tenía dieciséis años cuando Sophia murió.

Vaya. Y yo que quería que fuera al grano.

—Ella tenía veinticuatro. No teníamos más hermanos: éramos Soph y yo. Después de que naciera ella, los médicos le dijeron a mi madre que no podría tener más hijos, pero ocho años más tarde, sorpresa, llegué yo. —Le veo sonreír por el reflejo en el cristal—. No puedes imaginarte lo mucho que me mimaron. —Leo Staunch menea la cabeza—. No sé por qué te estoy contando todo esto.

No veo motivo para intervenir, así que sigo callado.

—Sabes quiénes somos, ¿verdad?

Qué pregunta más curiosa.

—¿Quiere decir su familia?

—Exactamente. La familia Staunch. Déjame que te dé algo de contexto. El tío Nero y mi padre eran hermanos. Estaban muy unidos. Con este tipo de... empresas, digamos, necesitas un líder. El tío Nero era mayor y más cabrón, y mi padre, que por lo que me ha dicho todo el mundo era un bonachón, no tuvo problema en permanecer a la sombra. Aun así, eso no le salvó. En 1967, cuando le dieron aquella paliza a mi padre, bueno... quizá ya sepas cómo acabó.

Un poco sí. Hubo una guerra de bandas. Ganaron los Staunch.

—Así que el tío Nero se convirtió en un padre para mí. Y sigue siéndolo. ¿Sabes que aún viene por aquí varias veces por semana? A su edad, es impresionante. Tuvo un ictus, así que no es fácil para él. Va en silla de ruedas.

Observo las barandillas. Recuerdo la rampa de la entrada.

—Vamos a saltarnos unos años, ¿vale? —me dice.

—Por favor.

—Cuando esos universitarios mataron a mi hermana, nadie tuvo que decir nada, porque todos lo teníamos claro: la familia iba a vengar la muerte de Sophia. Para el tío Nero, aquello era peor que lo que le había ocurrido a mi padre. Lo de mi padre, al menos, era cuestión de negocios. Para nosotros, los Seis de Jane Street no eran más que un puñado de niñatos malcriados de izquierdas, antibelicistas, muy enterados, pero incapaces de hacer nada por su país. Eso, a nuestro modo de ver, hacía que la muerte de Sophia tuviera aún menos sentido.

Estaba claro. Un tipo como Nero Staunch miraría a esos chavales ricos y mimados —estudiantes que mirarían con desprecio a alguien como él, haciéndole sentir inferior— y sentiría una rabia aún mayor.

—De modo que el tío Nero hizo correr la voz. Se puso a buscarlos. Dejó muy claro que si alguien nos daba información sobre cualquiera de los Seis de Jane Street o, bueno, si alguien podía demostrar que había matado a uno de ellos, recibiría una generosa recompensa.

—Apuesto a que recibirían muchas pistas.

—Pues sí. ¿Pero quieres saber algo sorprendente?

—Claro.

—No apareció ni uno. Pasaron dos años y no supimos nada.

—¿Y luego?

—Luego pillaron a Lake Davies, o se entregó. Ni siquiera sé si fue una cosa u otra. Lake entendió lo que pasaba. Si entraba en la cárcel, podríamos llegar hasta ella. Y si por algún motivo no lo conseguíamos, si la ponían en custodia protegida, por ejemplo, la pillaríamos al salir.

Así que su abogado se puso en contacto con nosotros y nos ofreció un trato.

—Davies les dio información.

—Sí.

Eso tenía sentido. Lake Davies haría un trato con los Staunch para protegerse. Cuando saliera de la cárcel, cambiaría de identidad y, en pocas palabras, volvería a la vida clandestina por si los Staunch decidían no mantener su palabra.

Recordé lo que me había dicho Lake Davies cuando había ido a verla a su hotel para mascotas, el Perrihilton Cinco Estrellas. Le pregunté si se había ido hasta Virginia Occidental por miedo a que Ry Strauss pudiera encontrarla. Y me había respondido: «No solo Ry».

—¿Y a quién le entregó Davies? —pregunto.

Una sombra le atraviesa el rostro.

—Lionel Underwood.

Se hizo el silencio.

—¿Dónde estaba?

—¿Eso importa?

—No, la verdad es que no.

—Yo siempre pensé que estarían escondidos en comunidades hippies o algo así. Pero Lionel, quizá porque era negro, o por lo que fuera, no sé, vivía bajo el nombre de Bennett Leifer en Cleveland, en Ohio. Trabajaba de camionero. Estaba casado. Su mujer estaba embarazada.

—¿Y la mujer sabía quién era en realidad?

—No lo sé. Pero no importa, ¿no?

—No —respondo—. Supongo que no.

—El resto te lo puedes imaginar.

—¿Lo mató?

Leo Staunch no dice nada, y eso lo dice todo. Se deja caer en la dura

silla, como si de pronto se hubiera quedado sin rodillas. Pasa un rato, y nos quedamos ahí sentados los dos, en silencio. Cuando Leo vuelve a hablar, lo hace con voz grave.

—Somos propietarios de todos los almacenes de este lado de la calle. Hay un edificio dos puertas más allá. Ahora es una tienda de bufandas, pero entonces... —Cierra los ojos—. Llevó tres días.

—¿Usted estuvo allí?

Sigue con los ojos cerrados. Asiente. No estoy seguro de cómo interpretar todo eso, así que opto por lo evidente. Lionel Underwood está muerto. De los Seis de Jane Street, ya sé el destino de tres: Ry Strauss está muerto, Lionel Underwood está muerto, Lake Davies está viva. Me quedan otros tres: Arlo Sugarman, Billy Rowan, Edie Parker.

Hay otro asunto, uno más importante, y que se vuelve cada vez más apremiante: ¿por qué ha decidido contarme todo esto Leo Staunch? Habrá quien crea que es muy mala señal, que ahora que sé la verdad no tendrá otra opción que matarme. Pero yo no lo creo. Aunque fuera lo suficientemente tonto como para ir a contárselo a los federales, ¿qué podían hacer después de tantos años? ¿Qué podrían demostrar?

Es más, si los planes de Leo Staunch contemplaran matarme, no tendría motivo para confesarse antes.

—Supongo que su tío le preguntaría al señor Underwood por el paradero de los otros miembros del grupo.

Mira a través de mí, sin verme. Sus ojos son como bolas de cristal hechas añicos.

—Hicimos algo más que preguntar.

—¿Y?

—No sabía nada.

—¿Les contó algo más?

—Al final —dice Leo Staunch con voz hueca—, Lionel Underwood nos lo contó todo.

Está transportándose a ese momento en lo que ahora es una tienda de bufandas. Su rostro está perdiendo color.

—¿Por ejemplo?

—Que él no tiró ningún cóctel Molotov.

—¿Y le cree?

—Le creo. Se vino abajo. Al segundo día ya nos pedía que lo matáramos. —Hay lágrimas en sus ojos; parpadea para limpiárselas—. Querrás saber por qué te estoy contando esto.

Espero.

—Durante un tiempo me convencí de que eso estaba bien. Había vengado a mi hermana. Quizá Lionel Underwood no hubiera lanzado el explosivo, pero, tal como me recordó mi tío, seguía siendo culpable. Aun así, no podía dormir. Incluso ahora, después de tantos años, sigo oyendo los gritos de Lionel por la noche. Veo su rostro contorsionado. —Me mira a los ojos—. No temo la violencia, Lockwood. Pero convertirme en... no sé... en un justiciero, supongo... —Se limpia un ojo con un dedo—. ¿Quieres saber por qué te estoy contando esto? Porque no quiero que le ocurra lo mismo a Arlo Sugarman. Cualesquiera que sean sus pecados, quiero que sea detenido y que responda ante un tribunal. Se me han pasado las ganas de venganza. —Se inclina hacia delante, acercando la cara—. Si te estoy pidiendo que encuentre a Arlo Sugarman es para que pueda protegerle.

¿Me lo creo?

Me lo creo.

—Hay un problema —objeto.

—Oh, hay más de uno —responde Leo, con una risita contenida.

—Mi fuente sobre el robo del banco no tenía ninguna duda. Le vendió la información sobre el paradero de Ry Strauss.

—¿Y le crees?

—Sí, le creo.

Leo Staunch se queda pensando un momento.

—¿Y tu fuente te ha dicho que me vendió la información a mí? ¿O que se la vendió a un Staunch?

Estoy a punto de responder cuando la vista se me va a esas barandillas. Las miro fijamente un segundo antes de volver a mirar a Leo.

—¿Usted cree que se la vendió al tío Nero?

—No lo sé.

—Su tío ha tenido un ictus. Va en silla de ruedas.

—Sí.

—Pero eso no significa que no pudiera contratar a alguien para que hiciera el trabajo.

—No creo que contratara a nadie.

—¿Entonces?

—Tú encuentra a Arlo Sugarman.

—¿Y qué hay de los otros?

—Cuando encuentres a Arlo Sugarman —me dice Leo Staunch, dirigiéndose hacia la puerta—, encontrarás todas las respuestas.

30

El reverendo Calvin Sinclair, graduado en la Oral Roberts University —y si nos fiamos de Elena Randolph, antiguo amante de Ralph Lewis, también conocido como Arlo Sugarman— sale por la puerta principal de la iglesia episcopal de St. Timothy. Lleva un bulldog inglés atado a una correa de cuerda. Dicen que las personas que tienen mascotas en muchos casos se parecen a sus animales; en este caso, parece que la regla se cumple. Tanto Calvin Sinclair como su bulldog son achaparrados, gruesos pero fuertes, y tienen el rostro arrugado y la nariz chata.

La iglesia episcopal de St. Timothy ocupa un terreno sorprendentemente grande en Creve Coeur, a las afueras de St. Louis, en Misuri. El cartel del exterior me dice que hay misa el sábado a las 17.00 y el domingo a las 7.45, 9.00 y 10.45. En letras más pequeñas, dice que los servicios de oración los dirigirán el «Padre Calvin» o la «Madre Sally».

El reverendo Sinclair me ve salir de la parte trasera de un coche negro. Con la mano que tiene libre se protege los ojos del sol. Aparenta la edad que tiene —sesenta y cinco—, y apenas le queda cabello. Al abrir la puerta de la iglesia lucía una gran sonrisa muy entrenada, de esas que adoptas por si te encuentras de pronto a alguien y quieres parecer amable y simpático, algo que —¿quién soy yo para juzgar tan pronto?— podría ser perfectamente Calvin Sinclair. No obstante, cuando me ve la sonrisa se desvanece. Se acomoda las gafas, de montura metálica.

Voy a su encuentro.

—Me llamo...

—Sé quién es usted.

Arqueo una ceja para manifestar mi sorpresa. Calvin Sinclair tiene una bonita voz. Estoy seguro de que cuando habla desde el púlpito suena divino. No he llamado antes para anunciar mi visita. Kabir ha contactado con un detective privado, que nos ha asegurado que Sinclair estaba en la iglesia. Si hubiera viajado a algún sitio mientras yo volaba hacia aquí, el detective privado en cuestión le habría seguido para poder salir a su encuentro donde más me conviniera.

El bulldog inglés se me acerca con su característico paso torpe.

—¿Y este quién es? —le pregunto.

—Reginald.

Reginald se detiene y me mira con desconfianza. Yo me agacho y le rasco detrás de las orejas. Él cierra los ojos y se deja rascar.

—¿Por qué está aquí, señor Lockwood?

—Llámeme Win.

—¿Por qué está aquí, Win?

—Supongo que usted ya sabe por qué.

Él asiente con evidente recelo.

—Supongo que sí.

—¿Cómo sabe mi nombre? —le pregunto.

—Cuando Ry Strauss apareció muerto, sabía que eso volvería a despertar el interés por... —Calvin Sinclair no acaba la frase. Frunce los párpados para protegerse del sol o de su Dios—. Ha salido mucho en las noticias.

—Ah —respondo.

—Ry Strauss le robó sus cuadros.

—Eso parece.

—Naturalmente, he seguido la historia con interés.

—¿Con interés personal?

—Sí.

Me alegro de que el reverendo Sinclair no vaya a hacerme el clásico número de canto y baile para fingir que no tiene ni idea de por qué estoy ahí, diciendo que no ha oído hablar de Arlo Sugarman, todas esas barreras que me temía que tendría que ir derribando para obtener respuestas.

—Vamos, Reginald.

Le da un suave tirón a la correa. Yo dejo de rascar a Reginald detrás de las orejas. Echan a andar, y yo me voy con ellos.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunta.

—Es una larga historia.

—Usted es un hombre muy rico, por lo que he leído. Supongo que está acostumbrado a conseguir lo que quiere.

No me molesto en responder.

Reginald se detiene junto a un árbol y orina.

—Aun así —prosigue Sinclair—, tengo curiosidad. ¿Qué parte de nuestra vida fue la que nos delató?

No veo motivo para no decírselo.

—La Oral Roberts University.

—Ah. Cuando empezamos. Entonces íbamos con menos cuidado. ¿Ha encontrado a Ralph Lewis?

—Sí.

Sonríe.

—Eso fue hace tres alias. Ralph Lewis se convirtió en Richard Landers y luego en Roscoe Lemmon.

—Las mismas iniciales —señalo.

—Muy observador.

Ahora estamos detrás de la iglesia, y vamos hacia un sendero que se adentra en el bosque. Eso me plantea dudas. Me pregunto adónde nos dirigimos, si es hacia algún lugar en particular, o si el reverendo Sinclair simplemente está llevando a Reginald a dar su paseo diario. No me molesto en preguntar. Está hablando, y eso, a fin de cuentas, es lo que quiero.

—Después de graduarnos —dice Sinclair—, Ralph y yo nos fuimos de viaje a las misiones, a lo que entonces era conocido como Rodesia. Se suponía que debíamos estar allí un año, pero, como aún lo buscaban, acabamos quedándonos en África doce años. Él y yo teníamos intereses diferentes. Yo era una persona religiosa, aunque me tomaba

la religión de un modo mucho más liberal que nuestros profesores de la Oral Roberts. Ralph no le daba ningún valor a la religión. No tenía ningún interés en convertir a nadie. Solo quería trabajar en lo clásico: conseguir que los pobres recibieran comida y ropa, que tuvieran acceso a agua limpia y a atención sanitaria. —Me mira a los ojos—. ¿Es usted religioso, Win?

—No.

—¿Puedo preguntarle en qué cree?

Le digo lo mismo que le digo a cualquiera que siga una religión, sea cristiano, judío, musulmán o hindú:

—Todas las religiones son una tontería basada en la superstición, salvo, por supuesto, la de uno mismo.

Él contiene una risita.

—Muy buena.

—Reverendo...

—Oh, no me llame así —dice Sinclair—. En la tradición episcopaliana usamos reverendo como adjetivo descriptivo. No es un título.

—¿Dónde está Arlo Sugarman?

Ahora ya estamos en el bosque. Si levantamos la vista, aún podemos ver el sol, pero a ambos lados del sendero los árboles crean un denso bosque.

—No puedo hacer nada para convencerle de que se vaya a casa y se olvide de esto, ¿verdad?

—No, nada.

—Me lo imaginaba —dice, y asiente, resignado—. Por eso voy a llevarle con él.

—¿Con Arlo?

—Con Roscoe —me corrige—. ¿Quiere oír una cosa divertida? Yo nunca le he llamado Arlo. Ni una vez en las más de cuatro décadas que hemos estado juntos. Ni siquiera en privado. Yo creo que es porque siempre he tenido miedo de meter la pata y llamarle así delante de otras personas. Ese siempre ha sido nuestro gran temor, por

supuesto... que llegara este día.

Estamos adentrándonos en el bosque. El sendero se estrecha y gira hacia una cuesta. Reginald el bulldog se niega a seguir. Sinclair suspira y levanta al perro con un gruñido. Lleva a Reginald a cuestas hasta un llano, algo más allá.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—Él no lo hizo, ¿sabe? Arlo... (sí, le llamaré así) se echó atrás. Quería llamar la atención sobre la guerra tirando lo que parecerían cócteles Molotov, pero en realidad las botellas estarían llenas de agua teñida de rojo para que pareciera sangre. Era algo simbólico. Cuando Arlo se dio cuenta de que Ry pretendía volar aquel lugar, se pelearon.

—Sí, ya. Huyó y se escondió.

—¿Quién le habría creído? ¿Sabe la locura que fueron esos primeros días?

—Qué curioso —observo.

—¿El qué?

—¿También me va a decir que no mató a un agente federal?

Sinclair se queda callado, pero no deja de caminar.

—Patrick O'Malley.

Espero.

—No, no voy a decirle eso. Arlo mató al agente especial O'Malley.

Hay un claro algo más allá. Veo un lago.

—Ya casi hemos llegado —dice.

El lago es espléndido, sereno, de aguas inmóviles, casi demasiado inmóviles; no hay ni una cresta. El cielo azul se refleja creando un espejo perfecto. Calvin Sinclair se para un momento, respira hondo y luego anuncia:

—Ahí.

Hay un banco tan rústico que la madera incluso conserva fragmentos de corteza de árbol. Está de cara al lago, pero sobre todo está frente a

una pequeña lápida. Me acerco y leo la inscripción:

EN MEMORIA DE

R. L.

«LA VIDA NO ES ETERNA. EL AMOR SÍ»

8 DE ENERO DE 1952 — 15 DE JUNIO DE 2011

—Cáncer de pulmón —me dice Calvin Sinclair—. Y no, nunca fumó. Lo descubrimos el marzo de ese año. Y apenas tres meses más tarde ya estaba muerto.

Me quedo mirando la lápida.

—¿Está enterrado ahí?

—No. Ahí es donde eché sus cenizas. La congregación construyó el banco y la lápida.

—¿En la congregación sabían que ustedes dos eran amantes?

—No es que hiciéramos ostentación —responde—. Tiene que entenderlo. Cuando nos enamoramos, en los años setenta, la homosexualidad no era aceptada en absoluto. Y entre que teníamos que ocultar su verdadera identidad y nuestra orientación, nos acostumbramos a escondernos. Vivimos así toda la vida. —Calvin Sinclair se lleva la mano a la barbilla y levanta la vista—. Pero hacia el final, sí, supongo que muchos de los miembros de la congregación lo sabían. O quizá es lo que me gusta pensar.

Observo el lago. Intento imaginármelo: Arlo Sugarman, un chaval judío de Brooklyn que al final de su vida acaba aquí, en el bosque detrás de la iglesia. Casi me imagino el montaje cinematográfico, con banda sonora melodramática y todo.

—¿Por qué no dijo nunca nada? —pregunto.

—Lo pensé. Quiero decir... estaba muerto. Ya no podían hacerle daño.

—¿Y?

—Pues que yo no estoy muerto. He escondido a un fugitivo. Dígame: ¿cómo cree que se lo tomaría el FBI?

Tiene sentido.

—Hay una cosa más —añade Sinclair—, pero dudo que me crea.

Me vuelvo hacia él.

—Póngame a prueba.

—Arlo no quería matar a ese agente.

—Bueno, sí, estoy seguro de que eso es cierto.

—Pero ese agente... disparó primero.

Una gota de sudor frío me recorre la espalda. Quiero pedirle que se explique, pero tampoco quiero dirigirlo, así que espero.

—El agente especial O'Malley entró por la puerta trasera. Solo. Sin compañero. Sin refuerzos. No le dio ocasión de rendirse a Arlo. Simplemente disparó. —Ladea la cabeza—. ¿Ha visto usted alguna fotografía antigua de Arlo?

Asiento sin mucho afán.

—En esa época tenía aquella enorme melena afro. La bala, según me dijo, se la atravesó. Le dividió el pelo en dos. Fue entonces, y no antes, cuando él respondió al disparo.

Dos conversaciones resuenan y se solapan en mi cabeza.

En primer lugar, las palabras de Leo Staunch sobre su tío:

—Dejó muy claro que si alguien nos daba información sobre cualquiera de los Seis de Jane Street, o bueno, si alguien podía demostrar que había matado a uno de ellos, recibiría una generosa recompensa.

Y, en segundo lugar, mi conversación con P. T. cuando empezó todo esto:

—Solo enviamos a dos agentes.

—¿Sin refuerzos?

—No.

—Tendrían que haber esperado.

¿Por qué no habían esperado a que llegaran los refuerzos?

Ahora la respuesta me parece bastante evidente.

Sin decir una palabra más, doy media vuelta y me vuelvo por el sendero..

Ahora ya lo sé todo. Leo Staunch ya me lo había insinuado. Me dijo que cuando encontrara a Arlo Sugarman encontraría por fin todas las respuestas. Tenía razón; ahora me doy cuenta. En lo relativo a los Seis de Jane Street aún quedan unas cuantas cosas que aclarar, pero he venido aquí en busca de respuestas y ya las tengo.

A mis espaldas oigo la voz de Calvin Sinclair:

—¿Win?

No me detengo.

—¿Va a contarlo? —me pregunta.

Pero, aun así, no me detengo.

31

De vuelta al jet, recibo tres llamadas.

La primera veo que es de P. T. No quiero hablar con él aún, ahora que estoy tan cerca de resolver el misterio, así que dejo que le salte el contestador. No hay duda de que eso le desagradará, y que deducirá que lo estoy evitando, pero puedo vivir con ello.

La segunda llamada que recibo es de Kabir.

—Articula —digo, abriendo el navegador de mi portátil. Lo normal es que Kabir me envíe toda la documentación de apoyo relevante por correo electrónico porque yo, como mi hija, soy muy visual.

Pero su respuesta me pilla a contrapié:

—Tengo a Pierre-Emmanuel Claux al teléfono. Parece contrariado.

Tardo un segundo en recordar el nombre del cuidador y restaurador de arte al que tanto insistí que llamara el FBI para que autenticara y se ocupara del Vermeer de la familia. Le digo a Kabir que me pase la llamada.

—¿Señor Lockwood?

—Al habla.

—Soy Pierre-Emmanuel Claux, del Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York —dice, y percibo una sombra de pánico en su voz—. Me pidió que analizara un cuadro recuperado recientemente por el FBI para comprobar su autenticidad y su estado de conservación: La joven del piano, de Johannes Vermeer.

—Sí, por supuesto.

—¿Cuándo podría venir por aquí, señor Lockwood?

—¿Es urgente?

—Sí, sí que lo es.

—¿Hay algún problema con el Vermeer?

—Creo que es mejor que hablemos de ello en persona —dice, y percibo el temblor en su voz—. Lo antes posible, por favor.

Miro el reloj. Dependiendo del tráfico, debería llevarme tres horas en total.

—¿Usted estará ahí? —le pregunto.

—El instituto estará cerrado, pero yo no me iré hasta que llegue usted.

La tercera llamada es de Ema.

Después de saludarla con mi fórmula habitual, Ema me pregunta:

—¿Hay novedades?

Le pongo al día sobre lo sucedido. No me dejo nada. Tampoco le endulzo los detalles. Siento que su interés no me deja indiferente, pero... ¿y qué? Tal como diría Ema, «supéralo». Al final le digo que me voy directo al Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York, al otro lado del Central Park desde el Dakota.

—Ah, bien —dice ella—. Por eso te llamaba.

—Dime.

—Estoy repasando las declaraciones de los testigos al FBI tras el robo de los cuadros en Haverford.

—¿Y?

—Pues que los primeros investigadores parecían convencidos de que habían contado con algún infiltrado, en particular sospechaban del guardia nocturno, Ian Cornwell. Al final no encontraron ninguna prueba, así que lo dejaron.

Le digo que todo eso ya lo sé.

—Interrogaste a Cornwell, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí. Ahora es profesor de Ciencias Políticas en Haverford.

—Ya, lo he visto. ¿Y qué te pareció?

No quiero influir en su valoración, así que contesto con una pregunta:

—¿A ti qué impresión te da?

—Yo creo que los primeros investigadores tenían razón. De ningún modo pudo suceder tal como dice Ian Cornwell.

—Sin embargo, esos investigadores no pudieron demostrarlo.

—Eso no significa que no lo hiciera.

—No, en absoluto. —Oigo ruido de la calle—. ¿Dónde estás?

—Voy al metro, de vuelta a casa.

—Te mandaré un chófer.

—Prefiero ir por mi cuenta, Win. Y no sé cómo, pero necesitamos que Ian Cornwell hable. Es la clave. Ah, y luego me cuentas qué te ha dicho el conservador.

Ema cuelga. Repaso mentalmente la conversación y sé que, al hacerlo, tengo una sonrisa en el rostro. Cierro los ojos e intento echar una siesta durante el vuelo. Pero va a ser que no. Me siento inquieto, nervioso, y sé por qué. Saco el teléfono y abro mi app favorita. Fijo una cita para esta noche, a las doce, con Helena076. Para mí medianoche es tarde, pero da la impresión de que hoy va a ser un día de locos.

El Instituto de Bellas Artes de la NYU está en la Quinta Avenida, en la James B. Duke House, de estilo francés, una de las pocas mansiones de millonarios que quedan en Nueva York de su época dorada. James Duke —sí, mi querida alma mater, la Universidad de Duke, lleva ese nombre por su padre— hizo una fortuna como socio fundador de la American Tobacco Company, modernizando la producción y la comercialización de los cigarrillos. Se dice que tras toda gran fortuna hay un gran delito o, como en este caso, un montón de cadáveres.

El instituto tiene un montón de controles de seguridad por motivos obvios. Paso por todos ellos y me encuentro a Pierre-Emmanuel Claux caminando solo, arriba y abajo, por el laboratorio de conservación de la primera planta. Lleva una bata de laboratorio blanca y guantes de látex. Cuando se vuelve hacia mí, veo en su rostro algo parecido al terror.

—Gracias a Dios que está aquí.

El laboratorio combina la estructura de la mansión clásica con elementos de un centro de investigación de vanguardia. Hay mesas largas y lámparas especiales, tapices, pinceles y escalpelos, y lo que

parecen microscopios y equipo de dentista o de experimentación médica.

—Siento el dramatismo, pero es que creo...

No acaba la frase. No veo el Vermeer, la imagen de la joven al piano. En la mesa más grande no hay más que una obra, posiblemente una pintura boca abajo, y tiene aproximadamente la misma medida que el Vermeer. A su lado hay un destornillador plano y varios tornillos.

Pierre-Emmanuel se acerca a la pieza. Yo le sigo.

—En primer lugar —dice, algo más compuesto—, la pintura es auténtica. Es, efectivamente, La joven del piano de Vermeer, pintado muy probablemente en 1656 —añade, con admiración—. Para mí es todo un honor tenerlo en mi mesa.

Le concedo un momento de silencio, como si fuera un servicio religioso, y lo cierto es que él lo vive con la misma reverencia. Cuando le miro a los ojos, Pierre-Emmanuel se aclara la garganta.

—Déjeme que le explique por qué tenía que verle con tanta urgencia. —Señala la parte trasera de la pintura—. En primer lugar, había una lámina de refuerzo de masonita que cubría toda la parte trasera de su Vermeer. No es original, por supuesto, pero no es raro encontrarlas en obras de otras épocas. Protegen el lienzo del polvo y de los impactos.

Me mira a los ojos, y yo asiento para demostrarle que le estoy escuchando.

—La lámina de refuerzo estaba atornillada, así que he sacado los tornillos con cuidado y he retirado la masonita para inspeccionar la pintura más a fondo. Esa es la lámina de refuerzo.

Señala lo que me parece una cartulina del colegio. En ella veo una imagen medio borrada del escudo familiar de la familia Lockwood. Pierre-Emmanuel fija de nuevo la atención en el reverso del Vermeer.

—Aquí puede ver el bastidor contra la parte trasera del lienzo. Eso tampoco es raro, pero el caso es que primero hay que quitar la lámina protectora. Luego hay que mirar debajo del bastidor. No es fácil de hacer. Pero ahí es donde los ocultaron: bajo una lámina de refuerzo atornillada y pegados con cinta adhesiva, entre el bastidor y el lienzo.

—¿Ocultaron? ¿El qué?

Lo lleva en la mano enguantada.

—Este sobre.

Originalmente habría sido un sobre blanco, seguramente, pero ahora estaba tan amarillento que casi parecía un clásico sobre manila.

—Al principio me he emocionado —añade, lanzado de pronto, hablando atropelladamente—. Pensé que sería una carta de importancia histórica. Ah, y no estaba sellada. No habría roto ningún precinto para mirar dentro, si así fuera. Simplemente la habría dejado a un lado.

—Bueno, ¿y qué había dentro? —pregunto.

Pierre-Emmanuel me lleva a otra mesa y señala.

—Esto.

Miro y veo las imágenes, de color marrón pero transparentes.

—Son negativos de película —prosigue Pierre-Emmanuel—. No sé de cuándo son, pero hoy en día la mayoría de gente usa cámaras digitales. Y esos tornillos no se habían quitado en años.

La forma de los negativos me resulta extraña. Normalmente los negativos los imaginamos rectangulares. Estos, en cambio, son cuadrados perfectos.

Miro a Pierre-Emmanuel. Le tiembla el labio.

—Supongo que los ha mirado.

—Solo tres —dice, aterrado, apenas con un hilo de voz—. No he podido seguir.

Me tiende un par de guantes de látex. Me los pongo y enciendo su lámpara. Levanto con cuidado uno de los negativos agarrándolo con las yemas del pulgar y del índice, y lo coloco frente a la luz. Pierre-Emmanuel ha dado un paso atrás, pero sé que está observando mi rostro. Yo no manifiesto ninguna reacción visible, pero la sacudida me revuelve todos los órganos. Dejo el negativo en la mesa con delicadeza y cojo un segundo. Luego un tercero. Luego un cuarto. Sigo sin mostrar ninguna reacción, pero por dentro me bulle la sangre. No voy a perder el control. Aún no.

Pero la rabia va acumulándose. Voy a necesitar encontrar un modo de

canalizarla.

Cuando he visto diez de los negativos, le digo:

—Siento que haya tenido que ver esto.

—¿Sabe quiénes eran esas chicas?

Lo sé. Más aún. Sé dónde se tomaron las fotografías.

En la Cabaña de los Horrores.

32

Cuando llego a la residencia universitaria del Haverford College, ya está oscuro.

He conducido personalmente desde el aeropuerto porque no quiero compañía. Conduzco rápido. Conduzco con rabia. Cuando Ian Cornwell me ve frente a su puerta a estas horas de la noche, no sabe cómo reaccionar. Por una parte, teme el poder de mi apellido, y sabe lo importante que es mi familia para esta institución, pero por otra —estoy seguro—, querría no tener nada que ver conmigo, y no quiere saber nada del terrible pasado que le pongo ante las narices una y otra vez.

—Es tarde —me dice, al verme en el umbral. Se sitúa bloqueando el paso para que no pueda entrar—. Ya le he dicho todo lo que sé.

Asiento. Luego, sin aviso previo, le doy un fuerte puñetazo en el vientre. Él se dobla en dos, como si tuviera bisagras en la cintura. Lo arrastro al interior y cierro la puerta a mis espaldas. El puñetazo ha ido a parar al sitio exacto para dejarle sin aire. Tiene los ojos desorbitados por el miedo, y hace esfuerzos por respirar. Sé que debería sentirme mal, pero, tal como he explicado antes, la violencia me provoca un subidón. Sería una tontería mentir y fingir que no es así.

Cae al suelo. Cuando los pulmones se vacían por completo el diafragma sufre un espasmo temporal. No dura. Cojo una silla y me siento a su lado. Espero hasta que consigue respirar.

—Salga de aquí —me dice, apretando los dientes.

—Mira esto.

Pierre-Emmanuel me ha ayudado a sacar copias en papel de dos de los negativos. Las dejo caer a su lado. Él las mira, y luego me mira a mí, horrorizado.

—Esas fotos estaban escondidas en el marco del Vermeer —le digo.

—No entiendo.

—Esas chicas son víctimas de la Cabaña de los Horrores.

Vuelve a abrir los ojos como platos, en una mezcla de miedo y confusión. No entiende nada. Todavía.

—¿Y qué tiene eso que ver con...?

—No tengo tiempo para esto, Ian, así que te lo preguntaré una vez más: ¿qué pasó realmente la noche del robo?

Se lleva la mano al estómago y gira por el suelo hasta sentarse. Mañana le dolerá el vientre. Veo que está pensando, buscando una escapatoria, y lo que eso me dice es que, con toda probabilidad, Ian Cornwell sabe más de lo que dice. Digo con toda probabilidad y no con toda seguridad porque, por supuesto, a mí también se me puede engañar, como a cualquiera. Los tipos más tontos son los que creen que no se pueden equivocar. Los tipos más tontos son los que más seguros se muestran. Los tipos más tontos son los que no saben que no saben.

Pero ahora mismo, si tuviera que plantear una hipótesis, diría que el profesor Ian Cornwell está intentando ganar tiempo para analizar todas las posibilidades. La idea de mostrarle dos imágenes nauseabundas de la víctima de quince años que llamaremos Jane Smith —en ambas está desnuda, boca abajo, y atada con alambre de espino— pretendía, por supuesto, dejarle impactado, para que revelara la verdad. Ahora, en cambio, me pregunto si he ido demasiado lejos, si esas imágenes no le habrán paralizado, en lugar de hacer que se abra. Lo que me preocupa ahora es que su cerebro esté haciendo el siguiente razonamiento: supongamos, se estará preguntando, que confiesa algo relacionado con el robo de los cuadros: ¿le vinculará eso de algún modo con estos crímenes tan terribles? ¿Podría acabar siendo acusado de cómplice? Hasta ahora, el silencio le ha funcionado bien. A la larga, el silencio le sirvió para que el FBI le dejara en paz. El silencio ha evitado que acabara en la cárcel.

Está pensando a toda velocidad. Le doy otro segundo, quizá dos. Después, levanta la vista y me mira con ojos suplicantes.

—Ojalá pudiera ayudarle —dice, como era de esperar—, pero le estoy diciendo la verdad. No sé nada.

Muchas artes marciales están especializadas en lo que llamamos vulgarmente puntos de presión: es decir, en la presión de puntos sensibles donde confluyen nervios para provocar dolor. Yo no recomendaría usarlos en un combate real. En un combate real estás en constante movimiento, y tu rival también está en constante

movimiento. Eso son dos objetivos en movimiento, por lo que no sería realista pensar que se pueden garantizar la precisión en la que se basan estas técnicas. Los puntos de presión, bien utilizados, pueden provocar un dolor terrible, aunque uno nunca sabe cuál es el umbral de dolor de su oponente. Pero los rivales suelen reaccionar revolviéndose con fuerza.

¿Dónde quiero llegar?

Los puntos de presión funcionan mejor en situaciones de inmovilidad. Son, si se quiere decir así, técnicas de sometimiento por el dolor. Si quieres sacar a un borracho de un pub, por ejemplo, o si quieres librarte de una inmovilización, pueden ser útiles. O, en el ejemplo que nos ocupa, si quieres provocar un malestar lo suficientemente intenso como para conseguir que alguien coopere.

No voy a entrar en detalles técnicos, pero le agarro del cabello con una mano para que se esté quieto. Con el pulgar de la otra mano, aprieto en un punto de su cuello, más específicamente el tronco superior del plexo braquial, por encima de la clavícula, en lo que se conoce como el punto de Erb. Ian Cornwell se pone a convulsionar como si le hubiera disparado con una táser y, ahora que lo pienso, también podría haber traído una. Intenta gritar. Yo retiro el pulgar de golpe, dándole un segundo de alivio, pero no paro. Paso a otro punto en la parte inferior del bíceps, aprieto fuerte y le tapo la boca. Luego vuelvo al punto de Erb, presionando el haz nervioso aún con más fuerza. Ian Cornwell se debate, impotente, como un pez recién capturado dando botes en el muelle. A continuación me sitúo encima de él, a horcajadas, lo inmovilizo con mi peso y voy a por el punto de presión bajo la mandíbula. El cuerpo se le queda rígido. Luego paso a las sienes, y luego otra vez al cuello. Junto los dedos, formando dos cabezas de lanza, y le clavo esas lanzas en el hueco bajo las orejas, y al hacerlo sacude la cabeza y pone los ojos en blanco.

Por supuesto, podría estar equivocado. Eso ya lo hemos dejado claro. Podría ser que Ian Cornwell estuviera diciéndome la verdad desde el principio, que no supiera nada, que fuera inocente, que realmente le atacaran dos hombres enmascarados y lo ataran. Si es ese el caso, lo que está claro es que muy pronto lo sabremos. Y sí, me sentiré mal por haberle hecho daño. La violencia me pone, pero no soy un sádico. Puede sonar raro, pero soy capaz de experimentar empatía, y, si hago daño a un hombre inocente, me sentiré mal por ello. Pero en la vida hay que arriesgar, valorar pros y contras, y si tanto Ema como yo (por no hablar de los investigadores del FBI que se encargaron del caso en un principio) creemos que Ian Cornwell no ha sido honesto, los pros

de cruzar esta línea en particular ganan a los contras.

Así que sigo con mi ataque, metódicamente, sin inmutarme, hasta que se hunde y me lo cuenta todo.

Bueno, al final ha sido interesante.

Esto es lo que me ha contado el profesor Ian Cornwell.

Tres meses antes del robo del Vermeer y el Picasso, un joven Ian Cornwell, asistente de investigación en Haverford a un año de graduarse, conoció a una chica encantadora llamada Belinda Evans en una pizzería de la zona. Tal como lo cuenta Ian Cornwell, Belinda era un «bombón», con una gran melena rubia y piel morena. Se enamoró como un bobo.

Al principio Belinda le dijo que era estudiante de primero en la Villanova University, pero, a medida que progresaba su relación, le confesó que aún estaba acabando el bachillerato en la Radnor High School. Sus padres, le dijo, eran muy estrictos, así que debían mantener su relación en secreto. Ian Cornwell estaba de acuerdo. No quería que se hiciera pública su relación con una estudiante de instituto, lo que podría mermar sus posibilidades de progreso académico y profesional.

Eso, por supuesto, presentaba un problema para su incipiente relación. Básicamente, decidir dónde quedar. En casa de ella, con sus padres tan estrictos, ni hablar; tampoco en casa de Ian en el campus: la compartía con otros tres asistentes de investigación, y seguro que se irían de la lengua.

Belinda sugirió una solución.

Ian trabajaba algunas noches como guardia de seguridad en Founders Hall. El trabajo era, por decirlo así, muy tranquilo. Haverford era un campus donde nunca pasaba nada. Ian se pasaba la mayoría de las noches tras el mostrador de seguridad, leyendo y estudiando. Así que Belinda le propuso que la colara en el Founders Hall, donde podrían pasar unas horas juntos por la noche.

Ian accedió encantado.

Los dos pichoncitos se vieron de este modo unas diez veces en tres meses. Ian estaba cada vez más enamorado de Belinda. La rutina era muy simple: Belinda iba a la entrada de atrás, cerrada con llave. Allí había una antigua cámara de seguridad. Ian la veía en el monitor de

su mostrador. Ella le saludaba con la mano y sonreía. Él iba atrás, le dejaba entrar y... bueno, el resto os lo podéis imaginar.

Pero una noche especial —la noche del robo, obviamente—, cuando Ian abrió la puerta de atrás después de ver a Belinda en el monitor, apareció un hombre con pasamontañas y con una pistola en la mano, y entró de un empujón. Al principio Ian pensó que el hombre habría obligado a Belinda a punta de pistola, pero muy pronto se hizo evidente que no era así. El hombre del pasamontañas y Belinda trabajaban juntos. El tipo le apuntó mientras Belinda le explicaba la situación con un tono de voz muy tranquilo, un tono que Ian no le había oído usar nunca: que le atarían, que él diría a las autoridades que se habían presentado dos hombres y que le habían engañado haciéndose pasar por policías, que parecería que el modus operandi era el mismo que el del golpe al Gardner Museum de Boston, para despistarlos. Belinda era la que hablaba. El hombre del pasamontañas solo le apuntaba con la pistola.

Belinda le dijo a Ian Cornwell que si se le ocurría hablar, ella les diría a las autoridades que el golpe había sido idea suya. Al fin y al cabo, él era el que estaba dentro. También le recordó que tampoco tenía mucho que contar: no podía identificar al hombre del pasamontañas, y en cuanto a Belinda, nada de lo que le había contado era cierto. No estudiaba en el Radnor High School. Ni siquiera se llamaba Belinda. Después de aquella noche, no volvería a verla nunca más. Y, aunque le contara la verdad a la policía, las pistas serían mínimas; lo único que conseguiría sería incriminarse, le recordó. Al fin y al cabo, había colado a una estudiante de bachillerato en el Founders Hall durante tres meses. En el mejor de los casos, le expulsarían por saltarse las normas, y su expediente académico quedaría manchado para siempre.

Para dejarle claro que iba en serio, Belinda le dijo a Ian que, si decidía hablar, volverían y le matarían. Y en el momento en que le hacían aquella advertencia definitiva, el hombre del pasamontañas agarró a Ian del cuello de la camisa y le apoyó la boca de la pistola en el ojo.

La mañana después del robo, cuando encontraron a Ian atado, se planteó si debía contar la verdad. Pero los agentes del FBI se mostraron tan agresivos, tan seguros de que estaba implicado, que Ian se temió que todo lo que le había dicho Belinda se hiciera realidad, que sería él quien cayera. Y si decidía contarlo todo y luego no encontraban a Belinda o al hombre del pasamontañas, ¿se quedaría satisfecho el FBI, o necesitarían una cabeza de turco, alguien que, como mínimo, tenía tan poco sentido común que había dejado entrar a una de los dos ladrones repetidamente?

Ian tuvo claro que debía guardar silencio y aguantar. Mientras no metiera la pata, el FBI no tenía nada en su contra, básicamente porque era inocente. Esa era la deliciosa paradoja: el único modo en que podrían hacerle responsable era si decía la verdad, que en realidad era que él no había hecho nada.

—¿Alguna vez volviste a ver a Belinda Evans? —le pregunto.

Al ver que duda, vuelvo a juntar los dedos en forma de cabeza de lanza.

Sí, confiesa. Muchos años más tarde. No tiene la seguridad de que fuera Belinda, dice, aunque yo creo que miente.

Estaba seguro.

El sexo a medianoche con Helena076 no es gran cosa.

Después de dejar a Ian Cornwell, es demasiado tarde para seguir haciendo el sabueso. Y tampoco estoy seguro de que tenga algo más que hacer ahora mismo.

Ahora lo sé todo.

Hay algunos cabos sueltos, pero si dejo reposar todas estas pruebas unas horas —mientras Kabir y mi equipo dedican la noche a resolver los pocos detalles que quedan— estoy convencido de que por la mañana todo estará claro.

Así las cosas, decido mantener mi cita sexual con Helena076. Ella se muestra muy dispuesta y animada, y me decepciona constatar que no respondo como debería. Estoy como distraído. Sé que da la impresión de que no me implico demasiado en el sexo, pero en realidad es todo lo contrario. Para mí el sexo es sagrado. Es lo más parecido que voy a conocer nunca a una euforia religiosa. Muchas personas la sienten en la iglesia, o tras un ejercicio físico intenso o, en el caso de Myron, cuando Springsteen toca «Meeting Across the River» y luego «Jungleland» en un concierto. En mi caso, eso solo me ocurre con el sexo. El sexo es la deliciosa aventura, el gran viaje que acaba en el momento en que bajo de la cama. Para mí, el sexo es mejor cuando se tiene lo que podría definir —usando una frase del mundo de los negocios que detesto profundamente— una visión compartida. Esta noche había demasiada carga estática como para que funcionara la conexión; ha sido un simple desahogo, no muy diferente a la masturbación.

Estamos ahí tumbados, recuperando el aliento, con la mirada puesta en el techo, y Helena076 dice:

—Ha estado bien.

Yo no digo nada. Me planteo la posibilidad de ir a por un segundo round —quizá eso me ayude a concentrarme—, pero ya no soy tan joven, y se está haciendo tarde. Empiezo a preguntarme cómo vamos a despedirnos cuando me suena el teléfono.

Es Kabir. Son las dos de la mañana.

No pueden ser buenas noticias.

—Articula —le digo.

—Tenemos un gran problema.

33

—Ha encontrado a Arlo Sugarman.

Han pasado doce horas desde la llamada de teléfono de Kabir. El subidón de adrenalina ya se me ha pasado, y el bajón parece inminente. No he dormido, y siento que se me acaban las energías. La resistencia es parte fundamental de mi entrenamiento, pero no tengo especial predisposición genética. También voy haciéndome mayor, lo cual me afecta a la resistencia, obviamente, y, con la vida que llevo, no he tenido que ponerla a prueba muchas veces. Raramente tengo que pasarme la noche de guardia, como se hace en el ejército, ni me veo obligado a pasar días seguidos sin dormir. Yo lucho... y luego descanso.

La anciana que me habla es Vanessa Hogan.

Estoy otra vez en su casa en Kings Point. Estamos solos. Jessica me ha conseguido la entrevista. Al principio Vanessa Hogan no parecía muy dispuesta a fijar un segundo encuentro. El estímulo que le ha hecho decidirse —tal como esperaba— es que nos íbamos a ver los dos solos, y que iba a hablarle del paradero de Arlo Sugarman.

—¿Podemos empezar por usted? —le pregunto.

Vanessa Hogan está sentada en el mismo sofá, apoyada en sus almohadas. Tiene la piel más rosada que la otra vez. Parece menos frágil. Lleva un pañuelo en la cabeza. La casa está vacía. Ha enviado a su hijo Stuart a la tienda, a comprar.

—La verdad es que no sé muy bien qué quiere decir.

—Hace poco visité al padre de Billy Rowan —le digo—. ¿Sabe que él y la madre de Edie Parker están juntos?

—No lo sabía —responde Vanessa, con un tono algo empalagoso—. Me alegro por ellos.

—Sí. William Rowan está en una residencia. Tiene la habitación llena de imágenes religiosas. Hay citas de la Biblia en la pared. Me ha parecido un contraste llamativo.

—¿Con qué?

—Con su casa —digo, levantando ambas manos—. Aquí no veo ni una cruz.

—Hay quien necesita aparentar —responde Vanessa, con un punto de amargura en la voz—. Eso no significa nada.

—Por sí solo no, tiene razón. Pero he investigado un poco. Usted nunca ha tenido ninguna relación con ninguna iglesia, por lo que yo sé. Nunca ha dado dinero a ninguna institución religiosa. De hecho, antes de la muerte de Frederick...

—Del asesinato —me interrumpe Vanessa Hogan, con una sonrisa dulzona en el rostro—. Mi hijo no murió. Fue asesinado.

Intento reproducir su misma sonrisa.

—Estamos llegando al fondo de la cuestión, señora Hogan. ¿Verdad?

—¿Eso qué significa?

—A mi mejor amigo le arrebataron una carrera de éxito en el baloncesto profesional porque un tipo llamado Burt Wesson le lesionó intencionadamente. Le destrozó la rodilla. Un día, fui a ver a Burt. Él no es el mismo desde entonces. En la vida me he cruzado con dos hombres que han cometido grandes injusticias. A lo largo de los años, he realizado visitas nocturnas. Algunos han sobrevivido, otros no, pero ninguno ha vuelto a ser el mismo que antes. Recientemente, justo antes de que hallaran el cuerpo de Ry Strauss, me aseguré de que un abusador no volviera a hacer daño a ninguna mujer nunca más.

Vanessa Hogan me mira atentamente.

—¿Lleva su teléfono encima, señor Lockwood?

—Sí.

—Sáquelo y démelo.

Hago lo que me pide. Ella mira la pantalla.

—¿Le importa que lo desconecte?

Le indico con un gesto que proceda.

Vanessa Hogan aprieta el botón lateral unos segundos. La pantalla se apaga. Deja el teléfono sobre la mesita.

—¿Qué está intentando decirme, señor Lockwood?

—Usted lo sabe. Los dos lo notamos en nuestro primer encuentro. Todo eso que decía sobre la venganza.

—Yo le dije que la venganza debía ser obra del Señor.

—Pero no lo pensaba. Me estaba poniendo a prueba, viendo mi reacción. Se lo veía en la cara. El abusón machista que lesioné la semana pasada era un peligro. Ahora ya no lo es. Tan sencillo como eso. Lo neutralicé yo porque la ley no iba a frenarlo.

Ella asiente.

—Y dijo que quería hacer lo mismo a los hombres que mataron a su tío.

—Sí.

—Y a esas pobres chicas.

Asiento.

—Usted me entendió. Perfectamente.

—Por supuesto.

—Porque usted ha hecho lo mismo.

Me recuesto en la silla y me meto una mano en el bolsillo.

—¿Dónde está Arlo Sugarman? —me pregunta.

—Podría entregarlo a la justicia —digo yo.

—Podría, sí.

—Pero usted preferiría que no lo hiciera.

Se hace el silencio. La tensión es máxima.

—Usted sabe lo que le pasó a Lionel Underwood. ¿Verdad?

No me responde.

—Fue demasiado para Leo Staunch. No quería que nadie más pasara por lo que pasó Lionel Underwood. Me pidió que le ayudara a proteger a Arlo Sugarman. Me pareció raro.

—Yo también lo encuentro raro —dice ella.

—No, no el hecho de que no quisiera hacerle daño a Arlo, eso lo entiendo. —Inclino el cuerpo hacia ella y bajo la voz—. ¿Pero por qué solo me preguntó por Arlo?

—No le sigo.

—¿Por qué no me preguntó por Billy Rowan y Edie Parker? —Echo el cuerpo atrás otra vez—. No dejaba de darle vueltas, pero la respuesta era evidente.

—¿Ah, sí?

—Leo Staunch no me preguntó por Billy y Edie —digo yo— porque sabía que ya estaban muertos.

Vuelve a hacerse un silencio total, pesado, agobiante.

—Es curioso: muchas veces las primeras teorías que formulas son las correctas. Pensemos en los Seis de Jane Street. Después de que Lake Davies se entregara, solo quedaban cinco. ¿Cómo podía ser que todos los demás hubieran conseguido mantenerse ocultos todos estos años? ¿Uno? Vale. ¿Dos? Difícil, pero quizá sí. ¿Pero que los cinco siguieran vivos y que nadie los hubiera visto todos estos años? Ahora conocemos la respuesta, ¿verdad? Lionel Underwood lleva muerto más de cuarenta años. Nero Staunch se encargó de ello. Y Billy y Edie llevan muertos aún más tiempo. De eso se ocupó usted, señora Hogan.

Vanessa no responde. Se queda ahí sentada, con esa sonrisa empalagosa.

—Usted tiene ochenta y tres años. Está enferma. Quiere contarle la verdad a alguien, y a mí me ve como un espíritu afín. Tiene mi teléfono; tampoco tendría pruebas. ¿Teme que pueda denunciarla al FBI?

Vanessa Hogan me mira fijamente a los ojos.

—Yo no temo nada, señor Lockwood.

De eso no tengo ninguna duda.

—Me robaron la vida —dice, con una voz que es como un susurro áspero y cargado de sufrimiento. Veo que hincha y deshincha el pecho, aspirando oxígeno, haciendo acopio de fuerzas—. Mi único

hijo, mi Frederick... Cuando me enteré de que estaba muerto sentí como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol. Caí al suelo. No podía respirar. No podía moverme. Mi vida se había acabado. Tal cual. Todo el amor que sentía por aquel chico, mi maravilloso hijo, no murió. Se convirtió en rabia, en ese mismo momento. —Menea la cabeza, pero en sus ojos no hay lágrimas—. Sin esa rabia, no creo que hubiera podido resistir.

Tiene una botella de agua al lado, con una pajita. Se la acerca a los labios y cierra los ojos.

—La idea de hacer justicia me consumía. Usted, señor Lockwood, se dedica a parar los pies a gente mala antes de que puedan cometer más delitos. Lo que hace es admirable, y hasta práctico: evita que se cometan delitos. Evita que la gente tenga que pasar por el horror de lo que le pasó a mi Frederick, lo que me pasó a mí. Pero no era esa mi motivación. Yo no pensaba en que los Seis de Jane Street pudieran volver a actuar, ni me importaba. Yo tenía esa rabia. Tenía esa rabia... y tenía que descargarla de algún modo.

—Dígame qué hizo a continuación.

—Investigué —responde—. ¿Usted no investiga a sus enemigos, señor Lockwood?

—Sí que lo hago.

—Me enteré de que tres de los seis procedían de familias religiosas: Billy Rowan, Lake Davies y Lionel Underwood. También me imaginé que estarían asustados, buscando un modo de salir de la clandestinidad. Así que lancé esos patéticos mensajes religiosos en televisión. Y recé para que alguno de ellos me llamara, no es broma.

—Y uno, efectivamente, la llamó.

—Billy Rowan. Esa parte es cierta, tal como se la he contado a todo el mundo. Se presentó en la puerta de la cocina.

—¿Qué pasó después?

—El bate de béisbol. Pero en sentido literal, no figurado. Lo tenía escondido detrás de la nevera. Billy estaba sentado junto a la mesa de mi cocina. Le pregunté si quería una Coca-Cola. Me dijo que sí, por favor. Muy educado. Tenía las manos sobre el regazo. Lloraba. Me dijo lo mucho que lo sentía. Pero yo lo tenía planeado. Lo tenía de espaldas. Cogí el bate y le aticé con fuerza en el cráneo. Le tembló

todo el cuerpo. Golpeé otra vez. Se tambaleó en la silla y cayó sobre el linóleo. Le golpeé una y otra vez. Soltando toda esa rabia. Esa rabia que me quemaba por dentro. Por fin conseguía liberarla. ¿Alguna vez lo ha sentido?

Asiento.

—Billy estaba en el suelo. Sangrando. Con los ojos cerrados. Levanté otra vez el bate por encima de la cabeza. Como un hacha. Me sentí tan bien, señor Lockwood, usted sabe lo que es. Antes de hacerlo me preocupaba que al llegar el momento me temblaran las piernas. Pero, Dios, fue todo lo contrario. Estaba disfrutando. Estaba pensando en cuántos golpes más harían falta para matarlo cuando de pronto se me ocurrió una idea mejor.

—¿Cuál?

Vanessa Hogan sonrió otra vez.

—Descubrir qué sabía.

—Tiene sentido

—Llamé a Nero Staunch. Habíamos coincidido en un encuentro de familiares de víctimas en el Lower Manhattan. Le pedí que viniera solo. Entre los dos arrastramos a Billy hasta el sótano. Lo atamos a una mesa y lo despertamos. Nero usó un taladro con una broca fina. Empezamos por los dedos de los pies. Luego pasó a los tobillos. Al principio Billy sostuvo que no sabía dónde estaban los otros; que cada uno se había ido por su cuenta. Nero no se lo tragó. Tardó un tiempo. Billy quería a Edie Parker. ¿Sabía que estaban prometidos?

—Sí, sí que lo sabía.

—Así que Billy intentó aguantar, pero eso solo empeoró las cosas. Inevitablemente, la verdad salió. No sabía nada de los otros, pero Edie y él se escondían juntos. Habían planeado entregarse. Y tiene razón, señor Lockwood: esos dos no tiraron ningún cóctel esa noche. Lo habían planeado, lo admitió, pero cuando el autobús cayó al vacío, salieron todos corriendo. La esperanza que tenían Billy y Edie era que, si se entregaban pronto, evitarían lo peor, especialmente si la madre de una de las víctimas se mostraba dispuesta a perdonarles.

Vanessa Hogan vuelve a mostrarme esa sonrisa empalagosa.

—Esa madre —puntualizo— sería usted, por supuesto.

—Por supuesto. Por precaución Billy había acudido solo, para tantear el terreno, y había dejado a Edie escondida en una cabaña junto a un lago propiedad de un profesor de la universidad, en Binghamton. Nero y yo fuimos en coche con Billy en el maletero. Encontramos a Edie Parker. Comprobamos que no sabía nada más, lo cual me enfureció. Yo quería encontrarlos a todos, pero evidentemente eso no iba a ocurrir de momento. Entonces acabamos con Edie y Billy.

—¿Qué hicieron con los cadáveres?

—¿Qué interés puede tener usted en eso?

—Curiosidad, supongo.

Vanessa Hogan me mira fijamente, escrutándome. Unos segundos más tarde, agita la mano despreocupadamente.

—Bueno, ¿por qué no? —dice, en un tono exageradamente alegre—. Nero tenía una alianza con un jefe mafioso llamado Richie B que vivía en Livingston. Richie B tenía un horno crematorio en su enorme finca. Llevamos los cuerpos allí. Fin de la historia.

Su historia se parece bastante a lo que me esperaba, y ella disfruta contándomela.

—Así que dos mueren casi inmediatamente —digo—. Unos años más tarde Lake Davies se entrega. Contacta con Nero Staunch y negocia la entrega de Lionel Underwood. ¿Usted eso lo sabía?

Vanessa frunce el ceño.

—Nero me lo dijo... pero cuando ya había ocurrido. No me hizo ninguna gracia.

—¿Usted quería acabar con los dos?

—Por supuesto. Pero Nero me dijo que matar a alguien en la cárcel no es tan fácil como se ve en la tele. En primer lugar, Lake Davies estaba recluida en una prisión federal. Eso lo hace más difícil, me dijo, pero ¿quiere que le diga una cosa? Yo creo que Nero era sexista, como de otro tiempo. No tenía problema en matar a hombres, pero no tuvo agallas para acabar con Edie Parker. Tuve que llevar yo la iniciativa.

Asiento lentamente, intentando asimilarlo todo.

—Y ya van cuatro de los seis.

—Sí.

—Y luego... ¿qué? ¿No tuvo más noticias?

—Durante más de cuarenta años.

—Y entonces alguien, quizá un hombre llamado Randy, contacta con Nero Staunch ofreciéndole información sobre el paradero de Ry Strauss —digo yo—. Nero está demasiado mayor y enfermo para hacer nada personalmente. Va en silla de ruedas. Ya no tiene el poder de antes. Ahora manda su sobrino Leo, y a Leo no le gusta ir por ahí de justiciero. Así que Nero la llama. Puedo mostrarle tres llamadas realizadas desde la cervecería artesanal de la familia Staunch a su casa. De teléfono fijo a teléfono fijo que, si no le importa que se lo diga, también es algo de otro tiempo.

—Eso no demuestra nada.

—En absoluto —concuerdo—. Pero no necesito pruebas. Esto no es un tribunal. Somos solo usted y yo, charlando. Y sigo necesitando respuestas.

—¿Por qué?

—Ya se lo dije.

—Ah, ya —dice Vanessa, asintiendo—. La Cabaña de los Horrores. Su tío y su prima.

—Sí.

—Pues venga, cuénteme el resto de su teoría.

Me lo pienso un momento —quiero que sea ella quien lo diga—, pero al final me lanzo:

—No sé si obtuvo la información directamente de Nero Staunch o si Staunch le envió a ese tal Randy para que hablara con usted. Eso no importa realmente. Acabó obteniendo el contenido de la caja de seguridad de Ry Strauss. Así supo el nombre que usaba, dónde vivía, quizá incluso su número de teléfono. Como es lógico, Ry estaba muerto de miedo tras el robo. Le llamó haciéndose pasar por alguien del banco. ¿Qué le dijo exactamente?

Ella frunce los párpados, intentando parecer taimada.

—¿Qué le hace pensar que fui yo?

Abro el dosier que he traído y saco la primera imagen de la grabación de las cámaras de seguridad del sótano.

—Pensamos que el asesino sería un hombre pequeño y calvo. Pero luego caí en que podía ser una mujer, quizá una que hubiera perdido el cabello con la quimioterapia. Bueno, esa es usted, ¿no?

No dice nada.

—Esta imagen es de las cámaras del vestíbulo del Beresford. Se tomó seis horas después de la que le acabo de enseñar del sótano. El hombre —señalo— es un vecino del edificio llamado Seymour Rappaport. Vive en la planta dieciséis. Sin embargo, la mujer que le acompaña no es su esposa. Nadie sabe quién es. Seymour tampoco lo sabía. Dijo que la mujer ya estaba en el ascensor cuando entró él, así que debía de venir de un piso más alto. Hemos hecho comprobaciones. No hay rastro de la entrada de esta mujer en el edificio. Fue muy lista. Se puso un abrigo al entrar por el sótano. Lo dejó tirado en el apartamento de Ry. Nadie lo notaría, a menos que lo buscara. Cuando se puso esa peluca, el hombre calvo desapareció por completo. Luego tomó el ascensor para bajar y salió con otro vecino. Genial, la verdad.

Vanessa Hogan no deja de sonreír.

—Pero cometió un pequeño error.

La sonrisa desaparece por un momento.

—¿Qué error?

Señalo el pie izquierdo de una fotografía, y luego de la otra.

—Mismo calzado.

Vanessa Hogan examina una imagen, y luego la otra.

—Parece una deportiva blanca. Un calzado muy normal.

—Cierto. Nada que pudiera presentarse ante el juez.

—Y ahora en serio, señor Lockwood. ¿No soy demasiado mayor para algo así?

—Podría parecerlo —reconozco—, pero no. Tenía una pistola. Le apuntó a la espalda. Por supuesto, podría pedirle al FBI que buscara las grabaciones de todas las cámaras de la zona de ese día. Estoy seguro de que encontraríamos al hombre calvo apuntando a Strauss

con la pistola. Quizá incluso conseguiríamos una imagen más clara de su rostro.

Vanessa está disfrutando con todo esto.

—¿No se le ha ocurrido que además podría haberme maquillado para la ocasión?

—Ahí también estuvo genial.

—Pero hay una cosa que no me quito de la cabeza.

—¿Cuál?

—No tenía ni idea de que el cuadro que tenía sobre la cama fuera tan valioso.

—¿Y si lo hubiera sabido?

Vanessa Hogan se encoge de hombros.

—Me pregunto si me lo habría llevado.

—¿No lo sabe?

—No, no lo sé.

Así que ahí estamos. Ahora sé lo que ha sido de los Seis de Jane Street. Y de pronto, ahí sentado con Vanessa Hogan, caigo en que soy la única persona en el mundo que lo sabe.

Como si pudiera leerme la mente, Vanessa Hogan toma la palabra:

—Ahora le toca a usted, señor Lockwood. ¿Dónde está Arlo Sugarman?

Me planteo cómo responder a esa pregunta. Aún hay una cosa más que quiero saber.

—Usted interrogó a Billy Rowan y a Edie Paker.

—De eso ya hemos hablado.

—Le dijeron que ellos no tiraron ningún cóctel Molotov.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Y Arlo Sugarman?

—¿Qué?

—¿Qué le dijeron de la participación que tuvo en todo aquello?

Una vez más, esa sonrisa.

—Estoy impresionada, señor Lockwood.

No digo nada.

—¿Usted cree que eso hace que Arlo no tenga culpa?

—¿Qué le dijeron Billy y Edie?

—¿Me promete que me dirá igualmente dónde está Arlo Sugarman?

—Se lo prometo.

Vanessa se acomoda en el sofá.

—Parece que usted ya lo sabe, pero está bien, se lo confirmaré. Arlo no estaba allí, pero aun así había sido él quien lo había planeado. El hecho de que no tuviera agallas para presentarse no le hace menos culpable.

—De acuerdo —digo yo—. Una última pregunta.

—No —responde Vanessa Hogan, y es un «no» que no admite réplica —. Primero dígame dónde está Arlo Sugarman.

Efectivamente, va siendo hora, así que lo digo, sin más:

—Está muerto.

Se queda de piedra.

Le muestro una fotografía de la lápida. Le cuento lo que me ha contado Calvin Sinclair. Vanessa Hogan tarda un rato en asimilarlo. Me tomo mi tiempo. Le explico todo lo que sé de Arlo Sugarman, el tiempo que pasó en Oklahoma y en el extranjero, que parece ser que le fue bien en la vida y que intentó enmendar los errores cometidos.

Al cabo de un rato, Vanessa Hogan dice:

—Así que se ha acabado. Se ha acabado todo.

Se ha acabado para ella. Para mí no.

—Una cosa más —digo, en el momento en que me levanto para marcharme—. Si Billy y Edie no tiraron los explosivos, ¿le dijeron quién lo hizo?

—Sí.

—¿Quién?

—Ry Strauss, por supuesto.

—¿Y quién más?

—Ya ha visto las fotografías —dice—. Ahí había seis personas. Ry Strauss buscó a alguien que ocupara el sitio de Arlo Sugarman. Él fue el que tiró el segundo cóctel.

—¿Y cómo se llamaba?

—Billy y Edie no lo habían visto hasta aquella noche. Pero todo el mundo lo llamaba Rich. —Levanta la cabeza y yergue la espalda, sentándose bien—. ¿Tiene idea de quién puede ser?

«Rich», me digo, mentalmente.

La abreviatura de Aldrich, por supuesto.

—No —le digo—. No tengo ni idea.

34

Cuando viajo en helicóptero a la casa familiar de los Lockwood, no suelo fijarme en las vistas. Los seres humanos nos adaptamos, y eso se refleja, entre otras cosas, en que cuando algo se vuelve común, perdemos esa sensación de admiración. Damos por descontado lo habitual. No estoy diciendo que sea algo negativo. Se habla demasiado de vivir cada momento al máximo. Es un objetivo poco realista, que provoca más estrés que satisfacción. El secreto de la satisfacción personal no está en las aventuras emocionantes, o en una vida trepidante —nadie puede mantener ese ritmo—, sino en aceptar de buen grado e incluso disfrutar con las cosas tranquilas que nos resultan familiares.

Mi padre está en el campo de prácticas de golf. Me paro a veinte metros y lo observo. Su swing es un metrónomo perfecto. Los golfistas no estarán de acuerdo, pero para llegar a un gran nivel en este juego hay que tener un ligero TOC. ¿Cómo si no se pueden pasar horas seguidas practicando el mismo golpe y perfeccionando el golpeo? ¿Cómo si no se pueden pasar tres horas seguidas en el mismo búnker corrigiendo el giro de muñeca y la trayectoria?

—Hola, Win —dice mi padre.

—Hola, papá.

Él sigue observando el putt que tiene por delante. Sigue una rutina. Lo hace cada vez, por muchos putts que haga seguidos. Su teoría, que es la misma que yo aplico a las artes marciales, es que hay que practicar exactamente igual que cuando juegas.

—Un penique por tus pensamientos.

—Estaba pensando que para ser realmente bueno al golf hay que tener un leve TOC.

—Elabora eso, por favor.

Le explico brevemente qué es un trastorno obsesivo-compulsivo.

Él escucha atentamente, y cuando acabo responde:

—Me suena a excusa para no practicar.

—También podría ser.

—Ese Myron, por ejemplo —añade papá—. Parece un tipo agradable y encantador, y lo es. ¿Pero en la cancha de baloncesto? Parece perder el juicio. Desea ganar a toda costa. Ese espíritu competitivo no es algo que se pueda enseñar. Y tampoco es una cosa muy sana.

Se pone en pie y se vuelve hacia mí.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa?

—El tío Aldrich.

Suspira.

—Lleva muerto más de veinte años.

—¿Tú sabías lo de sus problemas?

—Problemas —repite él, y menea la cabeza—. Tus abuelos preferían llamarlo «predilecciones».

—¿Cuándo te enteraste?

—Siempre lo he sabido, supongo. Ya hubo incidentes cuando estaba en secundaria.

—¿Como qué?

—Oh, ¿qué importa eso ahora, Win?

—Por favor.

Suspira de nuevo.

—Pues miraba a las chicas a escondidas. A veces incluso se ponía demasiado agresivo con ellas. Eran los años sesenta. En esa época no se hablaba de novios abusadores, ni de «no es no».

—Así que los abuelos fueron llevándoselo de un lado a otro —digo yo —. O pagaban a la gente para que no le denunciaran. Cambió de instituto dos veces. Empezó en Haverford y luego la familia lo envió a la universidad a Nueva York.

—Si ya sabes todo eso, ¿por qué preguntas?

—En Nueva York pasó algo. ¿Qué fue?

—No lo sé. Tus abuelos nunca me lo dijeron. Supongo que sería otro incidente con otra chica. Lo enviaron a Brasil.

—No fue una chica —le corrijo.

—¿Ah, no?

—Aldrich era uno de los Seis de Jane Street.

Yo quería saber si sabía algo. Por su expresión me queda claro que no.

—El tío Aldrich estuvo allí aquella noche. Lanzó un cóctel Molotov. Unos días más tarde, los abuelos lo enviaron a Brasil. Para tenerlo escondido, por si acaso. Y crearon esa empresa pantalla para que Ry Strauss no abriera la boca.

—¿Por qué todo esto, Win?

—Porque eso no frenó a Aldrich —respondo—. Los hombres como él no mejoran.

Mi padre cierra los ojos, como si le dolieran.

—Por eso rompí con él. Corté y no volví a hablar con él.

Hay rabia en su voz; rabia y una profunda tristeza.

—Era mi hermano pequeño. Le quería. Pero después de ese incidente con Ashley Wright, supe que nunca cambiaría. Quizá... no sé, quizá si nuestros padres no le hubieran facilitado las cosas desde un principio, quizá si hubieran dejado que Aldrich afrontara las consecuencias, no habría llegado a ese punto. Pero era demasiado tarde. El abuelo estaba muerto, así que me tocaba a mí. Hice lo que me pareció mejor.

—Cortaste todo vínculo.

Asiente.

—No sabía qué otra cosa hacer.

Asiento y me acerco a él. Mi padre es un hombre sencillo. Ha escogido vivir tras estos setos, seguro, protegido. Ha escogido la pasividad. ¿Le ha funcionado? No lo sé. Yo soy hijo de mi padre, pero no soy mi padre. Él hizo lo que pensó que sería mejor, y le quiero por eso.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Hay algo más?

Hago que no con la cabeza; no sé muy bien si hablar o no.

—¿Qué hay? —insiste.

—Nada.

Él me escruta el rostro un momento. Yo no revelo nada.

No quiero partirle el corazón.

Pasan unos momentos más, y me señala el soporte para palos que tiene a la izquierda.

—Coge un palo —dice, y coloca un par de pelotas para que juguemos a nuestro entretenimiento favorito.

Quiero quedarme con él. Quiero quedarme un rato y jugar a ver quién la coloca más cerca del hoyo una y otra vez, hasta que se ponga el sol, como hacíamos cuando era niño.

—Ahora mismo no puedo.

—De acuerdo —Baja la vista y se queda mirando una pelota, como si intentara leer el logo—. ¿Quizá más tarde?

—Quizá —respondo.

Quiero contarle la verdad. Pero no lo haré. Solo le haría daño. No ganaría nada con ello, no le aportaría nada. Me quedo en silencio y espero hasta que vuelve a fijar la atención en la pequeña bola blanca que tiene en el green. Se concentra en ella, solo en ella, y desconecta. He visto muchas veces antes esa actividad, sencilla y rutinaria, que le sirve para evadirse de todo. Yo también intento hacerlo a veces. De vez en cuando incluso lo consigo.

Pero la verdad es que yo no soy así.

35

El crujido de los neumáticos sobre la grava me despierta.

Me he quedado dormido en el sofá, lo cual es toda una sorpresa. El agotamiento por fin ha ganado la partida. No me lo esperaba. Aún estoy tendido en el sofá cuando se abre la puerta principal y la prima Patricia entra con la compra en la mano.

Nada más entrar me ve en el sofá.

—¿Win? ¿Qué demonios...?

Me estiro y miro el reloj. Son las siete y cuarto de la tarde.

—¿Cómo has entrado? Había cerrado con llave y conectado la alarma.

—Sí, ya —digo, intentando adoptar un tono gracioso—. Porque una cerradura medeco y un sistema de alarma ADT son una barrera infranqueable para mí.

Cuando Patricia mira más allá y fija la vista en la mesa del comedor, se tambalea por un momento y da un paso atrás. Espero. No habla. Se queda mirando nada más. Yo me pongo en pie lentamente, y estiro los brazos otra vez.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, prima?

—Has allanado mi casa.

—Buen intento de distracción. Pero, si es necesario aclarar ese punto, sí —respondo. Luego señalo hacia la mesa del comedor e, imitando su voz, añado—: Has robado mi Picasso.

No es mi Picasso, por supuesto. Pero me apetecía repetir la musiquita de la frase.

—Esperaba tener que esforzarme más para encontrarlo —le digo—. No me puedo creer que lo colgaras en tu dormitorio, sin más.

La prima Patricia se encoge levemente de hombros.

—Ahí no entra nadie.

—¿Y lleva ahí todo este tiempo?

—Más o menos.

—Qué valiente.

—En realidad no. Si alguien hubiera preguntado, le habría dicho que era una réplica.

Asiento.

—Sí, la gente se lo tragaría.

Se acerca a la mesa del comedor.

—¿Por qué has desatornillado la parte trasera?

—Ya sabes por qué —respondo—. ¿Qué hiciste con los negativos?

—¿Cómo sabes lo de los negativos?

—Nuestro experto en arte encontró unos cuantos detrás del Vermeer. Los negativos eran cuadrados, de seis por seis centímetros, poco corrientes hoy en día. No tardé mucho en darme cuenta de que tenían que proceder de una cámara antigua —echo una mirada al estante—, como la Rolleiflex de tu padre. En cualquier caso, me imaginé que si tu padre había escondido unos cuantos en el Vermeer, quizá también los hubiera escondido en la otra obra maestra de la familia, el Picasso.

Patricia ya está junto al cuadro.

—¿Y lo has comprobado?

—Sí.

—Y no has encontrado nada.

Suspiro.

—¿De verdad tenemos que jugar a este juego, primita? Sí, los negativos no están. Tú los quitaste de ahí. No obstante, sí que he observado restos de adhesivo en el bastidor: de cinta adhesiva, quizás. En el Vermeer, los negativos estaban pegados al bastidor con cinta adhesiva. Sería lógico pensar que en el Picasso fuera igual.

Cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás. La veo tragar saliva y me pregunto si se pondrá a llorar. Probablemente sería una buena

ocasión para ofrecerle unas palabras de consuelo, pero no, no voy a entrar en eso.

—¿Podemos saltarnos las negaciones, Patricia?

Parpadea y abre los ojos.

—¿Qué es lo que quieres entonces, Win?

—Podrías decirme qué pasó realmente.

—¿Toda la historia? —Menea la cabeza—. No sabría por dónde empezar.

—Quizá podrías empezar por cuando tu padre se hizo amigo de Ry Strauss en Nueva York —propongo.

—¿Eso lo sabes?

—Lo sé. También sé lo de los Seis de Jane Street.

—Vaya. Estoy impresionada.

Espero.

—Pero esto fue años después —cuenta—. A veces venía desde Nueva York a visitarnos. Ry, quiero decir. Papá me lo presentó como el tío Ryker. Me dijo que el tío Ryker trabajaba para la CIA, así que no podía hablarle de él a nadie. Creo que la primera vez que lo vi yo tenía quince años. Se mostró interesado en mí, pero bueno... sí, era muy atractivo y tenía un carisma impresionante, pero yo tenía quince años. No pasó nada. Yo nunca fui así. Más tarde empecé a darme cuenta de que Ry aparecía periódicamente a pedirle dinero a mi padre, o a quedarse a dormir.

Para y niega con la cabeza.

—No sé a dónde quiero llegar con esto.

—Sáltate esa parte —le digo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando Ry Strauss y tú decidisteis robar los cuadros.

Al oír eso Patricia casi hasta sonríe.

—Vale, ¿por qué no? Eso fue después de lo de Ashley Wright. Tu padre ya había expulsado al mío de la familia, pero mi padre seguía colándose en Lockwood para ver a la abuela. Al fin y al cabo, seguía siendo su madre. No podía decirle que no a su propio hijo. Un día mi padre volvió furioso y muy agitado porque la familia, es decir, tu padre, había decidido ceder los dos cuadros en préstamo a Haverford para una exposición. Yo no entendía por qué le enfadaba tanto eso. Cuando le pregunté, empezó a quejarse de que tu padre le había expulsado de la familia y que le había quitado lo que le correspondía por derecho. Era mentira, por supuesto. Ahora estoy segura de que era por los negativos. El caso es que yo aún iba a bachillerato. Vivíamos en esta casita mientras vosotros os dabais la gran vida en Lockwood Manor. En el colegio las compañeras me miraban; cuchicheaban y me señalaban. Ya te puedes imaginar. Unos días más tarde, el tío Ryker volvió a visitarnos. Seré honesta. Lo deseaba. De verdad. Yo creo que habría podido pasar algo, pero, cuando me oyó hablar de los cuadros, trazó el plan. —Levanta la vista y me mira, perpleja—. ¿Cómo lo has descubierto?

—Ian Cornwell.

—Ah, pobre Ian.

—Lo sedujiste. Te acostaste con él para ganarte su confianza.

—No seas sexista, Win. Si hubieras tenido dieciocho años y hubieras necesitado acostarte con una guardia de seguridad para dar un golpe, no te lo habrías pensado dos veces.

—Tienes razón —concedo—. Toda la razón, en realidad. Supongo que Ry Strauss era el hombre del pasamontañas.

—Sí.

—Pero Ian Cornwell dice que solo te vio una vez, años más tarde. Salías en el The Today Show haciendo promoción de los refugios Abeona.

—Cuando estaba con él llevaba el cabello largo. Me lo teñí de rubio esos tres meses. Tras el robo, me lo corté y no volví a dejármelo largo.

—De todos modos Cornwell cuenta que no estaba muy seguro de que fueras su Belinda. Y aunque estuviera seguro, ¿qué podría demostrar?

—Exacto.

—¿Y tú no le contaste a Aldrich lo del robo?

—No. Por aquel entonces ya sabía que Ryker en realidad era Ry Strauss. Me lo había confesado. Nos habíamos hecho amigos. Incluso nos habíamos hecho los tatuajes juntos.

Se pone de lado y se retira la parte trasera del top, dejando a la vista un tatuaje: la misma mariposa Tisiphone abeona que he visto en fotografías del cadáver de Ry Strauss.

—¿Qué significa esa mariposa? —le pregunto.

—Ni idea. Fue idea de Ry. Me soltó una perorata sobre la diosa Abeona, que rescataba a los jóvenes, no lo sé. Ry ponía mucha pasión en todo lo que decía. Cuando eres joven, no te das cuenta de lo fina que es la línea que separa la extravagancia de la locura. Pero la planificación y la ejecución del golpe fue... —en su rostro aparece una gran sonrisa—... fue todo un subidón. Win. Piensa en ello. Robamos dos grandes obras de arte y no nos pillaron. Era lo mejor que había hecho en mi vida.

—Hasta que... —señalo, arqueando una ceja para darle más efecto—... se convirtió en lo peor.

—A veces eres toda una reina del drama, Win.

—Vale. Ahí también llevas razón. ¿Cuándo encontraste los negativos?

—Seis, siete meses más tarde. El Picasso se me cayó al suelo, en el sótano, aunque no te lo creas. La parte trasera del marco se rompió. Cuando intenté repararlo...

—Los encontraste.

Patricia asiente lentamente.

Cuando le planteo la siguiente pregunta, noto que se me cierra algo en la garganta:

—¿Mataste tú a Aldrich, o fue Aline?

—Lo hice yo. Mi madre no estaba en casa. Esa parte era verdad. La envié a comprar. Quería hablar con él a solas. Aún tenía esperanzas de que pudiera darme una explicación. Pero hizo clic de pronto y se volvió loco. Nunca lo había visto así. Era como si... Hace tiempo tenía una amiga que tenía un grave problema con la bebida. No era solo que

se pusiera violenta: es que a veces me miraba a la cara y no sabía quién era yo.

—¿Y eso es lo que pasó con tu padre?

Asiente, pero habla con un tono de voz sorprendentemente tranquilo:

—Me dio un bofetón en la cara. Un puñetazo en la nariz, otro en las costillas. Cogió los negativos y los tiró al fuego.

—Los huesos rotos —señalo—. Esas eran las lesiones antiguas que te encontró la policía.

—Le rogué que parara. Pero era como si no me viera. No lo negó. Dijo que había hecho eso y cosas peores. Y bueno, esos negativos, lo que se veía en ellos...

—Ahora ya sabías de qué era capaz.

—Fui corriendo a su dormitorio —recuerda, con la mirada perdida—. Guardaba la pistola en el cajón de la mesita de noche.

De pronto se detiene y me mira. Le ayudo a decirlo:

—Le disparaste.

—Le disparé —repite—. No podía moverme. Estaba ahí de pie, junto a su cadáver. No sabía qué hacer. Me sentía... no sé, confusa. Perdida. Sabía que no podía llamar a la policía. Descubrirían que había robado los cuadros. Se enteraría del paradero de Ry, sin duda: se pasaría la vida en la cárcel. Los negativos eran cenizas en la chimenea, así que no tenía ninguna prueba. También pensé... Sé que esto te sonará raro, pero... me preocupé por la familia, por el apellido Lockwood, aun cuando nos hubieran dado la patada. Supongo que es algo que nos han inculcado desde pequeños, ¿no?

—Lo es —reconozco—. Me dijiste que mi padre había venido a ver al tuyo la noche antes del asesinato. Eso no era cierto.

—Intentaba despistarte, lo siento.

—¿Y la parte de los dos atacantes que te secuestraron?

—Me la inventé. Igual que esa historia de los secuestradores que me daban esperanzas haciéndome creer que me iban a soltar. Parte de las historias de violaciones y abusos que conté se me ocurrieron por lo que había visto en esos negativos, pero a mí no me ocurrió nada de

eso.

—Solo querías enturbiar la investigación.

—Sí.

Quiero que vuelva a la historia.

—De modo que acababas de matar a tu padre y te sentías confundida. ¿Qué pasó después?

—Me quedé en shock, supongo. Mi madre llegó a casa. Cuando vio lo ocurrido, ella también perdió los nervios. Se puso a mascullar cosas en portugués. Dijo que la policía me metería en la cárcel y que no volvería a salir. Me dijo que huyera y que me escondiera en algún sitio, que ella llamaría al 911 y que diría que había encontrado a mi padre muerto. Que había entrado alguien en casa. Yo cogí mi maleta..., bueno, tu maleta, hice el equipaje y salí corriendo.

—Supongo... que irías en busca de Ry Strauss.

—Sabía que vivía en el Beresford. Yo era la única a la que se lo había contado, creo. No lo sé. Pero cuando llegué allí Ry estaba mal. Mentalmente, quiero decir. Hacía tiempo que no se afeitaba, ni se duchaba. El piso estaba lleno de basura, daba asco. La segunda noche me desperté y me encontré un cuchillo junto al cuello. Ry estaba convencido de que me había enviado un tal Staunch.

—Y te fuiste.

—A toda prisa. No pensé en la maleta.

No puedo evitar observar que en ambos casos —el asesinato de mi tío y el robo de los cuadros de mi familia— el primer instinto de los investigadores había sido correcto. En el caso del robo de los cuadros, sospechaban que Ian Cornwell estaría implicado de algún modo. Y tenían razón. Y en el caso del asesinato del tío Aldrich, una de las primeras teorías era que la prima Patricia había disparado a su padre, había hecho la maleta y había huido.

Eso también era correcto.

—Esto te sonará a locura —dice, con una voz que es casi un susurro—, pero cuando mi padre compró aquel cobertizo en un almacén de ferretería yo estaba con él. Recorrimos un trecho con el coche y lo descargó. —Me mira, y noto que la temperatura de la sala desciende

diez grados—. Yo estaba en el coche, Win. ¿Te lo imaginas? Ahora pienso en ello, y me pregunto si en ese maletero habría llevado a alguna chica maniatada. Es de locos...

—Desde luego.

—No sé qué se vería en los negativos que encontraste tú, pero yo vi algunas imágenes al aire libre, así que me hice una idea de dónde podría estar el cobertizo. Cuando tenía diez u once años, papá solía llevarme de camping a ese lugar.

—¿Cuánto tardaste en encontrarlo?

—¿El cobertizo? Casi un mes. Así de bien lo había ocultado. Debí de pasar cerca unas diez veces.

—¿Dormiste alguna vez allí?

—Solo esa última noche. Antes de mi supuesta huida.

—Ya veo —digo, pero no lo veo. Algo no me cuadra—. ¿Y este plan se te ocurrió a ti?

Patricia frunce los párpados.

—¿Qué quieres decir?

—Tenías dieciocho años. Acababas de matar a tu padre de un tiro. Debió de ser todo un trauma. Tanto, que sigues teniendo fotos suyas en la pared —digo, señalando justo detrás de ella—. Convertiste a tu padre en un elemento fundamental de tu historia. Por lo que decías, Aldrich fue quien inspiró tus buenas obras.

—Eso no es mentira —replica—. Lo que hice... papá... siempre me persiguió. Era mi padre. Me quería, y yo le quería. Eso es cierto. —Se me acerca—. Win, cometí parricidio. Y eso influyó en el resto de mi vida.

—Lo cual confirma mi sospecha.

—¿Y cuál es?

—Que a ti, una chica de dieciocho años, aún confundida, se te ocurriera la idea de fingir que eres la víctima. Porque si es así, enhorabuena. Fue brillante. Yo me la tragué por completo. No me lo cuestioné ni por un momento. Conseguiste dar una respuesta a las familias de todas aquellas chicas. Pudiste poner al descubierto, por

decirlo así, la Cabaña de los Horrores, pero sin delatar a tu padre. Atrajiste la atención y la usaste para lanzar Abeona Shelters. Para hacer el bien. Para intentar compensar lo que había hecho tu padre. Estoy admirado de que se te ocurriera todo eso a ti sola.

Nos miramos fijamente el uno al otro.

—Pero es que sospecho —añado— que no fue idea tuya, ¿verdad?

No dice nada.

—Estabas huida. Tu único aliado, Ry Strauss, enloquecido. No podías llamar a tu madre. Probablemente no pensarías que la policía iba a sospechar de ella, pero ahora la tenían controlada. —Junto las puntas de los dedos—. Me pongo en tu lugar: atrapada, sola, joven, confundida. ¿A quién le pediría ayuda?

Apoya el peso del cuerpo en un pie, luego en el otro. No lo dice, así lo que lo digo yo:

—La abuela.

Hay tres motivos por los que tendría sentido que fuera así. Primero adoraba a la prima Patricia. Segundo, tenía recursos para ocultarla. Y tercero, la abuela haría cualquier cosa para proteger a la familia del escándalo que supondría que se supiera algo así.

La prima Patricia asiente.

—La abuela.

Antes de que nos juzguéis, dejadme decir que no es algo solo de los Lockwood. Las familias protegen a los suyos. Eso es así. Y no solo las familias. En cierto sentido, todos cerramos filas en torno a los nuestros, recurriendo a la excusa del bien mayor. Las iglesias tapan los delitos de sus sacerdotes y para esconderlos los mandan a otros destinos. Organizaciones benéficas y corporaciones implacables saben cómo tapar indiscreciones para protegerse, argumentando que el fin justifica los medios.

¿Por qué iba a sorprenderle a nadie que una familia hiciera eso mismo?

Desde su más tierna juventud, mi tío Aldrich cometió actos ilícitos e inmorales y nunca pagó por ello. Nunca le ayudaron, pero para ser justos hay que decir que a una persona así no se la puede ayudar.

Solo puedes quitarlo de en medio.

—¿Y ahora qué, Win?

¿Cómo es eso que he dicho antes? No hay vínculo como la sangre, pero tampoco hay ningún compuesto que sea más volátil. Pienso en esa sangre que compartimos y que circula por nuestras venas. ¿Tengo yo algo del tío Aldrich? ¿Es eso lo que me hace propenso a la violencia? ¿Tiene algo Patricia? ¿Es genético? ¿Tendría el tío Aldrich algún cromosoma dañado o algún desequilibrio químico? ¿Habría podido curarse con algún tipo de terapia?

No lo sé, y la verdad es que no me importa demasiado.

Ahora tengo todas las respuestas. Solo que no tengo muy claro qué hacer con ellas.

36

La vida se vive en tonos de gris.

Y, para mucha gente, eso es un problema. Es mucho más fácil ver el mundo en blanco y negro. Alguien es bueno, sin fisuras, o malo hasta el alma. Yo a veces busco en Internet, en Twitter u otras redes sociales, todas esas afrentas, reales, imaginadas o falsas. El extremismo y la indignación son reacciones sencillas, implacables, que no buscan otra cosa que llamar la atención. La racionalidad y la prudencia son difíciles, agotadoras, mundanas.

La navaja de Occam funciona al revés en lo relativo a las reacciones: si la reacción es fácil, está mal.

Os lo tengo que advertir: no estaréis de acuerdo con algunas de mis decisiones. No os preocupéis, yo tampoco sé si he tomado las decisiones correctas. Si hubiera estado seguro de algo, aplicando mi axioma personal, probablemente estaría equivocado.

Cuando llego de vuelta al Dakota, me encuentro a P. T. esperándome. Le hago subir a mi apartamento y sirvo dos coñacs.

—Arlo Sugarman está muerto —le digo.

P. T. es mi amigo. En realidad, yo no creo en mentores, pero, si lo hiciera, P. T. sería el mío. Se ha portado bien conmigo. Ha sido justo.

—¿Estás seguro?

—Hice que mis chicos llamaran al crematorio que trabaja con St. Timothy para que examinaran sus registros de los días en torno al 15 de junio de 2011. También buscaron en el registro los certificados de defunción del área metropolitana de St. Louis de esos días.

P. T. se sienta en el sillón de orejas de cuero.

—Maldita sea.

Espero.

Menea la cabeza.

—Yo lo quería, Win. Quería llevarlo ante la justicia.

—Lo sé.

—Por Patrick O'Malley —dice P. T., levantando su copa de coñac.

—Por Patrick —digo yo.

Brindamos, y P. T. vuelve a dejarse caer en el sillón.

—La verdad es que quería enmendar mi error —confiesa.

Con la copa cerca de los labios, añado:

—Si es que cometiste algún error.

P. T. hace una mueca.

—¿Eso qué significa?

—Tú eras el subordinado.

—¿Y qué?

—Que el que recibía las llamadas era él. ¿No?

Con cuidado, P. T. deja la copa sobre el posavasos. Me observa.

—¿Qué llamadas?

—La de que no esperara a los refuerzos. La de que entrara él solo por la puerta de atrás.

—¿Qué intentas decirme, Win?

—Tú te culpas. Te has culpado durante casi cincuenta años.

—¿Y tú no te culparías?

Me encojo de hombros

—¿Quién os dio el soplo?

—Fue una llamada anónima.

—¿Y eso quién te lo dijo? —pregunto—. No te preocupes, no es importante. Los dos fuisteis juntos a la casa, pero cuando llegasteis allí, el agente especial O'Malley tomó la decisión de no esperar a los refuerzos.

P. T. me mira por encima de su copa.

—Pensó que no podíamos perder tiempo.

—Aun así, se saltó el protocolo —insisto.

—Bueno, técnicamente sí.

—Entró por la puerta de atrás él solo. ¿Quién disparó primero, P. T.?

—¿Y eso qué importa?

—No me lo mencionaste. ¿Quién disparó primero?

—No lo sabemos con seguridad.

—Pero el agente especial O'Malley disparó su arma, ¿correcto?

P. T. me mira con dureza unos segundos que se hacen eternos. Luego echa la cabeza atrás, apoyándola en el cuero del sillón, y cierra los ojos. Espero a que diga algo más. No lo hace. Se queda así, sentado con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Tiene el aspecto de un hombre mayor, agotado. Yo guardo silencio. Ya he dicho bastante. Quizá el agente especial Patrick O'Malley tuviera un especial sentido del deber. Quizá quisiera atrapar a Arlo Sugarman y convertirse en un héroe, aun cuando eso significara saltarse el procedimiento estándar del FBI. O quizá O'Malley, padre de seis hijos, hubiera oído decir que Nero Staunch había puesto precio a la cabeza de los Seis de Jane Street y pensó que quizá pudiera aliviar su difícil situación económica. Al fin y al cabo, eran asesinos. ¿Qué más daba si uno moría de un tiro mientras intentaba huir?

Yo no sé la respuesta.

No quiero imponer mi criterio.

La vida se vive en tonos de gris.

—¿Win?

—¿Sí?

—No digas una palabra más, ¿vale?

No lo hago. Me quedo ahí sentado, con mi copa y mi amigo, y dejo que la noche nos envuelva.

La mañana siguiente voy en coche hasta Bernardsville, en Nueva Jersey, y visito de nuevo a la señora Parker y al señor Rowan.

Para mí, este es el tono más gris de todos los grises.

Me hicieron prometerles que les daría noticias cuando supiera algo de sus hijos.

¿Debo hacerlo? ¿Les digo a estos dos progenitores ancianos que sus hijos están muertos? ¿O les dejo que sigan creyendo que quizá Billy y Edie sobrevivieron, que a lo mejor tienen hijos, y quizá nietos? ¿De qué les servirá saber la verdad, a su edad? ¿Debería dejarles vivir su inocua fantasía? ¿Les causará una tensión excesiva la verdad, teniendo en cuenta su edad? ¿Tengo derecho a hacer algo así?

Ya os he advertido que quizá estuvierais de acuerdo con algunas de mis decisiones.

Ahí va una.

La señora Parker y el señor Rowan han esperado casi cincuenta años para saber la verdad. Yo sé la verdad. Les prometí que les diría la verdad.

Así que lo hago.

No entro en detalles truculentos, y afortunadamente no preguntan.

Cuando acabo, la señora Parker me coge la mano.

—Gracias.

Asiento. Nos quedamos sentados. Ellos lloran un poco. Luego me excuso y me voy.

Ellos querían saber quién mató a sus hijos.

Y aquí también he tomado una decisión que quizá no compartáis.

Les he dicho que fue Vanessa Hogan.

Al salir de la residencia, saco el teléfono y aprieto el botón de envío del correo electrónico. Le estoy enviando un archivo de audio a P. T. Imaginaba que Vanessa Hogan me pediría el teléfono antes de confesar; y, por supuesto, llevaba uno de repuesto.

Estoy abriendo una herida —al enviar esa grabación también estoy

poniendo en evidencia mis actos ilícitos—, pero el FBI tendrá toda su confesión grabada. A mi modo de ver, Vanessa Hogan ha cruzado una línea. Me oís decir esto y seguramente pensaréis que soy un hipócrita. Seguro que veis con malos ojos mis rondas nocturnas y la paliza que le di a Teddy «Big T» Lyons al principio de esta historia. Teddy a mí no me había hecho nada. Por otra parte, las víctimas de Vanessa Hogan —Billy Rowan y Eddie Parker— eran responsables de la muerte del único hijo de Vanessa Hogan.

Eso lo entiendo. Ninguna de esas decisiones ha sido fácil.

Vivimos en tonos de gris.

Pero Billy Rowan y Edie Parker eran jóvenes sin antecedentes. No tiraron los explosivos. Estaban arrepentidos y se disponían a entregarse. No habrían matado ni hecho daño a nadie nunca más. ¿No debe pagar Vanessa Hogan por lo que hizo?

Eso dejaré que sea el tribunal quien lo decida.

¿Estoy hilando muy fino otra vez?

Bueno, pues esto aún no se ha acabado.

Me espera mi jet. Despegamos de St. Louis. Cuando aterrizamos, conduzco yo personalmente. Llevo la dirección en el navegador de mi móvil. Llego a la granja y aparco en el camino. Paso entre la alta hierba. Hay carteles que prohíben el paso. No me preocupan demasiado. La granja es de la familia Sinclair desde hace tres generaciones. El reverendo nació en esta granja. Pero a mí me interesa más el encargado que se ocupa de cuidarla.

No me tragué los motivos del reverendo Calvin Sinclair para no decirle al mundo quién era R. L. después de la muerte de Arlo Sugarman. Siempre podría decir que acababa de enterarse de quién era realmente. Decir la verdad ya no le podía suponer ningún peligro. Además, el reverendo prácticamente parecía que me esperara cuando me presenté en su iglesia, lo que me hizo sospechar que lo habían avisado; y así era. Elena Randolph le había llamado apenas unos minutos después de mi visita al salón de belleza.

Con todo eso en mente, hice lo que le dije a P. T. Mis chicos llamaron no solo al crematorio con que suele trabajar St. Timothy, sino a todos los crematorios de la zona. También les pedí que comprobaran las inscripciones de defunciones en los registros. En ninguno de los dos casos encontraron a nadie que tuviera las iniciales R. L. y que hubiera

muerto el 15 de junio de 2011. De hecho, no encontraron ningún difunto varón que encajara con la descripción de Arlo Sugarman —al menos en cuanto a edad y altura— en esos días.

Cuando paso por la cancela de la granja, me giro a la derecha y veo a un hombre. Podría tener la edad de Sugarman —sesenta y seis años—, y lleva la cabeza afeitada. También tiene la misma altura.

—¿Puedo ayudarle? —pregunta.

Aún distingo un leve rastro del acento de Brooklyn.

Arlo Sugarman no se presentó la noche en que querían quemar el Freedom Hall porque no creía en esos actos de destrucción. Acabó atrapado en algo que se le escapó de las manos y se pasó la vida huyendo. Si le dijera la verdad a P. T., ¿habría insistido en detener a Arlo y llevarlo a juicio? ¿O se habría encargado de él usando mis métodos?

No lo sé. En todo caso aquí quien decide no es P. T. Soy yo.

—Esto no ha acabado —le digo—. Tienes que huir otra vez.

—¿Perdón?

La puerta trasera de la granja se abre de golpe. Calvin Sinclair sale a toda prisa. Cuando me ve, acude a la carrera, evidentemente preocupado por la intrusión, pero el hombre con acento de Brooklyn levanta la mano indicándole que se detenga.

—Si yo he podido descubrir que sigues vivo, también podría descubrirlo otro —le digo.

Da la impresión de que va a negarlo todo, o a plantear objeciones, pero se limita a asentir.

—Gracias.

Miro a Calvin Sinclair y luego otra vez a Arlo Sugarman. Casi me siento tentado de preguntarles qué van a hacer ahora. Pero no lo hago. He cumplido con mi papel. Ahora les toca a ellos. Me doy media vuelta y emprendo el regreso.

Aún tengo que hacer una parada más.

Llego a Hickory Place y tomo la larga vía de acceso a la antigua mansión. Estoy otra vez en Nueva Jersey. Ema vive aquí con su

madre, la estrella del cine Angelica Wyatt. Enseguida las veo esperándome junto a la puerta de entrada.

A estas alturas supongo que ya habréis adivinado que no le he hablado a nadie de la prima Patricia. Mató a un monstruo —un monstruo, según la misma definición que apliqué a Teddy «Big T» Lyons, que habría seguido maltratando y matando—. No hay motivo para que la prima Patricia, que acabó haciendo tantas cosas buenas, pague ningún tipo de precio por eso. Admito que quizá mi opinión esté algo sesgada porque esta decisión encaja perfectamente en mi narrativa personal y va en mi propio interés.

No quiero que mi padre ni mi familia tengan que soportar este escándalo. Aun así, creo que esta decisión es justa. Puede que no estéis de acuerdo. Lástima.

Cuando aparco y salgo del coche, Ema se acerca corriendo para darme la bienvenida. No deja de correr hasta llegar a mi altura, y me abraza fuerte, y yo siento algo que se me resquebraja dentro del pecho.

—¿Estás bien?

—Estoy bárbaro —respondo.

—¿Win? —dice ella, con la cara enterrada en mi pecho.

—¿Qué?

—No vuelvas a usar la palabra «bárbaro», ¿vale?

—Vale.

Miro por encima de su hombro y veo a su madre que nos observa. Angelica no está contenta de verme. Pruebo a sonreír para tranquilizarla, pero eso no la aplaca. No quiere que esté ahí. Lo entiendo.

Angelica da media vuelta y se mete en casa.

Ema tira de mí y me mira a la cara.

—¿Me lo contarás todo?

—Todo —respondo.

Pero no estoy seguro de que vaya a hacerlo.

Al mirar a mi hija a la cara, me viene a la mente la noche anterior.

Estoy en la cama con Helena076. Suena el teléfono. Es Kabir.

—Tenemos un gran problema.

—¿Qué problema?

—Hemos perdido a Trey Lyons.

Levanto la cabeza de golpe, sobresaltando a Helena.

—Dame detalles.

Pero no necesitáis saber los detalles. No tengo que contaros que mis hombres perdieron el rastro del SUV de Trey Lyons en la Eisenhower Parkway. No tengo que contaros que deduje que Trey Lyons estaría vigilando el Dakota, que sus vigías habrían visto a Ema, y que la habrían seguido a casa, ni lo tonto que me sentí por no haber caído en eso antes. No tengo que contaros mi llamada a Angelica a las dos de la mañana, que le dije que se escondiera en el sótano con Ema. No tengo que contaros lo rápido que vine hasta aquí, que aparqué en Hickory Place, que recorrí la vía de acceso a la carrera con gafas de visión nocturna y un semiautomático Desert Eagle del calibre 50 en la mano. No hace falta que os cuente que vi a Trey Lyons colándose por una ventana trasera. No hace falta que os diga que no le di el alto, que no le hice levantar las manos, que no le di ocasión de rendirse.

Eso os parecerá otro tono de gris. Pero no lo es.

Eso fue fácil. Eso fue blanco o negro.

Vino a por mi hija. Mi hija.

—Venga —dice Ema—. Entremos.

Asiento. Hace buen tiempo y brilla el sol. El cielo tiene ese tono azul que solo un ser celestial habría podido pintar. Ema va delante. Lleva un top con unas finas tiras en los hombros, de modo que le veo la parte superior de la espalda. Al llegar junto a la puerta, veo lo que me parece un tatuaje familiar que le sobresale entre las escápulas...

¿Una Tisiphone abeona, quizás?

Estoy a punto de pararme a preguntar, pero cuando mi hija se gira y me mira, todos esos grises de pronto se desvanecen ante el brillo de su sonrisa. Quizá por primera vez en mi vida, veo solo blanco.

¿Demasiados tópicos? Quizá sí.

¿Pero desde cuándo me importa a mí lo que penséis?

AGRADECIMIENTOS

Soy experto en muy pocas cosas, así que dependo de la amabilidad de extraños y amigos. Teniendo eso en cuenta, querría dar las gracias, en orden alfabético, a James Bradbeer, Fred Friedman, Larry Gagosian, Gurbir Grewal, Shan Kuang y Beowulf Sheehan. Estas personas son grandes especialistas en campos diversos, así que si alguien localiza errores en este texto, no tendré problemas en echarles las culpas a ellos.

Ben Sevier me ha publicado ya una docena de libros. El resto del equipo incluye a Michael Pietsch, Beth de Guzmán (que ha vuelto a trabajar con mi editor de No se lo digas a nadie después de muchos años), Karen Kosztolnyik, Elizabeth Kulhanek, Rachael Kelly, Jonathan Valuckas, Matthew Ballast, Brian McLendon, Staci Burt, Andrew Duncan, Alexis Gilbert, Joe Benincase, Albert Tang, Liz Connor, Flamur Tonuzi, Kristen Lemire, Mari Okuda, Kamrun Nesa, Selina Walker (a la cabeza del equipo del Reino Unido), Charlotte Bush, Glenn O'Neill, Lisa Erbach Vance, Diane Discepolo, Charlotte Coben, Anne Armstrong-Coben y, quizá la persona más importante, La Que Siempre Me Olvido y Que Siempre Me Lo Perdona.

También querría mencionar a Jill Garrity, Elena Randolph, Karen Young, Pierre-Emmanuel Claux y Don Quest. Estas personas (o sus seres queridos) han hecho generosas contribuciones a organizaciones benéficas de mi elección a cambio de que sus nombres aparecieran en la novela. Si alguien quiere participar en el futuro, puede escribir a giving@harlancoben.com para obtener más información.

Win me dice que ya me he extendido demasiado, pero sé que no le importará que me alargue un poco más para darte las gracias por leer este libro y emprender este viaje con nosotros. Tú, querido lector, eres lo mejor. Articula.

HARLAN COBEN

MYRON BOLITAR

1. Motivo de ruptura

El agente deportivo Myron Bolitar está a las puertas de conseguir algo grande. El prometedor jugador de fútbol americano Christian Steele está a punto de convertirse en su cliente más valioso. Sin embargo, todo parece truncarse con la llamada de una antigua novia de Christian que todo el mundo cree muerta. Para averiguar la verdad, Bolitar tendrá que adentrarse en un laberinto de mentiras, secretos y tragedias.

2. Golpe de efecto

Parecía que la carrera de la tenista Valerie Simpson iba a ser relanzada de nuevo. Dejaría atrás su pasado fuera de las pistas. Pero alguien se lo ha impedido. A sangre fría. Como agente deportivo, Myron Bolitar quiere llegar al fondo del asunto y descubrir qué conexión hubo entre dos deportistas de élite en un pasado que cada vez se intuye más turbio.

3. Tiempo muerto

Diez años atrás, una lesión fatal acabó prematuramente con la carrera deportiva de Myron Bolitar. Ahora, una llamada del propietario de un equipo de baloncesto profesional le brinda la oportunidad de volver a la cancha. Pero esta vez no se trata de jugar profesionalmente, sino de infiltrarse de incógnito en el entorno del equipo para averiguar el paradero de un jugador misteriosamente desaparecido.

4. Muerte en el hoyo 18

En pleno apogeo del prestigioso Open estadounidense de golf, acaban de secuestrar a un adolescente. Se trata del hijo de una de las estrellas femeninas, Linda Coldren, y de su marido, Jack, otro golfista profesional que este año tiene posibilidades de ganar el torneo. El agente deportivo Myron Bolitar acepta el encargo de intentar encontrar al muchacho.

5. Un paso en falso

Brenda Slaughter es una estrella del baloncesto profesional. Como agente deportivo, Myron Bolitar tiene interés profesional por ella. Y también otro tipo de interés más personal. De repente, la vida de Brenda puede correr peligro, y Myron decide protegerla. El origen de la pesadilla que está viviendo la jugadora puede encontrarse en su pasado, así que Myron tendrá que desentrañar el misterio si quiere salvarla.

6. El último detalle

Myron Bolitar recibe una noticia inesperada: su socia Esperanza Díaz ha sido acusada del asesinato de uno de sus clientes, un jugador de béisbol profesional. Como es lógico, la intención inicial de Myron es ayudar a su socia en todo lo que pueda, pero el abogado de Esperanza le recomienda a esta no mantener ningún contacto con él.

7. El miedo más profundo

La visita de una exnovia sorprende a Myron Bolitar. Y trae noticias perturbadoras. Su hijo se está muriendo y necesita urgentemente un trasplante. El único donante ha desaparecido. Pero eso no es todo. Hay algo más íntimo: el adolescente ¡es también hijo de Myron! Desde el momento en que conoce la noticia, para Myron el caso se convierte en el más personal de su vida.

8. La promesa

Hace seis años que Myron Bolitar lleva una vida tranquila. Por desgracia, eso va a cambiar por culpa de una promesa. Decidido a proteger a los alocados hijos de sus amigos, Myron cumple la promesa de ayudar a una chica que le pide que la lleve en coche. Él la deja en la dirección indicada y ella... desaparece misteriosamente sin dejar rastro.

9. Desaparecida

Hace una década que Myron Bolitar no sabe nada de Terese Collins, con la que mantuvo una relación. Por eso, su llamada desde París lo coge totalmente por sorpresa. Tras la larga desaparición de Terese se esconde una trágica historia y un turbio pasado. Ahora es sospechosa del asesinato de su exmarido.

10. Alta tensión, IV Premio RBA de Novela Policiaca

Suzze T es una famosa tenista retirada que se ha casado con una estrella de rock y además ahora está embarazada. Tras descubrir un

mensaje anónimo en el que se pone en duda la paternidad de su hijo, el marido de Suzze T desaparece. Desesperada, la extenista recurre a Myron Bolitar.

11. Un largo silencio

Hace diez años, dos niños fueron secuestrados y jamás volvieron a ser vistos... hasta ahora. Win llama a su amigo Myron Bolitar porque cree que ha aparecido uno de ellos. Pero encontrarlo no resuelve el caso, sino que plantea más dudas. ¿Qué ha pasado todo este tiempo? Y ¿dónde está el otro chico?